

# Ilya Ehrenburg



Julio Jurenito

Traducción de **Lina Buzarra Hermosilla**

**Lectulandia**

Publicada en 1922, *Julio Jurenito* es una sátira filosófica y mordaz de la civilización europea. Escrita en menos de un mes, «como si alguien me llevara la mano mientras escribía», su protagonista es un mexicano nacido de las charlas con el fabuloso pintor Rivera. Jurenito recorre la Europa de 1910 a 1920 en compañía de una *troupe* de discípulos en los que están representados diferentes estereotipos, desde el capitalista Mr. Cool hasta un africano idólatra, pasando por un vagabundo italiano y el mismo judío-ruso Ehrenburg.

«En Jurenito estigmaticé toda suerte de racismos y nacionalismos, denuncié la guerra, la crueldad, codicia e hipocresía de los hombres que la provocaron y que no quieren renunciar a ella, el fariseísmo del clero que bendecía las armas, de los pacifistas que discutían procedimientos humanos para el aniquilamiento, de los pseudo-socialistas, que justificaban el espantoso derramamiento de sangre. (...) si odio el racismo y el fascismo, si encuentro fuerzas para participar en la lucha por la paz, es porque en medio siglo un hombre puede gastar muchos trajes y ser siempre el mismo».

Lectulandia

Ilyá Ehrenburg

# Julio Jurenito

ePub r1.0

Titivillus 06.12.16

Título original: *Необычайные похождения Хульцо Хуренцмо*  
Ilyá Ehrenburg, 1922  
Traducción: Lina Buzarra Hermosilla

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Julio Jurenito

**Ilya Ehrenburg**

Traducción de  
**Lina Buzarra Hermosilla**

Título original:

*Las extraordinarias aventuras de  
Julio Jurenito y sus discípulos*

*Monsieur Delet, Karl Schmidt,  
míster Cool, Alexei Tishin,  
Ercole Bambucci, Ylya Ehrenburg  
y el negro Aisha*

*En días de paz y guerra y revolución, en París, en México,  
en Roma, en Senegal, en Kinieshma, en Moscú, y en otros lugares,  
y también las distintas opiniones del Maestro.*

*Sobre el arte de fumar en pipa, sobre la muerte, sobre el amor,  
sobre la libertad, sobre el juego de ajedrez, sobre la raza  
hebraica, sobre la construcción y sobre otras muchas cosas.*



## Introducción

**C**on extraordinaria emoción emprendo la tarea, que para mí supone el fin y la justificación de mi miserable existencia, de describir la vida y pensamientos del Maestro Julio Jurenito. Abrumado por la caleidoscópica profusión de acontecimientos, mi memoria ha envejecido prematuramente: a ello ha contribuido también, por mi condición de ciudadano ruso, una alimentación insuficiente, en especial la de azúcar y la carencia de sustancias grasas. Pienso con terror que muchos de los relatos y opiniones del Maestro se han perdido para siempre, tanto para mí como para el resto del mundo. Pero su imagen permanece viva y resplandeciente. Le veo frente a mí, flaco, furibundo, con su chaleco color naranja y su inolvidable corbata de lunares verdes, sonriendo dulcemente. Maestro, ¡nunca te traicionaré!

A veces, por inercia, sigo escribiendo versos de mediana calidad, y cuando me preguntan cuál es mi profesión respondo con desfachatez: soy *literato*, Pero esto ya es solo una costumbre: en realidad, hace mucho tiempo que dejó de interesarme, y que abandoné, esta forma de pasatiempo tan improductiva. Para mí sería de lo más ofensivo que alguien tomara este libro por una novela más o menos divertida. Ello significaría que no he sabido cumplir con la tarea que me fue encomendada aquel funesto 12 de marzo del año 1921, día de la muerte del Maestro. ¡Ojalá mis palabras sean tan cálidas como sus velludas manos, tan familiares como el aroma de su tabaco y el color de su chaleco (sobre el cual gustaba tanto de llorar el pequeño Aisha), tan temblorosos por el dolor y por la rabia como su labio superior durante uno de sus frecuentísimos ataques!

Llamo a Julio Jurenito, de forma sencilla, casi familiar, «Maestro», aunque nunca le enseñara nada a nadie; no tenía ni cánones religiosos, ni preceptos éticos, ni siquiera poseía un sencillito e insignificante sistema filosófico. Pobre a la vez que grande, no poseía ni la mínima renta que cualquier miserable recibe para sus gastos. Era, en verdad, un hombre sin principios, y aun creo que, en comparación con él, cualquier intendente puede considerarse como un modelo de honradez. Infringiendo las leyes de todos los códigos de ética y derecho existentes en nuestra época, Julio Jurenito no trataba en modo alguno de defender una nueva religión ni una nueva concepción del mundo. Ante todos los tribunales de justicia existentes hasta la fecha, incluyendo el Tribunal Revolucionario de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, y el del Maestro Morabuto del África Central, el Maestro hubiera comparecido como traidor y mentiroso, y promotor declarado de abundantísimos delitos. Pues ¿a quién si no es a los jueces, les corresponde el papel de ser los perros guardianes del orden y esplendor de nuestra Tierra?

Julio Jurenito nos enseñó a odiar el presente, y para que este odio fuera consistente y apasionado entreabrió ante nosotros, asombrados y atónitos, la puerta que conducía a un futuro más grande e ineludible. Así le llamaron en vida tanto

sesudos filósofos como alegres periodistas. Pero el Maestro, sin rechazar tan honorable apodo, al punto les decía: «El provocador es el partero de la historia. Si no me aceptáis a mí, provocador de beatífica sonrisa y manos eternamente en los bolsillos, otro habrá de llegar a practicar esta cesárea, y eso será peor, mucho peor, para el mundo entero...».

Pero sus coetáneos no podían aceptar a este hombre justo, que carecía de religión, a este sabio que nunca había estudiado en ninguna facultad de Filosofía, a este asceta que venía vestido de presidiario. ¿Por qué me ordenó el Maestro que escribiese la historia de su vida? Permanecí atormentado por las dudas durante mucho tiempo, viendo a tantos honrados intelectuales (los posibles lectores de mi libro), cuya enorme sabiduría reposa tranquilamente, como el buen queso francés, en sus cómodos despachos, con un retrato de Tolstói sobre la mesa. Pero la pérvida memoria, por esta vez, acudió a darme ayuda, y recordé cómo el Maestro, señalando una semilla de arce, me dijo cierto día:

«Ten por seguro que esta volará, y no solo a través de los espacios, sino a través del tiempo».

Así escribo. Y no para las altas cimas de la espiritualidad, ni para las élites actuales de inútiles y perdidos, sino para los pueblos venideros, para que nunca vuelvan a arar con el mismo arado esta tierra en la que se revuelcan con plácida estupidez sus hijos, mis hermanos.

## Mi encuentro con Jurenito. El diablo y la pipa holandesa

**E**l 26 de marzo del año 1913, estaba yo sentado, como siempre, en el café de la Rotonde, en el bulevar Montparnasse, ante una tacita de café, hacía tiempo ya vacía, esperando inútilmente que alguien viniese a liberarme pagándole al camarero los seis sous<sup>[1]</sup> adeudados. Semejante método de manutención lo había descubierto durante aquel invierno y lo llevaba a cabo con brillantez. En efecto, casi siempre, un cuarto de hora antes de que cerraran el café aparecía algún inesperado libertador: una poetisa francesa, cuyos poemas yo había traducido al ruso; un escultor argentino, el cual, no sé por qué, esperaba vender por mediación mía su obra «a uno de los príncipes Chtiukin»; un tahúr de nacionalidad desconocida que me había ganado una considerable suma en casa de mi tío en San Sebastián, y sentía, por lo visto, remordimientos de conciencia, o, finalmente, mi vieja aya, que había venido con los señores a París y que había caído, probablemente por descuido del policía que no había visto bien la dirección, en vez de en la iglesia rusa que hay en la calle Daru, en el café a donde iban los rusos indigentes. Esta última, además de los susodichos seis sous, me regalaba un gran panecillo, y enternecida me daba tres besos en la nariz. Tal vez como consecuencia de estas inesperadas liberaciones, o tal vez por influencia de otras circunstancias, tales como: un hambre crónica, la lectura de los libritos de León Bloy y los diversos líos amorosos, me había vuelto de un temperamento un tanto místico, y creía ver en los más insignificantes acontecimientos ciertas señales del cielo. Las tiendas vecinas de ultramarinos y verduras me parecían los círculos del infierno, y la bigotuda panadera con su moño alto, una honorable mujer de sesenta años, un desvergonzado efebo. Estudiaba con detalle la invitación a París de tres mil inquisidores para quemar públicamente en las plazas todos los aperitivos existentes. Después me bebía un vaso de absenta, y medio borracho empezaba a declamar versos de santa Teresa, demostrando a todos los que llegaban a la taberna que ya Nostradamus había presagiado en la Rotonde un criadero de escolopendros mortíferos, y a media noche me ponía a golpear inútilmente las puertas de hierro de Saint-Germain-des-Prés. Solía acabar la noche en casa de una amante francesa, con bastante experiencia en el asunto, aunque buena católica, de la cual exigía en el momento más oportuno que me explicara en qué se diferenciaban los siete pecados «mortales» de los siete «capitales». Así, poco a poco, iba pasando el tiempo. Aquella noche memorable me encontraba sentado en un oscuro rincón del café, sobrio y

extraordinariamente sereno. A mi lado jadeaba un español gordo completamente desnudo, y sobre sus rodillas gorjeaba una muchacha lisa y huesuda, también desnuda, pero con un amplio sombrero que le cubría la cara y unas botas doradas. A mi alrededor, diversas personas, más o menos desvestidas, bebían mar y calvados. El motivo de este espectáculo, bastante corriente en la Rotonde, se debía a un baile de disfraces organizado por la Academia Neoescaandinava. Pero a mí, desde luego, todo aquello me parecía una clara movilización de los ejércitos de Belcebú dirigidos en contra mía. Hacía distintos movimientos con el cuerpo, como si nadara, para protegerme del sudoroso español, y sobre todo de los gruesos muslos que me enseñaba la modelo. Inútilmente buscaba en el café a la panadera o a alguien que pudiera reemplazarle, es decir, al mariscal en jefe inspirador de aquella monstruosa acción.

La puerta del café se abrió, y entró pausadamente un señor normal, con sombrero de hongo y un impermeable de hule gris. A la Rotonde entraban exclusivamente extranjeros, pintores o simples vagabundos, gente de mala pinta; por eso, ni un indio con plumas de gallina en la cabeza, ni mi amigo, que tocaba el tambor en un *music-hall* con un sombrero de copa color arena, ni la pequeña modelo, una mulata cubierta con un brillante kepis de hombre, llamaban la atención de los parroquianos. Pero un señor con sombrero de hongo resultaba tan exótico que todos en la Rotonde se sobresaltaron y quedaron en silencio durante un minuto. Después se desencadenó un murmullo de asombro e inquietud. Solo yo lo había comprendido desde el primer momento. En realidad, bastaba con mirar atentamente al recién llegado para comprender el motivo exacto del enigmático sombrero de hongo y del amplio impermeable gris. Sobre las sienes y bajo los rizos, claramente sobresalían unos fuertes cuernos, a la vez que el impermeable trataba, inútilmente, de ocultar un puntiagudo rabo que se erguía belicosamente. Yo sabía que la lucha era inútil y estaba preparado para el desenlace. En sueltos retazos atravesaron mi mente lejanos recuerdos: la negra dacha cerca de Moscú, yo de niño en la bañera, rosadito e indefenso, los paseos con la colegiala Nadia por el bulevar Zuvroski, las tardes en Siena sobre la escarpada colina con olor a mirtos. Estas dulces visiones me alejaron del poderoso e invencible rabo.

Esperaba un rápido castigo, una burla, el tradicional zarpazo, o tal vez, sencillamente, una imperiosa invitación a seguirle hasta un taxi. Pero el verdugo dio muestras de un raro dominio de sí mismo. Se sentó en la mesita de al lado y, sin mirarme, desdobló el periódico vespertino. Por fin, volviéndose hacia mí, entreabrió la boca. Yo me levanté, pero al momento sucedió algo totalmente inconcebible. A media voz, incluso con cierta indolencia, pidió al camarero: «Un vaso de cerveza», y un minuto después sobre su mesa espumaba una estrecha copa. ¡El diablo bebe cerveza!, Eso ya no pude soportarlo y de una manera cortés, aunque con cierta inquietud, le dije: «Su espera es inútil. Estoy dispuesto. A sus órdenes. He aquí mi pasaporte, un librito de poemas, dos fotografías, cuerpo y alma. Así que según parece

viajaremos en coche, ¿no?...». Repito que yo trataba de hablar de una manera tranquila y diligente, como si no se tratara de mi perdición, pues enseguida había comprendido que mi demonio era de temperamento flemático.

Ahora, al recordar aquella lejana noche, que fue para mí el camino de Damasco, me inclino ante la clarividencia del Maestro. Al oír mis ininteligibles palabras, Julio Jurenito no se desconcertó, no llamó al camarero, no se fue. No, me miró tranquilamente a los ojos y dijo: «Ya sé por quién me ha tomado usted, pero se equivoca, yo no soy él». Estas palabras no diferían demasiado de las afirmaciones que solía hacer el doctor que trataba mi enfermedad de los nervios, y no me parecieron menos sinceras, admirables y aborrecibles. Todo mi armonioso edificio se desplomó, pues al margen del demonio no tenía sentido ni la Rotonde ni yo mismo ni todo lo bueno que existiera en lugar alguno. Me sentí morir y me agarré a mi última tabla de salvación. «Pero el rabo, el rabo...». Jurenito sonrió brevemente: «No hay tal rabo ni de gran danés ni afiladito ni nada. Trate de vivir sin rabo. Ya ve, a usted como a mí nos gustan las pipas. Yo poseo una magnífica colección: inglesas de brezo añejo, “Tres B”, húngaras de cerezo, turcas de arcilla roja levantina con boquillas de jazmín, holandesas...».

No pude soportarlo y comencé a gemir suavemente, mirando como última esperanza el rabo que se levantaba hacia el lado izquierdo. Entonces, Jurenito, desabrochándose el impermeable, sacó del bolsillo lateral de su pantalón una larga pipa holandesa muy ennegrecida por el humo y perdí toda esperanza, pues de pronto el rabo ya no estaba allí. Por si fuera poco, Jurenito se quitó el sombrero hongo y los imaginarios cuernos resultaron ser duros y espesos rizos como los de un negro. Acongojado y estremecido miré al involuntario embustero, en tanto que Jurenito encendía tranquilamente su pipa.

De ningún modo me alegró el que no fuera un enemigo, el que ello hubiera sido tan solo una disparatada invención mía. Al contrario, junto con el diablo desapareció todo mi bienestar. Aunque se tratara del infierno, no obstante hubiera sido algo real, comprensible, tangible. Me sentía como en un desierto, y con el deseo de hallar algún punto de apoyo entre las arenas movedizas pregunté a Jurenito: «Bien, supongamos que él no existe. Pero al menos ¿hay algo que exista?...». Julio sonrió de nuevo, mostrando unos dientes tan iguales y blancos que me recordaron los anuncios de los tranvías: *Utilice solamente pasta Dentol*, y cortésmente, casi con culpabilidad, contestó: «No». Este «no» me sonó como si le hubiese preguntado si tenía cerillas o si había leído el último número de la revista Comedia.

«¿Pero en qué se funda todo esto? ¿Quién dirige a ese español? ¿Hay en él algún sentido?...».

«Ese español nació hace treinta años. Vino desnudo y luego se cubrió de pelo. Se hace pasar por decorador, pero en realidad es un especulador de la Bolsa. Hoy ha ganado cuarenta luises. Está contento. Su estómago trabaja puntualmente, los demás órganos también. Acaba de cenar por tres francos, incluyendo el vino, y ha alquilado

a esa muchacha por cinco francos. Después perderá en la Bolsa veinte luises, enfermará de gota y beberá agua fétida. Luego morirá, se descompondrá, y sobre su tumba crecerá la hierba, esa con la que juegan los niños a “el gallo o la gallina”. Por supuesto que les está permitido a ustedes el gratuito placer de encontrar en ello un oculto sentido y un misterioso fin».

«No —no pude contenerme y grité—, ¡eso no puede ser! ¡Usted no tiene rabo, pero usted es él! El bien existe, ¿comprende? ¡Lo eterno, lo absoluto!». Jurenito no se inmutó, ni siquiera levantó la voz: «De verdad, no soy el diablo. Usted me adula demasiado. Además, ¡ay!, ¡no existen esas encantadoras criaturas! Puede dormir tranquilo, incluso sin necesidad de bromuro. El bien tampoco existe. Ni el otro, el de las letras mayúsculas. Lo imaginamos. Lo pinta nuestro aburrimiento. ¿Cómo puede haber Dios sin diablo? ¿El “bien”, dice usted? Vamos, mire a esa muchacha, hoy no ha comido. Como a usted, le gustaría comer, siente un hueco en el estómago, pero no puede decirlo y tiene que beberse ese licor dulzón y viscoso. Siente náuseas. El español también le produce asco, tiene unas manos frías, húmedas, que reptan, que se deslizan. Ella tiene un hijo que ha dejado en el pueblo al cuidado de una mujer, a la que debe pagar cien francos al mes. Hoy ha recibido una carta, el muchachito se ha puesto enfermo, el médico, las medicinas, etc. Gana un dinero extra, y encima muéstrate alegre en el baile, por favor, y además no seas la señorita Margot, sino la cartaginesa Salambó. Besa al español en los labios que parecen caracoles resbaladizos, dale besos rápidos y entrecortados como si estuvieras loca de pasión, tal vez te dé veinte sous de más. En una palabra, que la vida es un continuo absurdo. Y he aquí que a causa de este absurdo, todos vuestros santos y místicos se caen por su propio peso. Por supuesto que con todo repartido en dos columnas: lo bueno y lo malo. Y al más pequeño error surge la confusión. ¿Y la justicia? ¿Por qué no se inventan ustedes un patrón mejor, en cuya finca no se den tales desórdenes? ¿O acaso creen que el mal es una “prueba”, una “expiación”? Esa es una justificación pueril, y en absoluto se trata de un asunto pueril. ¿Es así como él pone a prueba a esa muchacha? ¡Vaya con el Misericordioso! ¿Y por qué no pone a prueba también al español? Él posee una balanza sin pesas. ¿En el otro mundo? ¡Sí, sí! Y ese mundo ¿dónde está? ¿En qué mapa? Mientras tanto esa alma es una abstracción, pero los pies y las manos cuando mueres empiezan a oler, luego se convierten en huesecitos y luego en polvo».

Guardé silencio abrumado por este discurso. Pero de pronto, de todo este absurdo caos que daba vueltas en mi cabeza se desprendió un punto pequeño y negro. Me agarré rápidamente a él. «Aunque así sea, aunque no exista un creador, ni un sentido, ni el bien, ni la justicia, existe la nada. Y si existe la nada, eso significa que existe la realidad, el sentido, y que existe el espíritu y el Creador». «Amigo mío, es usted incorregible, pues su “nada” tampoco tiene rabo. Pero aquí está la pipa, aquí estoy yo y ahí está el español. Todo eso de que nada existe y, por ello, todo existe es una falacia. Acaba de morir Janstarichok. El pequeño Janchik llora por primera vez. Hace

un instante llovía, ahora ha escampado. El mundo gira, da vueltas. Así es todo...».

«Pero así no se puede vivir. ¡Eso es infame, vergonzoso, y además innecesario!». «¡Qué le vamos a hacer, nosotros no hemos elegido! Nos han colocado ante los hechos consumados. La casa ya estaba amueblada. A unos les gusta mucho, les resulta confortable. Otros se sublevan, y, mientras tanto, se dedican tranquilamente a cambiar los cuadros de una pared a otra...».

En ese momento, una espléndida a la par que sencilla idea me vino a la mente. Creo que provenía de Jurenito, y que fue esta la primera revelación que me hizo. Sin prestar atención a los parroquianos ni a los camareros, me levanté de un salto, eché a un lado la mesa y comencé a gritar: «Pero entonces, ¿se puede destruir la casa?». Julio asintió con la cabeza y me propuso comer con él. «Es un deseo totalmente legítimo. Vamos a ocuparnos de ello». Pensé que probablemente sería anarquista, en España había muchos, y susurrando le pregunté: «¿Bomba? ¿Máquina infernal?». «Es usted un niño encantador —contestó él—, con una bomba se puede eliminar a una pareja de gruesos gendarmes, y lo más a algún rey que colecciona muñecos chicos y que le apasiona jugar al tenis. Nosotros nos ocuparemos de otras cosas». Me di cuenta de que preguntar era una torpeza, así que inclinándome ceremoniosamente dije: «Yo seré su discípulo, fiel y aplicado. Enséñeme la verdad. Pero deme algo real, si no puedo enloquecer esta noche o mañana por la mañana». Sacó de su bolsillo una pequeña pipa de cáñamo y me la extendió. «Carga este buen cabo y fuma. Eso es la verdad».

Cenamos, después del queso Jurenito pidió dos copitas de Clos Vougeot, y de nuevo me aseguró que eso, el Clos Vougeot, era una realidad y no un sueño. Ya amaneciendo, en la Academia Neoescaandinava me presentó a una sueca gordita, vestida con una túnica transparente, que parecía un panecillo recién hecho untado con mantequilla casera. Él dijo: «Esto es real, esto no es el Bien» —y me golpeó amistosamente en el hombro—. «Y ahora, ¡buenas noches! ¡Hasta mañana!».

## Infancia y juventud del Maestro

**E**n el presente capítulo quiero comunicar a los lectores algunos detalles aislados de la vida de Julio Jurenito, hasta llegar a la memorable noche de la Rotonde, en que yo le conocí. A veces, el Maestro me contaba episodios aislados de sus años de adolescencia, que ahora intentaré reconstruir para que todos se convenzan de que Jurenito no fue un mito, ni un héroe de cuento, sino el hijo del propietario de una fábrica de azúcar de Guanajuato, Pedro-Luis Jurenito.

Sobre la procedencia del Maestro han circulado todo tipo de absurdas leyendas. Con frecuencia ha llegado hasta mis oídos el relato de cómo Buda se había reencarnado en este hombre alto y delgado, con unos ojos llenos de movimiento, y al mismo tiempo poseedores de una extraordinaria fuerza capaz de detener el tiempo. El motivo de esta leyenda tiene su origen en el siguiente suceso, insignificante por sí mismo. En el mes de marzo del año 1888, en la ciudad de Allahabad, en el centro de la India, desapareció de un templo una valiosa estatua de Buda que los eruditos atribuían al siglo III o IV de nuestra era. Por lo visto esto sucedió a causa de la somnolencia del guardián y de la pasión de algunos funcionarios británicos por las antigüedades de Oriente. Veinticinco años después, en los círculos teosóficos afirmaban con obstinación que Buda, abandonando su antiguo cuerpo, se había reencarnado en el mexicano Jurenito, y debido a esto la imagen de su antiguo rostro dejó de hacerse visible. Esta leyenda tuvo tal éxito, que una vez que el Maestro pasó la noche en el estudio de un poeta-teósofo ruso, se desencadenó una singular escena. Por la noche, el poeta, en camisón, entró sigilosamente donde el Maestro dormía y empezó a palparle la cara. Cogido por sorpresa, y ligeramente sospechoso de otras intenciones, explicó que buscaba en la verruga que Jurenito tenía en la frente el tercer ojo, la genuina distinción de la personificación de Buda. Estas fábulas y otras parecidas ciertamente no merecían ningún crédito.

El Maestro nació el 25 de marzo del año 1888 en México, en la pequeña ciudad de Guanajuato, famosa por sus minas de oro. Fue bautizado según el rito de la religión católica y recibió el nombre de Julio-María-Diego-Pablo-Angélico. Supongo que fue un niño curioso y difícil. Sé que cuando tenía cinco años, le segó con una hoz la cabeza a un gatito para saber en qué se diferenciaba la muerte de la vida. Dos años después, dudando de la existencia de la Madre de Dios y de muchas otras cosas, se introdujo en una iglesia, destripó una estatua de la Madonna, cuyo armazón estaba hecho de brocado, y se quedó completamente satisfecho del experimento.

A los dieciséis años se enamoró, empezó a mirar las estrellas y a pensar en la

eternidad. Pero después de experimentar algunos de los placeres terrenales se olvidó de las estrellas y de la eternidad, se alejó rápidamente de la muchacha y nunca más se perdió en el gusto de eso que la gente llama «amor». Afortunadamente, la chica se consoló al poco tiempo y se casó con un contratista de Veracruz. Cuando se enteró de esto, Jurenito envió a la única mujer en la que se había fijado en su vida, como regalo de bodas, un juego de cupro-níquel para doce personas.

Después de esto se fue a buscar oro a El Dorado, pero como no quería perder el tiempo en el trabajo de las minas, se bebió un cántaro de vigoroso «pulque», sacó un gran cuchillo y ante la muchedumbre que volvía del trabajo en las minas trazó una línea en la tierra diciendo: «A partir de hoy este será territorio de Guanajuato y ninguno de ustedes atravesará esta línea sin pagarme un rescate. ¡Sacad el oro!». En El Dorado la gente era ambiciosa pero cobarde, y solo con oír el nombre de algún bandolero de Guanajuato estaban dispuestos a dar todo lo que tenían en el mundo para salvar su vida. Una hora después, Jurenito caminaba por la boscosa montaña con un saco de oro. Le compró un caballo a los indios y llegó sin contratiempos hasta la frontera de los Estados Unidos. Estos hechos los escuché de boca de un amigo común de Jurenito y mío, el pintor Diego Rivera, que se encontraba en El Dorado aquel memorable día y vio la raya sobre la arena, los temerosos trabajadores y los trozos de oro en el ancho sombrero con tira de cuero de Jurenito.

En uno de los estados del Sur el Maestro vendió el oro por 8.000 dólares y comenzó a gastar el dinero invitando a beber aguardiente a todos los negros que se encontraba, compró sellos de correos raros y encargó en diversos periódicos independientes la publicación de artículos que lo elogiaron, ilustrados con los retratos de ciertos jóvenes sospechosos de Damasco. Así, trabajando intensamente consiguió gastar 6.000 dólares; ya solo le quedaban 2.000. Entonces invitó a los ricos y avaros comerciantes de la ciudad a una comida de gala, después de la cual les obsequió con unos excelentes cigarros puros La Corona, y quemó fajos de billetes de 100 dólares para que todos pudieran prender sus cigarrillos sin tener que rascar las cerillas. A los comerciantes les temblaban las rodillas tratando de reunir los pequeños trocitos de ceniza plateada. Es seguro que se les estropeó la digestión, pero Jurenito se había liberado por fin de una tarea que le aburría, la de gastar el dinero.

Jurenito volvió de nuevo a México y decidió trabajar para la revolución. Esto sucedía durante los borrascosos años de la joven República. Entre todos los partidos Jurenito eligió el de Zapata y sus ingenuos revoltosos, que odiaban la cultura ciudadana, las máquinas de las azucareras, las locomotoras, y la gente que traía consigo la muerte no natural, el dinero y la sífilis. Carranza, una vez hubo matado traidoramente a Zapata, atrapó a Jurenito. Julio se salvó de casualidad. Durante las horas de espera antes de morir sintió en vez de lo que los poetas describen con tanta solemnidad, un profundo aburrimiento y somnolencia. Después de esta experiencia, el hecho de matar le pareció algo sencillo y cotidiano. Él fue quien dirigió a los indios en la famosa batalla de Celaya, donde fue derrotado por completo el ejército de Villa.

Su audacia, temeridad y talento fueron elogiados por el Presidente de la República Mexicana Obregón. Pero combatir al poder constituido y perseguir y fusilar a los enemigos le empezaba a resultar también un trabajo monótono y aburrido. Después de la séptima revolución, Jurenito se compró un microscopio, una caja de dibujo, cuatro cajones de libros y se dedicó a investigar distintas ciencias. Poco tiempo después de esto visitó Lima y Buenos Aires, llegándose también hasta Nueva York.

Jurenito estudió matemáticas, filosofía, el oficio de tornero, de electricista, hidrología, egiptología, y aprendió a tocar la ocarina, a jugar al ajedrez, economía política, versificación, y una larga serie de distintas ciencias, oficios, artes y juegos. Poseía una extraordinaria facilidad para el dominio de las lenguas. Estas son las que hablaba con absoluta corrección: inglés, francés, alemán, ruso, italiano, árabe, azteca y chino. Conocía bastante bien otras diez lenguas y dialectos.

Al mismo tiempo Jurenito estudió arte. Sus trabajos en este campo los describo en uno de los capítulos siguientes.

Todas estas ocupaciones no satisfacían a Jurenito, y después de largas reflexiones decidió (esto sucedía el 17 de septiembre del año 1912) que la cultura era un mal, y que era necesario luchar contra ella por todos los medios, pero no con los miserables cuchillos de los ovejeros de Zapata, sino con las armas procedentes de la propia cultura. No es preciso abalanzarse sobre ella, sino mimar la llaga, haciéndola cada vez más grande, preparándonos para comernos su cadáver medio podrido. Este fue el día en que Jurenito comprendió cuál era su misión: ser un gran provocador.

El comienzo de su actividad fue un fracaso. Jurenito era demasiado joven, sin experiencia en la vida, y además estaba solo. Decidió actuar por el ingenuo camino de la persuasión y construyó, con la ayuda de unos aparatos especiales, unos carteles luminosos que pendían sobre el cielo nocturno de Nueva York. Los habitantes de esta ciudad recuerdan muy bien aquella original empresa. Haciendo sombra a las estrellas, brillaban con solemne resplandor las siguientes palabras: «Hambrientos, aún quedan pechugas de becada. Celebrad los dones de la civilización», etc. Todos creyeron que era un anuncio de un gran almacén de alimentación. No se sabe por qué, un vagabundo irlandés, al día siguiente, arrojó una bomba sobre el lujoso restaurante Bristol. Al irlandés lo llevaron a la silla eléctrica y Jurenito, que no deseaba consagrarse a semejantes idilios provincianos, embarcó en el vapor Rex y se dirigió a Europa, donde el campo para su actividad era más prometedor que en el demasiado Nuevo y escasamente habitado Mundo. Unos meses después de la llegada de Jurenito a Europa fue cuando le conocí y me convertí en su primer discípulo.

Esto es todo lo que sé sobre los veinticinco primeros años de la vida del Maestro. Me gustaría acabar este capítulo con unas palabras de afecto hacia la tierra en la que nació este gran hombre. Dos países venerarán durante mucho tiempo su posteridad: México, patria del Maestro, y Rusia, donde acabó sus días y sus trabajos. Dos ciudades atraerán eternamente a los peregrinos: la pequeña y sucia Konotop y la lejana Guanajuato.

Rusia es mi patria. Nunca estuve en México y, sin embargo, amo profundamente este país, sagrado para mí. Amo la pequeña ciudad situada sobre una colina, con sus casitas bajas que surgen tras el horizonte, severa y desnuda, cubierta tan solo por los cactus. Esta afortunada ciudad tuvo la suerte de ser la cuna del Maestro. Con profundo respeto repito los nombres de las personas que Jurenito conoció en sus años de juventud: el Presidente Obregón, el eminente ingeniero Paniquer, el pintor Diego Rivera, el poeta Morales y el filósofo Vasconcelos. Si este libro llegara a manos de ellos que reciban con todo mi afecto estas palabras de respeto y agradecimiento. Y si alguno de los que lean mi libro tiene la suerte de conocer Guanajuato personalmente que bese de mi parte su áspera, caliente y bendita tierra.

## Los dólares y la Biblia. Tres días de la vida de míster Cool

Varios días después, por la mañana temprano llegó Jurenito a mi casa y bruscamente, incluso sin dar los buenos días, me tendió un número del Petit Parisiën con un anuncio enmarcado a lápiz. En la sección de «varios», entre el anuncio de un nuevo purgante para gallinas enfermas de difteria, y una cartita de un tal Paul que estaba preocupado por su «gatita», a la que iba a ser fiel hasta la tumba, estaba impreso lo siguiente:

SOCIEDAD ANÓNIMA DE MISIONEROS  
PARA LA ENSEÑANZA DE LA BIBLIA  
A LOS ABORÍGENES DE EUROPA  
(San Francisco. Chicago. Nueva York).

*Se buscan:*

Misioneros que actúen en diversos países, y también agentes de venta de aparatos patentados.

*Dirigirse al hotel De la Croix, presentándose a míster Cool.*

«Te das cuenta, esto nos viene al pelo», dijo Jurenito (desde la primera noche, después de la cena, había empezado a llamarme de «tú» en un tono amistoso a la vez que imperativo). Media hora después estábamos ya sentados en el despacho de míster Cool. Su rostro ancho, plano y rollizo no expresaba nada en particular. Sin embargo, sus pies eran muy extraños y, embutidos en unas botas, rojas y puntiagudas, descansaban sobre dos atriles giratorios un poco más altos que el nivel de su cabeza. Al mismo tiempo que leía la Biblia, dictaba una carta a la taquígrafa para el ministro de Bellas Artes de Chile, escuchaba por teléfono el precio del ganado en Chicago, hablaba con nosotros, fumaba un grueso cigarro puro, comía un huevo pasado por agua y examinaba la fotografía de una actriz de pecho prominente. A tal fin estaban fijados en su sillón, que recordaba el de un dentista, diversos soportes, auriculares, detectores automáticos con forma de dedos de mujer y un teclado completo de botones totalmente incomprensibles para mí. Semejante pasatiempo había dejado huella naturalmente en míster Cool. En efecto, pude observar después que en sus conversaciones empleaba el mismo método que para hablar por teléfono. Una noche que estaba solo y aburrido en un restaurante dijo con voz chillona y entrecortada a una actriz que pasaba junto a él: «¡Aló, aló! ¿Mujer? Soy yo, míster Cool. ¿Está libre? ¿Quiere venirse conmigo? Aló, presente un presupuesto. Le ofrezco cena y

diez dólares». A veces sentía la necesidad de apretar sus botones, y estaba claro que tal costumbre ejercía una influencia desagradable sobre los que le rodeaban. Pero, por lo general, este hombre era más bien educado. Nos recibió amablemente, y enseguida puso a Jurenito al corriente de sus auténticas intenciones.

Tras haber vivido bastantes años en América, a través de los relatos de los que allí llegaban y de los artículos de los periódicos, supo que Europa estaba desprovista de moralidad y de organización. Dos poderosas palancas de la civilización, la Biblia y el dólar, no se movían al unísono. Míster Cool comprendió que América debía mostrar su agradecimiento al gran momento en que el marinero Juan-Luis, conocido bandolero en las dos Castillas, antes de matar al primer indio musitó una plegaria, le roció con agüita de mar, y de ese modo estableció el origen de la festividad de la Cruz. Ahora le ha tocado a América el turno de salvar a la enloquecida Europa. Para llevar a cabo esta labor, míster Cool había fundado una sociedad anónima con un sólido capital, y en cuanto llegó a Europa se puso a elaborar un plan para desarrollar su actividad. Una vez hubo comunicado al Maestro todo lo anterior, empezó a apretar los botones más pequeños y a sacar de entre unas carpetas que le trajeron diversos proyectos que nos leyó. Algunos de ellos se me quedaron grabados en la memoria. Los citaré a continuación, desgraciadamente sin detalles, cifras ni planos.

1. Es indispensable acabar con el robo, y no solo a través de medidas represivas. Para ello es necesario proteger las inestables almas de los pobres de las tentaciones de la urbe, recordándoles que la felicidad eterna es accesible para todos. La sociedad ha confeccionado diversos eslóganes didácticos. Sobre unos panecillos había suspendidos unos círculos de fuego con la siguiente inscripción: «No solo de pan vive el hombre». Sobre unas cervezas: «Bienaventurados los sedientos», y sobre unos almacenes de ropa de confección: «El reino de Dios está en nuestro interior», etc.

2. Obligar a las dueñas de las casas públicas a colocar en sus establecimientos unos aparatos automáticos con todos los artículos indispensables para la higiene. En los envoltorios debe ir impreso: «Querido amigo, no olvides tu limpieza y la de tu inocente compañera». Estos aparatos, según dijo míster Cool, resultaban un negocio muy rentable, pues aunque costaban 300 francos, en medio mes ya habían producido varios miles de francos limpios en beneficio.

3. Informe al ministro de Justicia de la República Francesa. Después de haber visitado en varias ocasiones la prisión de la Santé durante unas ejecuciones, míster Cool había constatado con alegría la gran afluencia de público y el desarrollado sentido de la justicia, expresado mediante el evidente entusiasmo ante el espectáculo de tan edificante ceremonia. Había observado también el espíritu de iniciativa de los pequeños comerciantes, que habían instalado en torno a la prisión, durante las ejecuciones, puestos de golosinas, bebidas refrescantes e incluso juguetes para los niños, a los que habían hecho asistir sus enérgicas e inteligentes madres. Pero míster Cool se extrañaba de que este tipo de solemnidades no fuera utilizado como propaganda moral, y al estar completamente de acuerdo con algunas de las

particularidades del poder secular francés, proponía que la organización de esta empresa fuera cedida a su Sociedad. En torno a la guillotina se podrían instalar unas espaciosas tribunas con precios módicos, incluso para obreros, unas tiendas en las que, además de las mercancías usuales, se podrían vender fotografías de los criminales antes y después del acto de justicia, libros espirituales y morales, y finalmente un puesto de alquiler de gemelos. Una vez acabada la parte oficial del festejo se podría ofrecer una sesión de cine: la infancia del criminal y la de un hombre honrado; el primero hace travesuras, después roba, viola, mata, luego se ve su cabeza en manos del honorable monsieur Deblaire; el segundo, un niño bueno, que ahorra el dinero que le dan para comer caramelos, se casa, tiene una cuenta en la Caja de Ahorros, una renta, una umbrosa tumba y un monumento «de su eterna propiedad». Después un corto sermón, capaz de satisfacer los ideales de la parte secular de la sociedad: el criminal dejó de lado la escuela, sus obligaciones como elector, el elevado contenido de «la Patria». Para terminar, «una súplica a la Virgen por el alma del malvado» y «la Marsellesa».

4. Previendo, después de los conflictos en Marruecos, la posibilidad de una guerra, míster Cool, que temía por la desaparición de millones de cristianos, proponía a todos los gobiernos europeos que poseyeran colonias en África encargarse de la formación de ejércitos de negros. Hacer salir por la fuerza a los adultos de sus aldeas lo consideraba cruel y sobre todo nada práctico. La experiencia de las ostras, los avestruces y otros distintos tipos de animales le había sugerido la idea de hacer unos criaderos. Escogería las hembras más fecundas del pueblo, y en veinte años cualquier estado podría poseer su propio ejército, totalmente preparado para su utilización, sin destruir con ello ni los sentimientos morales ni los intereses económicos del propio pueblo.

Una vez nos hubo puesto al corriente de estos originales y atrevidos proyectos, míster Cool se quejó al Maestro del estancamiento de Europa. El ministro de Justicia no le había contestado. En muchas casas públicas habían instalado sus aparatos, pero las moralizantes inscripciones habían sido manchadas de hollín. Los anuncios luminosos contra el robo, exhibidos en Londres, habían sido destrozados durante la noche por unos malhechores, probablemente anarquistas rusos. Y finalmente, en lugar de los «criaderos de negros», Europa se inclinaba más por los Congresos pacifistas.

Por eso había decidido buscar, mediante anuncios en los periódicos, enérgicos y experimentados agentes.

Jurenito, después de expresar su entusiasmo ante las enérgicas y revolucionarias ideas de míster Cool, modestamente, aunque no sin dignidad, le habló de sus años de misionero en México y le ofreció sus servicios. Su breve discurso produjo en míster Cool una impresión tan fuerte que dejó a un lado el huevo, y sin haber llegado a escuchar el precio de los carneros exclamó: «¡Usted también es un gran hombre! ¿Aló? Será mi guía por Europa. Gastos y demás. ¿Aló? Presénteme el presupuesto».

Nos despedimos y salimos.

Un profundo abismo se abría entre el día de ayer y el de hoy. Todo estaba perdido, ya no tomé a míster Cool por el diablo, a pesar de sus sospechosos pies, sus botoncitos y sus proyectos. Pero me pareció repulsivo, y más peligroso que la mujer-panecillo o el español desnudo. Se lo dije al Maestro. Jurenito estuvo de acuerdo conmigo: «Por supuesto que es totalmente aborrecible, pero a la hora de elegir mis discípulos me dejaré guiar, no por la reacción que produzcan en mi encolerizado estómago, sino por su grado de utilidad para la causa. Para que comprendas la fuerza que se oculta en este hombre, pasaremos con él tres días. Mira y aprende. Esto va a ser más instructivo que todas las visiones de tus virtuosos ascetas».

Maestro, ¡como siempre, tenías razón! ¿Qué son todas las hogueras de san Ignacio y todo el fuego espiritual de Zósima en comparación con aquellos tres días, en los que el principal papel lo representaron el horario y la libretita azul del bolsillo lateral de míster Cool? Pasaron rápidos e implacables. Su evocación me parece una película.

Martes. Después de desayunar, a la una del mediodía, míster Cool visita una exposición. Entre otros, su atención se detiene en los bodegones cubistas del joven pintor Doro: dos tazas, un pepino y un repollo, colocados en un solo plano. Jurenito se lo explica. Míster Cool se indigna. «¡Esto es grosero materialismo! ¿Aló? ¡Inmoralidad! ¡La caída del espíritu! Comprendo un pepino entre las manos de una Madonna. El pepino místico. ¿Pero usted habla de “forma”? ¡Aló! ¡Corrupción! Lo compro». Saca el talonario de cheques, compra al dueño de la galería todos los lienzos de Doro. Tres de la tarde: el pintor, radiante, lleva sus cuadros a míster Cool. Veintiocho piezas. Otro cheque. Después, rápidamente, ante los ojos de Doro, dos lacayos negros rompen los cuadros en pequeños trocitos. «Aló, muchacho, usted debería abandonar el arte. He aquí algo bello y moral (le señala seis vírgenes blancas bajo unos cipreses). Esto no es de Doro, entonces ¿de quién es...?». Jurenito apunta: «Maurice Denis». «Con el dinero que le he dado cómprese una pequeña tienda de utensilios de cocina, o dedíquese a vender mis aparatos automáticos patentados. ¿Aló? Toda réplica es inútil, todo lo que usted haga lo puedo acaparar a través de mis agentes y destruirlo inmediatamente. ¿Protestar? Pero si son de mi propiedad. Una vez que lo he comprado hago lo que quiero con ello. El dólar, amigo mío, es el supremo poder. El dólar y la Biblia». Cinco de la tarde: sensacional noticia en *L’Intransigeant*, el joven pintor Doro aparece ahorcado. Los motivos se desconocen. A las seis, Jurenito, por orden de míster Cool, encarga una corona de difuntos con la siguiente inscripción: «No temas que destruyan tu cuerpo, el alma no la podrán destruir».

El miércoles, míster Cool decide ocuparse de política. Se entera por un diario matutino de que en Mendon, cerca de París, los obreros de una fábrica de tapicerías se han declarado en huelga, por unanimidad, hace ya dos semanas, exigiendo que se les disminuya una hora de trabajo al día. La preocupación de las clases bajas por sus

intereses groseros y materialistas, y su desprecio por el mundo espiritual, siempre indignaba a míster Cool. A las once de la mañana sus agentes privados le proporcionan datos exhaustivos sobre los cuatro miembros del comité de huelguistas. Una vez recibidas las órdenes, se ponen manos a la obra. A Pierre Granier, alcohólico, unos desconocidos le invitan a tomar algo en un bar. A las cinco, tras haberse tomado una docena de copas, se acuesta completamente borracho en la despensa. La hija de Bidot está enferma de tuberculosis y es la favorita de la familia. Invitación para viajar al sur. Un cuarto de hora de prueba, y un cheque de la consabida libretita azul. A las ocho y veinte Bidot parte en tren hacia Niza. Al veterano Bedier le atemorizan con fotografías de la cárcel, interceptadas y puestas a propósito como adorno en la oficina de uno de los agentes. Él huye a París, a casa de su sobrino. Ya solo queda Lize, que no bebe, no roba y no teme los «adornos». A las tres, larga deliberación en el despacho de míster Cool. Los agentes exigen doble paga. De nuevo la libretita. A las siete reunión de los huelguistas. Se descubre que tres de los cabecillas han huido, y el cuarto, Lize, se halla en prisión; bajo su jergón se han encontrado mil dólares cuya procedencia no pudo explicar. «¡Traidor!». «Le han sobornado». «¡Fuera!». El representante del patrón, un viejo empleado, les exhorta complaciente: «Poneos a trabajar, no habrá castigos». Alegría general. Huelga acabada. Míster Cool encarga una tablilla conmemorativa, pero vacila en la elección del texto, y pregunta por radio a su amigo el Pastor Bons, de Chicago, si es posible, teniendo en cuenta la sustitución del régimen feudal por el capitalista, efectuar una pequeña modificación en el texto de las sagradas escrituras. Respuesta satisfactoria. Sobre las puertas de la fábrica figurará a partir de ese momento: «A Dios lo que es de Dios, y al patrón lo que es del patrón».

Jueves. Primavera. Míster Cool está de buen humor. Descansa. «¡Amor, amor, tú embriagas la sangre!». ¡Adorable muchacha! ¡Aló! ¿De quién se trata? Una dependiente de la sección de guantes de los almacenes Louvre. Contratad a los agentes de ayer. Mediodía. En casa de mademoiselle Lude se encuentra su novio, monsieur Paul, que trabaja en Le Credit Lyonnais. Averiguad cuál es su debilidad. A las cinco de la tarde, monsieur Paul ha perdido ya 1.800 francos en el bacarrá. A las seis pasa a recoger a Luie. Junto a la puerta de los almacenes se separan, la muchacha llora. A las ocho recibe una carta, donde se le propone ir al «Café Royal», reservado número 8. Allí recibirá automáticamente 1.800 francos. Comemos con míster Cool en un restaurante. Junto a la entrada un mendigo nos pide un sou. Me quedo nuevamente sorprendido ante la energía de nuestro nuevo amigo. Volviéndose hacia el mendigo, levanta la mano hacia el cielo: «Valor, amigo mío, allá arriba los últimos serán los primeros». En el café, aguardo con Jurenito en el salón. Una hora después, míster Cool desciende en un santiamén hasta donde nos encontramos, alegre como siempre, y extiende a la señorita un cheque de 1.800 francos... Después de reflexionar un momento escribe en la parte posterior del cheque: «El amor todo lo perdona». (Corint. XIII.5).

Así transcurrieron estos tres días atareados de míster Cool. Al salir por la noche del café con el Maestro, yo estaba desconcertado. El olor de la cálida lluvia y los tiernos brotes de los castaños llenaban mi corazón de alegría de vivir. Imaginaba a Doro azulado y con la lengua fuera, a Lize apaleado por los gendarmes, y por fin a la pequeña Lude, que en vano intentaba en el vestíbulo del café, bajo la burlona mirada de los camareros, ocultar con el maquillaje la nariz roja de llorar, y no me pude contener: «Dígame, ¿cómo no mató usted a Cool?». Jurenito se echó a reír: «Amigo mío, ¿quién de entre los que van a la guerra destruirá el cañón? Recuerde, nosotros queremos destruirlo todo. Y Cool es un arma espléndida y pesada».

Así míster Cool, sin saberlo (pues él consideraba a Jurenito como su guía y puntualmente le pagaba cien dólares al mes), se convirtió en el segundo discípulo del genial Maestro.

## Los simpáticos dioses de Aisha. Las diversas opiniones del Maestro sobre la religión

Una mañana, en el hotel Majestic, después de escribir más de veinte cartas de negocios, Julio Jurenito llamó a un botones para que las llevara al correo. Tenía prisa, y para pegar más deprisa los sellos ordenó al muchachito negro que sacara la lengua. Este método de pegar sellos les gustó tanto a ambos, que al día siguiente el botones compareció sin ser llamado, se colocó de pie junto a la mesa y obsequiosamente sacó su lengua afilada y rugosa. Cuando el procedimiento hubo acabado dijo con orgullo a Jurenito: «Guijre también puede hacer esto». Ante nuestras preguntas de asombro nos pidió de buena fe que le siguiésemos. Penetramos en el oscuro cuartucho, bajo la escalera de servicio, donde se alojaba. En el suelo vimos un pequeño ídolo negro, hecho de cascara de nuez de coco. Estaba sentado con las piernas cruzadas y con la lengua fuera, sobre la que tenía pegado un sello de correos. Aisha (así se llamaba el botones) miraba al ídolo con la ternura de una madre mientras decía: «Guijre es muy inteligente, lo sabe hacer todo». Poco después vimos otros dos ídolos: uno de ellos limpiaba zapatos, y el otro estaba de pie ante la puerta, sobre la que había incrustado un trozo de espejo. Resultó que Shirik y Gmejo (así se llamaban los dos hermanos de Guijre) eran también omnipotentes y capaces de hacer cosas extraordinarias. El Maestro estaba contento y hasta emocionado. «Ven ustedes —nos dijo a míster Cool y a mí—, aquí, en el hotel Majestic, se encierra una maravillosa mitología. Dentro de cientos de años, Shirik sacudirá el polvo de las almas errantes, Gmejo les permitirá atravesar las puertas sagradas y el querido Guijre, con un sello de correos de dos sous, hará de mensajero de la eternidad, sirviendo de unión entre nuestro mundo y el transcendente. ¿O acaso habéis olvidado las anécdotas de sobremesa de los sabios helenos, y las gratuitas huríes del pobre conductor de camellos? Tú, hebreo —me dijo a mí—, ¿recuerdas cómo Jehová se sintió ofendido con los muchachos de su pueblo, cómo luchó con Jacob, sintió celos de los ídolos babilónicos adorados en Israel y regateó a costa de la empobrecida Sodoma? Y usted, míster Cool, ¿no ha atribuido a Dios todas las actividades humanas, desde el nacimiento hasta la muerte, dejando de lado tan solo algunos aspectos fisiológicos? La pobre mujer de Rafael, que dicho sea de paso cumplía muy honestamente con sus obligaciones conyugales, ¿a cuántas devotas solteronas de Alemania hizo llorar lágrimas de desesperación con su reproducción de Dresde? ¿Acaso imaginó la humanidad para su particular tribu del Olimpo reglas distintas de las que rigen el Imperio Chino o la República de San Marino? (O la monarquía de

Judea, la oligarquía de la India, y finalmente la plutocracia de los miles de ascetas que vivieron en la santidad del buen católico). Unos suavizaron la tiranía de la justicia mediante la intervención constitucional de la clemencia; otros, por el contrario, solemnemente, restauraron el absolutismo de Dios y del Señor. Existen los Ministerios Celestiales: el de la guerra con los diversos grados de serafines, querubines, arcángeles y ángeles; el de justicia con el juez, el fiscal y el abogado defensor, las circunstancias atenuantes, la balanza del mercader, la prisión por tiempo definido y por tiempo indefinido; el de educación con los profetas, la propaganda, e incluso los anuncios luminosos sobre las paredes del palacio de Babilonia. Vosotros, hijos míos, seguís masticando el alimento que ha pasado ya por los cuatro estómagos reglamentarios, mientras que Aisha prepara uno nuevo para los Claudel y los Bulgakov del siglo xxx».

Aisha escuchaba al Maestro fascinado. Abrió de nuevo la boca, pero esta vez sin ningún propósito práctico. La profusión de palabras enigmáticas y de maravillosos nombres le dejaron tan admirado que, poniéndose de rodillas, besó la punta de la bota de Jurenito. El Maestro le dijo: «Desde ahora me seguirás a todas partes». «Qué pena, de haberlo sabido le hubiera ofrecido un criado mejor», observó míster Cool.

Pregunté al Maestro por qué había elegido al negrito. «Él cree —contestó Jurenito—, y esto es tan raro en vuestra Europa como una virgen bonita o un ministro honrado. Vuestra fe es cobarde, está cubierta por la sombra de la duda, la ironía, la curiosidad infantil y la prudencia de un mercachifle, que teme equivocarse con la mercancía. ¿Qué clérigo no mira sigilosamente en un libro de texto escolar de historia natural la gran faringe de una ballena, y no intenta explicar la Inmaculada Concepción mediante el complejo simbolismo del filósofo de moda? Vuestra incredulidad no es más valiente que vuestra fe, tras ella se urde la superstición, las conversaciones media hora antes de la muerte, los libritos de Steiner, la eterna mendicidad a las puertas de la sociedad de seguros. Vuestros ateos, que mientras beben vasitos de vermut se arman de valor y blasfeman, después, cuando recuerdan el tufillo del cementerio en un día de verano, agarran el evangelio bajo el brazo, por si acaso, y deliberan acerca de la inmaterialidad del espíritu (haciendo un gesto vago con los dedos), y no duermen en toda la noche si a sus esposas se les rompe el espejito de tocador. Yo tomo a Aisha porque en él la fe está viva, desnuda, desvergonzada, inspirada, y eso se convertirá en un arma consistente entre mis manos. Otros ven en mí un maestro o un aventurero, sabio o granuja, pero para él yo seré un Dios que sabe pegar sellos y dice cosas extraordinarias, al cual podrá dibujar, modelar, esculpir en madera, y en el cual no dejará de creer hasta que exhale el último suspiro».

Así habló el Maestro. Míster Cool, cautivado por estas ideas, en vano intentaba sublevarse y finalmente, para justificarse a sí mismo y a su sonrisa de simpatía ante unos juicios tan inmorales, contestó: «Amigo mío, sé que usted bromea. Es usted indudablemente un buen cristiano, y además un excelente guía», y golpeó

cariñosamente a Jurenito en un costado con uno de sus rollizos dedos.

Posteriormente el Maestro, en muchas ocasiones, volvería sobre las cuestiones de la fe, las creencias y las religiones. Él hablaba sobre todo esto y también sobre otras cuestiones a las que llamaba «importantes problemas», haciendo bromas y chistes continuamente. El Maestro afirmaba que académicamente, con voz altisonante y dando citas bibliográficas, solo se podía hablar del procedimiento para ennegrecer una pipa, de las distintas maneras de expectorar, con silbido o sin él, o de la forma de las piernas del inimitable Chaplin. En todas las demás ocasiones, prefería una sonrisa burlona a una plegaria, y un ameno folletín a un ensayo de muchos tomos. «Cuando ya se ha explorado todo el jardín —nos decía—, es inútil caminar por los senderos con aire absorto y un atlas botánico en las manos. Solo retozando, saltando sin ton ni son por los parterres, pensando en un beso no cobrado o quizá en unas natillas, es posible encontrar por casualidad alguna flor aún desconocida».

Al intentar transmitir las diversas opiniones de Julio Jurenito acerca de la fe temo, a causa de mi carácter sombrío y desmañado, darles la errónea impresión de una premeditada seriedad. Estos pensamientos eran ligeros y puros, como el gorjeo de una muchacha de dieciséis años hablando de los distintos sistemas de representación proporcional.

Un día, mientras trasladaba del cuartucho del Majestic a su estudio a los hermanos Guijre, Gmejo y Shirik, el Maestro dijo: «Estarán a gusto entre el Cristo de la sayita y el Buda de bronce, que se acaricia el vientre con un dedo. Los dioses son hermosos, semejantes entre sí y dignos unos de otros. Pero es inútil que ustedes intenten imitar a Aisha. Él fabrica un Dios, y como el joven poeta que acaba de escribir su primer poema, sale corriendo emocionado con el cordón umbilical aún colgando. Mientras que vosotros dais a empollar a los colegiales un libro encuadernado en tela (con esquinas de piel e iniciales), de un genio descompuesto hace ya quinientos, mil o dos mil años. Lo respetáis, pero no os interesa; solo rara, muy rara vez, en la antesala de un dentista, cuando estáis muy aburridos, piadosamente abris la doscientos cuarenta y seis edición. Para vosotros Dios no es el pan, no es la vida, y ni siquiera es un artículo de lujo, sino una especie de tarro de unguento (¿quién se lo recetó a quién? La receta se perdió hace tiempo). Está ahora sobre la estantería del cuarto de baño, y no lo habéis tirado solo porque lleva allí tanto tiempo que habéis dejado de notar su presencia.

»Por supuesto que los experimentos con Job —observó en una ocasión el Maestro—, resultaron un poco arriesgados. Tal vez ahora La Asociación para la Lucha contra la Vivisección habría exigido responsabilidades a ambos contrincantes. Al menos Job, por la pérdida de su mujer, de sus hijos y del ganado habría recibido una indemnización. No obstante, antes de llegar a la resurrección recibió una nueva esposa, y además más fecunda. Es posible que Job incluso sacara algún provecho; en todo caso la virtud triunfó. Pero ¿qué decir de Berk, el viejo peletero Berk, que fue más justo que el propio Job, alabó la justicia del Señor día y noche, y murió con el

vientre rajado en el vertedero de Balta? ¿Serán felices sus hijos? ¿Y sus nietos? Sí, sí, aproximadamente hasta la vigésima generación... Sin embargo, siguen rajándoles las tripas a los de la trigésima generación, y además a conciencia, sin titubear. ¿Acaso se trata de una nueva broma del Todopoderoso? Si no, ¿por qué millones de Berks deben morir a causa de su desenfadada pasión? No, aquí está claro que se trata de un asunto sucio, incluso un niño de pecho sabe que Iván, honrado, trabajador, bondadoso, etc., morirá entumecido por el hambre; y en cambio un segundo Iván, ladrón, estafador y criminal, ni siquiera pestañea ni siente remordimientos, ni se arrastra a cuatro patas, ni sufre los sudores que tanto satisfacen a la humanidad, ¡absolutamente nada! No, hasta el último minuto todo ha sido inspeccionado, y no se ha descubierto nada consolador.

»Entonces se comienza a investigar algo más difícil. La tierra es la tierra, pero ¿qué hay sobre ella? Justicia, recompensa y castigo. Por supuesto que es posible que seamos polvo y vapor, pero ¿y si no es así? ¿Quién lo sabe? Vive, vive el hombre, y un día comiendo salmonetes a la crema se ahoga con una espina. Fin. ¡Quién sabe!, ¿será cosa de Dios? ¿De la casualidad? Tal vez esta inteligente casualidad acabó los estudios de teología y se examinó bajo el nombre de “Providencia”. En la iglesia, una abuela reza a su “solicita protectora”. Burenushka está preñada, ¡dale una ternera, Virgen bendita! En lugar de la abuela, santa Genoveva, en lugar de la ternera, los godos, y ya está listo un fresco de Puvis-de-Chavannes. Eso en lo que respecta a la tierra, y en lo que respecta a lo de arriba..., aún es más dudoso. Solo incertidumbre. Se trata de un arma de doble filo. A cualquiera le resultaría más agradable enviar una carta así y que además en Correos se la certifiquen, pero no es tan sencillo. También se escriben libritos, y las escuelas... La falta de fe se extiende, y la moneda del país celestial ha perdido totalmente su valor. El cajero ha huido a nado, se ha ido a pique entre la niebla que se ha formado a su alrededor».

En otra ocasión el Maestro nos habló de la influencia del sexo sobre la religión: «A un toro furioso se le sacrifica. Si a la yegua no le dan en su momento un caballo se pone enferma. No existen gatos que se enamoren de los perros, y ni el más depravado foxterrier haría la corte a una oveja. Nosotros somos de otro modo. Así como cuando se alcanza la cumbre se empieza a descender, el goce sensual anticipado es el más largo y dulce calambre de la pasión. Muchos buscan el placer en el celibato. En el lecho la imagen se empaña, incluso en el momento de mayor placer. Una frágil muchacha espera sobre el lecho nupcial (cuando sus amigas se lo contaron todo parecía mejor). Todo sucede rápido, de un modo excesivamente neto y sin sabor. Además, él resopla. Y ese otro, con rizos dorados, es mortalmente aburrido, insoportable... ¡Ay!, ¡construye lo antes posible un blanco refugio con candelabros de cobre y cortinas almidonadas! El señor cura, tras las cortinillas del confesionario, escuchará millones de suspiros y confesiones, con las que inútilmente sueñan los agricultores y los cerveceros. Nada. Si alguna vez pudiera hacerse una pequeña falsificación, y volverse un poco hacia la madre naturaleza. Pero ellos, resoplando o

sin resoplar, primero se enardecen con el olor a sobaquillo, y después sienten un acceso de náuseas. ¿Acaso no han compuesto poemas sobre la belleza celestial de esta o aquella, un imposible que no necesita sobaqueras?; ¿acaso no la han pintado sobre un trozo de lienzo? Yo vi en un pueblo cerca de Burgos a un pastor, un torpe muchacho de veinte años, que con gesto majestuoso se castró en la iglesia de la aldea ante el retrato de ella, y una hora después moría bañado en sangre. Él era un “degenerado”, pues los demás solo se bañan en la baba de la lascivia o en las tintas de la ternura. Pero, ¿y las sectas secretas de pescadores, o los sacrílegos besos a los iconos, o las viejas monjas que sacuden por la noche el polvo de las estatuas, o el decrepito Verlaine, que pasaba de una mujer sucia y arrugada a la fría estatua de una muchacha con una rosa en la mano...?».

Fuimos a Londres y visitamos con el Maestro una iglesia protestante. De las paredes desnudas pendían tan solo unas huchas y los horarios de la escuela dominical. El pastor habló con mucha elocuencia de la moralizante vida del Salvador y de la nocividad de las bebidas alcohólicas. El Maestro nos dijo: «Pobre gente, repiten una y otra vez el gesto de un niño que arranca de su juguete cintas y cascabeles para encontrar en su interior un pedazo de estopa. Les ofrecieron una bonita muñeca: Roma. Pero ellos no han comprendido que su más profundo sentido estaba en los encajes de las ceremonias, en los galones de los dogmas, en el susurro de las misas, en el carmín y el oro de las coronas. Empezaron a quitarse las vestiduras y arrancarse las casullas, temiendo que el cuerpo verdadero quedara convertido en casulla, sin darse cuenta de que bajo el contacto de los labios humanos las casullas se hacen vivas y cálidas, y de que al margen de esto los cuerpos no existen. Después de mondar un repollo hoja por hoja se encontraron con un tronco de berza, una hucha y un pastor que no aprueba aquello que (dicho sea de paso) es estupendo, sin ninguna duda».

Cuando en París, en el año 1913, se fundó la «Asociación para la organización racional de los pequeños comerciantes», Jurenito, en calidad de propietario de una tienda de collares de coral, asistió a la asamblea organizadora, y propuso que se colocara a la asociación bajo sublime protección de la Iglesia Apostólica. «En ningún lugar —dijo— he visto una actitud tan solícita, enternecedora y al mismo tiempo racional hacia el pequeño comercio como en los muros de las iglesias. Del mismo modo que existen pecados grandes y pequeños, existen redenciones caras y baratas. La Iglesia borra de la memoria la idea, tan querida por los holgazanes y parásitos y tan odiada por nosotros, de la “dádiva”. Algún mezquino filósofo ateniense aseguró que es posible hacer el bien por el bien. La Iglesia dijo: “No, nada es gratuito. Por cada bien un billete (ellos responden del patrimonio celestial). Por los pecados hay que pagar: una inclinación de cabeza, cien inclinaciones de cabeza, una vela y dos sous, cuarenta sous, la construcción de una capilla, un viaje a Lourdes, a Santiago, a Roma”. Nosotros comerciamos bajo la santa protección de Pedro, en cuya casa existen los correspondientes libros mayores, con sus entradas y salidas, que nos son

tan queridos, así como balanzas y sólidas llaves para candados americanos». El discurso de Jurenito se cerró con aplausos, pero su proposición no se votó a causa de la propuesta del dueño de una tienda de artículos de goma, que mantenía el punto de vista de crear una «asociación» totalmente laica.

Mientras instruía a sus discípulos, a Julio Jurenito le gustaba mostrarnos distintos especímenes de razas humanas. A mí siempre me asombraba la innumerable cantidad de personas con las cuales mantenía relaciones amistosas, de negocios, y con mayor frecuencia indefinidas e inútiles en apariencia. Así, en Gante nos presentó a un tal Zout, un flamenco que tocaba el trombón y que fumaba en una larga pipa de arcilla mientras esperaba el café ante una de esas complicadas máquinas de «filtro». Este Zout, aparte de los susodichos méritos, era, según mis conjeturas, pariente del escritor Maeterlinck. Llegué a esta suposición por muchos indicios. Así, por ejemplo, cuando en un momento dado todos nos quedábamos callados y en la habitación se hacía silencio, Zout suspiraba con gravedad y después afirmaba: «Hay alguien presente en la habitación». En general, su silencio no era ordinario, sino que tenía siempre un toque de solemnidad. Sus palabras favoritas eran: «Alguien», «algo» y «extraño». Se expresaba así más o menos: «Me siento triste, alguien está atravesando el jardín»; «en este momento algo le está sucediendo a cierta muchacha, por eso se me hace más pesado el tiempo»; «¿oís qué extraño suena el reloj? Algo vaticina». Después del café matinal se veía invadido por los recuerdos de los sueños que había tenido, después de la comida por sombrías sensaciones de otros mundos, y después de la cena por presentimientos de encuentros misteriosos (que, por otro lado, no le impedían comer con apetito). En todo veía el misterio, en la forma de una nube, en un pájaro que entraba volando en la habitación, hasta en la sopera que había roto su sirvienta, una desmañada flamenca. Después de pasar dos horas con él, empecé a sospechar que no solo estaba emparentado con Maeterlinck, sino que estaba enfermo de los nervios. Hice partícipe al Maestro de mis sospechas, pero él replicó: «¡Ay!, Zout está completamente sano, y no creo ni siquiera que sea pariente de Maeterlinck; además, de tales parientes el venerable poeta debe reunir aproximadamente un millar. Zout tiene en su casita un pararrayos y en el vestíbulo un barómetro; cuando se pone enfermo llama al mejor doctor, y a causa de su inquietud no puede pronunciar ni una sola palabra hasta que el médico, después de meterse el estetoscopio en el bolsillo, le dice por fin el nombre de la enfermedad en latín. A Zout le gusta mucho pronunciar la palabra “Providencia”, pero se ha vacunado, no obstante, contra la viruela, la difteria y el tifus... Por supuesto que si le preguntas acerca de todo esto él no se inmutará, y dirá algo así como que “no hay que tentar al Señor”. Pero en él puedes observar a un hombre que no es capaz de vivir sin misterio. Tú dices que en el mundo hay aún muchas cosas confusas. Por supuesto. Pero de la larga serie de habitaciones selladas han sido descerrajadas algunas puertas, y allí ha quedado al descubierto un mobiliario de lo más vulgar. Esto deja tan fríos a los Zouts que se ven obligados a sellarlas de nuevo. Después vienen los cosméticos, los zurcidos en los pantalones rotos y los

diferentes métodos de una vieja ramera para hacerse pasar por una doncella pura».

Volviendo a la cuestión del misterio, el Maestro me presentó a un teósofo alemán llamado Wolf. En su vida cotidiana, Wolf era un alemán como tantos otros. Tenía algo parecido a una esposa, una joven caquética llamada Matilde, que realizaba en la casa los más variados quehaceres. Pero a veces, después de haber comido gran cantidad de cerdo y bebido cerveza también en abundancia, y después de haberse fumado un cigarro puro, como no sabía qué hacer después, es decir, durante el tiempo en que el resto de los mortales leen artículos sobre la crisis ministerial, cazan moscas o simplemente se limpian de formas diversas la nariz, las orejas, etc., Wolf se ponía muy serio, encerraba en la cocina a su especie de esposa para que no le molestara con el tintineo de la vajilla, declaraba que se encontraba en una disposición sublime, y del mundo astral en que se encontraba antes (con su cerdo y su Matilde), pasaba a su atalaya, donde se abstraía completamente y lo veía todo. Después sucedía algo totalmente increíble. Resultaba que Wolf antes no había sido Wolf, sino una alondra, el jefe de las tribus aztecas o la amante de Luis XV. Aparte de esto, se sabía no solo los nombres de todas las ciudades de la Atlántida, sino incluso el horario de los tranvías de su capital. Enseñaba a sus compañeros de trabajo una simple moneda de céntimo y trataba de convencerles de que se trataba de una de las monedas de plata recibidas por Judas. Una mancha de nacimiento que tenía en la parte inferior de la espalda era una señal predestinatoria relacionada con una estrella de la constelación de Casiopea. Durante los veranos salía un mes de vacaciones y se iba a Dornach, a casa de su maestro Steiner, y allí acarrea piedras para construirse una especie de templo. El Maestro hablaba de él como de un hombre muy astuto y encantador: «Wolf lo sabe todo, pero le aburre fatigar su mente con problemas matemáticos o con tratados de sociología. Además, ha tragado suficiente purgante de la Reforma como para volver a la agradable mística de un carnicero de la Edad Media. Por eso ha preferido inventar un divertido misterio, y después revelarlo mediante un ingenioso procedimiento. Esto no es, de ningún modo, peor que los rompecabezas de los números dominicales de los diarios. Es un deporte práctico y decente. ¿Acaso no ves aún claro el camino que va desde Aisha hasta Wolf...?».

Cuando viajábamos por Italia a menudo visitábamos las iglesias. Normalmente, eran confortables, pero sucias; había pocos que respetaran el cartel: «Por respeto al lugar, se ruega no escupir». Con frecuencia, aparte de las abuelitas chismorreando y de los niños jugando al escondite, encontrábamos en las iglesias gatos, perros y hasta un gallo. También vimos muchas ceremonias curiosas. En Cettignano enterraban a Cristo unos jinetes disfrazados, gente con máscaras, con diminutos agujeritos para los ojos, viudas de luto y muchachas vestidas de novias. El acto tenía lugar por la noche a la luz de las antorchas, bajo el estruendo de los tambores y el llanto de los monjes. En Florencia trajeron a la Catedral un toro blanco, sobre el que iba sentado, con aire triunfal, un individuo. El toro iba cubierto con una coraza que le cubría desde la cabeza al rabo. Todo esto concluía con el lanzamiento de un cohete en forma de

pájaro, que volaba por la iglesia envuelto en llamas. En Roma, en una iglesia subterránea, un monje, gritando frenéticamente, llevaba tras de sí a los feligreses de altar en altar, azotaba su cuerpo con cuerdas y después se metía en un ataúd. Finalmente, en Nápoles, a la luz de cien hogueras, entre el estruendo de fuegos artificiales y petardos, empezaba a fluir la sangre de la estatua de san Genaro. Al principio la sangre, por alguna razón, no quería salir, y la multitud aclamaba al santo con expresiones particularmente italianas, compuestas de una excelente combinación de palabras sublimes e injuriosas. Después la sangre empezaba a fluir, todos aplaudían y gritaban «bravos» al santo. La ceremonia acababa con unos bailes. Mientras observaba todo esto, el Maestro decía: «El pobre cautivo del Vaticano, como es su deber, dormita con la cabeza vuelta hacia atrás. Sueña con su enemigo Voltaire, y ni siquiera sospecha la existencia del actor de cine Max Linder». Durante el transcurso de muchos siglos, la religión ha cumplido honestamente con su papel de válvula de escape de las emociones humanas. Para ello ha fomentado el arte, y ahora muere por la competencia de su propio cachorro. En lugar de las habituales consideraciones de los pastores de la Iglesia, las populares conferencias de la Universidad Nacional; en lugar del Decálogo, la invulnerable moral establecida por los tenderos. En qué se han convertido las grandes pasiones, el esplendor, el asombro, las sotanas moradas y el rugido de los órganos. En las muecas de Chaplin, en los *loopings* mortales del aviador Pegoud y en los millones de farolillos de los próximos carnavales.

En aquella época el Maestro presentó al Papa Pío XI una memoria, que no se llegó a imprimir en ningún sitio, pero que provocó la indignación de la mayor parte de la prensa romana. El diario *Osservatore Romano* daba a entender, incluso, que se trataba de una intriga procedente de alguna gran potencia. No conservo ninguna copia de la memoria; no obstante, creo indispensable transmitir su contenido. Julio Jurenito no podía soportar los torpes anacronismos, incluso aunque no le afectaran directamente. Igualmente le irritaban la escasa difusión de la luz eléctrica en París, el centinela con peluca colocado ante el palacio del rey de Inglaterra y el hecho de que yo mismo le besaba la mano a alguna dama. En el informe proponía al Papa varias medidas para atraerse nuevos clientes con éxito. Resulta totalmente insuficiente que dos profesores de la Academia Eclesiástica escribieran conjuntamente seis paginitas acerca del pragmatismo, o que se tomara la decisión de iluminar las iglesias con lámparas eléctricas. Era necesario estudiar dónde y bajo qué condiciones es más fácil captar almas, tan cuidadosamente como estudia el comerciante la manera de anunciarse. El hombre de antaño poseía un sentimiento llamado «religiosidad», que procedía de la contemplación de la naturaleza. Se explicaba esta por una inclinación hacia la primitiva armonía, la paz y la belleza. Las iglesias, las capillas y las cruces se construían en lugares apartados y tranquilos. Por eso eran lugares de reposo, pero ahora el reposo consistía en descansar media hora después de comer para hacer la digestión, en la holgazanería y en dos o tres pensamientos de carácter frívolo. La

naturaleza se admira varias veces al año, de sábado a lunes, con una apresurada exclamación, «¡qué bello es eso!», un paseo, una comida y unas postales de paisajes. Pero «el sentimiento religioso», o más exactamente el sentimiento de entusiasmo del que la religión puede sacar provecho, surge en el hombre actual ante la sensación de rapidez de movimientos: el tren, el automóvil, el avión, las carreras, la música, el circo... Por eso había que construir capillitas transportables en expresos y en automóviles, y reorganizar todos los oficios divinos, cambiando la lentitud y grandiosidad por el frenesí; trasladarlos a las plazas de toros, con saltos pasmosos, carreras, látigos, chillidos y despegue de aviones. Estas eran las ideas básicas de la memoria. No hubo respuesta.

Al citar las opiniones del Maestro sobre la religión, no puedo dejar de mencionar cómo devolvió a la Iglesia Apostólica una oveja descarriada, precisamente el alcalde de Guiriec, monsieur Tic. Este alcalde era odiado por todos los curas de los alrededores y hasta el diario parisino *La Croix*, en sus artículos, especificaba a qué castigos exactamente sería sometido en el infierno. Tic, en una de las iglesias, hizo construir una sala de baile, una escuela de esgrima y otros «razonables esparcimientos», y cuando pasaba junto a otra que seguía cumpliendo su antiguo cometido escupía tres veces. Borró de todos los libros de religión de las escuelas la palabra «Dios», sustituyéndola por la palabra «ídolo», y ordenaba escribir una carta, no a Saint Nazaire, sino simplemente a Nazaire. No voy a citar las largas charlas que hubo que mantener y los simplistas y vulgares argumentos de monsieur Tic: ¿cómo la ballena pudo tragarse a Jonás?, ¿cómo es posible hacer un bebé sin la colaboración de un hombre?, y cosas por el estilo.

Dejando de lado estos problemas teológicos, Jurenito pasó a la esencia de la cuestión. La base de nuestra vida social se funda en la religión. Al no estar informado de ello, monsieur Tic arroja piedras sobre su propio tejado. En realidad, es un anarquista. Esto no lo pudo soportar el alcalde, y comenzó a pasearse agitado por el salón, mirando si no había nadie en la habitación contigua y enrollándose alrededor del vientre la banda tricolor. ¿Por qué los esclavos egipcios construían una pirámide? ¿No era acaso porque estaban guiados, perdone usted monsieur Tic por la expresión, por... el mismo Dios? (El alcalde se quejaba de su dolor de cabeza). La jerarquía terrestre está basada en la conciencia celestial. Si no existe Dios, entonces ¿por qué tiene monsieur Tic una buena casa? ¿Por qué no se la puede quitar Loto, el jornalero? ¡Ay! ¡Monsieur Tic es tan imprudente! (El alcalde empezó a excusarse, a decir que estaba ocupado, que tenía una reunión).

Una semana después en *La Croix* se publicaba lo siguiente: «Otro Saúl más. El alcalde de Guiriec, monsieur Tic, conocido por sus persecuciones a la Iglesia, se presentó hace unos días en casa del abad de la iglesia de Saint Antoine y dijo que junto al arroyo Fiu se le había aparecido santa Deva y le había dicho: “Arrepiéntete antes de que sea tarde”. A principios de junio, el primer tren especial de peregrinos se dirigirá hacia Guiriec, al arroyo Fiu. Las inscripciones en la redacción».

También estuvimos con el Maestro en las catacumbas cerca de Roma, en la Via Appia, y mientras observábamos los negros y resbaladizos pasillos, respirando un tufo maloliente y admirando hasta la saciedad a un viejo monje que vendía a buen precio, a dos campesinas bávaras, la aún tierna costilla de cierto mártir, llegamos de nuevo arriba. Era un lugar espacioso, fresco y solitario. Me atreví entonces a preguntarle al Maestro qué pensaba acerca del futuro de la religión. Jurenito dijo:

«Al final acabarán pudriéndose todos los huesos y todos los dioses. Se desplomarán las catedrales y se olvidarán las oraciones. No lo lamente. Mira: allí, bajo el sol, levantando las patas, brinca por la pradera un pequeño potrillo. ¿Acaso no transmite el infinito entusiasmo de la vida? Mientras que aquí, en su cuchitril, levantando el hocico hacia el cielo y con el rabo agachado, aúlla un perro. ¿No está en él impresa toda la amargura de la tierra? A aquel se parecerán las gentes del futuro, y nunca tendrán la sensación de que sus vestimentas pesan miles de kilos.

»Observa con frecuencia a los niños. Me gusta de ellos, no solo el recuerdo de los mejores días del ser humano. No; en ellos veo el arquetipo del mundo futuro. Amo al bebé que aún no conoce, y que con un gesto majestuoso alarga sus manos para coger, ¿qué cosa? ¿El broche que su madre lleva en el pecho?, ¿una manzana del jardín?, ¿una estrella del cielo? Después le enseñan cómo vestirse, cómo besar la mano del padre, cómo jugar y cómo rezar. Hasta entonces es un salvaje, completamente inútil y bello. Si quieres aprender a odiar como es debido a la gente, ama mucho a los niños. Ultraja los lugares sagrados, infringe los preceptos, ríete, ríete fuerte cuando no haya que reírse. En la risa y en el llanto deja libre un lugar para él, para el futuro, para que lo vacío siga estando vacío».

## Alexei Spiridonovich busca al hombre

**A**l día siguiente de nuestro encuentro con Aisha, fuimos todos juntos a pasar una semana a Holanda, donde Julio Jurenito tenía un montón de cosas que hacer: asistir a una reunión de los miembros de la Asociación para el Alcantarillado de la Isla de Java, presentar un informe en el Tribunal de Paz de La Haya y adquirir un gran lote de cuadros de maestros del siglo XVII, así como café, unos cuchillos, y unos preciosos grabados del dibujante expresionista alemán Otto. Por el camino paramos en Amberes, y por la noche fuimos al puerto. Nos encantó la larga hilera de cafetines, con los bananos de cobre en los que se balanceaban los loros, y los negros con pipas en calabazas clavadas en sus labios de hojalata. Entramos en un cafetín que parecía el más tranquilo (míster Cool manifestaba por todos los medios sus temores respecto a la Biblia y a sus dólares). Por encima y por debajo de las mesas se hallaban sentados hombres de todos los colores: blancuzcos escandinavos, rojizos flamencos bien tostados por el sol de Italia, abrasados árabes, y ya como colofón negros somalíes. Se pusieron a gritar frenéticamente y míster Cool, agarrándose a sus dólares, empezó a citar mentalmente la Biblia, convencido de que en ese momento iba a comenzar una pelea con todo lujo de navajas y quizá de pistolas. Pero el Maestro le tranquilizó explicándole que se trataba de una algarabía totalmente amistosa, en la que se discutía sobre las cualidades de las piernas de la hija del dueño de la taberna. Un melancólico inglés estaba sentado solo dentro de una especie de pajarera y cada cinco minutos escupía y pedía «un whisky»; después, animándose un poco, repetía para sí mismo un truco infantil, consistente en la misteriosa aparición de una moneda en el sombrero y, después de contemplarla atentamente, se reía durante un buen rato. Los franceses bebían poco y bromeaban mucho; uno de ellos se jactaba de que en Marruecos, en un solo día, había matado a once bandoleros; otro presumía de que en Nimes, en una sola noche, había proporcionado toda clase de placeres a un gran número de muchachas. Ambos, cuando junto a ellos pasaba la sirvienta, una horrible mujer de cincuenta años, la cogían por el brazo, más arriba del codo, exclamando «¡eh!, ¡eh!, ¡belleza!», lo que, según parece, era ya como un rito. De pronto, en un rincón alejado alguien empezó a gemir en ruso: «Amigo mío, hermano mío, dime: ¿soy acaso un hombre?». Miré a mi alrededor y vi a un típico intelectual ruso, con una barbita rala como si le hubiera crecido en un año de mala cosecha, con unos quevedos que tenían un cristal roto y con un amplio sombrero de fieltro sobre el cual, sin duda, se habían sentado o tumbado todos los parroquianos de la taberna.

Sacudía con insistencia a uno de los negros, el cual no podía de ningún modo

contestar a tan profunda cuestión, y más teniendo en cuenta que le era formulada en una lengua desconocida. A causa de la agitación y del esfuerzo por entender, sacaba la punta de la lengua y balanceaba la cabeza hacia todas partes. Este espectáculo era tan pintoresco y enternecedor que nos trasladamos a la mesita del ruso, el cual se alegró enormemente al ver a un compatriota, y enseguida me propuso resolver el problema que no había podido aclararle el pobre somalí. Luego declaró con mucha gravedad, rompiendo para ello una jarra y cuatro vasos, que «todo es una ficción». Esto agradó a Jurenito, quien le expuso al filósofo ruso unas pequeñas pero interesantes pruebas, o expresándome en un lenguaje más patético, «milagros», que corroboraban la inexistencia del espacio y del tiempo. El ruso se quedó hasta tal punto conmovido que palpó sus bolsillos y la nariz del negro, permaneciendo después largo rato sentado y ensimismado, acercando su mano, en la que llevaba un reloj de pulsera, a la oreja y, según parece, comprobando que este seguía funcionando. Convencido de que el negro tenía nariz, de que el reloj no estaba roto y de que a la vez ni el tiempo ni el espacio existían, al no saber cómo compaginar todo esto, el ruso empezó a hipar, pidió otro litro de vodka y manifestó con orgullo: «Todo es una ficción, pero existe el hombre». Ante la afable sonrisa burlona del Maestro se sintió ofendido y quiso marcharse, pero no se marchó, sino que consideró necesario presentarse: «Un hombre libre, Alexei Spiridonovich Tishin». Acto seguido manifestó un imperioso deseo de contarle su vida a Jurenito, y nos pidió que fuéramos a la estación a sentarnos en un vagón vacío. Ni siquiera yo podía comprender el curso de sus pensamientos. En voz baja manifestó que estaba acostumbrado a contar su vida a los desconocidos en los vagones de tren, y puesto que tenía ya más de treinta años le resultaba difícil cambiar de costumbres; contar su vida le era muy necesario, pues de lo contrario tendría que golpear al negro, ahogarse o construir barricadas allí mismo. Ninguna de las tres posibilidades nos agradaban lo más mínimo, pero no teníamos ganas de ir a la estación. Con su particular tacto el Maestro convenció a Alexei Spiridonovich de que una taberna del puerto era lo mismo que un vagón y que por eso, al contar allí su vida, no se apartaba ni de la tradición de la gran literatura rusa ni de sus costumbres de treinta años.

Había nacido Alexei Spiridonovich en la ciudad de Yelets, y allí transcurrió su infancia. Su madre, poco tiempo después del nacimiento de Alexei, huyó con un francés llamado Jorge, peluquero de la nobleza. En Moscú, Jorge recibió de ella un «regalo de incalculable valor», es decir, un cofrecillo con brillantes, y considerando concluida su misión en aquel país de salvajes, huyó a su patria, Toulouse. La madre de Alexei trató de subsistir, escribió algunas cartas, fue a ver a sus parientes, vagabundó durante dos años y por fin murió. El muchacho creció junto a su padre, general retirado y hombre enormemente autoritario. Le cuidaron varias institutrices, que cambiaban con bastante frecuencia y que por lo demás dedicaban su tiempo libre a cuidar del general. Después de pasar la noche en la alcoba del padre pegaban a Aliosha, le pellizcaban sin motivo y después le decían riéndose: «Anda vamos,

inténtalo, vete a quejarte a tu padre». En cambio, cuando el destino les obligaba a pasar largas semanas en la habitación del niño, previendo la desgracia, regalaban a Aliosha tarritos de crema y le decían al oído: «Sé un niño bueno y ve a decirle a papá que te quiero mucho y a él también. Pero no le digas que te lo he dicho yo». El general bebía sin parar. A veces cogía un látigo, que estaba colgado sobre un diván turco, y azotaba a Aliosha en las espaldas mientras decía: «Hijo de puta, ¡lo tienes bien merecido! ¡El diablo sabrá de quién eres tú! ¡Sucio barbero! ¡Vete a enjabonarte el hocico!». Después, por la noche, despertaba al muchacho y este, aterrorizado, veía al viejo en camisón y a cuatro patas ante su camita, diciéndole: «¡Mi ángel puro! ¡Sol mío! ¡No soy digno de ti, soy un reptil, un lujurioso! ¡Aplástame! ¡Escúpeme! ¡Vamos, escupe a tu padre!». No se quedaba tranquilo hasta que Aliosha hacía como que le escupía. A veces, después de esto, el general humildemente se arrastraba a gatas como un perro hasta su caseta; pero a veces, de pronto, se levantaba bruscamente y bramaba: «¿Escupes a tu padre, mocoso?». Entonces cogía el látigo y todo empezaba de nuevo.

Alexei Spiridonovich recordaba especialmente una noche. El general había traído a casa un osito que se hizo íntimo amigo de Aliosha y participaba de todos sus juegos. Al osito le pusieron el nombre de Bumba. Era torpe, apasionado por los dulces y muy cariñoso.

Una noche, el general despertó a Aliosha, la arropó cuidadosamente con una manta y la llevó al jardincito. Allí, atado al cenador por sus patas traseras estaba Bumba. El general blandía un revólver y se reía a carcajadas: «La muerte de san Sebastián, un cuadro digno del pincel de Aivazovski, ¡ji, ji, ji! ¡Mishka,<sup>[2]</sup> tráete una botellita de zubrozka para celebrar la transición del alma del siervo de Dios Bumba!». El osito, creyendo que jugaban con él se relamía y gruñía. El general disparó, pero estaba tan borracho que solo le alcanzó en la pata. Bumba chillaba desesperado, como un cachorro cuando le pisan el rabo. Por fin todo terminó. Llevaron arriba a Aliosha en estado de inconsciencia. Fiebre, delirio. Luego se restableció.

También habló Alexei Spiridonovich de sus juegos de infancia. Lo que más le gustaba era cazar moscas en la ventana y arrancarles las patas y las alas. Pero después le daban lástima. Entonces construía una «enfermería para moscas» con cajitas de cerillas; y metía en una a las que no tenían alas, en otra a las que tenían solo un ala, en una tercera a las que no tenían patas, etc. A veces rezaba ante una imagen de Nuestra Señora para que dejara entrar en el paraíso a Bumba y a mamá (sobre la que había oído hablar a la vieja ama de llaves), pero después, irritado porque solo él no tenía mamá y porque a Bumba le había matado su padre de un tiro, sacaba el gran alfiler del sombrero de la institutriz de turno y lo clavaba en los ojos de la Virgen: «¡Lo tienes merecido, lo tienes merecido!».

Cuando Aliosha estaba en sexto curso en el colegio, el general bebió zubrovka en exceso, cogió un resfriado durante un viaje de peregrinaje a Tijon Zadonski, donde llevó consigo a la joven Liubka y a Fraulein Charlotte, y murió. Dejó a su hijo cierta

suma y un tutor ladrón. Poco tiempo después Aliosha conoció por primera vez las fatigas del sexo. Antes de eso había leído en secreto *El trigal y Resurrección*, y en vano había tratado de transformar a la doncella Lena en Katiusha. Inesperadamente, como de manera improvisada, deslizaba los dedos por su cuerpo, obligándola despiadadamente a romper la vajilla. Tras muchas inquietudes, dudas y miedos Aliosha se dirigió con un kanchatcano, el bigotudo Puklov, al establecimiento de Angelina Karpovna; y allí, por tres rublos, recibió de la gruesa pero hábil Stiesha una formación elemental. Cuando Aliosha salió del cuartucho al salón de Angelina Karpovna Puklov, mientras bebía su rubia cerveza, le preguntó con éxtasis: «Bueno, ¿qué dices hermano? ¿Ha estado bien? Ese es mi descubrimiento, soy algo así como Colón...». Pero Aliosha, cubriéndose la cara con las manos, repetía sin cesar: «¿Qué he hecho?». Le trataron de marica y salió corriendo a la calle. Ya en casa se lavó con repugnancia; se acordaba de su madre y gimoteaba. Al día siguiente decidió comenzar una nueva vida; se fue a la biblioteca, se inscribió en la segunda categoría y tomó prestados libros de Merezhkovski y Berdiaiev. Todo esto, desde luego, no le impidió volver poco tiempo después no a casa de Stiesha sino a la de Marina, una negra y sudorosa moldava parecida a una aceituna rezumante. No obstante, seguía leyendo libritos que hablaban del pecado y del Anti-Cristo. Se hizo con un álbum, que dividió en secciones: «Amor», «Dios», «Naturaleza», etc., y allí escribía los pensamientos más fulgurantes. Así, en la sección «hombre» figuraba: «El hombre ha sido creado para ser feliz, lo mismo que el pájaro para volar», V. Korolenko. «La palabra hombre suena altanera», M. Gorki, etc.

Después se enamoró de Niura, la de ojos azules, hija de un funcionario de correos, cuyos rasgos distintivos eran los siguientes: cuatro bucles en forma de choricitos, un medallón con la imagen de un gato y un apasionado amor por el chocolate relleno de pistacho. Una vez que se hubo enamorado iba constantemente a verla, suspiraba mucho y por fin, después de largas conversaciones acerca de su soledad, sentados muy cerca uno de otro en un estrecho sofá, consiguió un profundo beso. Entonces le invadieron las dudas. Por más que el amor apareciera como algo sublime y seductor en las obras de los mejores escritores, por más blandos y dulces que fueran los labios de Niura, había muchas cosas que le daban que pensar. Niura no era Stiesha, ni Marina; tenía un padre y todo el resto, lo cual significaba que se vería obligado a casarse. Pero Niura no era Beatriz, ella no tenía sed de Dios. En resumen, todo su oficio eran los pañales. ¿Acaso se puede leer a Nietzsche o a Schopenhauer cuando a tu lado pía un bebé? Por supuesto que los niños no siempre llegan, incluso dicen que existen ciertas cosas. Pero aun con «esas cosas», pues no se trata de un anillito con una turquesa que le puedes regalar a tu novia, ¿esto supondría una contaminación de los ideales...! Abrió su álbum por la sección «Amor» y leyó: «Solo es bello el amanecer del amor», S. Natson. Esto le empujó a tomar una decisión terminante. Envío a Niura una carta de dieciséis hojas que hablaba del «gran conflicto entre la razón y el corazón» y sobre «los inescrutables caminos de la Providencia».

Medio año después se enteró de que Niura se había casado con el sustituto de un procurador. Se indignó: «¡He ahí el amor eterno! ¡El ideal! Por lo demás, yo soy bueno y le deseo que sea feliz».

A los veinte años, Alexei Spiridonovich comenzó a ocuparse de política, es decir, a elaborar un resumen de la «Economía política» de Bogdanov y a reflexionar acerca de si era o no pecado matar al gobernador. Cierta Puklov, amigo suyo de la infancia que se había hecho miembro de una organización clandestina, llevó a casa de Alexei Spiridonovich a un muchacho pelirrojo vestido con una blusa de obrero, y le dijo en voz baja: «Le buscan, han descubierto el lugar donde pasaba la noche, así que dormiré en tu casa». Alexei Spiridonovich accedió, y durante toda la noche intentó averiguar qué pensaba su huésped acerca de la revolución, de la violencia y de la expiación. Pero el muchacho resultó ser muy callado, y solo reaccionó con simpatía ante un bocadillo de lengua y ante un álbum con vistas de la Riviera italiana. Durante los días siguientes, Alexei Spiridonovich estuvo atormentado por las dudas. «Tal vez haya matado o piense matar a alguien. Yo le he dado asilo, le he salvado. Por lo tanto soy encubridor de un criminal, y por ello también un criminal». «No ofrezco la paz sino la espada», y es sabido que «El que a hierro mata a hierro muere». En una palabra, Alexei Spiridonovich se quedó profundamente consternado y abrumado por lo sucedido. Para colmo, cuando se dirigía a la biblioteca veía tras de sí durante todo el camino a un individuo muy sospechoso. Estaba claro que le estaban siguiendo. Sus antiguos tormentos espirituales se transformaron en vitales.

Se veía ya en la cárcel, rapado, con grilletes; a veces, incluso yendo al patíbulo. Esto mejoraba su estado moral, pues se sentía un héroe, pero le hacía imposible llevar una existencia tranquila. Después de una semana de tormento decidió huir al extranjero, pero al no saber qué era lo que había que hacer, desesperado, presentó una solicitud al gobernador. Durante tres días esperó el arresto y quedó infinitamente asombrado cuando le trajeron un pasaporte para el extranjero. «Les he ganado en astucia», pensaba mientras corría a toda velocidad en coche cama camino de Berlín.

Ya en el extranjero, su convencimiento se hizo aún más firme, y Alexei Spiridonovich se consideró de buena fe un emigrado político. Encargaba trajes de moda a sastres parisinos, se alojaba en hoteles de primera clase y acaparaba todos los objetos que le chocaban como: un juego de ungüentos y cepillos para limpiar boquillas, unas tenacillas eléctricas para los bigotes y otras cosas por el estilo. A Alexei Spiridonovich le gustaba expresar su admiración por la «pobre Rusia» y contraponer a la torpe y satisfecha Europa su «humilde desnudez». No hacía nada, y en los cuestionarios de los hoteles, donde decía «profesión», ponía con orgullo: «intelectual», con lo cual dejaba muy asombrados a los conserjes. Algunas veces le invadía la tristeza, y decidía que era necesario trabajar para el «futuro de Rusia». En uno de aquellos momentos se inscribió en la Escuela de Jardinería de Versalles, considerando que el grosero materialismo era algo ajeno a los eslavos, y que la patria necesitaba flores. Pero después de escuchar la primera conferencia sobre fertilizantes

salió corriendo hacia París y se cogió una borrachera mortal. La segunda vez sintió la necesidad de entrar en una organización, y vaciló largo tiempo entre la «Agrupación de Ayuda a los Partidos Socialistas-Revolucionarios» y la «Asociación para la mejora del coro de las iglesias», considerando que la socialización de la tierra y el resurgimiento de las iglesias eran cosas igualmente importantes. Conversó con algunos sombríos socialistas-revolucionarios, que se ocupaban principalmente en jugar a las damas y en liar cigarrillos, sobre diversos temas abstractos. Desde su casa iba a un café rodeado de un jardincillo, donde un sacristán picado de viruelas gustaba de jugar a la petanca, y empezaba a matraquearle siempre con las mismas preguntas. Por fin se inscribió en ambas organizaciones y pagó su cuota, pero no asistió a ninguna reunión. Llegaron los calores del verano y resultaba agradable, con la ventana cubierta por una sábana húmeda y en calzoncillos, beber auténtico té ruso de Visotzki.

Europa no corrompió a Alexei Spiridonovich, que, como antes, seguía temiendo al pecado. En una taberna conoció a una alegre francesita, cuyo apodo era «Ju-Ju». La acompañó a su casa, y cuando ya estaba dispuesto a hacer todo lo que es de suponer en tales circunstancias, se dio cuenta de que ella no le prestaba mucha atención, cambió de idea y comenzó a vestirse. A las perplejas preguntas de ella contestó con delicadeza que se podía entregar a los placeres terrenales sin que hubiera comunicación espiritual, pues así sucedía en la Hélade, pero no sin que hubiera una recíproca pasión. Y se fue, recibiendo por la espalda una sarta de improperios, y también cierto objeto impropio de ser lanzado, que Ju-Ju tenía a mano.

Así se fueron yendo los años y el dinero. A ello contribuyó en gran manera su antiguo tutor, ahora apoderado. Los envíos eran insuficientes, Alexei Spiridonovich se trasladó a una buhardilla y en vez del Café de Mónaco empezó a frecuentar distintos tugurios próximos a mercados y estaciones. Pero, como antes, en cuanto se bebía media botella empezaba a romper los vasos, a darse terribles masajes en la frente y a lanzarle a cualquiera las más amargas verdades: «¡Todo es una ficción, pero el hombre existe!», «¿Qué es el mundo? Nada. En cambio ¡el hombre es el espíritu...!», etc.

Durante uno de esos pasatiempos, en la taberna de Amberes donde había entrado huyendo del aburrimiento que le producían las antiguas ciudades belgas, fue donde nosotros le encontramos. Poco más o menos esta era su biografía, y aunque evidentemente no era la primera vez que la contaba, lo hizo con mucho énfasis, muchas lágrimas y una profunda emoción. Una vez finalizado el relato gritó: «De acuerdo, yo soy un animal, una babosa insignificante, pero ¡el hombre existe!». El Maestro replicó suavemente: «Amigo mío, lo único que hace su interesante e instructivo relato es demostrar, aún con mayor contundencia, que aquello en lo que usted sueña es tan ilusorio como todo lo que existe en el mundo». Tishin se indignó, y como habíamos observado que las fuertes evoluciones de su espíritu estaban ligadas al hecho de romper la vajilla nos apresuramos a sacarle de la taberna. Alexei

Spiridonovich nos dijo que pensaba inmediatamente embarcar en el vapor *Regina* con destino a Río de Janeiro, con el fin de buscar allí al Hombre. El Maestro le dijo que en el caso de que el hombre existiera, el objeto de su búsqueda estaría extendido por ambos hemisferios, y que no había razón alguna para viajar a Brasil. Tanto él, Jurenito, como mister Cool, gustosamente le proporcionarían al señor Tishin los medios necesarios para continuar con sus investigaciones. Fundarían la «Asociación para la búsqueda del Hombre». Si con eso no conseguían nada y el Hombre resultaba ser algo inexistente, Alexei Spiridonovich debería reconocer que Jurenito tenía razón y en lo sucesivo debería seguirle. «Estaré muy contento de tener a mi lado a un ruso autóctono. Cada vez que hablo con un eslavo siento la magnífica sensación de que se abre ante mí un pantano. ¡Oh, por supuesto que ustedes también tienen poetas, Bolsa y según parece hasta Parlamento! Pero todo lo que es tan firme y sólido en Occidente, en su país, no con un huracán sino con un ligero soplo, un suspiro ocasional, desaparece sin dejar huella. Yo no soy un ingenuo y sé que ustedes, como las mujeres, prefieren entregarse antes que imponerse; sé que son débiles, indecisos, dados a todo menos a la acción; sé que no es cuestión suya el destruir esas ciudades edificadas con el esfuerzo de cientos de generaciones. Sin embargo son grandes, pero el caduco mundo no soportará un desierto como ese, la cabeza empieza a darle vueltas. Ustedes no derrocarán a nadie, pero al caer arrastrarán a muchos consigo. Por eso les quiero, y confío en que usted, señor Tishin, se vendrá conmigo». Alexei Spiridonovich aceptó, y solemnemente estrechó la mano de Jurenito. Esto sucedía al amanecer, en el despoblado puerto, entre los emigrantes que dormitaban sobre sus líos de ropa, los judíos de Galitzia y algunos vagabundos con gorra, que blasfemaban tras sus grandes bufandas. El cuadro era de opereta, y Jurenito sonriendo se puso a cantar: «¿Dónde estás, palomita? ¿Dónde estás, Margaritoschka?». Alexei Spiridonovich se sintió ofendido no sé por qué.

No voy a describir las actividades de la «Asociación para la búsqueda del Hombre» a causa de su naturaleza extremadamente compleja y variada. Además, los trabajos de la sección académica de la Asociación, recopilados por el psicólogo danés Falls, creo que se publicaron poco tiempo después. Como era de suponer, los resultados fueron en extremo desfavorables para Alexei Spiridonovich, demostrando la falsedad de los esquemas prefijados por él, y dejando al descubierto la verdadera personalidad de los especímenes sometidos a examen con sus particulares degeneraciones, ya anteriormente conocidas por los zoo-psicólogos. En lo que concierne a la actividad práctica de la sociedad, es decir, las investigaciones directas sobre el hombre, aportó al menos una serie de anécdotas más o menos pintorescas. Al principio los agentes de la Asociación, atraídos por las enormes primas, corrían de un lado a otro con los cuestionarios, elaborados por Alexei Spiridonovich, compuestos de treinta y ocho preguntas, buscando a alguien que satisficiera las exigencias requeridas. Ellos atrajeron a la dirección de la Asociación, en la rué de la Boestie, los más insólitos candidatos al título de «Hombre»: beatos viejísimos, cretinos papudos

de los Alpes, doctores en filosofía por Heidelberg, jóvenes hebreos «miembros del Bund». Pero poco después, decepcionados por la severidad de Alexei Spiridonovich, pasaban al servicio de míster Cool y se dedicaban a vender sus inimitables aparatos automáticos.

En todo caso, se puso de moda buscar al «Hombre», y es posible que algunos de los lectores de este libro recuerden el concurso que se anunciaba en el diario parisino *Le Matin*, inmediatamente después del concurso al mejor bailarín y a la manera más ingeniosa de poner los cuernos. El diario publicaba una fotografía de una mujer joven, cubierta de harapos y con un niño de pecho en los brazos. El pie decía: «Esta mujer afirma no haber comido nada en tres días, y no tener dónde dormir. ¿Qué debería hacer un auténtico “Hombre” al verla?». Las respuestas fueron diversas y variadas: «Preocuparse de la educación moral de las muchachas jóvenes», «Limpiar nuestras calles de mendigos», «Someterla a un examen médico», «Probar durante cuánto tiempo más puede sobrevivir en semejantes circunstancias», «Derrocar el ministerio», «Transmitir al mundo en verso, o en caso de incapacidad en prosa, su enorme angustia». El premio lo recibió la respuesta más difundida (13.426 papeletas): «Decirle: ¡no te da vergüenza! ¡Tan joven y sin trabajar!». Como rareza, el diario mencionaba la siguiente solución, que solo obtuvo un voto: «Llevarla a una casa-cuna y alimentarla por cuenta del Estado».

Desesperado ante los resultados del trabajo de la Asociación, Tishin intentó llevar a cabo las investigaciones por sí mismo, pero fue atracado tres veces, desnudado y golpeado por un conserje, y al final acabó en la cárcel, de donde tuvo que sacarle el Maestro. Jurenito decidió por fin preguntarle a ese hombre tan cabezota si se reconocía vencido. «¡Oh no! —empezó a gritar Alexei Spiridonovich—. ¡Compréndelo! (Es preciso decir que era muy campechano, y que al día siguiente de conocer a Jurenito exigió que le tuteara y le lamió las mejillas, después de lo cual este, arrugando el ceño en una mueca de asco, se dirigió al lavabo). Es cierto que no he encontrado un auténtico Hombre, ¡pero existe! ¿No lo crees? Aquí tienes la prueba, ¡yo soy un Hombre!, ¡soy Dios! ¿Lo oyes?». Después, de un modo locuaz y patético, relató su amor por una estudiante apellidada Orlova, que estudiaba en París lengua francesa. Por las noches tocaba para él «La romanza sin palabras», de Tchaikovski, y Alexei Spiridonovich se sentía un Hombre. «Todo eso es maravilloso, incluido Tchaikovski —replicó el Maestro—, pero en realidad, ¿en qué se distingue tu sentimiento (totalmente legítimo, dicho sea de paso) de algunas de las emociones de mi gato Djo? En que el gatito no alquila un piano, sino que se conforma con la música que le ha otorgado la naturaleza». Alexei Spiridonovich se puso furioso, y empezó a gritar que «su amor era un amor de Hombre», pues «no tiene necesidades» y además «es para toda la vida». «Bueno, veremos... —dijo el Maestro—, aplazaremos la conclusión de nuestro debate para dentro de unos meses».

El vaticinio dictaminado por Jurenito se hizo realidad poco tiempo después, y en circunstancias bastante trágicas. En el mes de mayo, cinco semanas después de la

conversación arriba mencionada, Natasha Orlova murió. De carácter indomable y caótico, Alexei Spiridonovich en cuanto bebía un poco se atrevía a culpar al Maestro de la muerte de su enamorada. Esto era absurdo evidentemente. Natacha había muerto después de una desafortunada operación de apendicitis realizada por uno de los mejores cirujanos de Francia. El Maestro, de una manera extremadamente dulce, le contestaba que conociendo el gran juego no tenía necesidad de pequeñas bazas, y que para demostrarle que tenía razón hubiera preferido obligar a mademoiselle Orlova a vivir hasta los cien años, pues lo único que podía hacer su muerte era retrasar lo inevitable. Realmente, al principio, Alexei Spiridonovich estaba desconsolado. Una lluviosa noche, burlando la vigilancia del portero del cementerio, llegó arrastrándose hasta la tumba de Natacha y ocultando el rostro en la tierra, permaneció tumbado hasta que lo descubrieron y lo echaron de allí. Pero poco a poco empezó a reanudar su vida normal, aunque continuaba hablando constantemente de su amada, de cómo a ella le gustaban las violetas y la música, de lo pequeñas que eran sus manos (gastaba guantes del cinco y medio) y de cuánto la amaba. En cierta ocasión dijo: «Creo que ha sido mejor para ella haber muerto sin conocer las amarguras de la vida». El Maestro me susurró entonces al oído: «¡Ya ha empezado!, ya busca consuelo».

Después, Alexei Spiridonovich comenzó a interesarse por los habituales quehaceres cotidianos, como leer periódicos o jugar al ajedrez. Cuando se acordaba de Natasha, se quedaba callado de repente y como aislado de todos. Pero esto sucedía cada vez más de tarde en tarde. En cierta ocasión, Aisha le regaló un ramillete de violetas diciendo: «Esto era lo que a tu señora le gustaba». Se enfadó mucho, y Jurenito dijo: «La siguiente fase, ya está tratando de olvidar». Después, durante largo tiempo, Alexei Spiridonovich no volvió a mencionar para nada a Natasha. Se mostraba alegre, tranquilo y equilibrado. Después de esta tregua, en una de sus conversaciones conmigo empezó a hablar de ella, sin ningún tipo de agitación, yo diría que de forma «épica», como se habla de los recuerdos de infancia, de la abuelita, o del ropero familiar. Esto tuvo lugar en octubre, y en noviembre conoció a una francesa, mademoiselle Ville, pintora extravagante y muy seductora. Todo sucedió según el orden previsto: suspiros, soledad, pero esta vez sin un padre incómodo y sin apendicitis. Llegó un día a casa diciendo que «el destino era poseedor de la más alta sabiduría. Natasha era demasiado callada y meditabunda, hubiera sufrido junto a él. Estaba mejor ahora, y mademoiselle Ville también. Bueno y en cuanto a él...». Cuando se topó con la mirada burlona del Maestro se quedó desconcertado, como si de pronto se le hubiera venido todo a la memoria, y empezó a gritar que Jurenito tenía razón, que él, Alexei Spiridonovich, «no era una persona, sino un animal», pero que «la vida, a pesar de todo, era maravillosa».

Un mes después mademoiselle Ville, a la que evidentemente le aburrían los líricos suspiros y la filosofía de Tishin, lo sustituyó por un *jockey* argentino. Alexei Spiridonovich llegó arrastrándose a casa del Maestro, lamentándose y diciendo: «La

vida es una ficción». Desde entonces le siguió a todas partes. Al ser un hombre desorganizado y desordenado, no había asimilado los objetivos de Jurenito, y a menudo se apartaba del buen camino atraído por diversas, como él mismo decía, «ficciones», pero amaba al Maestro con toda su alma. Así era el cuarto discípulo de Jurenito.

## Distintas opiniones sobre el amor

**E**n el presente capítulo citaré algunas de las opiniones del Maestro sobre el amor. Las malas lenguas afirmaban que Jurenito era un libertino, que violaba a las muchachas y que llevaba consigo en un baúl especial una especie de monstruo, mitad mujer, hallado por él en la cima de los Andes, para satisfacer su sobrehumana concupiscencia. Todo eso era una hábil mentira. Yo estoy relatando la vida del Maestro, capítulo tras capítulo, sin ocultar nada. Sobre el amor carnal y sobre las pasiones, el Maestro habló siempre con tranquilidad, limpieza y facilidad, sin turbación, sin risitas ahogadas, silencios y palabritas babosas. Con la misma atención observaba a una colegiala de quinto curso bajo cuyo mandil sobresalía un pecho incipiente, que pudorosamente se acercaba a él para pedirle un autógrafo, que el colosal espectáculo de la cópula de dos toros rabiosos y de ojos sanguinolentos.

Una vez, pasando junto a un toro que enfurecido y atormentado montaba a una ternera, el Maestro se quitó el sombrero y ante la asombrada pregunta de míster Cool contestó: «Yo repito su gesto aburrido y convencional. Quítese usted también el sombrero, míster Cool. Ya que hay que descubrirse la cabeza (que además es algo higiénico), que no sea ante descoloridas bellezas con hálitos dorados, ni ante un cadáver que ya ha empezado a oler. No, que sea aquí ante ese gesto del labrador que ara la dura tierra, ante el que angustiado arroja la semilla, ante el sudor, ante la sangre, ante la vida».

Míster Cool, sin duda, consideraba al Maestro como un hombre profundamente inmoral y depravado, lo que por otro lado, según su opinión, no le impedía ser un buen guía. Pero, a veces, el americano se ponía a fastidiar al Maestro con equívocos sermones. Recuerdo cómo una mañana, al encontrarse en el jardín con nuestro misionero, Jurenito dijo: «Míster Cool, ayer, al acostarse, en mi mesita de noche encontré un folleto sucio y rastrero. Yo mantengo limpia mi habitación, duermo con la ventana abierta porque me gusta el aire fresco, y no puedo consentir semejantes apariciones. Tenga la bondad de detener su actividad a la puerta de mi dormitorio». «¿Bromea usted? Le traje un trabajo de gran talento y absolutamente moral realizado por un joven predicador *Sobre la vida Conyugal según las enseñanzas del Apóstol Pablo*». «Es precisamente de esa escabrosa literatura de lo que le hablo. Antes de ella, existían los estambres y los pistilos, el macho cabrío y la cabra, el joven y la muchacha. Llegaron entonces nuestros apóstoles y profetas, los Padres de la Iglesia y todos los castrados manifestando que lo sublime era vergonzoso y lo digno apenas soportable. Cultivaron los castigos, el vil secreto en el rincón y la pureza, es decir, la

anémica y caquética impotencia que degenera en perversión. En lugar de pintar al primer hombre en primavera, arrojando apasionadamente a la mujer sobre la hierba, lo colocaron junto a una adornada cama en la que solo le estaba permitido, debido a su humana y por consiguiente baja y lamentable condición, dormir con su esposa legítima. “Por supuesto que es mejor que no os caséis”, aconsejaba el apóstol. ¿Habéis pensado en esto? “Es mejor que no procreéis”. Instauraron el culto a la madre, y rodearon su pecho de una luz angelical, la llevaron al templo, pero el camino hacia dicho templo estaba cubierto de barro y de los repugnantes escupitajos de los monjes. Como no podían castrar a toda la humanidad, pues no había pólvora suficiente, fueron “tolerantes”. No os asombréis si el mundo se transforma en un inmenso “prostíbulo”. Vosotros dijisteis: “La sensualidad es mala”, y millones de personas lo creyeron. Se pusieron cilicios y se dedicaron a la inútil tarea de pensar día y noche en cómo mantener el corcho bien apretado sobre una botella de gaseosa. ¿Dónde, en qué prostíbulo se piensa tanto en la sensualidad como en la celda de un asceta o en el cuartito de una solterona? Piensa, sin haberlo experimentado, en la debilidad del cuerpo; sueñan con la eterna Virgen o con el Novio Celestial. Otros, la mayoría, deciden: es malo, pues que sea malo. Aquello que podía ser sagrado se ha convertido en un vertedero de basura. En lugar de un delicioso mito es una tabaquera con dos tapas: en la primera un paisaje o un *nomeolvides*, y en la segunda, secreta, solo para los amigos, alguna obscenidad. Esta tabaquera, es decir, su librito espiritual, *míster Cool*, fue lo que yo, preocupado por la limpieza y la higiene, me he visto obligado a retirar de mi habitación a toda prisa».

El Maestro odiaba la institución del matrimonio, considerando mucho más elevada incluso la prostitución. A causa de esa actitud se vio obligado a entablar batalla con una sociedad hostil y estancada. Por ejemplo, una vez apareció en nuestra casa un conocido de Jurenito, el vizconde Lenido, muy excitado y agitando un bastón. La historia de este joven de familia ilustre era la siguiente: una vez que hubo perdido en el casino de Viareggio los últimos restos de su herencia, y hubo contraído todas las deudas imaginables e inimaginables, conoció a una vieja americana llamada miss Jops, que estaba sedienta de amor, de tiernas declaraciones y de blasones en su tarjeta de visita. Lo único que queda por añadir es que Miss Jops era extraordinariamente fea, tanto que su cara no parecía ni por asomo una cara. Desnuda, y desvergonzadamente apasionada, exigía sin ninguna timidez en la playa que su novio la abrazara por la cintura o le tocara el pecho. Cuando recibió la notificación de la boda, el Maestro se empezó a preocupar por el triste futuro de esta pareja. No fue a la boda, pero envió como regalo un gran chai de fabricación mejicana y una separata de «almanaque de agricultura» que hablaba del método de apareamiento de un caballo y una burra. En tales ocasiones, al caballo le mostraban una yegua primero y luego le vendaban herméticamente los ojos. Jurenito adjuntaba el pañuelo, proponiendo que se utilizara este método con miras a una mutua felicidad conyugal. Como ya dije antes, el vizconde apareció en casa de Jurenito al día

siguiente de la boda blandiendo un robusto bastón con inequívocas intenciones. Pero el propio Maestro reconoció su error: «Fue imperdonable por mi parte, le envié todo excepto... la yegua; pero creí que tenía usted aquí un amplio número de conocidas. Comprendo su indignación. Sea magnánimo conmigo. ¿Conoce usted acaso a mademoiselle Toinette?». El vizconde dejó caer el bastón, se echó a reír y se fue después de haber tomado algunas direcciones.

En otra ocasión, apareció en el café donde solíamos estar monsieur Bok, un insignificante periodista que durante todo el día buscaba con avidez una noticia sensacional de veinte líneas, pero que se veía obligado a contentarse con noticias de tres líneas sobre robos que le proporcionaba un funcionario de la prefectura, obteniendo a cambio el derecho a visitar cuando quisiera a madame Bok. El periodista empezó a importunar a Jurenito pidiéndole alguna noticia sensacionalista aunque fuera pequeña, algo sobre la revolución en Méjico o sobre los nuevos inventos de mister Cool. El maestro al principio se negaba. Pero por fin, como era muy compasivo, dictó a Bok algo totalmente insólito, una noticia de éxito inminente: «Extraño crimen. Ayer por la noche, en un concurrido barrio de París, en la rué Saint Honoré, el conocido abogado parisino monsieur Trik, vicepresidente de la Asociación para la Lucha contra la Inmoralidad Callejera, llevó a cabo un infame acto de violencia sobre la joven muchachita Lucie Z. de dieciséis años de edad. Lo más terrible del crimen es que los padres de la muchacha, propietarios de una fábrica de jabón, estaban al corriente del suceso, y se encontraban presentes en el lugar del crimen». Monsieur Bok se fue corriendo, en un estado de entusiasmo sin límites. La noticia fue publicada, y varios días después el periodista apareció en casa de Jurenito con la cabeza vendada. «Me jugó usted una mala pasada. Todo era pura invención. Ese miserable de Trik se había casado con Lucie Z., instalándose el matrimonio en casa de los padres de ella, en la rué Saint Honoré. Me han dado ya tres palizas y aún piensan darme alguna más. No duermo en casa, no he vuelto a aparecer por la redacción y además he recibido una citación del juzgado. Ha hecho usted de mí el hombre más desgraciado de la tierra...». El Maestro replicó: «Amigo mío, estoy profundamente apenado por sus desgracias, pero yo no falté a la verdad. La joven de dieciséis años Lucie Z. no pudo dar su consentimiento de ningún modo, se lo dieron todo consumado, la educaron en la pureza y en la ignorancia. Ella ni siquiera sabía por qué se besa la gente. Había visto a su novio solo dos veces, y le tenía mucho miedo. Sus padres, por supuesto, eran conscientes del crimen...». Bok comenzó a gemir: «¡pero aún así lo cierto es que ellos se casaron!...». «Solo para librarle a usted de disgustos aún mayores no mencioné en la noticia que en el crimen estaban implicados los representantes del gobierno, es decir el alcalde que legalizó el contrato matrimonial». Tales argumentos no convencieron a Bok, que se fue consternado llevándose consigo todo el contenido de los bolsillos de Jurenito, el cual se lo ofreció todo muy amistosamente. El Maestro se puso muy contento al enterarse, una semana después, de que monsieur Trak, contrincante y ferviente enemigo de monsieur Trik,

se había puesto al habla con el pobre periodista y le había ofrecido pagarle la indemnización por difamación.

El Maestro decía: «Cuando dos personas se unen para fundar una empresa comercial, se interesan por el capital y por las aptitudes con las que puede responder cada uno, pero no por si les gusta la poesía o si saben jugar al fútbol. Cuando desean plantar un árbol en el jardín no se dedican a reflexionar sobre si la tierra está hecha de cenizas humanas o si es un lugar sagrado, no la admiran como paisaje, y no la evalúan con miras a un próximo comprador, sino que observan si es buena para dicho árbol. Cuando alguien va a comprar una blusa, aunque esta tenga un bonito color y un buen precio, nadie elegiría una talla demasiado grande o demasiado pequeña. Cuando dos personas se unen en matrimonio, lo analizan todo excepto aquello para lo que en realidad se unen. Conocen la dote de la novia y si tiene cucharillas de plata, cuánto cobra el novio y si hay posibilidades de que le suban el sueldo, si le gusta jugar al *bridge* o no, si ella sabe hacer *foie-gras*, si tiene un buen corazón, si es sana y afable, si conoce lenguas extranjeras, etc. Una vez averiguado todo esto no se dirigen a una oficina, ni a una institución benéfica, ni a un examen de filología, sino a un amplio y confortable lecho, bajando pudorosamente los ojos. Y después nos asombramos ante la elevada estadística de “fracasos matrimoniales”. ¡Oh!, hipócritas padres y maridos, alegres matrimonios que arrastráis la alegría terrenal por las manoseadas carpetas del notario, vendedores de mercancías precintadas, y vosotros, que bisbiseáis ante los contratos matrimoniales todo tipo de palabras sublimes, sacerdotes, pastores, popes y rabinos. ¿Quién podrá no enrojecer ante vuestra presencia?».

El Maestro nos presentó en Sèvres al matrimonio Nolvot. Ambos eran entomólogos, es decir que lo que más les gustaba en el mundo era observar orugas. Aparte de esto eran jóvenes, simpáticos, nada feos, y vivían en un confortable apartamento, donde había muchos botes de vidrio con gusanos junto a estatuillas de porcelana y jarrones con flores. En una palabra, tenían toda la apariencia de ser felices. Por aquel tiempo éramos vecinos y nos encontrábamos a menudo con ellos. A través de cierta amargura, casi imperceptible, en algunas de sus palabras y movimientos, nos dimos cuenta de que no todo era felicidad en aquella encantadora casita. En efecto, poco tiempo después el señor Nolvot hizo al Maestro las correspondientes confesiones. Resultaba que los esposos se amaban tiernamente y sentían una auténtica y mutua afinidad y comprensión, sentados todo el día ante larvas destripadas, y por la noche leyendo, para descansar, las enternedoras elegías de madame de Noailles. «Nuestras almas están hechas la una para la otra —decía Nolvot—, pero...», y de una manera vaga se refería a aquello sobre lo que los moralistas actuales y los santurrones permiten hablar solo en el despacho del psiquiatra o en un juicio, es decir a la fatídica desarmonía de sus cuerpos. Esto mataba su alegría, y transformaba la pasión en un tributo pagado por dos presidiarios. Una vez hubo escuchado estos lamentos, el Maestro presentó al pobre científico a mademoiselle Ville, la cual por aquel tiempo había terminado definitivamente con su

argentino y con frecuencia nos proponía que le presentásemos al señor Nolvot. Según parece el sufrimiento de los esposos había sido largo y desmesurado, pues el asunto comenzó a marchar a un ritmo muy rápido.

Dos semanas después, al volver de París después de una cita con Ville, Nolvot no podía ocultar una sonrisa de plena satisfacción. La señora Nolvot, aunque parezca extraño, eligió a Aisha, y tampoco, a juzgar por el relato de nuestro ingenuo hermano, lo tuvo que lamentar. Según parece debió de alcanzar la felicidad absoluta. Pero la pareja, en vez de ocupar su tiempo libre, tras sus continuos encuentros con mademoiselle Ville y con Aisha, en continuar observando larvas y leyendo poemas, se entregaron a reflexionar sobre el amor espiritual y el no espiritual. Un día, el señor Nolvot le llevó a Ville una colección extraordinariamente interesante de larvas, halladas por él en las distintas clases de quesos, exigiéndole que compartiera con él su entusiasmo ante las tripas de estos seres. De este modo consiguió ahuyentar definitivamente y para siempre a su amante. La señora Nolvot por su parte decidió leerle a Aisha los sonetos sobre el amor de las ninfas griegas y cuando este, arrullado por su voz, se durmió, ella empezó a sollozar: «No comprendes la belleza del espíritu...». Todo esto transcurrió más o menos ante nuestros ojos, ya que ni el señor Nolvot ni Aisha se distinguían por su discreción. «Aquí tenéis otro ejemplo más de la muerte de Eros —nos dijo el Maestro—. Nolvot quería a la vez los besos y una relación espiritual, y sacó del bolsillo sus larvas. Y todo porque está educado en la comprensión del sexo como algo bajo, no como el salón sino como el vestíbulo, y traicionando su propio cuerpo, su entusiasmo y su amor regresó a la señora Nolvot, para acariciarla sin pasión, sin deseo y sin alegría, solo porque después de haber pasado la noche con ella, por la mañana se encontraba con una relación espiritual, dos microscopios y un librito de poemas encuadernado en terciopelo».

En cierta ocasión destruimos otro portentoso ejemplo de felicidad familiar en Milán, donde visitábamos con frecuencia la casa del diputado Strecontini. Era este un individuo enclenque y enfermizo, pero se creía un intrépido revolucionario, un enigmático constructor de nuevos caminos, en una palabra, algo similar a Brand convertido en marxista. Al tiempo que se arrancaba el cuello de la camisa, transpiraba de tal modo que no daba abasto a quitarse el sudor, golpeaba con el puño una elegante mesita de estilo Imperio, y peroraba contra «el sentido de la propiedad» y el «mezquino género de vida» del actual burgués. Su mujer, una gorda italiana, escuchaba estos discursos con una sonrisa casi imperceptible, como si estuviera deseando hacerle ciertas observaciones bastante jocosas. Mientras le escuchaba miraba cada vez con más frecuencia y ternura a Alexei Spiridonovich, que en aquel momento sufría su habitual período de desilusión por la vida. Una de aquellas prometedoras miradas fue sorprendida por el camarada Strecontini, el cual, interrumpiendo sus incriminaciones a la «maldita propiedad privada» en el más patético momento, envió a su esposa, según creo, a resolver un asunto en la redacción y se dispuso a esperar, de una manera muy expresiva, a que nos fuésemos. Por la

noche, Alexei Spiridonovich recibió una carta: «Ciudadano, yo le tomé por un hombre honrado, por un socialista ruso y le admití en mí casa. Pero ha violado usted las más sagradas costumbres y ha osado importunar a mi esposa. Por ser enemigo de los prejuicios burgueses no le reto a usted a duelo, pero le ruego que no vuelva a aparecer por mi casa. Un saludo socialista. Strecontini».

A través de esta carta, Alexei Spiridonovich supo de los sentimientos de la mujer del diputado para con él y por eso, cuando al día siguiente vio en el *Avanti* la declaración: «Ángel mío. No prestes atención al tirano. Soy tuya. ¡Ven a las tres a la galería!» —(la rapidez de la declaración y la economía de palabras indicaban la experiencia de la señora Strecontini)—, Alexei Spiridonovich comprendió a quién se refería, dejó de lado su pesimismo y se dispuso a afeitarse. Al Maestro le hizo cierta gracia este pequeño acontecimiento. «¿Qué vas a hacer, Alexei Spiridonovich? ¿Has olvidado que el enemigo de la propiedad posee no solo un lujoso apartamento con su elegante mobiliario, sino también una esposa? Así pues, la esposa o el marido son como las cosas, mío, tuyo, de otro. El atentado contra esto se considera un robo, y es sancionado por la ley. Como se hace con un buen armario de madera que ya no se usa, pero que tampoco se desea que lo utilicen otros, el marido coge la llave y la pone en un cofrecito. La esposa por lo general, como la cama, debe estar nueva y servir solo a su dueño. No has tenido esto en cuenta, bandido, no eres un ciudadano sino un criminal, un violador de los sagrados derechos del más grande revolucionario del mundo».

El Maestro nos llevó un domingo al londinense Hyde Park. «Mirad aquellos, que aunque pueden no les está permitido». Sobre la hierba estaban sentadas algunas parejitas de jóvenes. Estos novios y novias se ven obligados a esperar durante largos años la boda, hasta que el joven se «establezca en la vida», es decir, hasta que sea más o menos viejo. Podrán verse en su casa, pero solo ante personas extrañas, o bien los días de fiesta, en el parque, donde intentan, aunque esto les sea imposible, saciar toda su pasión acumulada. Tienen grandes ojeras y los ojos muy turbios por el deseo. Como criminales se agitan sobre la hierba, atormentados durante horas entre declaraciones a medias y tenues roces, mutuamente enardecidos por sus furtivos besos. Así pasarán cinco y hasta diez años, y cuando ya estén cansados y pervertidos por todos estos subterfugios, y quizá enfermos a causa de los obligados vicios, entonces sus padres, que también perdieron su juventud y alegría sobre la pisoteada hierba, amablemente darán su consentimiento: «Ahora es el momento», les dirán.

Estas parejitas acudieron a la memoria del Maestro en otra ocasión, cuando entrábamos en un tugurio de París, en la rué Pigalle: «Aquí vais a ver a aquellos otros a los que les está permitido, pero que no pueden». En un salón, tras sus jarras de cerveza, estaban sentados tranquila, decorosa e indolentemente los pacíficos burgueses. Se me quedó grabada la cara de uno de ellos, que llevaba una cintita roja en el ojal. En un rincón cercado y enrejado del salón, entraban hombres y mujeres desnudos que lo hacían todo con detalle. Se parecían a los pobres salvajes de los

tiempos pasados y recibían diez francos por sesión. Poco a poco, excitados por el espectáculo, los buenos burgueses empezaban a removerse, unos prorrumpan en risitas y otros baboseaban excitados: «¡Oh! ¡Si parece un toro...!». De la habitación contigua salían corriendo unas muchachas, que rápidamente arramplaban con los huéspedes. El señor de la cintita en el ojal aguantó apático más tiempo que ninguno, y ya casi al final pidió que le permitieran irse con él a un individuo de los que participaban en la exhibición.

A principios del año 1914, en Londres, se publicó la *Enciclopedia del Amor Mecánico*, algo así como un «Kamasutra» actual. Por descuido de la imprenta, este libro fue a caer en el almacén de cierta «Sociedad Evangélica», la cual, aprovechándose del desorden de las primeras semanas de la guerra, destruyó toda la edición. Solo se salvaron seis ejemplares, uno de los cuales, que yo conocía muy bien, se encontraba en el «Infierno» de la Biblioteca Nacional de París. Este libro se había elaborado con la colaboración de las prostitutas más viejas de la ciudad. Como es sabido, en París las mujeres de dicho oficio no son valoradas en su juventud, permaneciendo en los cafetines baratos de la orilla izquierda en condición de alumnas. Solo cuando llegan a los cuarenta, cuando ya han perdido su juventud y belleza, pero han adquirido el arte, se ponen de moda y se hacen valiosas y poderosas. Las mujeres más veteranas fueron las que colaboraron en la «Enciclopedia», y Jurenito aceptó de buen grado escribir el prólogo. He aquí cómo finalizaba: «Habéis hecho de la vida un arte, una difícil ciencia, una compleja máquina, una magnífica organización. No os sorprendáis, por tanto, si en el amor os encontráis con el fenómeno de que el arte sustituye a la ingenua espontaneidad y las diversas caricias mecanizadas a los tristes besos artesanales. Vais a pasar dieciséis minutos a casa de vuestra amante, mirando el segundero para no salir con retraso. En la puerta os espera vuestro automóvil. Corréis a la Bolsa, donde habéis vendido a un banquero de Melbourne las acciones de unas plantaciones de algodón en Bujará, y luego vais al aeródromo para asistir a un torneo internacional. No esperéis después de esto que la Sulamita os reciba. No. Encontraréis ante vosotros una bella y bien acabada máquina, el último grito de la técnica, que os ofrecerá durante dieciséis minutos cualquiera de los 13.806 placeres descubiertos hasta el presente, lo que no es inferior a vuestro aparato de radio, a vuestro soberbio Ford ni a vuestra bañera eléctrica».

Julio Jurenito también nos contó cómo había organizado en México una «Agrupación de Prostitutas para la ayuda a las damas de sociedad». Las prostitutas, al ver con qué envidia las observaban en el café las «damas virtuosas», y a fin de corresponder a las distintas empresas filantrópicas de las mundanas señoras, se dirigieron a ellas patrocinadas por Jurenito con el siguiente llamamiento: «Queridas colegas, nuestro análogo trabajo es igualmente duro y exige solidaridad. Si nosotras sufrimos a causa de la variedad, vosotras, entregadas al eterno disfrute de vuestros maridos, que con frecuencia os resultan repulsivos, realizáis un trabajo no menos

duro. Por eso hemos decidido acudir en vuestra ayuda. Aquella de vosotras que guste de las caricias de su marido puede hacer la correspondiente declaración en nuestra “Sección de defensa del matrimonio”. Limitaremos el derecho de asistencia a nuestros establecimientos de dichos maridos a una sola vez al mes, obligándoles además, mediante un recibo formal, a dedicarse a sus esposas no menos de treinta y seis noches al año. Pero existen otras de entre vosotras que ansían en vano las alegrías del sexo. Nosotras, entre miles, a veces encontramos uno, dos, tres, un pianista, un chulo, un huésped ocasional, pero estas pobres se ven condenadas a los tormentos de la prisión. Organizaremos para ellas unos “martes” especiales, prometiéndoles guardar el secreto, y una inspección por parte de la Agrupación de los más dotados de nuestros huéspedes». Jurenito nos dijo que «el grupito» gozó de un éxito sin precedentes, pero que medio año después fue descubierto por la policía y arrestaron a su presidenta.

Citaré a continuación el discurso del Maestro en el «Congreso Internacional de lucha contra la prostitución», que tuvo lugar el año 1911 en Filadelfia: «Muy señores míos, sé que mis palabras provocarán protestas y tal vez indignadas reacciones, pero considero indispensable cumplir con mi deber de ciudadano y salir resueltamente en defensa de la prostitución. Nuestra sociedad descansa sobre el principio fundamental del libre comercio, y no puedo permitir que ustedes atenten contra este sagrado principio de la civilización. Por supuesto que respeto su deseo de exaltar la dignidad del cuerpo humano, pero nadie aquí puede negar la existencia de la razón y del espíritu. ¿Por qué después de prohibir la prostitución no cometéis otros actos de locura, sublevándoos contra el derecho del periodista a venderse cada noche a unos honorarios por línea? ¿Por qué no os planteáis el acabar con esos diputados, que distribuyen entre sus electores los distintos bienes terrenales, o con los misioneros que recompensan a sus neófitos con algo muy diferente al maná del cielo? Es sagrado el derecho a disfrutar del propio cuerpo, y el derecho a venderlo por oro o por billetes. La prostitución es uno de los más claros exponentes de nuestra cultura, y yo propongo no solo el no luchar contra ella, sino ponerla bajo la protección de las leyes internacionales, e incluirla en el número de las más respetables instituciones, en las mismas condiciones que el Senado, la Bolsa y la Academia de las Artes. Pido que se someta inmediatamente a votación mi propuesta: cambiar el nombre de este congreso por el de “Asociación Internacional para el Fomento de la Prostitución”». Con la ayuda de un policía, Julio Jurenito fue expulsado de la sala de reuniones.

El Maestro nos hablaba con frecuencia del amor carnal del hombre futuro. Era como si atravesara la espesa niebla de los siglos. Nosotros, maravillados, nos estremecíamos ante la indestructible grandeza de los cuerpos humanos unidos entre sí alegremente; no aquellos cuerpos fofos y deformes que estábamos acostumbrados a ver en las casas de baños, sino otros nuevos, duros como el acero y a la vez libres y descarados. Nos decía que el camino hacia ese festejo futuro era largo y difícil. Será preciso atravesar la negación del amor, la denigración del cuerpo, su ocultación bajo

la ropa, el coito por prescripción. Llegará el momento en que el hombre en vez de besos dará a la mujer una probeta de farmacia. Pero después de esto, él mismo o sus biznietos reunirán los confusos recuerdos atávicos y el ansia de crear el mejor de los mundos en un plácido abrazo que nunca hasta entonces habrá tenido lugar.

## Ercole Bambucci

**D**esde Holanda nos dirigimos a Italia y allí, además de los edificantes paseos, ya mencionados, por monasterios y catedrales, nos dedicamos a inspeccionar los distintos vinos: chianti, barbera, giensanno, en las sucias *trattorías*; a hacer colectas para una estatua de DAnnunzio, de mármol de Carrara y oro de ley (para lo cual Aisha daba una vuelta con una hucha por las sombrererías y confiterías, golpeando una cacerola y gritando: «¡Evviva!»); y, finalmente, en unión con unos futuristas, nos entregábamos a hacer exhibiciones, por otro lado un tanto monótonas, consistentes en manifestar una admiración tumultuosa ante una motocicleta destrozada que un turista americano había dejado abandonada por inservible. Así fueron pasando los días, livianos y sin preocupaciones. Se acercaba el momento de partir, habíamos visitado todas las iglesias y probado todos los vinos; en la hucha de Aisha resonaban ya solo cuatro liras, once soldis y un anillo de oro americano que generosamente se había arrancado del dedo una tal marquesa de Nucapruiti, y ya estábamos hartos de los futuristas y de la motocicleta. Una calurosa mañana de verano decidimos encaminarnos hacia nuestro barrio favorito de Roma, el Trastevere, sin saber exactamente para qué, para ver los mosaicos de Santa Parasceve, para beber frascati en jarras de barro, o simplemente para despedirnos de aquella ciudad tan querida para nosotros. Íbamos en un carruaje. En cuanto nos introdujimos en las estrechas callejuelas del Trastevere percibimos el delicioso olor a aceite de oliva, a pañales puestos a secar en cuerdas que atravesaban la calle de una parte a la otra, al incienso de las iglesias y a las casas completamente cubiertas de grasa, el inolvidable olor de la «Ciudad Eterna». Al poco rato el cochero detuvo a los caballos, y nosotros, perplejos, empezamos a mirar la callejuela para ver si venía a nuestro encuentro la habitual procesión de la Cruz, pero no vimos a nadie. Mientras tanto el cochero, con ardor y elocuencia, insultaba a cierto individuo que estaba atravesado de un lado a otro de la calle, y que evidentemente no tenía intenciones de apartarse. El cochero argüía que llevaba unos extranjeros a Santa Parasceve, que no se podía pasar por otro camino, que no estaba permitido tumbarse en la calle y que esta era para circular. El individuo que estaba tumbado adujo, por su parte, que hacía mucho calor, que ya se había tenido que levantar dos veces y que levantarse una tercera le resultaba muy trabajoso, por lo que el cochero debería dar un rodeo. Esta discusión se prolongó largo rato, perdió su inicial sentido práctico y se transformó en un duelo de elocuencia digno del antiguo Senado Romano. Nosotros salimos del carruaje y también, la verdad es que algo tímidamente, presentamos como diletantes nuestra

réplica. Míster Cool intentó tentar al perezoso con una lira, pero el italiano, después de recoger hábilmente con el pie la moneda, no se movió de su puesto. Entonces el cochero, llegando al máximo énfasis, se puso a amenazar al vagabundo con Santa Parasceve, diciéndole que estaba obstruyendo el camino que llevaba hacia ella, que le traería la peste, la disentería y el paludismo; le amenazó también con los carabineros, que le golpearían hábilmente con toallas húmedas y retorcidas y que después le meterían en la cárcel; con el bastón de míster Cool, con su látigo y, por último, con los cascos de los caballos. Como todo esto se salía de los límites de una discusión abstracta, el italiano, viendo que era inútil replicar, se arrastró suavemente, bostezó, se rascó el ombligo y escupió a lo alto hacia la casa de al lado, dando de lleno en el rótulo de una partera que estaba colgado en el segundo piso. Este gesto acabó de subyugar al Maestro, que durante todo el tiempo había dado numerosas señales de emoción. Se acercó al italiano, y dándole un golpe amistoso con el pie en la tripa dijo: «¿Quieres subir al carruaje y vivir conmigo a partir de este momento?». El italiano se quedó pensativo. Luego, era evidente que le fatigaba pensar, escupió de nuevo en el desdichado rótulo, se acercó a la calesa sin decir una palabra y se sentó en el asiento de míster Cool, que era el más confortable. Después le dijo amistosamente al Maestro: «Tengo mucho calor, pero usted me gusta... Vamos, siéntese a mi lado». Y sin saberlo él mismo, a consecuencia de la alta temperatura y de su noble pereza, desde ese momento se había convertido en el quinto discípulo de Jurenito.

Por el camino, el Maestro se fijó en que su nuevo pupilo iba vestido de una manera extremadamente original, a saber: iba envuelto por diversos harapos, los cuales, según el lugar donde se encontraban, ostentaban el nombre de «camisa» o «pantalón». Jurenito le propuso entrar en una tienda y elegir ropa a su gusto. El italiano resultó ser muy modesto y rechazó categóricamente el traje, pero, en cambio, eligió un alto sombrero de copa charolado, a pesar del calor, una chaqueta de invierno de chófer con piel de cabra en la parte exterior, y para terminar unos pantalones «Céfiro» color salmón y con rayas color esmeralda, por los que inmediatamente reemplazó los harapos que hacían las veces de pantalones. Vestido con tan original atavío aumentó su simpatía hacia el Maestro, incluso sintió ciertos remordimientos de conciencia, pues exclamó: «*Signore*, yo seré su guía». En la primera esquina se detuvo junto a una casa de tres pisos que se había quemado recientemente, agarró a Jurenito por la manga y le dijo: «Mire, ¡ruinas romanas!», después de lo cual, agotado, se inclinó hacia atrás y pidió una lira para una jarra de vino.

En el hotel La Estrella de Italia, el amable portero, reprimiendo su extrañeza ante la visión del pintoresco turista, corrió hacia nosotros con el formulario y nos pidió que lo rellenásemos. Pero el extraño visitante le aclaró en tono despectivo que él, gracias a la Madonna, no sabía escribir y que no estaba dispuesto a aprender acto tan aburrido, ni siquiera por ese par de pantalones tan bonitos. ¿Nombre? Ercole Bambucci. ¿Domicilio? Estaba tumbado siempre, durante el día en la via Pascudini y

por la noche junto al puente del ferrocarril, que estaba próximo a la iglesia de San Francisco. ¿Ocupación? En este instante se quedó muy desconcertado, se miró a los pies, miró a su alrededor como si hubiera perdido algo, y acto seguido gritó con orgullo: «¡Ninguna!».

Míster Cool, Alexei Spiridonovich e incluso Aisha se empezaron a interesar mucho por la elección del Maestro, y se pusieron a interrogar a Ercole, que se había tumbado en un sofá del salón de fumadores. Míster Cool estaba muy interesado por la actitud de Bambucci hacia la Biblia y el dólar. Pero el italiano manifestó, tanto hacia la una como hacia el otro, una profunda indiferencia. Por lo demás, cuando supo que los dólares eran algo así como las liras, pero mejor, afirmó que él no los rechazaba, pero que pensaba que no era Bambucci quien debía ir en busca de las liras, sino poco más o menos al revés. Él pensaba con frecuencia que algún «asno inglés» le encontraría en la via Pascudini y le daría 1.000 liras. ¿Por qué?, porque él era un auténtico romano, porque era Ercole, y además... porque estos asnos (y con un gesto señalaba a Jurenito) no poseen Roma, pero sí montones de dinero. Además, él tenía algunos planes, como, por ejemplo, casarse con una americana rica. «¿Es usted americano? ¿De veras? Tal vez tenga usted una hija que quiera casarse con un noble y bello romano, con Ercole Bambucci. ¿No? ¡Qué pena! Dígame, y sus padres, ¿no son naturales de Cavi-di-Lavagna? ¿Sabe?, de allí hay muchos que se fueron a América. Y ese no es mal procedimiento para encontrar un padrino. ¿No es así? Bueno, y qué, sin eso también se está bien. Deme diez soldis. Por dos soldis se pueden comer unos macarrones en el mostrador, por otros dos unos pulpos frescos..., por cuatro un litro de vino, con el resto medio toscano, eso es, un cigarro puro muy bueno y largo como el rabo de un perro. O gastar los seis en vino, y junto al Coliseo recoger una docena de magníficas colillas. Esos “asnos” tiran los cigarros sin apurar. Luego, a dormir debajo del puente. Yo le aseguro a usted que la vida es algo maravilloso, y sus dólares un disparate». Después de pronunciar tan larga sentencia, Ercole se entregó a su ocupación favorita, es decir, empezó a escupir con idea de rodear, mediante un complicado arabesco, las botas de míster Cool. El americano se empezó a sentir extraordinariamente incómodo y quiso marcharse, pero Ercole le retuvo: «No tema, dejaré de ser Ercole Bambucci si rozo ligeramente la punta de sus botas».

Pero Alexei Spiridonovich impidió a Ercole entregarse por completo a esta pacífica ocupación. Con voz profunda empezó a preguntar: «Dígame, ¿suele sentir usted angustia?». «¡Oh, sí!, particularmente en otoño, cuando hay muchos melones e higos. Me sucede a menudo no poder dormir a causa del cólico». «No, me refiero a la angustia espiritual. ¿Cómo podría explicárselo?... ¿Siente usted a veces la necesidad de destruirlo todo, de quemar un antiguo templo, de regenerarse?». «Cómo no, Ercole adora las fiestas, cuando sacan de las casas los trastos viejos, jergones rellenos de heno, mesas con una sola pata, cajones rotos y hacen con todo una hoguera. Los petardos que hacen ¡bum!, ¡bum! Todo esto en honor a santa María». «Cuando usted dice “santa”, ¿significa que siente que hay algo superior a nosotros, la

Providencia...?». «¡Por supuesto! ¡La lotería! Nadie, escuche bien, nadie, ni siquiera el rey, sabe qué número va a salir. A Ercole le gusta mucho jugar a la lotería. Una vez, jugando a escote, gané cuatro liras. Y si no, ¿por qué está todo tan organizado? Ayer gané, hoy me encuentro con un asno rico, mañana tal vez me muera, en esto mejor no pensar. En general, pensar es trabajoso y aburrido, y más con este calor. Sería mejor que Alexei Spiridonovich trajera dos toscanos, tenderse uno junto al otro, encender un cigarrillo y escupir alrededor de las botas de este inepto americano, que ni tiene hijas, ni padrino, sino no sé qué rollo con los dólares».

Aisha dijo: «Vosotros no sabéis por qué el amo se lo llevó consigo, pero yo sí que lo sé. Él, probablemente, hace dioses como yo. Dime, Ercole, ¿tú sabes fabricar un dios?». El italiano se indignó: «¿Pero quién se puede dedicar a eso actualmente? ¡Limos hecho ya tantos! Por cada romano hay dos dioses, tres santos y una mártir. No pienses que no creo en Dios (Ercole incluso se santiguó), pero no quiero dedicarme a nada, y menos a un oficio tan aburrido. Si me dedicara a trabajar, lo único que haría sería tirantes. Son algo fabuloso (Ercole se animó); yo nunca los he llevado, pero se los he visto a Giuseppe Crapaducci, y hasta intenté quitárselos una noche, pero se despertó. Cuando me veo obligado a levantarme no puedo hablar, porque en cuanto empiezo a hablar tengo que mover las manos y los pantalones se me caen al suelo. Cuando no estoy tumbado tengo que sujetármelos, y esto resulta agotador. A veces los dejo en libertad bajo palabra de honor, pero ni tienen honor ni conciencia y enseguida se caen. No, lo mejor que puedes fabricar son unos tirantes. ¿Sabes?, si no tienes calor y quieres hacer algo sin falta, entonces deja a tus dioses y dedícate a la fabricación de tirantes, pero que sean únicamente rojos y azules».

A través de las conversaciones de los días siguientes me enteré de algunos episodios aislados de la biografía de Ercole. Quedó claro cuáles eran los tres acontecimientos que más habían impresionado a Bambucci: el robo del huesecillo de santa Placidia, cuando los carabinieri le golpearon por culpa de una pintora y cuando hizo la revolución. El hueso que robó era muy pequeño, menor que un dedo meñique. Después de rezar una oración, se lo entregó a la gorda Rosalía, «tan devota como santa Placidia», la cual envolvió el huesecito en un pañuelo de seda y lo colocó junto a una hoja de palma, bendecida por el Papa. Ercole recibió por ello un gran trozo de carne de cerdo asada y una cantimplora de vino. Con la pintora fue peor. Se le antojó pintar a Ercole. «Una... burra inglesa». Lo pintaba todo aburrido, aburrido, como era en realidad, pintaba hasta el rótulo de la comadrona. Ercole exigió que, en primer lugar, le pintara con el sombrero de copa, con el que soñaba hacía mucho tiempo; en segundo lugar junto a una casa, con una palmera y un pájaro; en tercer lugar, que cambiara los pañales que había colgados por bonitas banderas. La inglesa se negó, y en lugar de ello le ofreció a Ercole una lira. Ercole cogió la lira, pero acercándose al cuadro apartó cortésmente a la pintora y se puso a pintar él. La inglesa empezó a gritar como si Ercole la estuviera estrangulando, y ni siquiera le dio tiempo de cubrir el gris sucio de las casas por un bonito color azul, pues llegaron dos carabinieri y

empezaron a golpearle, haciéndole mucho daño. En cambio hacer la revolución fue muy divertido y nada doloroso. En el extranjero, según parece en España, habían matado a alguien y se armó la revolución. Derribaban los bancos, los autobuses, las farolas, incendiaban los surtidores de gas y cantaban, gritaban y disparaban hasta que llegaba la noche. Eso era lo mejor de la fiesta, lo único que fue una pena que se acabara tan pronto...

En cierta ocasión paseábamos los tres por Roma, el Maestro, Ercole y yo. Ercole pidió al cochero que se dirigiera al Trastevere. En la via Pascudini se apeó, se quitó la cazadora y el sombrero de copa, me los dio para que se los guardara, y con los pantalones de rayas se tumbó en su antiguo puesto y se dedicó a escupir hacia su rótulo favorito, después de pedirnos que le esperásemos aunque solo fuese una hora. «Se extrañan los demás —me dijo el Maestro— de que lleve conmigo a este mendigo. ¿Pero qué me puede gustar a mí si no es la dinamita? Ercole no es como Aisha, él lo ha visto todo y lo ha hecho todo. Por sus manos han pasado todos los accesorios del mundo: el cetro y la cruz, la lira y el cincel, el código de leyes y la paleta. Ha construido palacios y arcos, templos con las pechugonas diosas de la Hélade, con los demacrados cristos góticos, con los revoloteantes santos del barroco. Obsérvale, sus gestos los podría copiar una *prima donna* de Múnich, y su elocuencia la envidiaría hasta el mejor abogado de San Petersburgo. Él, desde su infancia, todo lo sabe y de todo es capaz. Pero a propósito sea dicho, prefiere escupir porque odia firme y apasionadamente cualquier clase de deber y cualquier tipo de organización. Lo hace todo a contrapelo. ¿Dices que es una payasada? Tal vez, pero ¿no es en el payaso donde brillan los últimos destellos de la libertad? Una vez conseguido el sombrero de copa te lo devuelve cortésmente. En este gesto se encuentra el futuro renacimiento del mundo. En la gran fábrica de sombreros de copa, no olvides esto, Ercole estará con nosotros, como el amor caótico hacia la libertad, como un tarrito con sustancias explosivas puesto dentro de una maleta, junto a brillantina y a unos perfumes Coty».

Ercole, acostado, con un oído escuchaba nuestra conversación, y guiñando maliciosamente un ojo dijo: «Ya sé, ustedes quieren hacer una revolución, como aquella de los españoles... Bueno, yo no me opongo, ¡es tan divertido!... Pero aún sigo siendo su guía, *signore*, ¡deme diez soldi para cigarrillos!».

## Las diversas opiniones del Maestro sobre el arte

**A** Maestro no le gustaba extenderse hablando de arte. Daba su aprobación a las conversaciones de asuntos tales como la cualidad de los colores, las raíces de las palabras y los distintos materiales de construcción, pero no soportaba las lamentaciones sobre el arte en lenguaje metafísico. Pensaba que de esto se debían ocupar únicamente los agrimensores, los contratistas y los críticos de arte. Pero puesto que él conocía bien las fuerzas organizadoras y destructoras del arte, debía, bajo diversas circunstancias, revelar su actitud hacia él, tanto más cuanto que entre los veintitrés oficios que Jurenito había aprendido en el transcurso de su vida se encontraban la poesía y la arquitectura. Precisamente estoy ahora buscando el original de su poema titulado «Trepfert número 1717», que compuso en su juventud. A través de algunos fragmentos que me citó de memoria el Maestro, pude formarme una opinión acerca de los méritos de este único poema épico contemporáneo, dedicado al culto a la acción, a los sistemas de publicidad de los camiones Nort y a la desmedida lucha de razas y de clases. Si no se ha perdido lo publicaré tal y como está en el original (escrito en español), y también traducido a otras lenguas. En el terreno de la agricultura tuve ocasión de ver dos proyectos de edificaciones realizados por el Maestro. El primero lo constituían unos inmensos ascensores de acero con canastas de cristal, que giraban trasladando por el aire a miles de personas, de un extremo a otro de Nueva York, y se elevaban sobre la ciudad como gigantescas flores de hierro sobre unos brillantes platillos. El otro proyecto eran unos urinarios subterráneos, calculados para miles de visitantes. ¡Ay! La carpeta con los trabajos desapareció el día de la trágica muerte del maestro.

He mencionado estos trabajos de Jurenito para que quede claro para todos que no se trataba de un diletante, sino de un hombre de gran conocimiento y experiencia. La mayoría de las opiniones del Maestro se convirtió, en los últimos años, en patrimonio de toda la sociedad. Diversos «innovadores», que forcejeaban entre las garras del pasado, iban pisándole los talones al Maestro, captando sus breves observaciones. Con su innata estupidez, daban un estirón a las ideas de Jurenito y las presentaban como propias. Así, el redactor de un diario parisino «extremadamente vanguardista», que se consideraba poeta y que en realidad tocaba el violín y escribía nebulosos artículos sobre pintura, vivía exclusivamente de esperar al Maestro a la salida de las exposiciones y tomar nota de los comentarios de este. Jurenito, que no conocía la presunción y que se preocupaba tan solo de la difusión de sus ideas, no luchaba contra fenómenos como este. A mí mismo me enseñó a no acusar nunca a nadie de

plagio, y a no escribir jamás cartas a la redacción con los inevitables mentís. No voy aquí a reconstruir las distintas opiniones de Jurenito sobre el arte, las cuales son conocidas, aunque algo desfiguradas. Señalaré tan solo algunas manifestaciones realizadas por él. Para que dichas manifestaciones se hagan comprensibles hay que recordar el enorme desprecio del Maestro hacia el papel del arte en la sociedad actual. A veces, durante la comida, mister Cool, bajo la influencia de un viejo Borgoña, se enternecía y le decía a Jurenito que lo que más amaba en este mundo, incluso más que los dólares, era la belleza. El Maestro le confesaba con sinceridad: «Pues yo prefiero estas chuletas de cerdo con guisantes». El Maestro decía que el sentido de la existencia del arte estaba en que este, como todas las demás palancas de la cultura, contribuía a la organización de la gente. «Así ha sucedido en todas las épocas de la historia de la humanidad. El arte ha unido sólidamente a los individuos aislados en apretados paneles nacionales, religiosos o sociales, hechos para el amor o el odio colectivos, para el trabajo o para la lucha, en una palabra, para la vida. No solo una pirámide o una catedral gótica, sino también una canción melancólica o la santísima Virgen de cualquier trecentista. Todo esto es tan solo el cemento para una monumental obra, el combustible para el mantenimiento de la vida. ¡Qué broma grosera, qué lamentable harakiri supone la ruptura del arte con la vida! El arte cambia ceremoniosamente su destino: un caballo se desengancha de la carreta e intenta, con disparatados saltos, aminorar su paso. El arte ya no quiere organizar la vida, por el contrario parece que aspira a alejar al hombre de ella. Pero por muy genial que uno sea da igual saltar que no, pues todos estos convulsivos saltos permanecerán dentro de los límites de la propia vida, convirtiéndose tan solo en causa de su desorganización. Así empezó y así continuó la lucha del arte con la vida. Esta ha empleado otros cientos de métodos de organización. ¿Y el arte? El arte se ha transformado en un juego con palitos, en el deporte de algunos consagrados, en las distintas fases de una enfermedad del espíritu, en la fantasía de mesa de mister Cool, menos necesaria que una copita de cordial de miel o una almohada blanda. El arte, mil veces despreciable, muere a causa de su práctica profesional, resaltando el triunfo de la vida. Muere con una romántica daga en la mano, muere en un reservado donde el dueño colgó para los más instruidos Cools “Las bailarinas” de Matisse, donde invitó a los comediantes que aúllan los versos de Duhamel y a los músicos que interpretan a Stravinski. Y puesto que yo soy fiel a la antigua sabiduría, proclamó que un perro vivo es mejor que un león muerto. Por eso no lloro, sino que honradamente elogio las chuletas de cerdo con guisantes, e incluso sin ellos».

En el año 1913, el *Mercure de France* hizo una gran encuesta literaria sobre los logros y posibilidades de la poesía contemporánea. Julio Jurenito recibió el cuestionario, y envió inmediatamente la respuesta, la cual no sé por qué no fue publicada. Él conservó una copia, que reproduzco ahora de memoria:

Al recibir vuestro cuestionario me encontré en un gran aprieto, por no saber exactamente qué se entiende en la actualidad por la palabra «poesía». Cierto es que me la he encontrado entre los artículos de los periódicos, a

veces incluso como una clase especial de libros impresos en un particular estilo tipográfico, con reflexiones sobre la política, sobre el amor, sobre la Santísima Trinidad o sobre el servicio de café; con renglones cuyos finales iban en consonancia y con otros que no. Si ustedes llaman poesía precisamente a estos extraños ejercicios, en ese caso no puedo contestar a su pregunta. Así como tampoco tengo opinión acerca de otros muchos absurdos pasatiempos, como hacer solitarios o rascarse la espalda con ayuda de una manecilla china. Por otro lado, admito de buen grado que dicho pasatiempo sea del agrado de algunos individuos, y no veo en ello nada censurable. Supongo que en casos como este hay que manifestar una tolerancia sin límites, dejándose guiar por la sentencia grabada en el collar del perro de Diógenes (¡que ojalá haya sido admitido en el paraíso de los perros!): «Aquí cada uno se divierte como puede». En los tiempos antiguos, por «poesía» se sobrentendía una ocupación que no se parecía en nada a la arriba citada, pero que era muy útil y sensata. La palabra era acción, y por eso la poesía, como sabia combinación de palabras, ayudaba a la realización de diversas acciones. Yo he conocido la sublime poesía del curandero, que sabía que mediante determinada combinación de palabras la tozuda vaca se dejaba ordeñar. Pero ¿cómo puedo aplicar esta elevada palabra a los rompecabezas de Mallarmé, que treinta y tres holgazanes han tratado de desenmarañar en el transcurso de treinta y tres años? La palabra en otro tiempo podía matar o sanar, obligar a amar o a odiar. Por eso los conjuros mágicos o exorcismos eran poesía. Los poetas eran artesanos que trabajaban como todo el mundo. El tierrero hacía armaduras, mientras que el poeta componía canciones épicas, las cuales llevaban a la victoria. El carpintero tallaba una cuna o un ataúd, mientras que el poeta escribía canciones de cuna o de difuntos. Las mujeres hilaban, y mientras, cantaban canciones que hacían sus manos rápidas y firmes, y el trabajo liviano. Leí en cierta ocasión unos versos que ustedes publicaron en su respetable periódico, y me pregunté: ¿a quién pueden conducir a la lucha? ¿A qué trabajo pueden ayudar? Su único destino, que por otro lado no emana del trabajo de los autores, es el de arrullar al hombre, bien dispuesto para el sueño, con los artículos sobre la cantidad de vocales y consonantes en la poesía de Racine. Así pues, repito: recordando este antiguo y bello oficio, y comparándolo con este pasatiempo para mi incomprensible, no sé cómo responder a sus preguntas, en apariencia sencillas. Pero mi joven amigo E., ruso, con el cual he consultado la cuestión, me ha informado de un hecho extraordinario, que hasta cierto punto ha hecho desaparecer mis dudas. Resulta que en Rusia vive un poeta (su apellido por desgracia no lo recuerdo) que escribió el siguiente poema, lleno de pasión sobrehumana y de signos de exclamación:

¡Quiero ser audaz! ¡Quiero ser osado!  
¡Quiero quitarte la ropa!  
¡Quiero embriagarme con tu magnífico cuerpo!  
¡Quiero hacer coronas de tus pechos!

E. afirma que cuando en la ciudad de Tzaritzin cierto escribano militar declamó este cuarteto a una doncella, que anteriormente se había negado en rotundo a tener amores con él, surtió un efecto tan decisivo que la doncella empezó a desabrocharse el vestido precipitadamente. Esta importante noticia muestra que para la poesía, en la actualidad, existen algunas posibilidades, y puedo concluir mi respuesta, no con melancólicos suspiros sino con palabras de esperanza.

En un banquete en honor del «Príncipe de los poetas» de turno, celebrado en París en enero del año 1914, Julio Jurenito intervino con el siguiente discurso:

«Bebo a la salud de uno de los mártires de la civilización actual. La situación del poeta en nuestra sociedad me recuerda a la de un estúpido perro, un honrado mastín al que exhiben en el parque zoológico con un solemne letrado que anuncia, no un *chuchó*, ni un *perro guardián*, sino un *cannis vulgaris*. Los visitantes, después de ver a los leones y a las hienas se acercan a la jaula del perro, leen el incomprensible latín, y en lugar de darle un golpecito cariñoso en el hocico, como al resto de los miles de *cannis vulgaris* que deambulan por las calles, abren la boca, le tocan con precaución con la punta del paraguas, e interpretan un alegre ladrido como un terrible rugido, y un ladrido lastimero como la señal de combate de un animal salvaje. Luego se alejan. ¡Pobre perro! ¡Pobre poeta! Tú podrías cumplir honradamente con tu oficio y escribir

tus versos tranquilamente. Pero de ti lo esperan todo menos tu trabajo. En primer lugar eres un “profeta” y en segundo lugar un “loco”, un “enigmático líder”, ¡*cannis vulgaris*! Cuando el cirujano raja un vientre, cuando el sastre corta un chaleco, cuando el matemático estudia las leyes del tiempo, todos ellos están trabajando. En cambio, cuando sudas la gota gorda sobre una hoja de papel, tachando por centésima vez una palabra y estropeando un buen verso, ¡“estás creando”! Y los cretinos que están alrededor de la jaula estudian tu interior: ¿Dónde exactamente puso el ángel el “ascua encendida”? ¿Qué musa durmió ayer contigo? ¿Te llegó en esta ocasión la “inspiración” o no te llegó? Lo único que puedes hacer es tomarte el juego en serio, abrir la boca e imitar afanosamente al león. “¡Inclinaos ante el profeta! Me viene la inspiración Shsss...”. Y el pobre, triste y ultrajado perro, imitando al tigre, por entre los barrotes de la jaula agarra con los dientes la nariz del peluquero que se le ha quedado mirando con la boca abierta. ¡Bravo! ¡A su salud, monsieur tigre de Bengala!».

Al Maestro, para horror de míster Cool, le gustaba pasar la velada en compañía de poetas, pintores y actores. Decía que estaba tan vendido al futuro, que se podía permitir el lujo de amar dos o tres chucherías antiguas semejantes a las alegres tribus de gitanos que impetuosamente irrumpen en las plazas de las ciudades europeas. «Les amo por su inutilidad, porque están condenados, ni yo mismo sé cuál es el motivo. Cada uno de ellos por separado es joven, insolente y despierto. Todos juntos están más caducos que las catedrales de la Edad Media. Aman apasionadamente el presente, y este sentimiento casi patológico de entusiasmo es como el de un condenado que va hacia su ejecución en el patíbulo. Pobres artesanos, se vuelven locos por un coche y tratan inútilmente de reproducir sus formas en la plástica, su estrepitoso ruido en la poesía, sin querer darse cuenta de que ellos mismos van a ser aplastados bajo sus ruedas. Un coche no exige retratistas de corte ni poetas cortesanos, sino la transformación de un cuerpo vivo en ruedas, tuercas y tornillos. Deben morir la libertad y la individualidad, el rostro y la imagen, en nombre de una total mecanización de la vida. Alégrese, míster Cool, estos grandes e inútiles hombres morirán junto con el amor, la rebelión y otras muchas cosas más. Por otro lado, como usted sabe por su querido librito (no el de la cubierta azul, no, el de la cubierta de terciopelo), el que muere resucita de nuevo. Pero nunca estos gitanos llegarán a ser una secta pintoresca, una pequeña casta de rebeldes. Se dispersarán definitivamente para resurgir un lejano día, cuando la humanidad ya esté curada y liberada».

Otra vez, en la exposición de los trabajos de los futuristas italianos, el Maestro me dijo:

«Aquí se ve con particular claridad el callejón sin salida en que se encuentra el arte moderno. El artista, perdida la costumbre de hacer cosas útiles, perdido el sentimiento de la necesidad de su trabajo, empieza a pisarle el terreno al prestidigitador. ¿Qué puede haber más exacto y estricto que los límites del arte temporal y espacial? Pero contempla a ese ingenuo pícaro que aspira a demostrar en

un lienzo inmóvil que el hombre sabe correr. No quiere saber que la pintura, la escultura, la arquitectura son estáticas no por su tema casual, sino por su naturaleza, que un cuadro perfecto acaba con la propia sensación del tiempo, deteniendo los relojes de todas las torres y de todos los chalecos. Y el otro, el poeta, describe detalladamente en sus versos el verde campo, el río azulado en el campo, junto al río la blanca casita, en la casita a la rosada Mimochka y en el pecho de Mimochka la rosa roja. No importa que sea un catálogo de pinturas de la casa Lefran, no importa que entre el campo y la rosa haya veinte versos, es decir, siglos, milenios. Ha mostrado en cambio el truco del salto de vallas. No creo que sea necesario hablar de toda la diversidad de ese nuevo oficio: de la pintura musical, en relieve, de la escultura en colores, de la poesía onomatopéyica, etc., etc. Los panaderos han empezado a preocuparse por la perdurabilidad del pan, los albañiles construyen una casa de un solo muro. Tras la liquidación del arte nos quedan, al menos, las aventuras del barón de la Castaña».

Poco después, Jurenito se dirigió con la siguiente carta al Ministro de Cultura y Bellas Artes de Italia:

Señor ministro.

Hace unos días visité la enternecedora y miserable exposición de mis amigos los futuristas. Me he puesto también al corriente de la poesía y el teatro actuales. Me ha producido una inmensa lástima la admiración de unos jóvenes pintores italianos ante una bicicleta americana rota, ante una mala pasta dentífrica alemana y ante la moda parisina del año pasado. Aunque el campo de la higiene se encuentra fuera de los límites de su departamento me atrevo a recordarle, señor ministro, la necesidad de apartar a tiempo al bebé del pecho de su madre en interés no solo de esta sino también del niño. Los casos aislados que se dan de lactancia de niños de tres, e incluso de cinco años, han dado origen, por cuanto sé, a la imbecilidad. Personalmente he podido convencerme de esto con el ejemplo de mi gatito, que era ya el doble de grande que su madre y continuaba mamando. Al no haberse acostumbrado a otros métodos para proveerse de alimentos, cuando la gata por fin le abandonó empezó a adelgazar y murió finalmente. Supongo que la debilidad y caquexia del arte actual es culpa de aquellos que no solo no lo alejaron a su debido tiempo del pecho materno, sino que por el contrario le estimularon y siguen estimulándole para que chupe hasta la última gota de una leche que ya ni siquiera es buena. En resumidas cuentas, hemos aceptado a una vasta manada de bien cebados impotentes, imitadores por milésima vez de los pintores del Renacimiento o de los tercetos de Dante, y junto a ellos a los escasos, demacrados y embrutecidos «innovadores», de los que ya he hecho mención. Aunque soy extranjero amo sinceramente su bello país, y me atrevo a proponerle, señor ministro, unas medidas a mi modo de ver indispensables para salvar de la mina a las futuras generaciones. Hay que desacostumbrar totalmente a los niños a mamar, y para esto hay que centrar la atención en los peligrosos focos donde se propaga la epidemia por succión, en las antiguas ciudades, en los museos y en los edificios que llaman «clásicos». Aunque ustedes les hayan aplicado un método artificial de prolongación de la vida extremadamente antihigiénico, pues ningún tipo de embalsamamiento preserva de la descomposición, y por consiguiente de la contaminación; y aunque sus municipios, cada vez con más frecuencia, están de acuerdo en sustituir los pestilentes cementerios por prácticos crematorios, no me decido a proponerle el método radical de incineración de todos los especímenes del finado arte, pues me veo obligado a tomar en consideración el sentimiento de afecto que muchas personas tienen hacia las cosas que les son familiares, así como también razones de orden presupuestario. No obstante, quiero atraer su atención, señor ministro, hacia una serie de medidas totalmente viables, que aunque solo paliativas puedan resultar eficaces.

1. Poner en conocimiento de todos la existencia de Miguel Ángel, Rafael, Tiziano (si usted lo considera necesario, se puede añadir también a Guido Reni), Dante, Torcuato Tasso, Leonardo, la catedral de San Pedro, la de Milán, etc., según le parezca conveniente. Con esto quedará totalmente satisfecho el legítimo sentimiento de amor a los antepasados y el orgullo nacional.
2. La visita a los museos y antiguas iglesias, así como la lectura de lo que se ha dado en llamar «clásicos», les estará permitida únicamente a aquellas personas que no tengan relación alguna con ellos, ni como creadores ni

como intérpretes, como, por ejemplo: tratantes de ganado, historiadores del arte y turistas de raza anglosajona. 3. Todos aquellos que se dedican activamente al arte, se trasladarán por cuenta del Estado de las ciudades a los centros industriales de Lombardía y Piamonte. Se castigarán con severidad los paseos de los pintores por la *campagna* de Roma y las excursiones de los poetas en góndolas venecianas.

Estoy convencido, señor ministro, de que estas sensatas disposiciones provocarán el verdadero florecimiento del arte en Italia. Reciba, etc.

Una vez enviada la carta, el Maestro esperaba una invitación del ministro para aclarar diversos detalles, pero esto no sucedió. Posteriormente, el Maestro me comunicó su temor de que la carta se hubiese perdido, aunque la envió certificada, a causa de la fidelidad del correo italiano a las sagradas tradiciones.

Estas eran algunas de las opiniones del Maestro sobre el arte. Más adelante relataré cómo intentó llevarlas a la práctica durante los años de la Revolución Rusa.

## Monsieur Delet o la nueva encarnación de buda

**D**e vuelta a París sufrimos algunas dificultades financieras, provocadas por los complicados experimentos del Maestro, la partida de míster Cool para Chicago y los desmedidos gastos de Alexei Spiridonovich, que por esa época estaba de un humor particularmente pesimista. A fin de salir con dignidad de la difícil situación, el Maestro se dirigió a una conocida oficina de financiación, y regresó de allí totalmente satisfecho con la dirección de cierto rentista, monsieur Gastón Delet, que vivía cerca de París, en Massy-Verrières, y que deseaba invertir en un negocio seguro un capital de cuarenta mil francos. «Le voy a proponer la construcción de un elegante cabaret o una gran maternidad», dijo Julio Jurenito mientras se dirigía a casa de monsieur Delet.

A la noche siguiente el Maestro me presentó, en un reservado del Café de la Bourse, a un señor bajito y gordo. Tenía unos delgados y cuidadosamente retorcidos bigotes, un rostro pulcro y sonrosado, y en el ojal la inevitable cintita de la Legión de Honor. En primer lugar decidimos tomar un aperitivo. Monsieur Delet, golpeándose las rodillas, gritó: «Camarero, ¡un *picon-citron*! —y nos aclaró— es excelente para hacer la digestión». Después guardó silencio y empezó a hablar el Maestro, el cual me dejó un poco asombrado, pues, sin mencionar el cabaret ni la maternidad, detalladamente y con un lápiz en la mano, demostró las extraordinarias ventajas de cierta sociedad anónima denominada Necrópolis Universal. Es evidente que el discurso llegó al corazón de monsieur Delet, pero los ceros de las cifras le dejaron desconcertado. «¿Por qué trescientos mil exactamente?, ¿no pueden ser más o menos?». Y Jurenito aclaró: «Tiene usted razón, son trescientos mil ciento catorce francos con ochenta céntimos de beneficio neto».

Como no entiendo nada de empresas comerciales, me aburría. Más tarde fui recompensado, no solo con una excelente comida, sino también con el sorprendente relato de monsieur Delet. Bruscamente manifestó que, ya que nosotros dos íbamos a ser en lo sucesivo sus asociados en un importante negocio, debía hacernos saber quién era él, cuáles eran sus ideas: «Un negocio no es una intriga amorosa, así que por favor, todas las cartas sobre la mesa».

Se trataba de una biografía sorprendente, interrumpida de cuando en cuando por los elogios a los platos y la elección de las bebidas. Intentaré reconstruirla con mi pluma debilitada por los años:

«Camarero, ¡puede usted servir!

»Amigo mío, le recomiendo el atún, es el pescado más suave y además se digiere

con extraordinaria facilidad. ¿Se asombran de que esté tan alegre? Sí, yo siempre estoy alegre, despierto e ingenioso. ¿Qué quieren ustedes? ¡El espíritu galo! Ustedes, que son extranjeros, deben sentirse felices de hallarse en un país como este. ¡El país de la inteligencia y la libertad! Yo nunca viajaría al extranjero, ¿que por qué? ¡Que quiero mar, Bretaña! ¡Que quiero montaña, Saboya! ¡Que quiero sol, Niza! ¡Que quiero bosque, Fontainebleau! ¡Que quiero placeres, ji ji, París! Ustedes, por supuesto, es otra cuestión. Ustedes tienen... Bueno, no quiero hablar de cosas tristes.

»A menudo lamento todo lo que aún hay de lúgubre en el mundo. Usted es ruso, ¿no es así?... ¡Allí hace un frío del diablo! Pero es un gran país, y dentro de poco serán ustedes aliados nuestros. Y además tienen un escritor... ¡oh!, ¡qué difíciles son esos nombres eslavos!... ya recuerdo, Tolstói, algo así como nuestro Dumas. ¡Deliciosa ensalada! Dígame, amigo mío, ¿no sería más lucrativo comprar, en lugar de estas acciones, una renta rusa? ¿Está usted seguro? Una renta es en cierto modo algo más tranquilo, *clic* y ¡ya está! No les aconsejo el rosbif, ¿para qué cargar el estómago por la noche? ¡Ustedes los rusos son unos místicos! Y usted, ¿es mexicano? Eso está en América, ¿no? ¿Sí? ¡Ah sí! ¡El tío Sam! Bueno, yo estoy tranquilo, ustedes son hombres de negocios. Pues en cuanto a mí, yo desde niño ya era genial. Mi difunto padre, fundador de nuestro servicio funerario, le decía a todo el mundo: “¡Miren a Gastón, será diputado!”. Pero a mí no me gusta la política, pues impide disfrutar de la vida.

»Camarero, una botellita de “nuits”, pero mire, caliéntela un poco.

»Como les decía, yo era genial. De las ciencias solo apreciaba la aritmética. No soporto la inventiva. ¡Dadme cosas limpias y claras! A los cinco años ya sabía que a Paul, el hijo de la lavandera, podía golpearle fuerte; y en cambio a Víctor, el hijo del alcalde, no podía. Ji ji, ¡la ciencia de la vida! Y también sabía golpear de tal forma que no quedaran cardenales. Como golpean los de la policía. Cuando cumplí dieciséis años, mi padre me dio un luis y me dijo: “Gastón, sé moderado en todo”. ¡Grandes palabras! ¡Pobre padre! ¡Aquí preparan de manera excelente las puntitas de espárragos! Ay, yo era joven, ¡ji ji! Y olvidé las palabras de mi padre. Perdí el sentido de la medida. ¡Oh, ustedes no saben lo que es el sentido de la medida! Es la política inteligente, la belleza, la bolsa llena, el estómago ligero, el agradable estremecimiento al ver una mujer bonita. Todo eso. Amigo mío (eso se lo decía al Maestro), usted es joven aún y me gusta, es más, parece usted francés, es casi francés. Recuerde, ¡la moderación!, ¡la medida! Yo fui cruelmente castigado. Cogí una gastritis. Desde entonces debo ser prudente, muy prudente. Tomo píldoras “Pink”, un excelente remedio. Repito, era joven, la sangre bullía. ¡San Antonio!... ¡Ji ji! Y así, a los veinte años ya estaba muy debilitado. Voy por los bulevares, el sol calienta, y las mujeres están estupendas, pero yo tranquilo. Tengo que estar a dieta. Tenía una linda amiguita: Minette. Ustedes no han visto nada igual. ¡Y lo que sabía! ¡Ji ji! Siempre me repetía: “Pobre Gastón, ¿recuerdas?, ya Dantón decía: ¡Valor, valor, y una vez más valor!”. (Eso está en la estatua que hay junto al metro de Odeón). Compré en una

exposición un cuadro por sesenta francos, en el que un cazador salva a una muchacha de ahogarse en un arroyo. Lo colgué en el dormitorio de Minette. Me daba bríos. ¿Qué? ¡Ímpetu! ¡Ji ji!

»Camarero, ¿el camembert es bueno? ¿Cremoso?

»Pero no crean que solo me dedicaba al amor. Me ocupaba también de los negocios. Me hice cargo de la funeraria, la levanté, la amplié y la convertí en el negocio más grande de todo el barrio de Montrouge. ¿Qué es la muerte? ¡El final! Ni besos, ni vino, ¡nada! ¡Un agujero! Huelan este camembert, huele de maravilla. No creo en estupideces. Soy un hombre libre, sin prejuicios. Hablan de mí hasta en la Cámara de los Diputados, mejor dicho no de mí, pero eso da lo mismo. Después estuve... fui a casa de mi tío en Perpignan. El alcalde de allí era un hombre grande, un filósofo, un nuevo Voltaire. Ordenó sacar de las catedrales las lápidas de todos los obispos, de los santos, en una palabra de todo el clero, y pavimentó con ellas los retretes públicos. Yo asistí a la solemne inauguración. ¡Bastante se habían burlado ellos de nosotros! Pero el clerical Barrès hizo una interpelación ante el Parlamento. Yo estaba dispuesto a sufrir por un ideal, pero no sucedió nada. ¡Ya no estamos en los tiempos de la Inquisición! Así pues, la muerte es el fin... no hay que esperar nada después de la muerte. Pero es necesario que los funerales sean decorosos, como todo en la vida. Así pues, introduje en la funeraria una filosofía muy profunda. Antes de que yo llegara había quince clases; yo añadí otras dos. Una de máxima calidad extra, para los locos y los imbéciles que tiran el dinero por la ventana. Sería un pecado no recogerlos y hacer con ellos unos funerales bellos y artísticos. Se reparten a las damas pañuelitos de encaje perfumados. Luego, para los mendigos, una decimosexta clase. Soy un hombre bueno y amo la justicia. Es necesario que todos tengan derecho a ser enterrados. ¿Por qué exasperar a los pobres?

»Eso solo lo pueden hacer los criminales, los socialistas. Por supuesto que es necesario que los pobres sepan que tienen un sitio sencillo y honesto para tres años, al menos. Yacerán durante algún tiempo, y luego dejarán su lugar a otro. A partir de la sexta clase la propiedad es perpetua. La gente importante merece tranquilidad. Esto, amigo mío, es el verdadero sistema, la escala del mundo, ¡la profundidad! Yo quisiera que me hicieran un funeral de tercera o cuarta clase, agradable, decente; no pido un extra. No, digo por cortesía: “Yo, Delet, que he vivido honradamente y he trabajado honradamente, cuando muera tendré mi reposo, mi descanso, mi sueño”. ¿No es cierto? Bueno, pero ya basta de muertes. A los cuarenta y un años me casé. Elegí a la joven y lozana mademoiselle Boet, ¿no les suena? Es la hija de un fabricante de sanitarios. Otros veinte mil. ¡Ji ji! ¿Qué pasó después...? ¡Adivínenlo ustedes mismos!... Yo era feliz junto a Marie: por la mañana el café, por la tarde el periódico. ¡Ay!, el destino lo dispuso de otro modo. Un parto difícil, Marie murió y el hijo sobrevivió. ¡Pobre Marie!

»Camarero, café y calvados.

»¿Y ustedes? Eso es un néctar. ¡Tres calvados! ¡Hijo! Miren la fotografía.

¡Angelito! ¡Un genio! Cuatro años y ¡cómo cuenta! Lo llevé a casa de una hermana. Y aquí me tienen, solo. Vivo muy tranquilo. Después de todo lo que había sufrido vendí la oficina. A Marie la enterré yo mismo. Ya he trabajado bastante. Me he comprado una bonita villa. Cultivo judías y guisantes de olor. ¡Qué bella es la naturaleza! Tengo una administradora, ¡ji ji! Se llama Zizi. ¡Una joya! ¡Él la conoce...! ¿Qué le pareció? ¿Le gustó...? Aún tengo ánimos, estoy fresco y vivo. Ahora he decidido invertir mi capital. Quería comprar una renta rusa, pero él me asegura que lo que a mí me va es una Necrópolis. Y qué, enterrar, ¡otra vez enterrar! Llevo ya tres años descansando. Puedo ahora ponerme a trabajar... Lo principal es prever de antemano y con exactitud. Tendré una renta, calvados, a Zizi y a los guisantes. ¡Solo en la moderación la vida es bella!...».

Era evidente que monsieur Delet de pronto se había sentido cansado. Antes de tragar el calvados se enjugó con él la boca, después se inclinó en el respaldo del diván, se desabrochó el botón inferior del chaleco y se quedó amodorrado.

Entonces el Maestro me dijo: «Monsieur Delet será mi sexto discípulo». Al instante, monsieur Delet se despertó y farfulló: «¿Discípulo? ¡No! Seremos socios, con iguales derechos... él hará prosperar nuestra Necrópolis Universal». En ese momento se hundió de nuevo en la apatía.

«Está maduro, en su punto, se derrite como este delicioso camembert. Muchacho, si en tu alma empieza a introducirse la duda, echa una ojeada a monsieur Delet y te darás cuenta de que el final está próximo. Es posible que en todo el mundo no exista en este momento un hombre que esté tan cerca del futuro como él. La mañana nace cuando muere la noche». El Maestro se puso en pie y me ordenó levantarme: «¡Mírale una vez más! ¡Mírale como se merece!».

Monsieur Delet estaba sentado, con la mirada perdida en la lejanía, sin pestañear, con una expresión de absoluta necedad, con la colilla apagada fuertemente adherida a su labio inferior, con una mano golpeando un ramo de violetas que había sobre la mesa, y con la otra jugando apenas con un dije que caía sobre su vientre y que decía: «Fe-Esperanza-Amor». «Mira, este ya no es monsieur Delet, es Buda, ¡la suprema quietud! Para llegar al nirvana hay dos caminos: el de la renuncia total, la máxima negación, el camino del asceta o del rebelde; y el de la placentera vida mundana. Mira, monsieur Delet ya no está en el camino que conduce hacia el final, ¡él mismo es el final, el límite, la nada!». Cuando acabó de decir esto el Maestro, y yo tras él, se inclinó piadosamente ante monsieur Delet. Mirándonos de refilón, monsieur Delet murmuró con perezosa languidez: «Sí, sí, ya sé. Se trata de las bárbaras costumbres de sus países. Pero ahora están ustedes en Francia y son libres. Lo mejor que pueden hacer es traerme un vaso de agua, que tengo que tomar las píldoras. Si no el estómago, mi estómago, mi pobre estómago...».

## Alemania, una multa de seis marcos, y las capacidades organizadoras de Schmidt

A principios del año 1914, en el carácter y en la forma de vida del Maestro se introdujo un cambio brusco. Ni los éxitos de m<sup>í</sup>ster Cool, que volvió de América después de haber dirigido por el camino de la verdad a uno de los Rotchild, a dos periodistas radicales que habían caído enfermos de gota y a más de veinte papúes que había traído a una exposición internacional de ganadería: ni los dramas de Alexei Spiridonovich, al cual se le ocurrió, en vista de la no existencia de Dios y del frívolo comportamiento de su nueva novia, acabar con su vida, para lo cual cada día se tomaba delante de ella, que por otro lado no era nada tonta, sales inglesas haciéndolas pasar por cianuro potásico: ni el nuevo dios de Aisha, Flik-Flik, creado a semejanza de un policía que estaba parado frente a nuestra casa y que había impresionado particularmente a nuestro hermano negro, orgulloso, cruel, señalando el destino con su poderosa porra; nada de esto interesaba realmente al Maestro. Se volvió serio, casi taciturno. Con frecuencia se alejaba de nosotros, y me lo encontraba en compañía de gente de lo más dispar: estudiantes serbios, viajeros de comercio alemanes en extremo sospechosos y banqueros franceses. En cierta ocasión le sorprendí incluso con un monje ruso muy querido por los aristócratas, que andaba de parranda por París, el cual gritaba a Jurenito: «¡Escupo en tu hocico de rana! ¡Vete, Anticristo, desaparece!». Pero después susurraba: «¡Padrecito, añade otros cien billetes y te llevaré inmediatamente!». El Maestro no nos decía para qué necesitaba a esta gente. Por las noches pasaba el tiempo en aburridas averiguaciones tales como estadísticas sobre Alemania, exportaciones inglesas, la producción de diversas cuencas carboníferas, etc. Sobre las paredes ahora, en vez de cuadros de Picasso y de Léger, había mapas de las colonias africanas y complicados diagramas.

En el mes de marzo, el Maestro nos comunicó que le era indispensable hacer un viaje a Alemania de varias semanas, y nos propuso a todos acompañarle, ya que este viaje iba a resultar muy instructivo. Monsieur Delet al principio se puso terco diciendo que le repugnaba viajar al extranjero, y con mayor motivo para visitar a los prusianos. Pero el Maestro le convenció rápida y fácilmente. Siempre me dejaba maravillado la presencia de ánimo de Jurenito, y la diversidad de métodos de convicción que utilizaba con la gente. En realidad, ¿cómo pudo obligar al avaro y calculador rentista monsieur Delet a darle el dinero que había ganado con sus muertos? ¿Cómo pudo Jurenito convencer a este gordinflón, que se había pasado cuarenta y cinco años en su casa, en la oficina o en el café de la esquina de su calle,

de que dejara por el momento a sus guisantes y a Zizi para seguir hasta el fin del mundo a un aventurero? ¡Oh!, desde luego que el Maestro no sedujo a monsieur Delet hablándole de la renovación de la humanidad. No, con implacable precisión demostró al francés que únicamente la Necrópolis Universal le conduciría a la riqueza, a la felicidad, a una vida placentera. La realidad parecía querer desmentir estos argumentos, pues ya habían desaparecido cuarenta mil francos y las ganancias no se veían por ninguna parte. Sin embargo, la impecabilidad del cálculo seguía vigente. Y cuando monsieur Delet perdía los ánimos, el Maestro aparecía invariablemente con un lápiz en la mano, se reía de las pequeñas dificultades, y descubría tras ellas grandes sumas de dinero. Así sucedió también esta vez. El Maestro demostró a Delet que los alemanes estaban más interesados que nadie en la Necrópolis Universal, y que si dejaba a un lado todos sus prejuicios ellos por fin iban a ser los que levantarán el negocio. «¡Qué se le va a hacer, el negocio es el negocio...!», decía monsieur Delet mientras tomaba asiento en el vagón y daba las últimas instrucciones a mademoiselle Zizi de cómo regar sus zanahorias predilectas.

Llegamos a Alemania, y debo confesar que no nos sentíamos demasiado bien allí. El que más sufría de todos era Ercole, y sus sufrimientos se convertían en el punto más vulnerable de nuestro presupuesto. No por mala voluntad, sino a causa exclusivamente de su espontaneidad infantil, lo hacía todo al revés. Nos vimos obligados a pagar, hasta cinco veces por día, diversas multas. Prendía fuego a su querida «cola de perro» en un compartimento para no fumadores; tiraba una monda de plátano a los pies de un policía; caminaba justamente por las avenidas por las que estaba prohibido circular; se sentaba a descansar apoyando la espalda en las doncellas de mármol, que surgían como alegorías rodeando el monumento a Bismarck; y realizaba mil infracciones de todo tipo. Le salía particularmente cara su inocente afición a escupir: arrestado por la policía de Fráncfurt, se lo llevaron a interrogar. En el despacho escupió, solo una vez como él afirmaba, hábilmente por encima de las carpetas repletas de papeles, entre la cabeza del funcionario y un busto del Káiser, y fue a dar en la escupidera que estaba en un rincón. Por esto lo metieron en la cárcel, de donde fue liberado por Jurenito después de pagar una fuerte suma y de presentar un certificado médico que hablaba de una supuesta enfermedad mental del señor Bambucci.

Delet estaba muy triste, y había perdido su ánimo y sus «ímpetus». Decía que si todas las mujeres tenían unas pantorrillas tan gordas, y en todos los restaurantes servían zanahorias cocidas, estaba claro que no valía la pena vivir. «Ahora comprendo por qué los alemanes se pueden interesar en nuestra “Necrópolis”. ¿Qué se puede hacer en un país como este aparte de morirse...?». Alexei Spiridonovich, que estaba entregado a la melancolía, atrapó por fin a un profesor de filosofía de Halle; decidió abrirle su corazón, y manifestarle todas sus dudas en lo referente a la existencia de la lógica, ilustrando todo esto por enésima vez con la historia de su vida. Pero el profesor dio muestras de una inexplicable indiferencia. Al principio de

su conversación suministró a Alexei Spiridonovich una detallada bibliografía que podía ser interesante para su problema, pero después le quitó cortésmente la lista de libros, y en su lugar le dio la dirección de un establecimiento de hidroterapia para el restablecimiento de las almas. Alexei Spiridonovich se quedó muy apenado, y aquella misma noche le contó la historia de su vida a la camarera Klerhen, rubia y gordita, la cual, después de derramar sinceras lágrimas, le ofreció inmediatamente sus servicios «como una afectuosa hermana», pidiéndole por todo solo diez marcos, pues estaba tratando de reunir la suma necesaria para casarse con Otto, dependiente de una tienda de tabaco.

Aisha estaba sencillamente congelado, siempre envuelto en la manta de viaje a cuadros del Maestro.

Yo añoraba las tabernas de París, y en vano trataba de sustituir la Rotonde por los salones de té, con manteles de cuadros sobre las mesas y camareras de cofias onduladas.

El único que no daba ninguna señal de descontento era míster Cool. Le gustaba viajar, y consideraba a Jurenito un guía muy capacitado. En todas las ciudades se informaba inmediatamente de cómo estaba el cambio del dólar, del número de iglesias y escuelas existentes, y también de si había muchos establecimientos donde poder colocar sus aparatos automáticos.

El Maestro, por las mañanas se iba a alguna cita de negocios, y después de la comida visitaba con nosotros las ciudades por las que viajábamos; todo llamaba su atención, y evidentemente todo le ponía de buen humor. Le gustaba muy especialmente mostrarnos las universidades, los cuarteles y las cervecerías. Estas eran, según sus palabras, «las larvas de la nueva sociedad». Desmenuzados como croquetas, debido a sus continuos desafíos, los «Burshen», como los niños obedientes que ponen las puntitas de sus dedos sobre el pupitre, comprendían la grandiosa estructura universal a través del énfasis de Kant y de la agudeza de Hegel, y se preparaban para la honorable carrera de domadores de niños aldeanos o de los funcionarios del fisco. De los militares, al Maestro le entusiasmaba la uniformidad de los pechos erguidos, los vientres encogidos, la pérdida total del sentido de la individualidad, y que al grito de «¡derecha!», «¡izquierda!», al instante cambiaran de posición cientos de magníficos juguetes. Cuando el suboficial golpea en la mejilla a algún Fritz por torcer inconvenientemente su aún indisciplinada cabeza todos, incluyendo a Fritz, manifiestan una total satisfacción, pues lo esencial del asunto no está en el diente partido de Fritz, sino en la corrección de un admirable mecanismo. También fuimos a una de esas cervecerías de cinco pisos donde, regularmente, dos mil visitantes hacen pasar a través de sus estómagos de diez a quince litros de cerveza. Todos estaban sentados en mesas iguales: hombres, mujeres y niños. Las camareras corrían hacia las espitas, incrustadas en la pared, y cada minuto llenaban decenas de jarras monumentales. Cientos de visitantes se levantaban con aire campechano, se trasladaban al inmenso aposento contiguo para aligerarse y luego

reanudaban el interrumpido trabajo. Esto estaba considerado como una diversión. Una orquesta tocaba una marcha militar, algunos papás leían revistas de humor y se reían con estruendosas carcajadas; otros miraban con aire estúpido la pared, donde habían colgado un montón de proverbios y sabias sentencias: «¡Bebe con calma!», «¡Dios guarde esta casa!», y cosas por el estilo.

«Mirad —decía el Maestro después de estos paseos—, en todas partes la gente vive únicamente para el plácido bienestar y para la alegría. Dicen que aman, se enferman, sufren y después mueren. Aquí los hombres, con los dientes apretados de la mañana a la noche, igual que en las academias y empleos militares, fraguan para sí mismos y para los demás una gran cadena, y tal vez unos amorosísimos pañales de hierro para amarrar fuertemente a sus hijitos».

Durante uno de aquellos paseos por Stuttgart, al pasar junto a las hermosas flores del jardín municipal, sucedió algo extraño tratándose de Alemania, que condujo a un estado de éxtasis a nuestro Ercole. Por un sendero desierto venía a nuestro encuentro una pobre mujer con un niño de pecho y un joven estudiante de aspecto dulce y soñador, con una gorra de hule. El estudiante saludó cortésmente a la mujer, y después de hablar con ella dos o tres minutos se apartó a un lado con aire pensativo. Luego sucedió algo sorprendente. El estudiante, con absoluta tranquilidad, atravesó la verja de los parterres y empezó a pisotear concienzudamente los jacintos de marzo. «Eso es un gesto —empezó a gritar Ercole fascinado—. Ahora le detendrán como a mí cuando...». Pero no había nadie por los alrededores. Después de aguardar un poco, el estudiante se dirigió hacia la puerta de entrada, y en cuanto vio a un policía se puso a darle explicaciones. Esto era definitivamente extraño, así que nos dispusimos a seguirle. Ele aquí lo que el estudiante dijo al policía:

«Me llamo Karl Schmidt y soy alumno de la Escuela Técnica. Acabo de pisotear un parterre del parque en protesta contra la mala organización del gobierno». El policía, después de escucharle con tere de indiferencia, sacó su libreta: «Debe usted pagar una multa de seis marcos». «Todo lo que tengo son dos marcos y 18 pfenigs». «Entonces tenga la amabilidad de seguirme». Nosotros también le seguimos y entramos tras él en la comisaría. En la calle se quedaron Aisha y Ercole, a fin de no tentar en exceso a los funcionarios.

«Acláreme su comportamiento», dijo a Schmidt el agente de guardia. «Protesto contra el salvaje sistema de la economía social imperante. En el jardín me he encontrado con frau Müller, viuda de un obrero de la construcción. El pasado año me lavaba la ropa a un precio muy bajo. Me ha preguntado si sé dónde puede encontrar trabajo, ya que después de la muerte de su marido, se encuentra en un apuro muy grave. Frau Müller tiene un niño de pecho, y no encuentra un lugar donde colocarse. Me dijo también que se había visto obligada a empeñar las mantas, y que a causa de la insuficiente alimentación se le había retirado la leche. Después de esto miré las flores del jardín municipal. Para su mantenimiento se emplean grandes sumas de dinero, mientras que el hijo de frau Müller, un miembro de la sociedad, un futuro

elector del Parlamento, puede morir por falta de leche materna. No siento lástima en absoluto por frau Müller, aunque es una mujer absolutamente honrada. Estaría dispuesto a consentir el aniquilamiento de miles de bebés por el bien de la sociedad, pero no puedo soportar la ineptitud. He pisoteado las flores, a las que por lo demás odio por ser algo claramente innecesario, para atraer la atención de la sociedad, de la prensa y del Gobierno hacia estas vergonzosas contradicciones».

El policía, sin decir ni una sola palabra, tomó nota de la declaración, y después inquirió acerca de los seis marcos. «La multa puede ser sustituida por arresto». En ese momento, el Maestro metió baza en el asunto. Amistosamente ofreció a Schmidt los tres marcos con ochenta y dos pfenigs que faltaban, diciendo que una persona con una inteligencia así no podía perder el tiempo en la cárcel. Luego todos nosotros, después de recoger a Aisha y Ercole, nos dirigimos a casa de Schmidt. Vivía en una buhardilla extraordinariamente limpia, pero tan estrecha que nos vimos obligados a permanecer todo el tiempo de pie y sin movernos, como en la parada del tranvía. De las paredes pendían retratos de individuos como: el Káiser Guillermo, Karl Marx, el filósofo Kant, herr Ashinguer —propietario de doscientos setenta restaurantes en Berlín, cuyo talento organizador Schmidt admiraba en gran manera— y un enorme gráfico titulado «Sistema de Distribución de los días laborables y festivos del alumno de la Escuela Técnica Karl Schmidt». Todo el tiempo, desde las siete de la mañana, hora en que Schmidt se despertaba, hasta las once de la noche, hora en que se iba a dormir, estaba rigurosamente distribuido en diversas ocupaciones. Los sábados, de diez a once de la noche, Schmidt se dedicaba al amor. Nos explicó que el amor le interesaba poco, que hubiera deseado incluso permanecer virgen, pero que ello le hubiera exigido una fuerza de voluntad que necesitaba para asuntos más serios. Así pues, después de consultar con un conocido, estudiante de medicina, tomó la determinación de sacrificar una hora a la semana y visitar el humilde, pero higiénico, establecimiento de frau Haase.

Al llegar a casa, Schmidt, por economizar (vivía con sesenta marcos al mes), se quitó el traje, lo colocó con cuidado en un baúl, ya que no había ningún otro mueble en la habitación, y se quedó en ropa interior. A lo largo de su charla nos fuimos enterando de muchas anécdotas pintorescas que confirmaban su pasión por el orden y el sistema. Además del gráfico de los horarios, había otro dedicado a los sesenta marcos y al volumen de gastos, desde el lavado de los calcetines hasta el gasto de los sábados en casa de frau Haase. Cinco meses atrás, Schmidt había recibido de su madre tres marcos suplementarios «para diversiones», y dedicó largo rato a pensar cómo gastarlos razonablemente, sin quebrantar con ello la voluntad de su madre. Le hubiera gustado comprar un estuche de dibujo nuevo, pero costaba cuatro marcos. El día del cumpleaños de tía Berta decidió correrse una juerga, o sea, ir al café Metropoli, tomar un café y comerse un pastel de cerezas con nata batida. Pero todo esto costaba sesenta pfenigs, y en ese caso la suma restante le iba a resultar aún más difícil de gastar. Los tres marcos continuaban en el baúl y Schmidt dijo que no podía,

por el profundo respeto que sentía hacia su madre, entregárselos a Jurenito.

Después, la conversación pasó a temas generales. Schmidt se interesó mucho por todos nosotros. La presencia de Aisha le desconcertaba un poco, y confesó que no podía soportar la idea de que la inmensa África siguiera hallándose en un estado de caos primitivo. Pero era optimista y confiaba en un futuro mejor. Lo esencial era organizar todo el mundo, como él hacía con su vida. Estaba convencido de que en su cuartucho y con sesenta marcos, vivía de una forma más racional y exquisita que todos los millonarios del mundo. Era al mismo tiempo nacionalista, admirador del Káiser y socialista, pues decía que en esencia todo ello era lo mismo. «Tanto Guillermo como cualquier socialista son capaces de comprender que el mundo está desorganizado y que es necesario organizarlo de una manera eficaz. Nuestro enemigo es el anarquismo, y da lo mismo que se trate de herr Bambucci, revolucionario cargado de bombas, que de herr Delet, el cual mañana puede llegar a ser ministro, pero seguirá siendo un rentista interesado únicamente en los placeres de la vida». (Haciendo de intérprete traduje esta frase a monsieur Delet. Este se ofendió mucho, sobre todo por su comparación con Ercole, a cuya presencia siempre había puesto obstáculos). Él, Schmidt, trabajaba mucho en las diversas ramas de la mecánica, la química y la economía política. Tenía muchos planes que, por desgracia, eran difíciles de llevar a cabo a causa del desorden existente. Por ejemplo, creía que la gran cantidad de problemas sexuales existentes eran la causa principal de la falta de crecimiento de la población, e insistía en la posibilidad de realizar la inseminación artificial. Por desgracia, no había podido llevar a cabo los experimentos necesarios, aunque estaba convencido de su éxito. En todo caso, había elaborado una ley de procreación forzosa. Luego estaba la cuestión no menos importante de la sustitución de la alimentación primitiva por la química, y con ello la eliminación del hambre y de la miseria, y la ganancia de una inmensa cantidad de horas de trabajo. Pero ¿cuándo iba a poder poner en práctica dichas actividades? El Káiser era aficionado al pacifismo, y los socialistas cada vez estaban más domesticados. ¿De dónde se podía esperar la salvación?

Todos estos pensamientos, traducidos por mí, provocaron estallidos de indignación. Monsieur Delet trataba de permanecer tranquilo, e incluso de considerar el asunto con lógica. «¡Muy bien! Supongamos que todas esas fábulas se convierten en realidad. Y entonces, ¿qué? En lugar de escalope *a la jardiniere*, píldoras (como si no tuviera bastante con las “Pink”). En lugar de Zizi... ¡Oh! ¡Qué horror! Ni naturaleza ni belleza ni amor ni apetito. ¡Solo horarios! Pero pregunte, pregúntele, ¿para qué entonces vivir?». Ercole dijo simplemente que si esto sucediera, no en la maldita Alemania, donde por todo, absolutamente por todo, ponen multas, sino en su casa, en Italia, este miserable sería degollado inmediatamente. ¡Qué granuja! ¡Y él que había pensado cuando lo del jardín que era una persona honrada! Alexei Spiridonovich no podía pronunciar palabra. Oprimido por míster Cool contra la puerta, de pronto se puso a llorar lastimeramente y a murmurar: «¡Basta, basta!

¡Señor! ¡Señor! ¡Por favor, Señor!». Yo mismo empecé a sentir ante Schmidt inquietud e incluso miedo, como si estuviese en una fábrica ante una enrevesada máquina en funcionamiento, dispuesta a cortarle la cabeza al primer trabajador que se distrajesen.

A pesar de las protestas e incluso de las lágrimas de Alexei Spiridonovich, el Maestro, abriéndose paso hasta Schmidt, dijo: «Desde el primer momento lo estimé. Usted será mi séptimo y último discípulo. En mi opinión, sus esperanzas se verán cumplidas antes de lo que piensa; confíe en que le ayudaré. Y ustedes, señores, observen: ¡he aquí uno de aquellos que, decididamente y por mucho tiempo, se convertirán en los conductores de la humanidad!». Schmidt permanecía en pie sonriendo apaciblemente, con su pelo rizado, sus grandes gafas y su vieja camisa remendada. Una vez hubo escuchado al Maestro le respondió brevemente: «¡Muy bien, herr Jurenito!».

## Las predicciones del Maestro sobre el destino de la raza hebrea

Una maravillosa tarde de abril nos reunimos de nuevo en el parisino estudio del Maestro, en el séptimo piso de una de las casas nuevas del barrio de Grenella. Permanecemos de pie durante largo rato junto a los grandes ventanales, admirando nuestra querida ciudad con sus crepúsculos únicos e imponderables. Schmidt se encontraba entre nosotros, pero en vano trataba yo de transmitirle la belleza de las casas gris-azuladas, de los setos dispuestos junto a las iglesias góticas de piedra, del reflejo plomizo del pausado Sena, de los castaños en flor, de las primeras luces que se divisaban a lo lejos, y de las conmovedoras canciones de un viejo afónico que cantaba bajo nuestra ventana. Me contestó que todo aquello era un precioso museo, pero que no soportaba los museos desde que era pequeño. Sin embargo, había algo que le fascinaba, y era precisamente la torre Eiffel, ligera y esbelta, desafiante al viento como un junco, flexible y férrea novia de otros tiempos, dirigiéndose hacia el suave azul de una tarde de abril.

Así, conversando tranquilamente, esperábamos al Maestro, que se había ido a comer con un alto intendente militar. Llegó poco después y, mientras guardaba en la caja fuerte un rollo de arrugados documentos que se sacó del bolsillo, nos dijo alegremente: «Hoy he hecho un buen trabajo. Los asuntos van muy bien. Ahora ya puedo descansar un poco y charlar. Lo único, antes de que se me olvide: estoy preparando el texto de una invitación, y tú, Alexei Spiridonovich, debes llevarlo mañana a la imprenta Unión».

Cinco minutos después nos mostraba lo siguiente:

PRÓXIMAMENTE  
*se celebrarán solemnes sesiones*

PARA LA DESTRUCCIÓN DE LA RAZA HEBREA  
EN BUDAPEST, KIEV, JAFTA, ARGELIA  
y en muchos otros lugares

*En el programa se incluirán,  
además de las tradicionales*

MATANZAS

tan queridas por el respetable público, y restauradas según el gusto de la época: quemas de hebreos, inhumaciones de judíos vivos, aspersion de su sangre en los campos, y también nuevos métodos de «evacuación», «limpieza de elementos sospechosos», etc.

SE INVITA A

cardenales, obispos, archimandritas, lores ingleses, boyardos rumanos, rusos liberales, periodistas franceses, miembros de la familia Hohenzollern, griegos sin distinción de clase y a todos los que deseen participar.

Sobre el lugar y la fecha se informará en su momento  
Entrada gratuita

«¡Maestro! —exclamó aterrorizado Alexei Spiridonovich—. ¡Esto es inadmisibile! ¡En el siglo xx tal ignominia! ¿Cómo voy a llevar esto a la Unión? Yo, que leo a Merezkovski».

«Es inútil que pienses que ambas cosas son incompatibles. Dentro de poco tiempo, dos años o tal vez cinco, te convencerás de lo contrario. El siglo xx va a ser un siglo muy alegre y frívolo, sin ningún tipo de prejuicios morales, y los lectores de Merezkovski serán apasionados asistentes a las funciones que propongo. ¿No ves que la enfermedad de la humanidad no es el sarampión infantil, sino los viejos y pertinaces ataques de gota, y que ya tiene ciertas costumbres que hacen difícil la curación...? ¿Cómo se pueden quitar los viejos hábitos en la vejez!

»Cuando en Egipto el Nilo se declaró en huelga y empezó la sequía, los sabios recordaron la existencia de los hebreos, les hicieron venir, les degollaron y rociaron la tierra con su sangre fresca. “¡Líbranos, Señor, del hambre!”. Desde luego que esto no podía reemplazar ni a la lluvia ni al desbordamiento del Nilo, pero al menos producía cierta satisfacción. Por otro lado, la gente era, entonces, prudente, y existía la opinión de que degollar a unos cuantos hebreos, sin duda, era útil, pero, en cambio, rociar la tierra con su sangre no era conveniente, ya que esta sangre estaba envenenada y daría beleño en vez de trigo.

»En España, cuando empezaban las enfermedades, la peste o el catarro, los Santos Padres recordaban a “los enemigos de Cristo y de la humanidad”. Y vertiendo lágrimas, por lo demás no tan abundantes como para apagar las hogueras, quemaban a varios miles de judíos. “¡Líbranos, Señor, de la peste!”. Los humanistas, temiendo el fuego y las cenizas que el viento dispersa hacia todos lados, hablando con precaución al oído para que algún inquisidor perdido no lo oyera, susurraban: “¡Lo mejor sería acabar sencillamente con ellos...!”.

»En el sur de Italia, cuando había terremotos, primero huían hacia el norte, después, con precaución, en fila india retrocedían para ver si la tierra aún temblaba. Los hebreos también huyeron y también regresaron a casa, unos detrás de otros. Sin duda que la tierra temblaba o bien porque los hebreos así lo querían, o bien porque la tierra no quería a los hebreos. En ambos casos resultaba útil enterrar vivos a los representantes particulares de esta raza, cosa que hacían inmediatamente. ¿Qué decían los progresistas...? ¡Ah, sí!, tenían mucho miedo de que los sepultados finalmente acabaran por hundir la tierra...

»He aquí, amigos míos, una breve incursión por la historia. Y ya que están próximas a la humanidad nuevas hambres y pestilencias, y unos terremotos bastante

considerables, no hago más que prevenir las cosas publicando este llamamiento».

«Maestro —replicó Alexei Spiridonovich—, ¿acaso los hebreos no son personas como yo?».

Mientras Jurenito hacía su incursión en la historia, Tishin emitía suspiros prolongados y se secaba los ojos con el pañuelo, pero cada vez se sentaba más lejos de mí.

«¡Desde luego que no! ¿Acaso una pelota de fútbol y una bomba son lo mismo? O según tu opinión, ¿pueden ser hermanos el árbol y el hacha? A los hebreos se les puede amar u odiar, contemplarles con horror como a incendiarios, o con esperanza como a salvadores; pero su sangre no es la tuya, y su causa no es la tuya. ¿No lo comprendes? ¿No lo quieres creer? Muy bien, intentaré explicarlo de manera más inteligible. Esta noche, que no hace calor, después de un vaso de este ligero *vouvray*, les voy a sorprender con un juego infantil. Decidme, amigos, si os pidieran que de todas las palabras del lenguaje humano conservarais una de ellas, y más exactamente “sí” o “no” y suprimierais las demás, ¿cuál preferiríais? Empecemos por los más viejos. ¿Usted, míster Cool?».

«Por supuesto que elegiría “sí”, en ella hay aprobación. No me gusta el “no”, es inmoral y criminal. Incluso a un obrero, al que he despedido y que me ruega le admita de nuevo, nunca le digo “no” con corazón enfurecido, sino “amigo mío, aguarda un poco, en el otro mundo serás recompensado por tus sufrimientos”. Cuando enseño mis dólares todos me dicen “sí”. Destruya todas las palabras que sea preciso, pero deje los dólares y la pequeña “sí”; con ello saneará la humanidad».

«En mi opinión tanto “sí” como “no” son extremos —dijo monsieur Delet—, y a mí me gusta la moderación en todo, algo más intermedio. Pero bueno, si hay que elegir, entonces digo “sí”. “Sí” es alegría, ímpetu, ¿qué más...? ¡Todo! Madame, su pobre esposo ha fallecido. De cuarta clase. ¿No es así? ¡Sí! Camarero, ¡un vasito de *dubonnet*!, ¡sí! Zizi ¿estás dispuesta? ¡Sí, sí!».

Alexei Spiridonovich, aún estremecido por lo anterior, no podía concentrarse, dio un mugido, se levantó bruscamente, se volvió a sentar y por fin dijo:

«¡Sí! ¡Creo, señor! “¡Sí!” El Sagrado “sí” de la cándida virgen de Turgeniev. ¡Oh, Liza! ¡Acércate, paloma!».

De una manera breve y práctica, pues encontraba este juego absurdo, Schmidt dijo que sin duda había que revisar el vocabulario, y suprimir una serie de innecesarios arcaísmos como: «Rosa», «Lugar Sagrado», «ángel», etc. «No» y «sí» era indispensable conservarlas, como palabras importantes. Pero de todos modos, si se viera obligado a elegir, preferiría el «sí», como símbolo de organización.

«¡Sí!, ¡sí! —respondió Ercole—, en todos los momentos agradables de la vida se dice “sí”, y solo cuando te echan gritas “no”».

Aisha también prefería el «sí». Cuando le preguntaba a Krupto (un nuevo Dios) si iba a ser bueno, Krupto decía «sí». Cuando le preguntaba al Maestro si tenía dos sous para chocolate, el Maestro decía que «sí» y se los daba.

«¿Por qué te quedas callado?» —me preguntó el Maestro. Yo no había respondido antes, temiendo enfurecerle a él y a mis amigos.

«Maestro, no le puedo mentir, yo me quedaría con el “no”. Usted ha podido ver, hablando con sinceridad, que a mí me gusta mucho que algo no salga bien. Quiero a míster Cool, pero me resultaría muy agradable si de pronto perdiera sus dólares, así, sencillamente, si los perdiera como se pierde un botón, del primero al último. O que los clientes de monsieur Delet se confundieran de clase. Que se levantara de la tumba uno que eligió la sexta, para tres años, y se pusiera a gritar: “saque los pañuelitos perfumados, quiero una extra”. Que una purísima muchacha, levantándose las falditas, recorriera con su pureza al aire el puerco mundo, y fuera asaltada en un bosquecillo de las afueras de la ciudad por un vagabundo cualquiera. Esto tampoco estaría mal. ¿Que a un camarero se le escurra, cayéndosele al suelo, una botella de Dubonnet? ¡Está muy bien! Por supuesto, como decía mi tatarabuelo el inteligente Salomón: “El tiempo reúne las piedras y el tiempo las separa”. Pero yo soy un hombre, solo eso y tengo solo una cara, no dos. Probablemente deberá haber alguien que se dedique a la recolección. Tal vez Schmidt. Pero mientras tanto yo, en modo alguno por hacerme el original, sino por una cuestión de conciencia, debo decir: “¡Destruid el ‘sí’, destruid todo lo que hay en el mundo, y entonces ni qué decir tiene que ya solo quedaría el ‘no’!”. Mientras hablaba, todos mis amigos, que estaban sentados junto a mí en el diván, se fueron yendo a la otra esquina de la habitación. Me quedé solo».

El Maestro se dirigió a Alexei Spiridonovich:

«Ahora puedes ver hasta qué punto tenía razón. Ya ha tenido lugar la división natural. Nuestro hebreo se ha quedado solo. Se puede aniquilar a todo el gueto, acabar con todas las “zonas de residencia”, destruir todas las fronteras, pero de ningún modo se podrán cubrir esos cinco metros que le separan de vosotros. Todos somos Robinsones, o si lo preferís presidiarios. Esto va más allá que una cuestión de carácter. Uno domestica arañas, otro estudia sánscrito y amorosamente barre el suelo de su habitación, otro se da un cabezazo contra la pared: un chichón; de nuevo ¡pum!, otro chichón, etc. ¿Qué es más fuerte, la cabeza o la pared? Llegaron los griegos, miraron a su alrededor, tal vez existiera un lugar mejor, sin enfermedades, sin muerte, sin sufrimientos, como por ejemplo el Olimpo. Pero ¡qué le vamos a hacer!, ¡no queda más remedio que instalarse en este lugar! Y para estar de buen humor, lo mejor es hablar de las distintas incomodidades, incluyendo la muerte (puesto que de todos modos no van a variar), como del mayor bienestar. Llegaron los hebreos y, de golpe, la pared ¡pum!, ¡pum! “¿Por qué está todo organizado de esta manera?”. He aquí dos nombres que podían ser iguales. Pues no: Jacob era el favorito e Isaac el segundón. Empezaron las intrigas entre el cielo y la tierra, entre Jehová y los reyes, entre Roma y Babilonia. Los mendigos que pasaban la noche en las escaleras del templo trabajaban elaborando, del mismo modo que se mezcla una sustancia explosiva en una caldera, una nueva religión hecha de justicia y de miseria. En ese momento

saltaría por los aires la indestructible Roma. En contra de la belleza y la sabiduría del mundo antiguo surgieron unos fanáticos miserables, ignorantes y torpes. Roma temblaba. El hebreo Pablo venció a Marco Aurelio. Pero la gente corriente prefería una confortable casita a la dinamita y decidió soportar la nueva fe, e instalarse en aquella cabaña desnuda de una manera campechana y sin ceremonias. El cristianismo ya no es una máquina de derribar murallas, sino una nueva fortaleza. La horrible, pura y demoledora justicia fue reemplazada por una humanitaria y agradable misericordia de gutapercha. Roma y el mundo entero se mantuvieron firmes. Pero al ver esto, el pueblo hebreo renegó de sus cachorros, y comenzaron de nuevo las intrigas. Incluso en algún lugar de Melbourne hay ahora alguno que, solo y en silencio, está planeando nuevas intrigas. Y de nuevo algo se amasa en las calderas, otra nueva fe, otra nueva verdad. Y he aquí que hace cuarenta años, en los jardines de Versalles, surgieron los primeros ataques de fiebres, exactamente igual que en los jardines de Adriano. Roma presume de sabiduría. Los Sénecas escriben libros, se preparan valerosas las cohortes. ¡De nuevo tiembla la “indestructible Roma”!

»Los hebreos han traído al mundo un nuevo hijo. ¿Ven ustedes sus salvajes ojos, sus rojos cabellos y sus puños fuertes como el acero? Después de parir, los hebreos están dispuestos a morir. ¡Un heroico gesto! “¡No hay ya pueblos, no existo yo, solo existimos nosotros!”. ¡Oh!, ¡ingenuos, incorregibles fanáticos! Cogen a su niño, lo bañan, lo visten, será exactamente igual a Schmidt. De nuevo dicen “justicia”, pero la sustituyen por conveniencia. Y de nuevo os apartáis, para odiar y para esperar, para romper la pared y quejaros del “¿hasta cuándo?”. Yo respondo: hasta el día de vuestra locura y de nuestra locura, hasta el día de la niñez, hasta un día muy lejano aún. Pero mientras tanto, este pueblo seguirá bañando con la sangre de la parturienta todas las plazas de Europa, y parirá un nuevo niño al que también traicionará.

»Pero ¿cómo no estimar este pico en la mano milenaria? Con él cavan las tumbas, pero ¿acaso no cavan también con él los campos? Se derramará la sangre hebrea y aplaudirán los visitantes invitados, pero como dicen las antiguas supersticiones: ella envenenará la tierra. ¡Qué estupenda medicina para el mundo...!».

Y acercándose a mí, el Maestro me besó en la frente.

## Los misteriosos viajes del Maestro y la frívola conducta de sus discípulos

**E**ran unos días extraordinariamente luminosos, parecía como si calles grises estuvieran inundadas de esmalte azul y oro líquido. Había visto muchas primaveras, sureñas, norteñas, suaves, duras, ahora no se trataba de la estación ni del mito de turno, sino de algo exuberante y festivo, que al mismo tiempo disipaba la dulce agonía del otoño, y recordaba el principio, el final, la soledad... El final de la primavera que inadvertidamente, sin truenos y sin lágrimas, da paso a un verano intranquilo y sofocante. Por primera vez después de la memorable noche de la Rotonde, me sentía solo, débil y perdido. El Maestro se ausentaba constantemente de París, viajando a Alemania, a Viena o a Londres, y se negaba categóricamente a contar nada acerca de estos viajes. Así que yo no sabía cuál era el motivo de su partida apresurada hacia una cita con cierto importante fabricante de Berlín, ni qué hizo durante el transcurso de dos semanas en la agradable y alegre Viena. Con su amplio impermeable de viaje, con su fiel portafolios, y cambiando de un expreso internacional a otro distinto, me recordaba a un cazador recorriendo todas las capitales de Europa para hacer salir a las fieras de sus escondidas guaridas; o simplemente a mi tía María Borisovna, ajetreada con los invitados el día de su cumpleaños, corriendo a cada momento de la cocina al salón. «¿Qué hará el Maestro?», pensaba yo angustiado sentado en la Rotonde, a la que consideraba como el lugar de mi transformación. ¿Estará creando una nueva religión?, o ¿querrá hacer saltar el palacio de algún rajá? Me imaginaba escenas salvajes y grandiosas: una expedición al África Central, los sermones de un nuevo Savonarola en la Plaza de la ópera, el éxtasis embargando a la Cámara de los Lores, que, en un arrebato de inocencia, se arrancaban las vestiduras y se entregaban a un enternecedor desorden... Pero todas estas imágenes desaparecían en cuanto recordaba los horribles diagramas colgados en el estudio del Maestro, que me hacían pensar, no sé por qué, en Schmidt aplastando a conciencia, con sus enormes botas rojas, las rosadas corolas abiertas de los jacintos.

Yo empecé a beber mucho, y siguiendo el buen consejo de un amigo, un joven escultor, de vez en cuando, para apagar mi sed de comprensión de los acontecimientos, me tragaba dos o tres bolitas de hachís. Pero esto me iba alejando cada vez más de la realidad. En la Rotonde, tan pronto me sentía un ictiosauro y pisoteaba con una cólera prehistórica los sombreros de las modelos, como un rajá cuyo castillo quería destruir el Maestro. Escribía cartas a las sociedades de seguros,

exigía al dueño del café inclinaciones rituales, y lloraba sin cesar amargas lágrimas. Por otro lado, esto no sorprendía a nadie. Una ola de locura inundaba aquella primavera el pequeño café de Montparnasse. Pasaba todo el tiempo en compañía de una cebrera a rayas, que me suplicaba que le repintara su piel a cuadros; de un pintor gordinflón que afirmaba que al séptimo mes iba a parir un mono-profeta con un sombrero de plumas de avestruz, pero que estas plumas le hacían cosquillas despiadadamente; y de una mulata que se había escapado de un *music-hall*, y que juraba que el filósofo Bergson le había encargado la misión de conquistar Polinesia. Mientras tanto, no sé por qué, yo me azotaba las pulidas mejillas con pedacitos de rosbif. Pintaba a la cebrera con tinta, daba amistosos consejos al pintor, y lloraba mientras la mulata me azotaba. ¿Por qué será tan mala? ¿Por qué mi palacio no está asegurado? ¿Por qué existió el diluvio? ¿Por qué estoy solo, abandonado por el Maestro y sufriendo de este modo? ¿Es verdad que soy este?, y me palpaba bajo la camisa el sudoroso y velludo pecho, convenciéndome de que en efecto era yo. Ilya Ehrenburg, Ilisha, el poeta «Eraimbur», susurraba aún con más amargura, languideciendo.

En una de sus breves visitas a París, el Maestro me encontró en la Rotonde debajo de un banco, me quitó las milagrosas bolitas de hachís, me hizo comer una tortilla y me llevó a ver a nuestros amigos. Ese mismo día partía para Inglaterra. Nos dio entonces orden de no separarnos, y de que si teníamos el imperioso deseo de enloquecer, lo hiciéramos todos al mismo tiempo. Yo veía que con mis amigos también sucedía algo desagradable. Aunque sin hachís y sin cebrera, todos estaban abrumados por la ausencia del Maestro. Monsieur Delet se quejaba de que la Necrópolis Universal languidecía. Mister Cool se aburría, Schmidt no podía trabajar debido a la desorganización general de su energía, provocada por la primavera de París. Sobre los restantes, para qué hablar. Apenas hube comprendido la situación propuse, en vista de la angustia general y de la ausencia del Maestro, que nos entretuviésemos con algunas actividades licenciosas, ya que mi corazón presentía que no se podía dejar pasar la oportunidad de aquella extraordinaria primavera. Monsieur Delet empezó a decir algo sobre la moderación y sobre la edad, pero de una manera no muy enérgica. A pesar de su falta de «ímpetu» le gustaba observar cómo se divertían los otros, y aunque era muy avaro algunas veces, incluso le pagaba la cena a su secretario Lebain a cambio del derecho a quedarse todo el tiempo en el reservado del restaurante.

Así pues, mister Cool arrancó otra hojita más de su chequera (recordando con este gesto «la transformación del agua en vino») y nos fuimos de juerga. Poco a poco se nos fueron adhiriendo diversas personas extrañas. Con algunos de ellos pasamos semanas enteras sin saber ni sus nombres, ni siquiera su nacionalidad. Pero recuerdo muy bien a dos de ellos. El primero era el poeta polaco Ozarievski; nos lo trajo Ercole directamente de la comisaría, donde ambos habían pasado la noche: el italiano porque tenía mucho calor y trepó a la fuente de las Tullerías para darse un baño, y el

poeta porque fue denunciado por una vieja y respetable portera a la que, después de beberse una botella de vino de Madeira, empezó a importunar, exigiéndole que se transformara inmediatamente en una bacante y gritara con él en el portal «Evohé». Ozarievski era muy orgulloso, y tenía unos cabellos negros que le llegaban hasta los hombros. Casi no rozaba la tierra de tanto como la despreciaba, de modo que, a pesar de sus cuarenta años, iba andando de puntillas. En general despreciaba todo lo grosero y material. Descendía ya de los Grandes de España, ya directamente de Osiris. Se expresaba con énfasis, exigía que todos se inclinaran ante él, se ofendía ante las facturas de los restaurantes («el poeta bebía un líquido dorado, y pagaba con sonoras canciones»), y en tan inoportunas circunstancias se ponía a componer versos. Aparte de esto, dicho de una manera grosera, era un gran mujeriego. No podía dejar pasar ni una sola falda sin interesarse por ella, aunque la edad de su poseedora no fuera como para probar suerte. Tenía suerte principalmente con las ingenuas jovencitas polacas que venían a estudiar a la Sorbona. Se sabían de memoria sus versos sobre «el amor celestial», y consideraban una gracia especial de la Providencia el ser distinguidas por el «genio de negros rizos». A causa de su «amor celestial», Ozarievski fue golpeado muchas veces. En cierta ocasión, incluso llegó a perder el conocimiento, pero esto no le desanimó en absoluto. Nos divertía mucho. Se sentaba valerosamente junto a una vieja americana, junto a unas muchachas que jugaban en el Parque de Luxemburgo, o junto a una cupletista que estaba ocupada ya con dos caballeros, repitiendo siempre lo mismo: «El Fuego - Dios - Osiris - Nos vemos esta noche». En cierta ocasión, al término de una francachela de tres días en Versalles, vio a una apetitosa lechera, y cuando regresamos a París le envió inmediatamente un telegrama: «Es usted una flor de loto. La espero a las once de la noche, hotel *Cheval Blanc*, habitación 16. El último trovador».

El segundo era un arruinado banquero de Venezuela, el señor Maduros, viejo amigo del Maestro. Donde fuera y con quien fuera, enseguida aparecía sobre la mesa, sobre sus rodillas, o sobre un banco de la calle, una baraja de cartas. Jugaba a cualquier juego y apostaba cualquier suma. Se decía que su auténtico apellido era Capández, y que se puso el de Maduros después de que en Montecarlo, de acuerdo con un crupier y dos empleados del Casino, antes de empezar la sesión, hizo una pequeña trampa en la ruleta. Ganó 180.000 francos y huyó, no solo de la policía sino también de los dos compinches. El dinero que había ganado lo perdió alegremente en tres días en San Sebastián. Era un moreno muy elegante, pero iba mal afeitado y se espolvoreaba el pelo, que era negro, con un polvo que se lo hacía parecer azul, considerando esto como algo muy *chic*. Mientras nosotros nos emborrachábamos, Maduros jugaba con todo el mundo: con los parroquianos de la taberna, con los músicos, con los camareros; una vez hasta con un policía. Y cuando no había nadie alrededor se jugaba tonterías con Aisha, como una naranja o un cigarro puro. Perdió en cierta ocasión delante de nosotros trescientos mil francos, una casa en Venezuela, una villa en Ostende y hasta a su propia esposa (hay que decir que Maduros era tan

pobre que le tenía que prestar siempre míster Cool dos francos para comer, y además que estaba solo). Y había ganado, sin contar ciertas fabulosas cifras de las que solo le quedaban alrededor de cincuenta francos, la amante de alguien y un gran perro de caza. Desde entonces no nos abandonaba, y exigía de nuestra común nodriza, el querido míster Cool, los huesos de su comida.

Cuando encendían las blancas luces de los bulevares nos reuníamos en un pequeño café del Faubourg-Montmatre, y poco después nos íbamos a lugares más apartados en ruidosa manada. Enormes arañas verdes y escarlatas, con sus patas eléctricas, corrían por las paredes, exigiéndonos que bebiéramos Cointreau. Esbeltos adolescentes y bíblicos ancianos con rojos sombreros de copa nos gritaban: «Cambien de opinión, si quieren ser felices vengan al Royal». Y un automóvil loco, rugiendo y haciendo relampaguear sus amarillos ojazos, como el corcel de un arcángel, se precipitaba hacia nosotros, exhortándonos a fumar cigarrillos «Navy».

Nosotros íbamos dócilmente al Royal, bebíamos cointreau y fumábamos «Navy». Cientos de camareros serios, calvos y prudentes como los estoicos romanos, corrían velozmente adelantándose unos a otros y haciendo juegos malabares con las botellas, vaciando al vuelo el resto de las copas y haciendo sonar las monedas. ¡Oh!, esas pirámides de botellas, largas como bolos, redondas como esferas, con misteriosos dibujos o graciosas sevillanas amarillas, verdes, rojas, blancas, de todos los colores imaginables. Detrás, unos estoicos alquimistas con delantales blancos preparaban diversas mezcolanzas, sustituyendo únicamente el latín por el inglés. Rumanos, cíngaros y negros daban alaridos a través de un trombón, rompían las cuerdas enfurecidos, roncaban y rugían. Después, entraban corriendo unas mujeres de una extraña raza, casi sin rostro, con mechones de pelo caídos sobre los ojos, con una pintarrajeada diana para los besos, con los pechos descubiertos, con los muslos bien cebados, con un centelleante resplandor de abalorios, con brillos de seda, con piedras, con cintas. Lo invadían todo como si fueran una plaga de langostas, dando gritos saltaban sobre las mesas, bailaban entre las botellas, cayendo sobre las rodillas de los parroquianos y contorsionándose convulsivamente; luego daban otro salto y se quedaban inmóviles en algún rincón, sobre los mullidos divanes. Los hombres saltaban con las pecheras manchadas de vino, con los sombreros de copa hundidos, daban vueltas, hacían crujir los billetes y se alejaban rápidamente llevándose dos, tres y hasta diez mujeres.

Mientras caminábamos por las calles, nos adelantaban briosos grupos formando parejas de contradanza o compactas espirales. Entrábamos en pequeños bares y hasta las botellas salían a nuestro encuentro, resonaban las monedas y sobre nosotros se abalanzaban las muchachas de labios rojos, golpeando con el tacón de sus zapatos el mostrador de zinc y apoyándose contra nosotros. A cada paso nos sonreían maliciosamente las luces de los hoteles, y parecía como si fueran a sacar arrastrando hasta la calle sus enormes, sucias y blandas camas. París olía a polvo, a alcohol, a sudor.

Paseábamos por el mercado mirando con asco los enormes cuerpos de los animales muertos, los montones de huevos y de quesos, los bloques de mantequilla y las flores apretadas en paquetes de varios kilos.

Después salía a la calle el relevo diurno. Montones de automóviles ensordecían las calles con sus aullidos y su abejorreo, se respiraba gasolina, calor, sudor y polvo. Alrededor de las tiendas, enormes como la ciudad, sobre las amplias aceras, entre los vistosos montones de telas, en los enormes vertederos de cintas y encajes, cientos de mujeres rebuscaban con obstinación, sudorosas y ansiosas, embriagadas por el rumor, el susurro, el crujido y el suave chisporroteo de los tejidos. A mediodía todo quedaba invadido por el tufo de mil cocinas, con olor a grasa, a pescado, a cebolla. En las terrazas de los restaurantes la gente, con las nuca igualmente enrojecidas, masticaban con tenacidad, chirriando los dientes, haciendo ruidos y eructando. Luego íbamos a dormir, y cuando nos despertábamos por la noche volvíamos a contemplar idéntica locura.

Todo era un abominable exceso, la desesperación de la saciedad, el pesado sueño de la pletórica. ¡Demasiados vestidos, poetas, mujeres, flores, botellas, gente! Demasiado de todo. Amanecía un nuevo día, pero no para el trueno apocalíptico. No, simplemente para un ataque apoplético era para lo que estaba preparada la ciudad, después de hartarse de comer, de beber y de dormir sobre un colchón de plumas.

En una de aquellas noches de julio, el Maestro, que había regresado por fin a París, se dirigió con nosotros al cabaret. Por el camino, después de hablarle de manera incoherente de todo, de los anuncios, de las hazañas de Ozarievski y del terror que París me producía, me atreví a preguntarle qué estaba haciendo en ese momento, si no se había olvidado de mí, de todos nosotros, y qué pensaba hacer después... No se enfadó, pero respondió escuetamente: «Las cosas van muy bien. Pero mejor sigue hablándome de ese poeta». El Maestro había cambiado mucho en esos tres meses, había adelgazado, se había encorvado y sus sienes empezaban a ponerse grises. No bromeaba con Ercole, no hacía rabiar a míster Cool y ni siquiera besaba a Aisha. En la taberna pedía un vaso de whisky cada cuarto de hora y, o bien permanecía en silencio, taciturno, o nos exigía realizar actos extraños. Obligaba a monsieur Delet y a Schmidt a brindar juntos y luego se reía de forma poco natural. Aisha, el dulce y tierno Aisha, debía demostrar cómo degollaría con el cuchillo de postre a Alexei Spiridonovich. Luego nos propuso matar de un tiro a un gato vagabundo, pero todos nos pusimos a protestar. Míster Cool declaró solemnemente que «ninguno de nosotros estaba dispuesto a derramar ni una gota de sangre, ni siquiera la de un animal». Esto, no sé por qué extraña razón, le pareció muy divertido al Maestro. Gritó «bravo», aplaudió y ordenó a Alexei Spiridonovich anotar en la carta de los vinos las palabras de míster Cool. Con todo eso, el Maestro me dejó definitivamente inquieto y desconcertado.

A la mañana siguiente, Jurenito y yo íbamos caminando por una tranquila callejuela de nuestro barrio. A nuestro encuentro venía una mujer que transportaba a

un niño en un cochecito. El bebé sonreía de un modo alegre y estúpido. Cuando pasó junto a nosotros, extendió su manita hacia el Maestro, fascinado por la brillante empuñadura de su bastón. Jurenito retrocedió hacia la pared e indefenso, como si él mismo fuese un niño, balbuceó: «¡Con esto yo no puedo!... Los adultos de acuerdo... Pero los niños, ¿por qué los niños...? ¿Acaso nada importa...? ¡Abandonar...! ¡Huir...! ¡Pegarme un tiro en la frente...!». Nunca, ni antes ni después de aquello, vi a nuestro inflexible y severo Maestro en tal estado. Tuve miedo y grité. «Dígame, dígame, ¿qué le pasa? ¿Abandonar el qué...?». Pero Jurenito se repuso rápidamente, se secó la frente con el pañuelo y ya completamente tranquilo respondió: «Tonterías. No me hagas caso. Estoy muy cansado, y además ¡este calor...!».

Por la noche estábamos sentados bajo los plataneros de la terraza de un café, cuando pasó corriendo un muchacho voceando *La Presse*. Míster Cool lo llamó para saber los resultados de las carreras, pero un minuto después, poniendo ante mis narices una hojita que despedía un fuerte olor a tinta, dijo en voz baja: «¡Han asesinado al archiduque de Austria! ¿Han visto ustedes?». El Maestro hizo que lo repitiera, y luego examinó detenidamente el periódico. Permaneció mucho tiempo en silencio. Nosotros ya habíamos olvidado la sensacional noticia, que en realidad nos resultaba completamente indiferente, y míster Cool estaba entusiasmado por el triunfo de la yegua «Irida», cuando el Maestro dijo con aire de indiferencia: «Entonces habrá guerra». Esto nos pareció tan ridículo y absurdo que empezamos todos a protestar; uno de los sentimientos que todos compartíamos lo expresó monsieur Delet de la siguiente manera: «Puede haber guerra en tierras de salvajes, como por ejemplo en los Balcanes o en México, pero ¡no en nuestro país! ¡Usted ha olvidado, amigo mío, que estamos en Europa!». Míster Cool nos dijo que la humanidad, a pesar de todo, era demasiado moral como para hacer la guerra, y que además era esta una empresa nada rentable. Ercole aseguró que ni a golpes le podrían obligar levantarse del puente, así que cómo diablos le iban a obligar a luchar. Alexei Spiridonovich habló, como siempre de manera vaga, sobre el «espíritu». A mí las palabras del Maestro me parecieron simplemente una continuación de su desvarío matutino, y le pregunté si se sentía bien. Schmidt y Aisha fueron los únicos que no discutieron. Schmidt dijo: «A mí no me cuesta trabajo creerlo, ya están los diplomáticos metiendo la pata otra vez, por lo demás ¡ya veremos!». El propio Aisha dijo que en su casa, es decir en Senegal, le habían hablado de la guerra, y que eso no era malo en absoluto. El Maestro no discutió, pero después de permanecer un rato más con nosotros dijo que se sentía fatigado y se marchó solo a casa.

Nosotros, olvidándonos de la guerra, permanecemos juntos hasta pasada la medianoche, hablando de temas pacíficos: del viaje que íbamos a hacer juntos a Córcega, de las cualidades de los distintos quesos y de la reciente pasión de Ercole por una húngara que trabajaba en un circo levantando pesas de trescientos kilos. Aisha fue el único que nos recordó las palabras del Maestro. Era evidente que le gustaba el pasatiempo que Jurenito había imaginado. Riendo, gritando y saltando se

puso de nuevo a demostrar cómo podía degollar a Alexei Spiridonovich, o si no al apacible Karl Schmidt.

## Violenta despedida. Sufro la guerra de todas las maneras imaginables

**P**ronto comprendimos que el Maestro no bromeaba. No voy a describir los días de espera, pues están demasiado presentes en la memoria de todos. Lo que sentíamos nosotros, desde la salida de un periódico hasta la del siguiente, iba de la esperanza a la sorda desesperación, y lo sufrían en aquellos días cientos de millones de personas de diferentes nacionalidades. Por fin llegó el fatídico 30 de julio. Las dudas desaparecieron. Todos comprendimos que había sucedido lo inevitable y sin pensar ya en nada más nos lanzamos al torbellino.

Por la noche, sin habernos puesto antes de acuerdo, pero movidos por un mismo sentimiento, nos reunimos en casa de Jurenito para despedirnos por mucho tiempo, tal vez para siempre. Yo me asusté al ver a monsieur Delet. Estaba totalmente fuera de sí y gritaba que iba a matar a Schmidt si este se atrevía a aparecer, cantó «La Marsellesa» y exigió que Jurenito se fuera inmediatamente a luchar por la civilización. Schmidt llegó completamente tranquilo, e incluso refunfuñó algo sobre el calor (veintiocho grados a la sombra). Monsieur Delet no le mató, pero en cambio sucedió algo inconcebible: el estudio de Jurenito se transformó, si no en el Parlamento austríaco, en uno de nuestros mercados cuando a una vendedora le roban una empanadilla del puesto. Todos gritaban, blasfemaban y se acusaban unos a otros. Ercole vociferaba que la guerra era hermosa y que él iba a disparar el cañón más grande. ¿Contra quién? Eso ya lo veríamos, pero el caso era disparar. «¡Evviva!».

Influido por los gritos, Aisha enloqueció, cogió el cuchillo que había encima de la mesa y exigió que le dijeran inmediatamente a quién había que degollar, si a míster Cool o a mí. Monsieur Delet le explicó con aire de gravedad que él, Aisha, era francés y que, por tanto, debía degollar a Schmidt. Seducido por tal perspectiva, Aisha decidió ponerse manos a la obra inmediatamente, y con tanta seriedad que el Maestro se vio obligado a encerrarle bajo llave en el trastero.

Sujetándose la cabeza con las manos, Alexei Spiridonovich lloraba: «¡Ha llegado el momento de la expiación pascual! ¡Rusia! ¡El Mesías! ¡Por la cruz de santa Sofía! ¡Hermanos eslavos!». Se abalanzó sobre Schmidt, y gimoteando abrazó al alemán: «¡Enemigo! ¡Hermano! ¡Yo te amo, y precisamente porque te amo debo matarte! ¿Comprendes? ¡Pero no mataré, sino que moriré heroicamente! ¡Venceremos a Alemania! ¡Cristo nos dará fuerzas!». Y besó a Schmidt, pero este se retiró cortésmente, se secó la cara con un pañuelo y sacando un peine se puso en orden los cabellos.

Míster Cool, conmovido por todo esto, dijo en tono amistoso: «Yo soy neutral. Pero he empezado a comprender que la guerra no es ni tan inmoral ni tan poco rentable como pensaba antes».

Yo me senté, completamente abatido por todo lo ocurrido. De pronto comprendí que todos los horribles fantasmas que me habían perseguido durante largos años parecían una pequeña crónica cotidiana en comparación con esta realidad. Pero al darme cuenta de esto dejé de pensar, de sentir, de vivir una vida privada, y estuve perdido durante mucho tiempo.

Cuando todos estaban ya agotados y un poco más calmados, Schmidt empezó a decir: «Queridos amigos, no siento odio alguno por vosotros, aunque seáis mis enemigos. Pero la cuestión es muy sencilla. No nos queda más remedio que organizamos». Se acercó a un mapa de Europa que estaba colgado en la pared, e hizo como si cortara con el dedo un cuarto de Francia y medio cuarto de Rusia, cogiendo de camino algo de los países más pequeños. «Por el momento, y de inmediato, debemos anexionarnos solo esto, sobre lo restante ejerceremos una influencia sistemática. Esto, por supuesto, no es una operación demasiado galante, pero no podemos hacer otra cosa. Ustedes, con su buena voluntad, no se organizarán nunca. Así que, ¡hasta la vista! Espero encontrarme con ustedes en una de las nuevas provincias del imperio germánico». Una vez dicho esto, estrechó la mano del Maestro, saludó a todos con la cabeza y se fue.

De nuevo comenzó el salvaje vocerío. Monsieur Delet liberó a Aisha y exigió que este, en defensa de la civilización, diera alcance a Schmidt y le degollara. Pero Aisha, que se había tranquilizado en su aislamiento, prefirió quedarse sobre el diván cascando nueces con un ídolo mexicano.

Esta vez fue Jurenito el que impuso orden, diciéndonos cariñosamente que todo lo que había sucedido le parecía completamente natural, que se sentía contento de estar en esos momentos entre amigos, pero que desgraciadamente su tren salía dentro de una hora, y que debía despedirse de nosotros, posiblemente para mucho tiempo.

«Ha sucedido algo inevitable y necesario. No piensen que esto va a durar una semana y después nuevamente al Royal. No, este tórrido día marcará un límite. ¡Miren a su alrededor, antes de que sea tarde, una vez más!... Despídanse de todo lo que han conocido. Esto no es un cofre cerrado, sino una arteria abierta. Les resultarán extrañas mis palabras, pero ¿acaso ayer hubiéramos podido creer lo que hoy está sucediendo? ¿Qué puedo decirles de los días venideros? Se gritarán las conocidas, íntimas, familiares palabras: “patria”, “honor”, “victoria”, “en nombre de”... ¿En nombre de qué?... Trabajarán para algo impersonal, para lo que aún no ha nacido, pero ya está alimentándose en nuestro seno, algo que es muy cruel. ¡Trabajen y caminen hacia donde les lleve la necesidad! ¡Amenacen, disparen, beban vino, lloren, hagan todo lo que tengan que hacer! Yo me voy, pero nos volveremos a encontrar. ¿Dónde? No lo sé. ¡Discúlpenme, amigos!».

Y cogiendo una pequeña maletita de viaje, llena en su mayor parte de papales, el

Maestro salió, después de pedirnos que no le acompañásemos a la estación. Tras él nos fuimos todos. Yo me quedé solo con Aisha en la habitación, como si en ella se mantuviera aún la respiración del Maestro. Me pasé toda la noche mirando sus horribles mapas, sus ídolos de piedra, una pequeña pipa perforada con las huellas de sus fuertes dientes que se había dejado olvidada... El propio Aisha, que estaba enroscado a mis pies como un ovillo, venga a roer y roer nueces, de vez en cuando exhalaba un prolongado suspiro: «¡Ay! ¡El amo se fue a la guerra! ¡Ay, Aisha!...». Bajo la ventana, hasta que llegó la mañana, no cesaron las canciones, los gritos de los vendedores de periódicos, el ruido de los tambores, el pataleo de los soldados que se dirigían a las estaciones, y el agudo grito de alguien: «¡Jean! ¡Jean! ¡Jean!...».

Llegó la mañana. ¡Ay!, la luz del día no me ayudaba a comprender, a interpretar, a empezar como fuese, de cualquier manera, a vivir. Comenzaba una larga existencia, semejante a la de un enfermo de tifus en la cama de la enfermería. A mi alrededor veía los mismos ojos encendidos y escuchaba las mismas divagaciones que se iban convirtiendo ya en algo cotidiano. Cuando ahora, volviendo la mirada hacia el pasado, pienso en aquellos meses, se abre ante mí un foso, y al no recordar los hechos, los pensamientos ni las palabras, me detengo asombrado de cómo pude salir de él.

Todos mis amigos se dispersaron. Míster Cool, atraído por unos monumentales pedidos, partió para Nueva York después de prometer que volvería pronto. Monsieur Delet fue llamado a filas, y enviado a cierto lugar del sur para vigilar un puente ferroviario. Me escribió diciendo que le trasladaban a Avignon, como jefe de un cementerio militar. Aparte de eso ardía de entusiasmo, y como no podía luchar a causa de la edad, trabajaba como periodista, publicaba sus artículos en *L'Aurore d'Avignon*, y también organizaba asambleas patrióticas. Ercole, al quedarse sin medios de subsistencia, probó a tumbarse en el empedrado parisino, pero fue devuelto rápidamente a su patria. Aisha fue movilizado, y después de aprender un poco el manejo de armas que no fueran cuchillos de cocina en una pequeña ciudad del sur, fue enviado al frente. Alexei Spiridonovich y yo no sabíamos qué hacer. No podíamos regresar a Rusia, así que una mañana de invierno nos dirigimos juntos al Palacio de los Inválidos, y nos inscribimos voluntariamente en el ejército francés. Tishin iba entusiasmado repitiendo las hazañas de los mártires, hablando de la espada de Cristo, de la de Merezkovski y de la de no sé quién más. Durante el camino entraba corriendo en los bares, se bebía una copita e intentaba besar al tabernero: «¡Aliados! ¡Hermanos!».

Yo caminaba en silencio, más bien triste y sin sentir nada, aparte de un insoportable calor y de mi propia autodestrucción. Iba al frente porque esa era la salida más fácil. Colocar el propio vientre ante la bayoneta de cualquiera, o hincar la mía en el vientre de otro, me parecía infinitamente más sencillo que levantarme por la mañana, comprar *Le Matin* y leer noticias que solo hablaban de tripas despanzurradas mientras tomaba café con ensaimadas.

En las plazas se agolpaban miles de personas con banderas de los distintos países.

Todos juntos cantaban sus himnos, y a causa del sol, de los pingajos de colores y los salvajes gallos y notas desafinadas, me daba vueltas la cabeza. Encontrábamos rusos que peleaban entre sí, agitando todo tipo de banderas: tricolores, simplemente rojas, rojas con inscripciones que explicaban la causa de su rojez, francesas y finalmente otras muy raras, desconocidas para mí. Ellos también, tomando ejemplo de los demás, intentaban cantar, pero en cuanto empezaban una canción sus voces quedaban ahogadas por un murmullo de protesta. Luego dejaban de discutir y se ponían a interpretar al unísono: «Dios guarde al Zar», «La Marsellesa», «La Internacional», «De un país, país lejano» e incluso «No me sermonees»,<sup>[3]</sup> que causaba una fuerte impresión, recordaba un poco a la música de los negros y armonizaba a la perfección con la abigarrada multitud de diferentes razas.

Un poco después, este barullo fue sustituido por la escena de una casa de baños. Sujetándome los calzones, me dirigí hacia la mesa donde medían, palpaban y daban golpecitos sobre los cuerpos de los héroes. Después de aplicar el tubo a mis costillas, el médico gritó rápidamente: «¡No sirve! ¡El siguiente!»; y yo me quedé con mi heroísmo, libre para leer *Le Matin* y comer ensaimadas. Me despedí patéticamente de Alexei Spiridonovich, el cual al día siguiente salía junto con su santa Sofía y unos sospechosos compañeros españoles para la Turena a hacer la instrucción. Ya en la estación me dijo bruscamente que Jurenito era un traidor, pues «era neutral y los neutrales son en realidad germanófilos encubiertos», y me pidió que le devolviera el viejo estatuto de la «Asociación para la búsqueda del Hombre» y también la minuta del Royal donde había anotado el memorable aforismo de mister Cool.

Pero, ¡ay!, Julio Jurenito había desaparecido sin dejar rastro. Al marcharse no dejó dirección y nadie recibió carta suya. Su estudio quedó vacío, en desorden, lleno de periódicos arrugados y baúles abiertos. Al principio yo pasaba a menudo por allí, para entregarme a los dulces recuerdos de tantas noches pasadas en aquel triste chamizo. Pero al poco tiempo me vi obligado a interrumpir las visitas. En aquel momento causaba estragos en París una epidemia de espiomanía. Todos encontraban agentes alemanes en los cafés, en las oficinas, en los jardines de infancia y hasta en su propia casa, en el ropero de la esposa. Inesperadamente resultaban ser unos traidores tranquilos profesores de ginecología, nodrizas, guardas de cementerio y hasta los propios familiares. Cuando finalmente encontraron en casa de un viejo profesor de geografía un mapa de los dos hemisferios rayado a lápiz y en casa de un revendedor del Marché au pouces una brújula de ocasión de procedencia germana, la desconfianza alcanzó su más alto límite. La portera, que le tenía tirria a Jurenito, es decir, no a él, sino concretamente a Ercole, que trataba la limpieza de la escalera con escaso respeto, informó de que el Maestro llevaba una vida un tanto sospechosa, que frecuentaban su casa gentes extrañas, y que a menudo hablaban entre ellos en idioma extranjero, probablemente en alemán. Apareció la policía y me vi obligado a abandonar el agradable rinconcito desierto.

Durante el otoño y el invierno esperé ardientemente la llegada del Maestro.

Miraba hacia todas partes cuando deambulaba por las calles, escuchaba atentamente cuando se oían pasos en la escalera, vigilaba la llegada del cartero. ¿Dónde estaría? ¿Tal vez en el frente, al mando de alguna división? ¿Quizá arrestado? ¿Se habría hundido en la travesía hacia su patria? ¿Habría sido fusilado? ¿Muerto en combate? ¿Por qué me dejaba arder en aquel fuego eterno? ¿Qué fin tenía mi vida? Me quejaba en voz baja, le llamaba, esperaba, pero la respuesta no llegaba...

Aún me esperaban muchas noches borrascosas, que durante todo el invierno iban a baquetear mi débil barco. Disparaban, gritaban que los alemanes iban a tomar París, huían con las cortinas de terciopelo, con los canarios, con los orinales... Durante la noche me parecía que iba a entrar en mi habitación Karl Schmidt y que se iba a poner a organizarme: «¡herr Ehrenburg, Ilya! ¡Levántese! ¡Meta ese vientre! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Frau Haase, acuéstese!». Me levantaba de un salto y bajaba corriendo hasta la portería para convencerme de que allí no estaba Schmidt.

Después comencé a sentir real y físicamente la muerte. Todos los que me rodeaban se dedicaban exclusivamente a esa ocupación, antes prohibida.

Leía: «Tres, quinientos, diez mil muertos». «Hemos matado». «Hemos destruido». «Hemos asfixiado». «No tienen salida». «Muertos, muertos, muertos». Los muchachos gritaban en los bulevares: «¡Los aniquilamos a todos!». Un camarero de la Rotonde comentaba: «No falla una el setenta y cinco», y la tendera decía con voz de bajo: «¡Los asediaremos, los venceremos, los aniquilaremos!». En la casa de enfrente vivía un viejecito que se pasaba todo el día leyendo los periódicos y por la noche, ya tarde, me invitaba a su casa y empezaba a pinchar con un viejo atizador, medio roto ya, la fotografía de un alemán bigotudo que tenía colgada en la pared para este fin. Otro vecino, monsieur Igni, afinador de pianos, me llamaba para que le mostrara cómo manejaban los cosacos sus espadas. Yo no podía, no sabía, no quería; pero él hablaba y hablaba: «Degüellan, pinchan, perforan», hasta que una vez, por la noche y en ropa interior, entré corriendo en su casa con un pequeño bastón, gritando: «¡Hurra!», y empecé a pincharle con él su barriga blanda y desparramada.

Luego empecé a dudar si no sería yo un alemán. Al principio, como todos los demás, me puse a buscar a mi alrededor todo lo que pudiese ser alemán. Destruyeron las lecherías Maggi y yo había comprado allí varias veces requesón. Tiré mi navaja de afeitar porque tenía una inscripción sospechosa. Arranqué todos los botones de mis pantalones, claramente enemigos. Estaba ya dispuesto incluso a romper los pantalones, pero monsieur Igni me disuadió. Alguien se atrevió a interpretar a Bach en la casa vecina. ¿Qué era esto? Fui corriendo y me enteré por un artículo de un periódico que me enseñaron que Bach no era alemán, que era medio francés. Yo, desesperado, no lo quería creer. Luego sucedió algo terrible y empecé a dudar hasta de mí mismo. Todo empezó cuando la señorita de la oficina postal, donde yo recibía las cartas en un apartado de correos, me aconsejó amistosamente: «Su apellido no suena bien, cambie la terminación». Hubiera debido alegrarme, pero no sabía qué era lo que había que hacer, así que envié una solicitud a Moscú, al juez de paz del distrito

de Jamovkini. Pero lo del apellido no era lo peor. Descubrí por casualidad en el diario provinciano *Le petit Niçois* un artículo vanguardista que explicaba, de manera precisa, que se podía reconocer a los alemanes por el particular olor que desprendían, pero no especificaba cuál era este. Estaba claro que todos sabían de qué olor se trataba. Después de esto empecé a olerme, pero el propio olor es difícil de distinguir. Yo solo me olía a tabaco y a la colonia de mala calidad que había usado por la mañana, después de afeitarme. Pero aunque no me oliera, los otros me olían... No me pude contener y cuando regresé a casa por la noche desperté a la portera y le pedí cortésmente: «¡Huélame!». Me vi obligado a cambiar de domicilio, en tanto que mi olor continuó siendo un misterio para mí.

Viví en la incertidumbre hasta la primavera. No tenía dinero, y soportaba el hambre estoicamente. Lo vendí todo y me quedé tan solo con los pantalones sospechosos y un sombrero alto y de ala ancha. Me tuve que buscar un trabajo de noche en la estación de Ivry. Conducía vagonetas con cajas, en las que había un letrero que decía «frágil». Mis compañeros decían que eran artículos de porcelana, pero yo estaba convencido de que lo que contenían eran bombas y cuando llegaba a casa por la mañana, desperezándome con placer, gritaba: «¡Tiro corto! ¡Tiro largo! ¡Bum! ¡Zas! ¡Han volado setenta y tres!». El trabajo era duro y además mi aspecto, en particular mi sombrero, hacía reír a los obreros, que de buena voluntad me ofrecían beber a escote ron barato. Estaba completamente sin fuerzas, ya no solo en los brazos, sino también en el vientre, con el que tenía que empujar la carretilla. A causa del alcohol, los raíles temblaban, las cajas se caían, los inmensos reptiles de hierro se paraban y yo me caía al suelo.

A un barrio de París, por donde yo tenía que pasar, traían a los heridos, con gasas que les cubrían la cara, ciegos, saltando sobre sus muletas. Llegaba un avión y arrojaba sus bombas, no las que yo transportaba, otras, las de los alemanes. Vi a una muchacha con un vestidito azul y las piernas amputadas más arriba de las rodillas. Los muchachos gritaban con sus voces roncadas: «¡Muertos!, ¡desaparecidos!, ¡reventados!». Yo me ahogaba con el olor a sangre, a yodo, a tinta de imprenta. Ya no esperaba nada. Había olvidado que una vez conocí a un hombre al que llamé Maestro.

## La misión de Labardan. Cañones de 155 milímetros

Una mañana de mayo, cuando después de volver del trabajo dormía inquieto en el sucio cuartucho de un hotel de las afueras, me despertó la patrona alarmada: «¡Pregunta por usted un señor que ha llegado en automóvil!». No tuve tiempo de despertarme del todo cuando en la habitación entró un hombre extraordinariamente elegante, con una cara insoportablemente conocida.

«¿No me reconoces? ¡Soy yo, Julio! Llegué ayer a París y a duras penas he logrado encontrarte».

Sí, sí, ¡era el Maestro! Se había restablecido, estaba muy moreno y se había dejado un pequeño bigotito. Yo le miré en silencio, le observé con avidez y éxtasis. A cada minuto que pasaba me iba curando de mi locura. Incluso llegó a parecerme que nada había sucedido, y que Jurenito había pasado a recogerme para visitar juntos una iglesia de Florencia o una taberna de Ámsterdam.

«Maestro, ¿acaso es verdad que ha estado usted ausente?, ¿dónde se ha metido durante todo este tiempo? ¿En el frente?».

«¡Oh, no! Principalmente he estado pescando, y también comiendo uvas e higos en las islas Baleares. El 30 de julio me fui directamente de París a Mallorca. No tenía nada que hacer en Europa. Los acontecimientos deben seguir su propio curso. No podía ser general, y no quería ser pacifista. La razón solo podía chapotear impotente entre este caos. Y después... Después aquellas maravillosas uvas, gordas, perfumadas, como la *isabela* pero mejor. Y los arroyos, las truchas... En diez meses no he leído un solo periódico. Ahora ya es otra cuestión, ahora el caos ha tomado forma, la locura ha pasado a ser un modo de vida. Ya no podía permanecer por más tiempo sentado a la orilla de un arroyo. Vamos, vístete, querido, pongámonos inmediatamente a trabajar. Ahora soy el representante plenipotenciario de la república de Labardán, y tú mi secretario».

El Maestro sacó de su portafolios unas enormes hojas con sellos rojos, que resultaron ser pasaportes diplomáticos. Me asustaron tanto que me oculté bajo las mantas. No me atrevía a discutir y lo único que hice fue señalar mis pantalones. Jurenito dijo: —Eso no tiene importancia. Ahora pasaremos por el sastre y por unos almacenes. Es mucho peor que te dé por hablar de lo que has sufrido. Si no puedes dejar de padecer, por lo menos no lo digas. Yo hablaré y, si te preguntan, contesta algo inocente, como por ejemplo *merçi*.

Al día siguiente nos dirigimos al palacio donde se encontraba el Ministerio. En el libro de registro, entre míster Wild, un americano propietario de un banco, y el

delegado de prensa portugués, figuraba: «Misión diplomática de Labardán». Con un ligero estremecimiento miré a los lacayos vestidos con fracs color frambuesa, y a uno de ellos que era especialmente serio, sin ninguna necesidad, exclusivamente por timidez, le dije *merçi*. El ministro, por el contrario, no resultó ser nada terrible, sino muy amable. El Maestro le dijo ceremoniosamente que Labardán deseaba adherirse a los aliados, y que por tanto le expusiera cuáles eran exactamente los objetivos que se perseguían. «Son bien conocidos por todo el mundo —respondió el ministro—: luchamos por el derecho de todos, incluso de los pequeños pueblos, a forjar su propio destino, por la democracia, por la libertad». El Maestro estaba visiblemente emocionado por estas declaraciones, y no ocultó su entusiasmo. Yo ya había leído eso mismo en los periódicos, pero me explicaba la emoción del Maestro, porque, según parece, en su isla no había leído ni un periódico. Dije *merçi* discretamente y luego nos despedimos.

Por la noche, el Maestro elaboró las mencionadas declaraciones y me ordenó enviarlas a los periódicos más importantes del mundo. El texto era el siguiente: «El gobierno de la república de Labardán no puede permanecer neutral ante la gran guerra entre la barbarie y la civilización. Después de las conversaciones mantenidas por el gobierno de Labardán con los representantes de los aliados, se han elucidado definitivamente los grandes objetivos de los defensores de la verdad. A todos los pueblos, incluso a los más pequeños, les será concedida la libertad para disponer de su propio destino. Polacos, alsacianos, georgianos, finlandeses, irlandeses, egipcios, hindúes y decenas de pueblos más quedarán libres de yugos. Se acabará la opresión sobre los pueblos de otras razas, no habrá más colonias. Por fin en la despótica Rusia, tras la victoria de los aliados, será instaurada la libertad. El gobierno y el pueblo de Labardán no pueden vacilar por más tiempo, e ingresarán con orgullo en las filas de los que combaten por una verdadera causa».

Ni un solo periódico francés publicó nuestra declaración. Todos se limitaron a unos breves comentarios acerca de la ruptura de relaciones diplomáticas entre Labardán y Alemania. Los telegramas que enviamos a los organismos extranjeros fueron devueltos con una nota que decía: «No admitido por la censura militar». Al hotel Luxe, donde estábamos hospedados, llegaban continuamente distintos cargos de la prefectura interesándose por nosotros, y era evidente que no venían solo con la intención de expresar sus buenos sentimientos hacia los representantes de una potencia amiga. Le pregunté al Maestro que por qué la razonable interpretación de las palabras del ministro había conducido a tan desagradables resultados, pero él me aconsejó que no me tomara la molestia de entregarme a tan abstractas consideraciones, y que mejor le trajera los periódicos de la mañana. Una hora después, sobre su mesa descansaban diversos artículos y noticias marcados con lápiz rojo, como por ejemplo: «Constantinopla pertenece a Rusia», «Colonias alemanas y japonesas», «El Rin es un río francés», «Los derechos históricos de Italia sobre Dalmacia», etc. El Maestro me dijo:

«Yo soy el culpable. Cometí la imperdonable vulgaridad de interpretar literalmente, como un necio, las sublimes imágenes del señor ministro. Una vez, en América, estudié el “Breve manual para diplomáticos”, pero al mismo tiempo estaba estudiando electricidad, lengua persa y estenografía, así que por lo visto estaba distraído y no me aprendí de memoria ni siquiera los rudimentos de este oficio. ¡Qué le vamos a hacer, hay que reparar este error lo antes posible! ¡Vamos al Ministerio!».

En esta ocasión no nos recibió el ministro, sino un funcionario que a juzgar por su extremada altivez no debía de ser muy importante. Jurenito, amable a la vez que inflexible, expuso las condiciones bajo las cuales Labardán podía sumarse a los aliados:

1. En la ciudad de Núremberg, tal y como ha sido rigurosamente demostrado, vivía en el siglo XVII un relojero, el ciudadano Labardán. Por eso Núremberg, con todas las tierras que le circundan, incluyendo Múnich, deben pertenecer a Labardán.
2. Los intereses vitales de Labardán exigen colonias. La ciudad más adecuada para ser colonizada es Hamburgo.
3. Aunque Labardán no tiene fronteras con Alemania, el peligro de una nueva guerra es una amenaza para ella si no se realizan algunos cambios estratégicos en Europa. La concesión de Smirna, del parque Prater en Viena y de Baden-Baden asegurará la tranquilidad de Labardán.

El funcionario escuchó esto atentamente, nos propuso que entre tanto nos dirigiésemos al frente con otros honorables huéspedes, nos regaló una docena de tarjetas postales con vistas de ciudades destruidas por los alemanes y nos prometió informar posteriormente de todo al señor ministro. Al día siguiente nos dirigimos al frente junto con un fabricante de Barcelona, un periodista peruano y un educadísimo teniente. El teniente se pasó largo tiempo intentando elegir el lugar del frente donde no hubiera nada que recordara la guerra. Pero ni siquiera llegamos hasta allí. En cuanto el peruano oyó las lejanas resonancias de los cañonazos empezó a quejarse de fuertes dolores en el estómago, dijo que el viaje había sido totalmente satisfactorio, y que ahora tenía prisa por volver para enviar un telegrama a su periódico. Viajábamos en dos automóviles, y en uno de ellos regresó el peruano. El fabricante, por el contrario, era muy valiente, y todo el tiempo trataba de convencer al teniente de que si en lugar de franceses fueran españoles, Berlín se habría tomado hacía ya tiempo. Un poco más lejos nos detuvimos a desayunar en casa de un general muy amable, tomamos el té en casa de otro general y comimos en casa de un tercero. Por todas partes se brindaba, entre otras cosas, «¡por el nuevo aliado Labardán!». Al día siguiente aún avanzamos un poco más en dirección al frente, hasta que por fin divisamos las baterías. Cuando supimos que allí se lanzaban pesados proyectiles, el fabricante cambió inmediatamente de actitud, exigió un casco, me dio la dirección de su familia y se negó en rotundo a seguir avanzando. Ni siquiera salió del automóvil. El teniente trataba inútilmente de entretenerle hablando de la superioridad de los bombardeos franceses sobre los alemanes. «Pero, no obstante, los alemanes también

bombardean», gemía el español, y pedía una hoja de papel para escribir la última carta a su esposa. Nos apartamos a un lado. Todo estaba silencioso y pacífico. El Maestro habló con el oficial que estaba al mando de la batería, y este propuso, para ponernos al corriente del funcionamiento de la artillería, abrir fuego, aunque normalmente se hacía dos horas después. Puestos en fila esperaban los inmensos monstruos de largos cuellos. Diminutos gnomos se afanaban en torno a ellos, traían los proyectiles, tiraban de las cuerdas y se alejaban corriendo. Los monstruos se inclinaban, escupían hacia arriba algo negro que se hacía visible durante un instante y agotados se inclinaban hacia atrás. En respuesta, se oía el estruendo que produce un expreso cuando entra a toda velocidad bajo la bóveda de vidrio de una estación. Eran los disparos de los alemanes.

El Maestro observó respetuosamente y durante largo rato aquellos monstruos enfurecidos, fogosos, llenos de poder y de fuego.

«Puedes reírte del Señor, de la poesía, de la patria y de la libertad —me dijo—, pero ante las armas te inclinarás respetuosamente. De sus gargantas sale precipitadamente, no solo la muerte de centenares de personas, sino el sombrío e inevitable futuro». Después me dijo también: «A propósito de la libertad, ¿te has dado cuenta? Todos se han olvidado de ella, excepto tal vez los periodistas profesionales. Así como estas gentes han subordinado sus sentimientos, sus pensamientos y sus días a las inteligentísimas máquinas, así también toda Europa está ahora entregada a una sola y férrea ley. De la libertad más esencial y sencilla, no aquella otra de la que hablan las constituciones con solemnidad “de palabra, de conciencia, de movimiento”, de la libertad de vivir, de pensar, de hacer visitas, de matar moscas con una toalla, de escribir versos, de ahogarse con la corbata por amor, de la libertad humana, en fin, se han olvidado. La libertad ha pasado a ser un anacronismo». Después añadió: «A propósito, nunca ha existido esa libertad, siempre ha sido una falsificación, una muñeca, un juguete. Y nunca podrá existir mientras persista la falsificación. Por supuesto que la guerra ya ha acabado con cientos de miles de personas, pero ha destruido al mismo tiempo, con su aliento férreo, con una de esas bombas-escupitajos que dispara, la abominable belleza de cera del escaparate del almacén universal, la libertad con faja y escote provocativo (por supuesto no más abajo de determinados centímetros...)».

En ese momento se oyó un grito desgarrador del español, que estaba sufriendo horribles tormentos en espera de la muerte, y que había llegado ya al límite de la agonía. Y como no había nada más que hacer allí, regresamos a París. En casa nos aguardaban desagradables noticias. Resultó que nuestros telegramas, con las declaraciones y pretensiones de anexión de diversos territorios, en lugar de llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores habían ido a parar a la prefectura de policía. Además un distinguido geógrafo, miembro de la Academia, después de realizar diversas averiguaciones, había llegado a la conclusión, que le dejó tan asombrado a él como a nosotros, de que la república de Labardán, según se nos dijo, no existía en

absoluto. Ciertamente que existe la península del Labrador y también el territorio de Laponia, pero ninguno de ellos es una república. Esta información fue publicada en el número dominical del *Fígaro* y también, según parece por la conocida afición de los franceses a la geografía, llegó a la prefectura.

Un policía vino a casa de Jurenito, e inició con él una conversación que no tenía nada de diplomática. A mí también me dijo algo desagradable, pero yo, recordando la hoja con sello rojo y las instrucciones del Maestro, por última vez pronuncié el *merçi* del diplomático. Nos encontrábamos en una trágica situación, pero gracias a la presencia de ánimo y tacto del Maestro todo concluyó con algunos desagradables aunque nostálgicos momentos y la tarjeta de visita de un simpático diputado.

## El campeón de la civilización y el collar de Aisha

Gracias a la calurosa simpatía que despertó el asunto de los aliados, y a su elocuencia y capacidad de organización, Julio Jurenito se ganó la estimación de todo el mundo y resultó ser el mejor organizador de todo París de espectáculos patrióticos, mercados benéficos y conciertos propagandísticos. La bella vizcondesa de Bouran, que obtuvo por un clavel la suma de cien francos «destinados a las razonables diversiones de nuestros pobres soldados», despertó durante mucho tiempo la envidia de sus amigas por sus relatos acerca del extraño mexicano. El Maestro ayudó a organizar un «tiro de pichón», único en su género, donde las damas llenas de arrebatos místicos, y también los jóvenes de buena sociedad con incurables afecciones cardíacas, podían disparar, si no sobre los sanguinarios «boches», sobre cebadas palomas que ya se habían olvidado de volar. El dinero de las entradas se empleaba en beneficio de los heridos de guerra. Jurenito no se olvidó tampoco de los pobres refugiados; para ellos organizó, en la villa de la marquesa de Gibier, un baile de disfraces de carácter privado. El salón, gradas a los esfuerzos del pintor de moda Garapandi, se había transformado en un verdadero campo de batalla. Los invitados iban vestidos de soldados, de turcos, de hermanitas de la caridad... Los senegaleses servían en copas con forma de granada un sencillo ron soldadesco. El champagne se enfriaba en cubos que recordaban a las bombas. Los diversos, bien dispuestos e íntimos, rincónsitos estaban protegidos con alambres de espinos. En el jardín se lanzaban continuamente cohetes. La colecta en beneficio de los refugiados alcanzó la cifra de ochenta francos. Como animador y fiel asistente de las damas que no soportaban la frívola inactividad, Jurenito contribuyó a la organización de muchas y provechosas instituciones. En una de ellas, conocida como «Vuelta al hogar», a los habitantes de los lugares devastados por la guerra, por hacer cualquier trabajo tonto durante diez horas les daban cama limpia y una nutritiva comida consistente en sopa y lentejas cocidas. En otra, «El terroncito de azúcar», a todos los bebés cuyos padres habían sido heridos no menos de tres veces, les daban una vez a la semana un terrón de azúcar, completamente gratis.

Pero lo que más le gustaba a Jurenito era organizar recorridos por los distintos monumentos. Esto consistía en la realización de suntuosas peregrinaciones a todas las estatuas ecuestres y pedestres de las plazas parisinas, y no solo en París, sino también en provincias. Así fueron localizadas gracias a él catorce *repúblicas*, nueve *libertades*, cuatro *Gambettas*, once *Juanas de Arco*, un *mariscal Ney*, unos *abates descubridores de la quinina*, una *desconocida mujer desnuda* (según todos los

indicios otra *libertad*), un *Alfred de Musset* y *el soldado de bronce de Poitiers*. Por aquel tiempo la fisonomía del Maestro se había hecho conocida en todo el mundo civilizado, ya que cada día, en miles de cinematógrafos, después del bebé que reconciliaba a los esposos infieles y del ladrón de zafiros de Indostán descubierto por un agente de la policía, aparecía en pantalla un señor alto y patético que depositaba bajo los briosos sonos de «La Marsellesa», a los pies del héroe de turno, una corona con cintas.

La última manifestación tuvo un particular éxito. Esto sucedió a principios de octubre. El Maestro, abatido, corría de un lado para otro de la ciudad, buscando aunque solo fuera una estatua a la que sacar provecho, pero todo resultó inútil. Las dos mil ochocientas seis peregrinaciones realizadas habían agotado a la capital del mundo. Jurenito empezaba a pensar en posibles viajes al extranjero, allí donde hubiera terreno sin explorar: regimientos de almirantes británicos con nombres ininteligibles, Vitorios-Emmanueles, Skobielevs, todo lo que se pudiera aprovechar y en cualquier cantidad. Pero de manera totalmente inesperada, al pasar por la estrecha callejita de Moutondu-Vernet, cerca del cementerio de Montparnasse, el Maestro tuvo un estremecimiento y se quedó inmóvil: ante él, en un sucio patio, junto a un taller de bañeras de cinc, había una estatua que, aunque deteriorada, llena de polvo y sin pedestal, era una auténtica estatua desconocida. Era de alguien del sexo masculino, que en una mano sujetaba algo parecido a un libro y en la otra, levantada hacia el cielo, sostenía los restos de una balanza.

Se inició entonces una sesuda investigación científica. Un abate arqueólogo, colaborador de *La Croix*, declaró que se trataba del arcángel san Miguel, que medía los pecados de Francia y anunciaba su salvación. En cuanto a las vestiduras del Arcángel (la estatua vestía una levita) compuso un informe titulado «Los presentimientos religiosos y la clarividencia de nuestros genios medievales». Otro arqueólogo afirmaba que la estatua encontrada representaba a un antiguo galo, que lo que tenía entre las manos no eran ni un libro ni una balanza, sino un arco y la piel de un oso salvaje. La estatua era muy antigua, pero la levita le había sido añadida en cierta restauración a mediados del pasado siglo...

La portera del patio donde la estatua fue descubierta mantenía una teoría totalmente diferente. Según su ingenua y vulgarísima opinión, aquella estatua había sido encargada diez años atrás al maestro tallista de monumentos fúnebres, monsieur Bek, por la viuda de monsieur Crab, propietario de un gran almacén de coloniales en la rué Froidevaux. A instancias de la viuda, el maestro representó al finado tendero con su balanza favorita y con el libro de entradas y salidas. Pero para cuando la estatua estuvo lista, la frívola viuda ya se había casado con el dueño de un circo ambulante y se había ido con él de *tournée* sin haber recogido el encargo, monsieur Bek había dejado el taller cuatro años atrás (el mismo donde ahora hacían unas bañeras), y en vez de pagar a la portera el dinero que le debía, dejó en su lugar esta representación de monsieur Crab y un gato viejo y calvo. El gato había muerto y solo

quedaba la estatua. Esta fue la versión de la portera, digna de ser mencionada como modelo de su pueril grosería.

Pero el Maestro no quedó satisfecho con las opiniones de los dos arqueólogos, así que presentó su propia hipótesis. La estatua representaba al Campeón de la Civilización, que sujetaba en una mano la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, y en la otra el símbolo de la justicia eterna, la famosa balanza. Julio Jurenito hizo además saber a todos que el 28 de octubre se iba a celebrar una solemne peregrinación de homenaje a la estatua del Campeón de la Civilización. Fueron invitadas distintas sociedades científicas y deportivas, y también las representaciones académicas de los países aliados y neutrales.

Era un día bello y soleado. El patio de la avergonzada portera estaba repleto de importantes delegaciones. La Academia de Ciencias, el Grupo de jóvenes nadadores de la Travesía del Sena, el agregado militar de Montenegro, la Asociación de patriotas que han sobrepasado la edad de reclutamiento, las Artistas de Teatro «Sans Prejugés» y otras entidades, que depositaban coronas y daban discursos de salutación al Campeón. La intervención de la portera fue inesperada y conmovedora: «Discúlpeme, monsieur Crab, es decir, ¡Campeón de la Civilización! Le he visto diariamente tras el mostrador de su establecimiento, y luego aquí, en el patio de mi casa. Pero no sabía que su balanza fuera el símbolo de la justicia, y nunca pude ojear su buen libro de cuentas. Pero ahora que han venido a verle tantos honorables señores ¡lo he comprendido todo! ¡Acepte, pues, este modesto presente!», y, en estado de éxtasis, arrojó su escoba a los pies de la estatua.

Por último intervino Jurenito. Yo me quedé asombrado al ver que no había traído la Corona. ¿Cómo podía haber sucedido algo así? Pero si el Maestro se había preparado para la fiesta... Dijo entonces, de manera expresiva, y con profundo sentimiento:

«¡Querido Campeón de la Civilización! No voy a recordar, después de tan bellos discursos, tus pasadas hazañas. En los trágicos días que nos han tocado vivir, tu imagen ilumina nuestro mundo. Aquí, en el modesto patio donde te encuentras, se ha encendido hoy un farol inextinguible. Tú creaste un divino manifiesto, y para que lo escrito no se quedara en letra muerta, sujetaste impasible la balanza para pesar a cada uno según sus méritos. He aquí que los bárbaros salvajes, los godos, los actuales Atilas, caníbales y déspotas, han atentado contra la civilización, contra los sagrados Derechos del hombre y del ciudadano. Más tú no te has rendido. Reuniendo en torno a ti otros pueblos menores has puesto en pie el estandarte de la lucha por la humanidad, la filantropía, el amor a los débiles... No he querido traerte una corona... En efecto, ¿qué flores podrían parecer dignas de yacer a tus pies? Flores así no se encuentran en apacibles jardines e invernaderos, sino que crecen en los campos de batalla. ¡Yo confío en que alguno de los millones de héroes existentes te traiga el mejor presente, el trofeo de la victoria, arrebatado al bárbaro vencido...!».

El Maestro no acabó su fervoroso discurso. Abriéndose paso entre la multitud, y

después de derribar a un honorabilísimo académico, se acercó hacia él corriendo un negro que vestía con uniforme de soldado, con una manga que colgaba de la caja en lugar del brazo derecho. Me resulta difícil transmitir ahora el asombro y la alegría que me embargó al mirarle. Era nuestro amigo, el pequeño Aisha. Besó las manos y el chaleco del Maestro y, por fin, después de recobrar el aliento, dijo:

«¡Amo! ¡Buen amo, Aisha te ha encontrado! ¡Has hablado bien, y tu dios es un buen dios!

»Si Aisha hubiera tenido su brazo, Aisha habría fabricado también un dios así, pero Aisha no tiene brazo, Aisha ha estado en la guerra. ¡Fue terrible! Al principio Aisha era estúpido. No quería ir. El buen cabo, un amo bueno, quería matar a Aisha. Aisha tenía mucho miedo. Los cañones ¡hu-hu-hu! Después, Aisha se levantó de un salto, tiró el fusil, sacó el cuchillo, gritó, corrió. ¿Recuerdas, amo? Tú preguntaste a Aisha cómo degollaba con el cuchillo. Aisha llegó corriendo. Un alemán, dos, cinco, diez, muchos alemanes. A todos les cortó la cabeza. Después, los franceses cogieron a cinco alemanes, y no sabían qué hacer con ellos. Un estúpido francés dijo a Aisha: “Llévalos hasta el general”. Aisha no es tonto. El buen cabo enseñó a Aisha que el alemán es un enemigo, que al alemán hay que matarlo. Aisha los degolló a todos. Luego, otra vez los cañones, ¡bum, bum! Aisha comprendió que era un dios malo, un dios astuto, que había que salvarse, que había que ponerse sobre el corazón un *gri-gri*, y se lo colocó sobre el corazón. Una bala alcanzó a Aisha, mala bala. Pero en el corazón estaba su *gri-gri*. Y si el amo dice que este es un dios bueno, y el amo no sabe qué regalar a su dios, ¡Aisha ama a su amo! ¡Aisha le da su *gri-gri*!».

Aisha sacó entonces de su seno un gran collar de amarillentos dientes humanos, hábilmente perforados y ensartados en un cordón azulado. El Maestro, volviéndose hacia la estatua, dijo solemnemente: «Gran Campeón, yo te entrego la heroica ofrenda de tu hermano, este modesto y desconocido combatiente por la sagrada causa de la civilización mundial. Yo coloco este ingenuo y bello presente sobre el platillo de la balanza, vacilante a causa del viraje de la historia, para que la equilibre con el peso del amor y el sacrificio de la humanidad». Y, efectivamente, sobre el armazón de la balanza el Maestro colgó el collar de Aisha.

Fueron unos momentos inolvidables. Muchos, incluso los hombres, y hasta el agregado militar de Montenegro, lloraron conmovidos a lágrima viva.

Al día siguiente, la descripción de la ceremonia y el regalo de Aisha se publicó en todos los periódicos importantes. Y una semana después, Aisha, que se había instalado de nuevo en el apartamento del Maestro, recibió un telegrama con la notificación de que la Universidad de Lisboa, admirada ante su heroísmo sin reservas a la causa de la defensa de la civilización, había decidido otorgarle a él, a Aisha, el título de doctor *honoris causa*. Pero Aisha no se enorgulleció en absoluto con estos honores. Como siempre, riéndose y en voz baja, le pidió al Maestro algunas monedas para comprar chocolate relleno. Le desconcertaba mucho llevar una manga sin nada dentro, así que Jurenito le compró un extraordinario brazo mecánico de la casa

americana Ultima. Aisha estaba muy orgulloso de su brazo artificial, y llegó a decir incluso que de no ser tan doloroso se cortaría el otro, un brazo corriente y vulgar, para tener otro Ultima. La única cosa que no podía hacer con el Ultima era fabricarse dioses. El Maestro le aconsejó que, en vez de eso, tomara ejemplo de él y fuera a visitar a los dioses de otras personas, es decir, las diversas estatuas de París, cosa que hizo Aisha con fervor. Él interpretaba los dioses a su manera, totalmente imprevisible: *La República* era, según su opinión, una diosa de la fertilidad: «En su vientre lleva un niño y tiene leche...». *La Libertad* era la diosa de la danza: «Está contenta, ahora va a ponerse a volar *chic-chic*». *Dantón* era «un dios bueno, de cabeza cortada; está contento». *El pensador* de Rodin era «un dios malo; está sentado, le duele la barriga...». Por otro lado, a todos ellos los visitaba sin hacer diferencias, y les llevaba botones, plumas viejas y hasta el papel plateado del chocolate que tanto le gustaba.

A veces, por la noche, en aquellos años de grandes catástrofes, sentado en el íntimo comedor, tras la mesa redonda y bajo la lámpara, con el Maestro y con Aisha, me olvidaba de todo lo que había sufrido, y me sentía feliz en la intimidad del hogar, de nuevo recobrado.

## Negocios de míster Cool

No satisfecho con su actividad ideológica y filantrópica, el Maestro decidió emprender un trabajo práctico. En primer lugar volvió a sus investigaciones químicas; con extraordinaria paciencia, aspiraba a encontrar nuevos métodos de destrucción de las personas no utilizados hasta el momento. Los gases asfixiantes y las bombas con líquido inflamable, sobre los que escribió en el año 1913, le parecían ya juegos de niños. Depositó todas sus esperanzas en determinados efectos del rayo y en el radio. Se olvidó de las vizcondesas y de las marquesas, y durante días enteros no salía de su estudio. Luego se me quejaba de la insuficiencia de medios, pues le hacían falta cerca de trescientos mil dólares para comprar la necesaria cantidad de cierto raro metal, indispensable para proseguir sus experimentos. Aún más dificultades originaba la ausencia de material de experimentación. Ni los conejos ni los perros podían reemplazar al ser humano. Recurrió entonces a las autoridades, solicitando que le concedieran para sus importantes experiencias una partida de prisioneros de guerra, lo que le fue denegado a causa de los estúpidos prejuicios.

En una ocasión, el Maestro llegó a mi casa animado y alegre. A pesar de todas las dificultades había hallado un medio que simplificaba y aceleraba considerablemente la tarea de aniquilación del ser humano. Me explicó las bases del descubrimiento que había realizado, pero a causa de mi innata torpeza para la física y la matemática no asimilé nada en absoluto, excepto el que haría posible, en el transcurso de una hora y a cien verstas de distancia, matar por lo menos a cincuenta mil personas. «Si estuviese aquí míster Cool, podría ayudarme a llevar a cabo este invento», exclamó afligido el Maestro, consciente de que ni yo ni Aisha podíamos prestarle los medios necesarios para la fabricación de unos aparatos bastante complicados. No quería recurrir directamente al Gobierno después de la negativa recibida, por lo que intentamos encontrar a míster Cool buscando en todas las iglesias, clubes y casas de citas.

Preguntamos por él en la Sociedad Bíblica, en las cajas de ahorro y en los bancos, pero nadie conocía su paradero. Un día, completamente desesperados, después de buscar sin resultado alguno, nos sentamos en un pequeño bar junto a la estación del Norte. Estábamos bebiendo un vinillo muy malo cuando se sentó junto a nosotros un soldadito que acababa de llegar del frente. Había estado en un sector cercano a los ingleses, y contaba de ellos cosas muy divertidas: «¡Qué limpios y estúpidos son! En primer lugar, ¡se bañan todos los días! Y no solo la cara, sino ¡todo el cuerpo! Bueno, y ¿qué me dicen ustedes? Luego van a las iglesias y cantan todos juntos, de una

forma tan alegre como si estuvieran en la taberna. Y hay unos que en lugar de pantalones llevan faldas. Yo al principio pensaba que al menos llevarían pantalones por debajo. Incluso llegué a discutirlo con la cocinera de un general inglés. Así que ella miró cuando él subía la escalera, y ¡nada! ¿Qué les parece? En cuanto llegaban preguntaban: ¿Dónde está el vino francés? A uno le dieron vinagre y se lo bebió sin rechistar. “¡Yes! ¡Muy bueno!”. Y cuando se van para sus casas compran en las perfumerías regalos para sus esposas. En Amiens había cola todos los días. ¡Y les encajaban cualquier cosa! En vez de perfumes, liquido para las chinchas; en vez de artículos de manicura, aparatos para limar. ¡Qué extravagantes son! Y aún hay más: los aviadores ingleses arrojan flechas, y en las flechas hay grabadas inscripciones, himnos, ¡como se lo cuento! Miren, yo llevo una de regalo para mi hijito». El soldado nos enseñó aquella flecha, en la que figuraba escrito en inglés: «Hermano, entra en el reino celestial». Al ver aquello, el Maestro empezó a gritar con gran agitación: «Se trata de míster Cool, ¡no puede ser otro!». Y se fue corriendo al consulado inglés para visar nuestros pasaportes.

Durante varias semanas estuvimos siguiendo el rastro de míster Cool, en el Ministerio de la Guerra y en los diversos departamentos de avituallamiento. No se puede decir que esta tarea fuera muy de nuestro gusto. Empezaron a sospechar si seríamos espías alemanes, nos arrestaron, nos interrogaron a fondo, se interesaron por el trabajo que realizaba en el año 1898 un tío de Jurenito que vivía en México, y en las propiedades inmuebles que mi prima tenía en Novgorod-Severski. Después nos hicieron abrir mucho la boca, buscando en ella algo más que dientes y lengua, y nos frotaron con un líquido hediondo, con el cual se suponía que aparecerían en el cuerpo presuntas anotaciones. Por fin, tras la enérgica intervención del embajador de México, nos dejaron en libertad. En compensación, el mismo día del arresto habíamos sabido la dirección de una fábrica en el estado de Missouri, que hacía flechas para la aviación. Enviamos inmediatamente un cablegrama a la dirección indicada. El Maestro estaba hasta tal punto convencido de que estas flechas se fabricaban con la participación de nuestro amigo, que el telegrama lo dirigió directamente a su nombre. No hubo respuesta, así que decidimos viajar a América. Dos horas antes de que saliera nuestro barco, el Maestro recibió un telegrama del mismo Calais:

Espero Hotel Británica. Cool.

Encontramos a míster Cool en el apogeo de su trabajo. Nos saludó con su habitual exclamación, «¡Eh! ¡Eh!», y con un enérgico movimiento de sus piernas, que descansaban sobre el escritorio, nos pidió que le permitiésemos terminar un asunto urgente. Nos sentamos, escuchamos sus sucesivas conversaciones con diversas personas, en directo y por teléfono, pero no pude comprender a qué se dedicaba exactamente el emprendedor americano. No obstante, supe que en Australia los carneros habían contraído una enfermedad contagiosa, que los automóviles de la

marca Bermont se componían de ciento ocho piezas, que las muchachas españolas eran extraordinariamente resistentes, que los gases lacrimógenos eran baratos, y muchos otros utilísimos conocimientos.

Cuando despidió al último visitante, el cual, no sé con qué finalidad, había traído consigo un enorme queso de bola, míster Cool se entregó a una amistosa charla con nosotros. En primer lugar, señalando hacia el Este con el brazo, dijo apaciblemente, incluso con cierto aire patriarcal: «En este momento tengo entre manos una gran organización que a duras penas puedo controlar. ¡Oh, amigos míos, qué gran asunto es la guerra, la purificación de Europa!». Luego nos puso al corriente de los distintos aspectos de su fabuloso negocio. Cool se encargaba de suministrar todo lo que eran capaces de producir los cinco continentes. Cada día, en Calais, en Bolonia, en Dnieppe, se descargaban decenas de barcos. De Australia traían carneros congelados; de América, bombas y automóviles; de Brasil, café; de China, arroz; del norte de África, burros enanos. Además de los contratos estatales, míster Cool daba muestras de su infatigable iniciativa privada, en particular en su rama favorita. En las ciudades de retaguardia instaló casas públicas a todo tren para atender a los militares. Puesto que los recursos autóctonos no eran suficientes, hizo pedidos especiales de mujeres irlandesas, españolas y del sur de Francia. Después abrió una fábrica de coronas baratas, hechas con abalorios, y con distintivos de cada nación. Y finalmente, sin olvidar su objetivo fundamental, profundamente moralista, instaló en unos cuantos barracones una serie de iglesias, adaptables también para sesiones cinematográficas y para obsequiar a los soldados con un té, imprimió y distribuyó gran cantidad de instructivos comentarios sobre una Biblia, e incluso se las ingenió para grabar en sus famosas flechitas, aprovechando una distracción del oficial que las recibía, una esperanzadora inscripción de propaganda religiosa.

Míster Cool finalizó su relato con palabras de profunda esperanza: «La guerra educará a la humanidad. Nunca el dólar y la palabra divina habían estado tan estrechamente unidos como ahora. ¡En esto está la garantía de la salvación!».

Al día siguiente, míster Cool decidió mostrarnos su negocio. Recibimos el salvoconducto necesario y nos dirigimos en automóvil rumbo a Saint-Paul. Por la larga y rectilínea carretera reptaba una enorme fila de camiones acarreado los diversos regalos de míster Cool: bombas, carne, ametralladoras, leche condensada, gasas, artefactos para gases venenosos y también, junto con ellos, los soldados que llegaban de Inglaterra, para los cuales todo esto estaba destinado. A su encuentro venían otros camiones vacíos, en los que yacían tan solo los que habían quedado inservibles, inmóviles y envueltos en sus gasas. En los cruces había numerosos soldados-policías que, como si estuvieran en Picadilly Street, dirigían con banderitas el tráfico de los automóviles. Todo resultaba de una sencillez sabia y admirable. Cocieron la carne. Los soldados tomaron su sopa. Los proyectiles se llevaron rodando hasta los cañones. Después, minuteramente en mano, los cañones dispararon, los soldados salieron corriendo de las trincheras y ocuparon una extensión de cien pasos. A unos

pocos, después de esto, los enterraron; a otros los vendaron y los metieron en los camiones; a otros terceros les dieron otra vez de comer. Enviaron un informe al Estado Mayor. Allí elaboraron un comunicado y enviaron nuevas órdenes. Trajeron nuevos soldados y proyectiles, carne de carnero, etc. Así transcurrían, un día tras otro, los meses y los años. Y mister Cool, al ver su aportación a la causa común, tenía toda clase de motivos para estar orgulloso.

Después volvimos hacia Ruán, y allí pudimos observar otro de los logros de nuestro amigo. En los inmensos cementerios, con las cruces alineadas en fila, pudimos apreciar la plasticidad y belleza de sus coronas. En una pequeña ciudad, donde estaban instaladas las tropas inglesas, francesas y belgas, nos dejó maravillados una fabulosa casa pública, con gigantescas posibilidades de admisión y un orden ejemplar. Nuestros corazones quedaron profundamente emocionados ante las pláticas de los colegas de mister Cool, dirigidas a los soldados que, una vez concluido su trabajo, limpiaban tranquilamente sus bayonetas sobre la hierba. Los predecesores decían cosas como esta: «¡Hermanos! Está escrito, ¡no matarás! No se puede matar, y si lo haces acabarás en prisión. Pero defender a la patria y servir a sus dirigentes es el deber de todo buen cristiano. ¡Hermanos! ¡Sed patriotas! ¡Exterminad a los malvados enemigos de Cristo, los teutones, y no abuséis de las bebidas alcohólicas!». Todo esto resultaba profundamente conmovedor, y me trajo a la memoria las lejanas visiones del pobre Francisco, hablándoles a los campesinos de la Umbría.

Después de agradecer a mister Cool el placer que nos había proporcionado, Jurenito le informó de su invento y de las esperanzas que en él tenía puestas. Para mi asombro, mister Cool no solo no se alegró del genial descubrimiento, sino que se quedó muy abatido. «Le ruego, querido amigo —le dijo a Jurenito— que durante cierto tiempo no le hable usted a nadie de su invento. Pues si es cierto que resulta tan sencillo matar a la gente, la guerra terminaría en dos meses, y todo mi complicado montaje se iría a pique. Tenga en cuenta que mi patria solo se une verdaderamente en los momentos de lucha. Reservémoslo para el peor de los casos. Yo le daré la posibilidad de fabricar sus aparatos si me promete no utilizarlos hasta ese momento». Después de pensarlo un poco el Maestro accedió. Dijo que, efectivamente, todo lo que había visto durante los últimos días era digno de su apoyo y estímulo. Sé que construyó sus aparatos, y que los dejó bajo la custodia de mister Cool. Cuando un año después quiso por fin utilizarlos, mister Cool intentó por todos los medios dilatar el asunto, asegurándole que había enviado sus aparatos a América y que no se podía confiar en nadie para que los trajera de nuevo. Yo suponía que mister Cool se dejaba guiar en este asunto por razones de carácter financiero, pero en cierta ocasión nos confesó que a los alemanes se les podía destruir adecuadamente con las bayonetas francesas, y que los artefactos de Jurenito era mejor dejarlos para una posterior utilización contra los japoneses. Después, las circunstancias se complicaron de tal modo que el Maestro no se volvió a acordar nunca más de este asunto. Pero en

cualquier caso, sé a ciencia cierta que los aparatos y notas explicativas se encuentran aún actualmente en manos de míster Cool.

Una vez que hubo recibido de Jurenito la correspondiente promesa, míster Cool se puso otra vez de buen humor, y escuchó atentamente las diversas mejoras ideadas por el Maestro en materia militar, sobre los nuevos gases, los cañones, los tanques y otras muchas cosas. Propuso a Jurenito trabajar con él en lo sucesivo, ampliando y modernizando su negocio. El Maestro expresó su completo acuerdo. Entonces se planteó la cuestión acerca de lo que harían conmigo y con Aisha. Nosotros dos no entendíamos nada de técnica militar, y no poseíamos ningún tipo de talento para la organización. Se decidió que Aisha se ocupara de la venta de las coronas de abalorios, pues míster Cool consideró que su brazo artificial, su condecoración de guerra, su piel negra y su flamante título de doctor *honoris causa* por la Universidad de Lisboa iban a favorecer extraordinariamente el éxito de la venta de artículos patrióticos. A mí me propusieron ocupar el puesto de cajero en una de las casas públicas de Amiens, propiedad de míster Cool.

Tres días después estaba yo sentado en el recibidor de un pequeño hotelito, tras una linda mesita, entregando a cada visitante un ticket según la forma de pago, por horas o por toda la noche, y una octavilla aleccionadora que decía: ¡Dios es amor! Permanecía sentado, tarde y noche, observando los gestos impacientes de los que entraban y los bostezos de los que salían. Escuchaba los sonidos de las marchas militares que llegaban del salón, mezclados con muchas risas, juramentos y gemidos. A veces podían oírse altos y penetrantes gritos femeninos. En una ocasión, un soldado que estaba un poco bebido se puso a disparar contra el retrato de la reina de Holanda, que estaba colgado, no sé por qué motivo, en una de las habitaciones. Pero por lo general todo estaba tranquilo. Junto a mí pasaban cada día cientos de visitantes. A veces trababa conocimientos con las mujeres que, según decían, se fatigaban mucho con el trabajo, pero estaban contentas con las condiciones. Muchas se ponían enfermas, con lo que se las llevaban y traían a otras. Yo dormía hasta las seis de la tarde, comía, hojeaba los periódicos y me dirigía al trabajo. Allí, miraba con aire estúpido a los soldados que pasaban junto a mí, arrancaba los tickets, y en los intervalos escribía mi propio libro. Poemas de las vísperas, que posteriormente provocaría muchas y favorables críticas, incluyendo las de V. Iu. Briúsov. Pero un mes después ya no podía escribir versos, y daba muestras de una total indiferencia hacia todo. En cierta ocasión vino a visitarme el Maestro. Me animé y empecé a quejarme de aburrimiento, del repugnante olor, del pianista, de las borracheras de los visitantes. «¡No puedo continuar viviendo así! ¿Qué sentido tiene todo esto?» — gritaba yo—. «Amigo mío, ¿no estabas tú antaño en la pacífica Rotonde, entre modelos disfrazadas, soñando con la bomba, la diminuta bombita que lo iba a destruir todo? Pues ahora estás trabajando en una inmensa fábrica, que cada día extermina a decenas de miles de personas».

No repliqué. Tan solo sollocé con tristeza y arranqué el ticket del siguiente

visitante.

## Bendito Senegal. Distintas interpretaciones de la familia «Poire».

**C**reo que hubiera ido enloqueciendo poco a poco si a principios del año 1916 el Maestro no hubiera vuelto a Amiens para salvarme. Cuando entró en el establecimiento, mostraba yo ya tal indiferencia por todo lo que sucedía a mi alrededor que, después de echarle una ojeada, le entregué un ticket. En respuesta, el Maestro me dijo en tono imperativo: «Devuélvele la caja al gerente. Nos vamos a París».

En el automóvil estaban Aisha y míster Cool. Se me dijo que todos estaban terriblemente cansados por la tensión del trabajo y sentían la imperativa necesidad de un prolongado descanso. ¿A dónde ir? ¿A San Remo?, ¿a Biarritz?, ¿a Sevilla?... Intervino entonces Aisha: «A mi país, ¡al Senegal!». Esta idea no solo nos hizo reír, sino que nos gustó. Pero míster Cool dijo que no iba a perder el tiempo allí inútilmente: «Exportación de materias primas, negros y cosas semejantes...». ¡Decidido!: Brest. Vapor *Providence*. Sol. Aisha daba saltos, contento como estaba de regresar a su patria. Allí podría presumir de todo: de su brazo Ultima, de míster Cool, del título sellado y de los cerditos de chocolate que iba a llevar como regalo.

Resulta difícil transmitir el placer de un completo y profundo descanso, de la plácida somnolencia a la sombra de una pobre cabaña, del agradable frescor del río que parecía limpiarme el polvo, el tufo y toda la mugre de la querida Europa. Yo fui en otros tiempos un alegre joven que cantaba y se enamoraba, que acudía a una cita con un ramo de flores, que escribía versos, que enrojecía de entusiasmo cuando algún periodista provinciano escribía lo de que «está muy bien... ese poeta, tiene la divina inspiración»; en una palabra, conocía una cierta sensación de felicidad. Pero tan solo cinco semanas en la vida he sido sencillamente totalmente feliz. Cinco semanas allí, lejos de Europa, ¡a la orilla del ancho Senegal!...

Me olvidé de todo; de la guerra, del arte, de la familia y de los amigos que había dejado atrás. Estaba convencido de que si en las aldeas de negros hubiera habido guardias municipales, y uno de ellos se me hubiese acercado para informarse acerca de mi identidad, yo habría berreado cualquier cosa, le habría dado un golpecito amistoso en el estómago o habría escapado corriendo bajo los almiares de juncos secos, pues ya no recordaba casi ni mi nombre. No me separaba de Aisha. Con él me bañaba, bebía leche de oveja, comía dátiles frescos y mantecosas tortas de requesón. Cuando en el bango, es decir, en el parque zoológico para los dioses, junto a una choza, empezaba a rezar, yo también arrastraba la tripa ante los deliciosos monstruos

hechos de madera, de plumas de pájaros, de conchas y de escamas de peces, y rugía *uh, gu, gu* como lo hacía él. Aisha se quitó enseguida el traje de europeo, y se quedó solo con un blanco chaleco de piqué. Estaba muy original con su resplandeciente brazo artificial. La verdad es que a veces les dirigía algunas palabras a sus compatriotas, cosa que yo no podía hacer. Pero no lo envidiaba y no me entristecía. Aun sin las palabras yo me entendía allí más que en una íntima y sincera charla con los blancos. Le pregunté al Maestro si no sería mejor que nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de Aisha, tirásemos también nuestros pantalones y nos quedásemos para siempre en aquella tierra prometida. Pero el Maestro me contestó: «Es indigno que el hombre se vuelva a mirar hacia atrás. La infancia es una época feliz, pero ¿qué dirías de un hombre maduro que le arrancara de las manos a un bebé un sonajero para jugar con él? Nunca digas que son “felices” los que todavía no han pasado por lo malo. Compadéceles. Aisha se pondrá otra vez sus pantalones. Dentro de poco, en este país se oirá el estruendo de las motos, de las ametralladoras y de las máquinas de escribir. En vez de estos agradables bangos, tan sencillos, una vez que hayan empezado a comprender, construirán casas públicas como las de míster Cool y cementerios jerarquizados como los de monsieur Delet. Y los que estamos descansando aquí, en este prehistórico Trouville, nos veremos obligados a ayudarles. Otro paraíso perdido. Y lo difícil es el comienzo, ahora ¡ya estamos acostumbrados!...».

Yo empecé a protestar: ¿por qué teníamos que ayudarles? Lo que hay que hacer es oponer una fuerte resistencia. Pero el Maestro dijo que habíamos ido allí para descansar y no para discutir, que yo tenía muy mal aspecto y que lo más sensato era que fuese a darme un baño.

Míster Cool nos ocasionó algunas preocupaciones. En los poblados de la zona ribereña se sentía espléndidamente. Luego, conforme íbamos subiendo río arriba, en dirección a la patria de Aisha, se iba mostrando cada vez más confuso y enfadado. Decía que África era aún peor que Europa. Sus dólares no causaban ninguna impresión entre los negros y ninguno de ellos había oído hablar nunca de la Biblia. Míster Cool, ofendido, acabó exigiéndonos que volviésemos hacia atrás inmediatamente. Pero Aisha tenía muchas ganas de visitar su lugar de origen, y logró tranquilizar un poco a míster Cool explicándole que, en lugar de papelitos con los retratos de los presidentes americanos, allí existían unas conchas especiales; y en vez de Biblias, los amuletos. No obstante, míster Cool se encontraba día a día en un callejón sin salida. El Maestro recibió de manos del jefe de una tribu un precioso arco tallado en marfil. Debido a la rudeza del trabajo, fue valorado por míster Cool en tres dólares, pero no tuvo que dar a cambio ninguna concha. También era completamente gratis cuando Aisha se tumbaba un rato bajo las palmeras con mujeres negras que, por otro lado, no eran sus legítimas esposas. «Un gran desorden» —exclamó míster Cool—. «¡Solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto está Europa bien organizada! Es necesaria una gigantesca energía para iluminar, al menos un poco, este país». Y como míster Cool tenía energía en abundancia, se puso inmediatamente manos a la

obra. Convocando a redoble de tambor a los habitantes de las aldeas cercanas, les explicó con ayuda de Aisha que un importante objeto de culto debían ser los dólares, es decir el oro, es decir las conchas. Pero una terrible prueba le esperaba al intrépido predicador. Resultó que los negros eran seguidores de la religión de Bor, que les había enseñado que había espíritus malignos que se apoderaban de las personas, y que era necesario expulsarlos por todos los medios posibles, siendo, para disgusto de míster Cool, no menos celosos en el cumplimiento de sus deberes morales que el mismo americano. Cuando escucharon el sermón, lo miraron fijamente mientras con aire importante corroboraba con movimientos de cabeza las palabras de Aisha, y decidieron que el pobre huésped estaba poseído por el espíritu maligno de Alladienu. Formando un estrecho círculo en torno a él se dispusieron a ahuyentarlo el mal espíritu, para lo cual se pasaron dos días y dos noches relevándose unos a otros, con unas terribles máscaras, cantando, bailando, gritando, haciendo sonar unos gongs de cobre, golpeando seis pellejos rellenos y una placa de madera con sus calabazas secas colgando, mientras arrancaban los dientes de unos inmensos peines y tiraban de unas cuerdas tensadas sobre nueces de coco. En una palabra, trataban de atemorizar por todos los medios al malvado Alladienu. Míster Cool intentó liberarse por su cuenta, golpeó a los que tocaban y gritó hasta más no poder. Pero lo único que hacía esto era animar más a los negros, que imaginaban que el espíritu empezaba a alborotar y a separarse del hombre, y cantaban y tocaban con más fuerza. A la tercera mañana, míster Cool se calmó. Yo creo que había empezado a volverse loco pues, sentado sobre la tierra, se sonreía de manera plácida y estúpida. Entonces, una vez convencidos de que Alladienu había abandonado al hombre, los negros dejaron sus instrumentos y dieron de beber a míster Cool vino de palma.

Seguimos adelante, y por fin llegamos al valle donde se hallaba la aldea de Alarum, tierra natal de Aisha. Pero en lugar de cabañas, solo vimos los restos de un reciente incendio. No había gente. En los alrededores encontramos a un pequeño negrito de cinco años mamando de la ubre de una cabra que pastaba tranquilamente. El muchachito se alejó corriendo al vernos, y cuando le dimos alcance no pudo darnos ninguna explicación. Aisha lloró echado boca abajo, escarbó en la tierra y besó sus terrones. Pero por más grande que fuera su pena, decidimos volver a casa.

Poco tiempo después, en un pequeño poblado encontramos un estacionamiento de soldados de la Legión Extranjera, los cuales nos contaron que durante la última leva de reclutas los habitantes de Alarum se amotinaron, efectuaron por la noche un premeditado ataque contra el campamento y mataron a los soldados. Esta explosión, provocada seguramente por las maquiavélicas intrigas de los alemanes, fue rápidamente sofocada. Los criminales fueron castigados y la aldea incendiada debidamente.

En una gran cabaña estaba instalada una enfermería de campaña. Allí estaban acostados dos soldados: uno herido en la reprimida rebelión y el otro enfermo de unas fiebres del lugar, que se cubría la cabeza con una manta. Después de hablar con el

primero acerca de los interesantes episodios de la guerra, nos disponíamos a salir cuando en la estera de al lado resonaron unas ininteligibles palabras en ruso: «¡El negrito! ¡Pobre negrito!... Desde la cima de mi divino “yo”, ratifico la dignidad del ser humano... ¡Agua, agua!...». Yo me acerqué y retiré la manta: ante mis ojos yacía acostado Alexei Spiridonovich. Él me miró sin ver nada, y continuó delirando en la inconsciencia.

Nos quedamos en la aldea, esperando a que el enfermo se restableciera. Seis días después la fiebre cesó repentinamente. Alexei Spiridonovich volvió en sí y se alegró como un niño al vernos sentados en torno a él. Únicamente al principio se asustó de Aisha, no sé por qué, pero este se mostró con él tremendamente cariñoso. Le besó las puntas de los cabellos y le regaló una gran nuez de coco. Después de comer un poco, Alexei Spiridonovich quiso de golpe contarnos toda su vida, y empezó por las primeras impresiones de su infancia. Pero el Maestro le recordó que ya sabíamos todo eso casi con tanto detalle como él mismo, y que era mejor que se limitara a los últimos años.

El relato de Alexei Spiridonovich fue como siempre muy extenso, saturado de digresiones filosóficas y muy triste. Junto con otros rusos que soñaban con el sacrificio, con santa Sofía y con la libertad, le alistaron en la Legión Extranjera. Los sargentos y cabos les insultaban y humillaban de todas las maneras posibles: «¡Recordad que habéis venido aquí a comeros el pan de los franceses!». Ninguno de los argumentos de Alexei Spiridonovich, que intentaba demostrarles que el frente no era en absoluto un comfortable comedor, tenía efecto alguno sobre ellos. Junto con los rusos había otros legionarios: el francés Cric, que se había hecho belga y se había dedicado durante veinte años, en Marsella, al pacífico comercio de mujeres, y cuando fue importunado por la policía se fabricó unos documentos falsos. El alemán Hunn, de Dresde, que después de matar a su tía había huido a Francia e ingresado en la Legión. Hunn había jurado por todo lo jurable que no era polaco ni alsaciano, pero que de cualquier modo no iba a matar a los alemanes peor que los demás. En cuanto al español Jopras, despreciaba todos los oficios existentes en el mundo excepto las corridas de toros y la guerra. Para las corridas de toros no servía, a causa de su innata gordura y su torpeza; por eso, después de atracar a un joyero de Salamanca, eligió como profesión el ingresar en la Legión Extranjera. Estos y otros semejantes llamaban a los rusos «poire», lo que según el diccionario de Makarov significa, aparte de «pera», «calzonazos»; y llevaban a cabo con ellos diversos experimentos, aprovechándose de su antigua práctica como civiles. Después de participar en los combates y de pasar un año en las trincheras, los rusos pidieron humildemente a sus superiores que les trasladaran a un regimiento francés ordinario. Esta petición resultó más que sospechosa, así que decidieron, para curar estos antojos, fusilar a una decena de rusos. Cuando ante la muerte los criminales se pusieron a gritar «Vive la France!», quedó totalmente claro que se trataba de un audaz motín, y a los que quedaron vivos los enviaron rápidamente a África. Entre ellos estaba Alexei Spiridonovich. En África

se dedicaba a reparar caminos, a limpiar las botas de cualquiera, a capturar negros y a apaciguar a los árabes; y mientras hacía todo eso sufría ante el eterno enigma: ¿dónde estaban el sacrificio, Cristo y santa Sotía?

Hacía tres semanas que le habían enviado junto con otros a apaciguar a unos negros. Un negro jovencito, exactamente igual a Aisha, se abalanzó sobre él con una lanza. Él disparó. Creía haberlo matado. Después comenzaron las fiebres, y ya no recordaba nada.

Cuando oyó lo del asesinato del negro, Aisha empezó a chillar, a dar saltos y a llorar: «¡Era Aglaj, era Aglaj, hermano de Aisha!». Alexei Spiridonovich también se echó a llorar, y buscaba la ayuda de Jurenito. «Dime, Maestro, ¿qué significa esto? Yo quería salvar a Rusia y a la Humanidad, entregarme al suplicio y defender a Cristo, y en lugar de todo eso he asesinado a un negro. ¿Por qué? ¡Yo soy una persona! ¡En mí descansa el principio de lo divino! ¿Cómo he podido caer tan bajo?». Pero el Maestro no quería creer ni en el sacrificio, ni en Cristo, ni en el principio de lo divino, y dijo lúgubrementemente: «Tú eres un pobre esclavo de míster Cool, y míster Cool es un pobre esclavo de su libretita azul. La libretita sabe por qué fue necesario matar al negro desobediente. Ya es hora de que cambies la metafísica por una elemental aritmética, más sencilla y exacta».

En cuanto a Aisha, le tranquilizó, acariciándole tiernamente su ensortijada cabellera: «Alexei Spiridonovich no es culpable. Él también tenía un buen cabo. Él que quería colocar en el tejado de Ai-Sofía una pequeña crucecita. Pero el cabo dijo: “¡Dispara a Aglaj!”. Tú tienes el brazo Ultima y tu título, pero él no tiene nada y por eso llora». Después de estas palabras, Aisha desapareció no se sabe dónde y regresó con una gran pipa hecha de calabaza, para dársela a Alexei Spiridonovich: «Aisha quería darte el brazo, pero tú ya tienes dos y no hay dónde colgártelo. Esta es una pipa muy buena. Aisha la hizo. ¡Aisha te quiere!».

Alexei Spiridonovich se recuperaba lentamente. Las fiebres se le complicaron con una enfermedad del hígado, y Jurenito empezó a gestionar su licencia definitiva. Dos semanas después, gracias a los esfuerzos de Jurenito, Alexei Spiridonovich fue enviado por barco, junto con nosotros, a un hospital de Toulon, y declarado no apto para posteriores servicios.

## El Papa bendice una JBD. Fray Giuseppe

Grandes desilusiones le esperaban a míster Cool a nuestro regreso a Europa. Su negocio, al faltar el amoroso ojo del amo, cayó en el abandono. Casi todos los pedidos militares habían sido interceptados, y los submarinos alemanes le habían hundido cuatro barcos con valiosas mercancías. Un francés había inventado unas coronitas con cintas, en lugar de escarapelas, más baratas y efectistas; y finalmente los activos misioneros de míster Cool, con ayuda de las autoridades locales, habían cerrado once casas públicas de su propiedad.

«¡Idiotas!» exclamaba iracundo, «no han comprendido que mis casas son focos de moralidad, que ambas empresas no pueden existir la una sin la otra».

Todas estas desgracias produjeron tal impresión en míster Cool que de fanático patriota se transformó de golpe en un enérgico y tenaz partidario de la paz. «La guerra corrompe las costumbres y destruye la economía nacional», nos aseguraba. Nosotros, gustosamente, le dábamos la razón.

Alexei Spiridonovich, después de sus hazañas en Senegal, no podía soportar la palabra «victoria». Se compró todos los libros de Tolstói y decidió hacerse vegetariano. Al pobre Aisha, que se había quedado huérfano, también le hubiera gustado que se acabaran los «buenos cabos». Y yo, por la debilidad de mi carácter, seguía prefiriendo la platónica destrucción amontonada en los versos o en las acaloradas conversaciones rotundas al ejemplar montaje de míster Cool. Y así los cuatro estábamos de acuerdo en desear la paz, e inmediatamente se lo comunicamos al Maestro.

Lo primero que hizo Jurenito fue reírse sincera y alegremente.

«Cándidos niños, ¿acaso creéis que la guerra va a terminar tan fácilmente? Eso nadie lo puede hacer, ni siquiera los que la comenzaron: diplomáticos, políticos, fabricantes, emperadores, aventureros, el pueblo, ¡nadie en absoluto! Al principio estaban enloquecidos: el furor salvaje, los saltos, los gritos, la inesperada familiaridad con la muerte, la destrucción de todos los bienes terrestres, en una palabra, el maravilloso tumulto. Ahora se han acostumbrado. Nada, ya se sabe que estamos “condenados a muerte”, y mientras tanto “al bollo”. ¡Así es la vida! Creedme, es más fácil derribar el imperio germánico, más fácil mandar al otro barrio a quince millones de personas, más fácil rehacer todos los mapas escolares, que ventilar el recalentado y sucio cuartucho elegido por la humanidad. No es la gente la que se ha adaptado a la guerra, es la guerra la que se ha adaptado a la gente. De huracán se ha transformado en simple corriente de aire. Están un poco resfriados, pero aun con eso, mal que bien,

siguen viviendo. Destruir ahora, repentinamente, esa adaptación a la guerra es imposible por completo, la guerra es como un microbio, lento y prudente, que sabe bien cuál es su misión. Este conflicto durará decenas, tal vez cientos de años. No os riáis. En los intermedios habrá tratados de paz, y en general toda clase de poesías bucólicas. Podrá cambiar de forma. A veces, como los arroyos, se ocultará bajo tierra, y recordará hasta la repugnancia a la conmovedora paz. El enfermo sale al jardincillo, a regar la hierba, hasta que sufre un nuevo ataque de fiebre tifoidea. La guerra no se parecerá desde ahora a sí misma, y sabrá introducirse sutilmente en los corazones: la muralla de la ciudad, la valla de la casa, el umbral de la habitación se convertirán en los nuevos frentes. Todo empezó por un ataque apoplético, por un exceso de energías irracionales, de riqueza inmerecida, rapiñada, robada. Pero únicamente acabará cuando destruya aquello en nombre de lo que comenzó: ese Estado hipócrita y todopoderoso».

«Pese a sus muchas virtudes prácticas», dijo míster Cool a Jurenito, «siempre ha pecado usted de cierta tendencia a la utopía. ¿Qué sentido tiene hablar sobre lo que habrá después de nuestra muerte? ¡Vamos, pensemos en cómo conseguir al menos un poquito de paz! Si los que comenzaron la guerra no la pueden acabar, se hacen necesarias nuevas energías».

«¿Cuáles?», preguntamos.

«En primer lugar están las organizaciones religiosas, aunque imperfectas, con Roma a la cabeza. Después, una vez convencidos los pacifistas, se pueden organizar reuniones y conferencias. Y finalmente esos... (míster Cool titubeó, y estuvo mucho rato sin poder pronunciar la terrible palabra) ¡socialistas! Aunque son gente inmoral y atentan contra todo lo sagrado, en un momento dado pueden llegar a ser útiles».

«Sus esperanzas son infundadas, míster Cool. Cómo usted sabe, los cristianos, a cuya secta si la memoria no me falla pertenece usted, siguen trabajando en muy diversos negocios parecidos al suyo, que tan cruelmente ¡ay! ha sido ahora atacado. Los pacifistas, en efecto, hablan de la paz, sincera y conmovedoramente, y no peor que Alexei Spiridonovich; pero cuando sus “buenos cabos” dan la orden de disparar, al punto les descosen la barriga a otros pacifistas con el mismo celo que nuestro pacífico Aisha. En lo que respecta a los socialistas, su papel en tiempos de guerra recuerda mucho a la reciente, y por lo demás muy respetable, ocupación del querido Ehrenburg, que cobraba los tickets en sus establecimientos, mientras al son de una polka derramaba lágrimas sobre su perdida virginidad prehistórica».

Míster Cool, y tras él Alexei Spiridonovich, intentaron discutir. Por extraño que pueda parecer, estos dos, que hasta hacía muy poco solo habían querido ver a su alrededor los ardores patrióticos y el ansia de victoria, después de sus infortunios personales se dieron cuenta instantáneamente de lo contrario, y aseguraban a Jurenito que lo que los pueblos necesitaban era la paz. «Lo único que ahora hace falta es un nexo de unión y debemos encontrarlo».

El Maestro dijo que no creía en la utilidad de tales pesquisas, pero que estaba

siempre dispuesto a contribuir a nuestra instrucción, así que propuso, con el fin de realizar la prueba sobre el terreno, una serie de excursiones a Roma, a Ginebra y a La Haya. Además, estos viajes los pensaba aprovechar para el estudio de las últimas fases de la enfermedad que aquejaba a la humanidad. Una vez tomada la decisión nos fuimos a Roma. Míster Cool no aprobaba en realidad a los católicos, que en lugar de buenas costumbres solo tenían fantásticas historias, pero creía firmemente en el gran poder de la Iglesia. «A pesar de todo son cristianos», nos decía, y se llevó consigo una nueva ametralladora JBD, fabricada según diseño del Maestro, para que el Papa viera esta arma infernal y se quedara horrorizado (aparte de esto, y hablando con sinceridad, creo que lo mejor hubiera sido ofrecerle este nuevo armamento al ministro italiano de la Guerra pero, no sé por qué, nadie lo llegó a proponer). Alexei Spiridonovich se preparó un discurso para lo cual llenó despiadadamente de rayas las obras de Soloviev y Dostoievski. Aisha, por su parte, estaba interesado por una cuestión esencial: «¿Quién es el Papa?». «El Vicario de Cristo». «Y ¿qué es un Vicario? Bien, Aisha comprende. Y Cristo, ¿qué quiere, la guerra o la paz? ¡Entonces el Vicario quiere la paz!». Agotado después de razonamientos tan complicados, Aisha no volvió a pensar en ello. Se puso a dar saltos por el compartimento gritando: «¡Habrá paz, paz, paz!». Qué bien que no hubiera personas extrañas, pues esa palabra era en aquella época la más obscena y criminal de todas las palabras humanas, y nos habría costado cara a buen seguro. Pero el Maestro no preparaba discursos, no discutía, no escuchaba a nadie. De nuevo se puso a trabajar en sus aburridísimas cifras: la situación económica, la disminución de la producción, la inevitable crisis... A cada momento, desviando la vista de las grises columnas del periódico o de las hojitas de papel ya escritas, se sonreía de manera apenas perceptible.

Encontramos Roma un poco cambiada en su aspecto exterior, después de tres años de separación. Era aún más patente la miseria del Trastévere, aún más disparatadas las llamativas banderas sobre las inquietantes ruinas, pero la diferencia era solo cuantitativa. Sin perder ni un momento solicitamos audiencia con el Santo Padre, pero este resultó ser un asunto extraordinariamente complicado. El Maestro quiso recurrir a nuestros famosos pasaportes de una arshina de longitud y adornados con tul, sello rojo, pero yo me puse a protestar hasta lograr impedirlo al recordar la pérdida del don del habla que habíamos sufrido y el inexpresivo *merci* que acompañaba al talismán...

«Podrán ver ustedes con sus propios ojos al Santo Padre en Pascua —nos respondió despreciativamente un destacado miembro de la Curia—. Pero estoy muy ocupado —exclamó míster Cool—. No puedo esperar, ¡tengo tres fábricas de armas!». «Oh, ¡en tal caso verán al Santo Padre mañana mismo! ¡No sabía con quién tenía el honor de estar hablando!».

A la mañana siguiente entrábamos en la sala de recepciones. Por orden de míster Cool, y a pesar de las protestas de los conserjes, Aisha se precipitó valerosamente detrás de nosotros cargado con la ametralladora. Alguien gritó:

«¡*Signore Cool*, propietario de fábricas de armas, y sus acompañantes!».

Vimos entonces sobre un alto sillón a un agradable viejecito muy arrugado que nos dijo con voz profunda: «Nosotros bendecimos vuestro beneficioso trabajo. Os deseamos un merecido éxito por vuestro celo, y os rogamos que no os olvidéis de la Santa Iglesia y tampoco de los huérfanos». Una vez dicho esto, el viejecito nos metió el zapato en la boca a todos nosotros, uno por uno (se supone que para que se lo besásemos), y después, evidentemente por despiste, lo colocó en el gatillo de la ametralladora JBD. Una vez finalizada la ceremonia, quisimos entrar en conversación, pero de una manera muy rápida y hábil, con ayuda de dos conserjes, fuimos conducidos a la sala contigua, donde ya no vimos al Papa, sino a un cardenal que nos explicó: «Con el Santo Padre no se puede hablar. El Santo Padre no habla, solo se pronuncia. Yo mismo contestaré a todas vuestras preguntas». Nosotros estábamos interesados principalmente en la actividad de la Santa Sede durante los años de guerra. Esta resultó ser extraordinariamente amplia. En sus despachos trabajaban cientos de traductores. Para economizar tiempo, los diversos votos, bendiciones y oraciones los traducían y enviaban simultáneamente a todos los estados combatientes. La Santa Iglesia, en general, daba sus instrucciones a sus representantes nacionales, como por ejemplo officiar servicios eclesiásticos de agradecimiento después de las victorias, para lo cual habían escrito en unas hojitas: «Sin dejar de caminar, la multitud exclama: ¡*Vive Dieu!*, ¡*vive Joffré!*, y otros ¡*Goj gott!*, ¡*goj Hinndenburg!* En caso de victoria o derrota definitivas, se recomienda interpretar lo primero como la bendición del Señor por las plegarias dirigidas a la Iglesia Católica y Apostólica Romana, y lo segundo como el castigo divino por la falta de fervor hacia la misma Iglesia Católica y Apostólica Romana. En todas partes los católicos deben apoyar la guerra hasta su victorioso final. El trabajo es muy difícil pero prometedor: días de prueba, igual a renacimiento religioso. La guerra es algo hermoso, ¡tan solo hay que comprenderla!». «¡Pero si está escrito “no matarás”!» —comenzó a gemir Alexei Spiridonovich.

«Por supuesto, hijo mío, y ese mandamiento no puede ser abolido por nadie. Pero las Escrituras, el Libro Sagrado, hay que saber interpretarlo. La compasiva Iglesia os preservó, cargándolo sobre sus ascéticas espaldas, del penoso trabajo de comprensión e interpretación de la verdad divina». «Pero ¿acaso hay varias maneras de interpretar “¡no matarás!”?».

Alexei Spiridonovich no quería callarse, y yo, recordando el fracaso de la misión de Labardán, y sabiendo a qué desagradables consecuencias conduce el apasionamiento en la interpretación de las cosas elevadas, le tiraba de la manga, y finalmente le aparté a un lado. Míster Cool resultó ser el mejor diplomático. Expresando todo tipo de alabanzas hacia la actitud de la Santa Sede y del propio cardenal, preguntó con aire modesto qué podíamos hacer nosotros, un auténtico católico, un protestante, un ortodoxo, un idólatra y un judío (no muy bueno, pues casi ni se le nota) para el restablecimiento de la paz tan deseada por toda la humanidad. «Yo también deseo la paz —contestó el Cardenal—, y rezo por ella por la mañana, por el día, por la tarde y hasta por la noche. Mientras tanto, les aconsejaría, si los

asuntos en su patria les van mal, y según mi opinión es por eso por lo que ustedes desean la paz, regalarle esta linda bagatela, quiero decir esta arma infernal, a mi amigo el Obispo de Viena, famoso por su afición, por otra parte totalmente inocente, a coleccionar modelos desconocidos de chucherías como esta. Por supuesto que este regalo les dará la posibilidad de instalarse bastante bien y, ya tranquilos, rezar por el restablecimiento de la paz mundial».

Pero míster Cool era, como ya se vio en los anteriores capítulos, un hombre de ideas, y rehusó amablemente tan seductora proposición. Entonces, el Cardenal nos propuso convertirnos en viajeros de comercio de la Santa Sede, abasteciendo a los países aliados de diversos artículos de utilidad. Aunque esto no iba a traer la paz, míster Cool, que amaba este tipo de negocios desde su infancia, no se negó a ello, y el cardenal nos envió a casa de cierto fraile dominicano, el hermano Giuseppe, que dirigía las ventas de los artículos mencionados.

Después de atravesar una larga serie de cámaras y corredores, entramos en una gran sala que se parecía muchísimo a unos grandes almacenes. Además de libros, folletos, estampas y tarjetas postales, vimos allí multitud de objetos interesantes. En un rincón había colgadas diversas crucecitas, amuletos y medallas que preservaban a los soldados de la muerte y las heridas. Daban fe de ello numerosos testimonios de agradecimiento de los que habían experimentado en sí mismos las salvadoras propiedades de dichos artículos, recogidos en un folleto de grosor abultado. En otro rincón había todo lo necesario para los capellanes castrenses: capillas portátiles equipadas según el último grito de la técnica, altares portátiles e incluso dibujos explicativos para la ejecución de diversas ceremonias, como rociada de las baterías con agua bendita, bendiciones a los aviadores cuando se dirigían a tirar bombas y cosas por el estilo. En un tercer rincón se hallaban los ex-votos, es decir, los diversos regalos ofrendados a la Virgen María y a algunos santos de los más venerados después de un ataque realizado con éxito. Para los que habían resultado ilesos, soldaditos de juguete de muy diversas formas; para los heridos que se habían restablecido, brazos y piernas de cera que se colgaban de un hilo; para los que se habían salvado de los bombardeos, unos encantadores modelos de orinales, y por fin para los gobiernos que ganaran la guerra, unos lindos mapas de Europa en relieve, con las diversas fronteras ya marcadas previsoramente.

Observamos con la mayor curiosidad todos estos artefactos, que claramente desmentían las maliciosas habladurías de los pecadores, quienes afirmaban que la Iglesia se había volatilizado y no daba señales de vida durante la contienda. Ni siquiera nos dimos cuenta de que en la sala había entrado aquel al que esperábamos, es decir, fray Giuseppe, y nos estremecimos al oír su grito conmovedor: «*¡Signore!, ¡caro signore!*». Nos volvimos asustados, y los antiguos muros del Vaticano vieron nuevamente las escenas, que les eran tan propias, de los más tiernos y fraternales besos. Fray Giuseppe resultó no ser otro que nuestro alegre Ercole, que iba vestido de sotana y con un cordón anudado que sujetaba un rosario de ciprés. Sobre su cabeza

resplandecía una impecable tonsura. «Amigo mío, ¿acaso llegaste a despreciar tu vida de pecador y te has dedicado a la salvación de tu alma?», le preguntó solemnemente mística Cool.

«¡Ni por asomo!», le contestó. Y a pesar de la antigüedad y santidad de las losas de mármol, Ercole, recordando la via Pascudini, escupió desdeñosamente. Pero «¿qué podía hacer? ¡Es la guerra, amigo mío!». Puesto que sabíamos a ciencia cierta que en ningún lugar había habido movilizaciones para sustituir a los caídos en los monasterios, no comprendíamos la relación entre la guerra con Austria y la vestimenta de nuestro amigo. Pero para Ercole dicha relación era hasta tal punto evidente que ni siquiera intentó explicárnosla. En lugar de esto, comenzó a suplicarle al Maestro que le tomara de nuevo en calidad de cicerone y que le llevara de inmediato a cualquier país, pues a causa de la mucha santidad que le rodeaba se había vuelto melancólico, colérico y rudo como los asnos ingleses, los cuales ¡ay! ya no viajaban a Roma.

El Maestro le ordenó enérgicamente que antes que nada satisficiera nuestra legítima curiosidad y nos lo explicara todo, principalmente lo de la tonsura. Ercole miró hacia todos lados para ver si había alguien, y después nos condujo hasta la habitación contigua, que estaba increíblemente sucia. Nos sentamos sobre la cama, que tenía el color y la forma, tan queridos para Bambucci, del pavimento de la via Pascudini, y nos pusimos a beber un vino que trajo Ercole y que tenía el oportuno nombre de *Lacrima Christi*. Mientras bebíamos, Ercole nos dijo, o valdría más decir que nos gritó, juró y blasfemó, que en verdad no mentía. Al principio, cuando llegó, todo era muy divertido. Todos querían la guerra, iban por las calles con banderas, cantaban, gritaban «¡Evviva!», incluso destruyeron la tienda de un miserable austríaco y a Bambucci le tocaron dos candelabros y un lagarto de bronce. Después fue declarada la guerra y llamaron a Bambucci. Aquello tampoco estuvo mal. Una bonita dama le entregó un ramo de flores y diez *soldi*. Entraba en todas las tabernas y bebía vino gratis. ¿Y después...? ¿Después...? ¡Qué escándalo! ¡Le habían engañado! ¡Cien mil diablos! ¿Qué clase de guerra era aquella? ¡Una verdadera carnicería! Aun sin que él disparara le disparaban a él, y ¡de qué manera! Ercole no era tan idiota como para sentarse y esperar a que le matasen. ¡Vio a los heridos! ¡Sí! ¡Y muchos muertos! Los vio con sus propios ojos.

De recordar tales horrores Ercole se sintió débil, guardó silencio, se bebió dos vasos de vino y solo entonces pudo continuar con su trágica epopeya. Decidió huir, es decir, no huir en absoluto, sino simplemente irse a casa, a la via Pascudini. Pero le detuvieron como si hubiera matado a alguien. Le tuvieron tres meses en la cárcel, y de nuevo le enviaron a aquel maldito lugar. Ercole comprendió entonces que había que utilizar la astucia. Pero ¿cómo? Intentó pedir consejo a sus compañeros. ¡Imbéciles! ¡Asnos! Le propusieron el diablo sabe qué, como por ejemplo pegarse un tiro en su propio brazo. ¿Oyen ustedes? No en el brazo de un austríaco, ni en el de un general, sino ¡en el suyo propio! ¡Como si tuviera cien brazos! ¡Majaderos! Pero no,

ideó algo mejor. Estaba en la ladera de una pequeña colina, y cuando empezaron a sonar los disparos bajó corriendo hasta abajo, se tumbó y empezó a gritar con toda su alma: «¡Me muero! ¡Me muero! ¡Un sacerdote!». Le levantaron y le llevaron a la enfermería. El doctor dijo: «¿Qué le ocurre?». «Me rozó una bala y me caí rodando por un precipicio», contestó Ercole. «¿Qué clase de bala? ¡Aquí no hay ninguna huella!». «¡Cómo!, ¿le gustaría a usted que hubiese huellas, que hubiese muerto? Le digo que era una bala, me rozó, me tiró hasta abajo y siguió volando más lejos. Me tuvieron que levantar. No puedo caminar, cojeo». Incluso probé a cojear con las dos piernas, pero no me salió bien. El doctor, aunque era muy cruel y hubiese deseado mi muerte, no puso dificultades y declaró que tenía una conmoción. ¡Palabra de honor! Me dieron un permiso de tres meses. Bueno, no soy tan tonto como para meterme por segunda vez en esa ratonera.

Vine a Roma, y ¡qué pasó! En primer lugar, por todas partes los muy criminales me pedían la documentación; en segundo lugar, no había ni un solo asno inglés y hubiera podido, sin exagerar, morir de hambre. Había que instalarse. Hubiera podido, por supuesto, hacerme redactor de un periódico. Eso me lo dijo un señor muy respetable cuando me oyó contar en una hostería que había sido héroe, y que todos debían ir voluntarios al frente. Pero Ercole no es un traidor, ni un bastardo austríaco. No, no, ¡porque Ercole es un honrado patriota! ¡Evviva Italia! Además, un redactor debe saber escribir, y en general debe conocer todo tipo de trucos. Verdaderamente no me convenía.

Cerca de Roma se encontró con un fraile que se había enamorado de una *signorina* terriblemente rica, y había decidido huir con ella. Dicho y hecho. El fraile pasó a ser el soldado Bambucci, con permiso legal y Ercole fray Giuseppe, un fraile misionero de la Orden de Santo Domingo. ¡Espléndido, pero incluso con sotana era necesario comer! Intentó recolectar fondos para el embellecimiento de los templos en Tierra Santa. ¡Ateos, avaros, que los demonios los asen en manteca podrida! ¡Después de todo un día no había podido reunir ni para un litro de vino! ¡Y esos precios...!

Entonces se quitó el escapulario y se lo vendió a un soldadito por dos liras, como protector contra las balas. Con una lira compró otros tres escapularios y el negocio comenzó a ir bien. Se colocaba junto a la estación y gritaba: «¡Atención, queridos defensores de la patria! ¿Sabéis lo que es una bala? Zumba, silba, resuena. Luego penetra en el cuerpo, desgarrar las entrañas, ¡perfora el corazón, el hígado y el ombligo! Pero hay un medio seguro, ¡una medalla con la imagen de santa Catalina de Siena! ¡Ponéosla junto al pecho y ninguna bala os podrá hacer daño! Después de chocar con la medalla saldrá disparada hacia atrás, ¡en dirección al maldito austríaco! He aquí una medalla con la huella de una bala que no hirió al que la llevaba. En mi celda tengo trescientas cartas de agradecimiento. ¡Daos prisa! Estas son las últimas medallas bendecidas por el propio obispo. Las más corrientes no cuestan ni siquiera un *soldi*. ¡Deprisa! ¡Una lira!», y todos se las compraban.

Ercole atrajo la benévola atención del abate de San Giovanni, que en cierta ocasión pasaba junto a la estación. Este le envió al obispo, y este a su vez al cardenal. Fue apreciado su talento, y le confiaron la dirección de aquel quiosco en el Vaticano. Y eso es todo. Ah, sí, había olvidado lo más importante, la tonsura. Esto fue muy duro. Le daba mucho miedo ir a la barbería. Se compró por diez soldi en un bazar una navaja vieja, y él mismo se tuvo que afeitar la coronilla. ¡Una tarea repugnante! En general no estaba contento. En cuanto llegaba alguien a la tienda, debía pasar las cuentas del rosario y murmurar en voz baja como si rezara. No se podía tumbar y solo podía escupir en ocasiones excepcionales. Aquello no era sino una inmundicia de ermitaño. ¡Al diablo con todo ello! «Dígame, *signore* Jurenito, ¿y no piensa ahora organizar alguna pequeña revolución? ¡Eso es mucho más divertido que combatir, o que pasar las cuentas de un abominable rosario!».

«Al contrario —le contestó el Maestro—, estamos en una predisposición totalmente pacífica, incluso hemos viajado hasta aquí para lograr la paz».

«Bueno, eso da igual —empezó a gritar Ercole—. Si no hay revolución al menos habrá paz, y ¡otra vez la via Pascudini! ¡Yo estoy con ustedes!».

Se quitó la sotana, y nos quedamos profundamente sorprendidos al comprobar con nuestros propios ojos hasta qué punto tenía fuerza la tradición de este pueblo. Ercole, en efecto, conservaba las estratificaciones de sus distintas épocas, es decir, los harapos iniciales que sustituían en sus días felices a la camisa, los calzones de rayas que le regaló el Maestro y la guerrera del uniforme militar. Así, tras proporcionar unos minutos de diversión a los centinelas, que estaban medio dormidos de aburrimiento, y a los que habían dejado ya de hacer reír sus propios uniformes, salimos por las seculares puertas del Vaticano sin haber obtenido la paz, pero acompañados de nuevo por Ercole, cubierto con su ecléctica vestimenta, y por Aisha, que arrastraba la magnífica ametralladora.

Y aquella misma noche salíamos hacia París.

## Las 1.713 normas para matar humanamente. Nos vamos a pique. La singular orientación del hotel Patria

**E**l viaje a Roma y la patética descripción de la guerra que hizo Ercole nos fortaleció aún más en nuestros propósitos pacifistas. El ansia de paz se manifestaba de un modo especialmente agudo en Alexei Spiridonovich. Después de haber leído por décima vez *Crimen y castigo*, y recordando a su negrito, decidió firmemente sufrir para expiar su culpa. El ejemplo de Raskolnikov le indicaba el camino. Una mañana, al pasar por la plaza de la Ópera, Alexei Spiridonovich se tiró en la acera, junto a la entrada del metro, y se puso a gritar: «¡Prendedme! ¡Juzgadme! ¡He matado a un hombre!». Enseguida se acercó corriendo un policía y le preguntó dónde se había cometido el crimen. Cuando Alexei Spiridonovich le explicó que había matado a un negro durante una revuelta, el policía, en vez de esposarle, se puso de pronto muy amable, le ayudó a levantarse y le dio unos golpecitos amistosos en el hombro, diciéndole: «Es usted un buen muchacho, pero ¡no conviene beber mucho desde por la mañana!». Así de mal acabó el intento de nuestro amigo de seguir los pasos de los héroes de la literatura rusa.

Como ya no podíamos depositar nuestras esperanzas en la Iglesia, decidimos dirigirnos a La Haya, al comité de la «Asociación Internacional de Amigos y Entusiastas de la Paz».

Al llegar a un país neutral, enseguida percibimos un cambio brusco. Todos, incluyendo los desertores de diferentes razas, hablaban de la paz con gran ternura. Todos estaban orgullosos de no participar en la salvaje matanza, pero, dicho sea de paso, les daba un miedo espantoso que la guerra pudiera acabar pronto, ya que abastecían de diversos artículos, con frecuencia muy poco pacifistas, a los feroces combatientes. A pesar de nuestros escasos conocimientos de la lengua holandesa les entendíamos con facilidad, ya que un espíritu pacífico semejante animaba a míster Cool antes de nuestro viaje a Senegal.

Una vez que nos hubimos familiarizado un poco con la psicología de los neutrales, nos dirigimos al «Palacio de la Paz». Para nuestro gran asombro, encontramos allí ciertas personas muy inteligentes, que examinaban bayonetas de diversos modelos. Yo me asusté tanto que pensé que, en vez de encontrarnos en el «Palacio de la Paz», a causa del desconocimiento de la lengua habíamos ido a caer en el Ministerio de la Guerra. Pero unos brillantísimos señores, que hablaban correctamente muchas lenguas, nos tranquilizaron explicándonos que examinaban las bayonetas de todos los ejércitos, para ver si contravenían los estatutos elaborados, si

no me equivoco, en el año 1886. Después nos enteramos de algo interesante: la guerra no era, en absoluto, aquella salvaje matanza que nos parecía a nosotros, sino que, de una forma muy clara, en 1.713 párrafos estaban recogidas todas las normas acerca de los métodos humanitarios para matar a las personas.

«¡Deténganme, he matado a un hombre!» —rugía Alexei Spiridonovich—. «¿Con qué?» —le preguntaron—. «¡Cómo que con qué! ¡Disparé y maté!». «¿Y cómo era la bala?». «De las corrientes». «Si la bala no era Dum-Dum, entonces puede usted estar tranquilo, ya que no ha violado las reglas humanitarias».

Pensamos que estos eran simples miembros de la asociación, y pasamos a la sala de juntas del Comité. En cómodos sillones se hallaban sentados seis viejecitos chupando sendos puros. «Todos nosotros amamos mucho, mucho, la paz —nos dijo el más viejo—, pero ¡qué podemos hacer!, somos seis en el Comité y uno más en la Asociación... Todos nosotros somos ciudadanos de países neutrales, y además no estamos en edad de reclutamiento. Pero los otros, no sé por qué, aman mucho, muchísimo la guerra. Una mala paz es mejor que una buena guerra, pero una buena guerra es mejor a su vez que una mala guerra. Por eso nosotros, desde aquí, vigilamos para que todos se maten unos a otros honrada y amistosamente».

Le pedimos al viejecito que nos aconsejara sobre qué podíamos hacer para conseguir la paz de Europa. «Pueden ustedes hacerse miembros activos de la Asociación de Amigos y Entusiastas de la Paz: así seremos diecinueve los miembros. Les daremos una interesante e importante tarea. Como ustedes saben, ahora en la guerra se utilizan gases que no están estipulados en ninguno de los 1.713 párrafos. Negarlos sin más significaría dar pruebas de dogmatismo y reaccionarismo. Ustedes podrían estudiarlos y clasificarlos y así, en las próximas conferencias, después de que acabe la guerra, se podrá presentar un decreto que limite el empleo de los gases más desagradables para asfixiar a las personas». Nosotros prometimos inscribirnos como miembros de la asociación, pero rehusamos la investigación acerca de los gases, pues estábamos ansiosos por conseguir, de una manera más activa, la instauración de la paz. «Miren ustedes —dijo otro viejecito—, yo podría ofrecerles otra tarea, pero ¿serían tan amables de decirme antes qué tipo de paz desean exactamente?». «¿Cómo que qué tipo?». «Discúlpeme, pero yo no sé lo que es la paz a secas. Nosotros tenemos un periódico que predica la paz inglesa y otro que defiende la paz alemana. Ustedes pueden elegir cualquiera de ellas, ya que ambas pagan bien y en moneda neutral». De nuevo no hubo trato. Nos dispusimos a despedirnos. Todos los viejecitos, excepto el Presidente, que velaba, se durmieron de inmediato, y murmuraban entre sueños: «¡Abajo la guerra! Ya lo dijo Berta Zutner... Bueno, ¿cómo es posible? ¡Buenas noches...!».

Junto a las puertas del Palacio, al ver nuestros rostros desencantados, se nos acercó un escandinavo muy simpático que nos dijo: «¡No se desanimen! Inténtenlo. ¡Ustedes son jóvenes! Escriban novelas contra la guerra, y tal vez reciban, en el año 1936, el premio Nobel, o dedíquense mientras tanto a la venta de queso de

contrabando para Alemania». En medio de la brutalidad general, estos corazones neutrales conservaban una auténtica filantropía... Nos fuimos de Holanda con una botellita de excelente aguardiente de aguacate y con muy tiernas impresiones, pero sin haber obtenido la paz ni por asomo. Nuestra tristeza era tan aguda que, según parece, el destino tuvo la filantrópica intención de interrumpirla. En la travesía de Flessingue a Hull, nuestro pequeño vapor *Aníbal* fue hundido por un submarino, y estuvimos dando tumbos por alta mar durante veinticuatro horas en una pequeña chalupa. En angustiosas horas todos estábamos convencidos de que íbamos a morir, y cada uno expresó esto a su manera. Solo el Maestro estaba tranquilo, y se diría que hasta se encontraba como todos los días. Estaba solo preocupado por nosotros, bromeaba con Aisha, y nos contaba cómo a un niño se le ocurrió atravesar el océano Atlántico en un tonel de cerveza, pero ¡ay!, las olas lo arrojaron a la orilla varios minutos después. Yo le pregunté si era posible que no percibiera en absoluto la proximidad de la muerte. El Maestro se encogió de hombros: «¡La costumbre! Yo tampoco me siento muy seguro en tierra. Mi *Aníbal* hace mucho que se fue a pique...». Míster Cool sacó su pluma Waterman, arrancó una hojita de chequera y escribió su testamento. Dejaba todo su capital a una Comunidad de misioneros. Después, acordándose del Papa, añadió: «Dar un dólar a todos los huérfanos de los soldados muertos por flechas fabricadas por la firma Cool and Co.». Cuando acabó de escribir, colocó la esquela en la botella de aguardiente, que casualmente sobrevivía intacta en el bolsillo de Aisha (el licor ya nos lo habíamos bebido), y la arrojó al agua. Después, sereno y fiel a la tradición establecida entre los multimillonarios americanos, y desentonando terriblemente, se puso a cantar el salmo «Cerca de ti, Señor...». Aisha al principio se asustó mucho y lloró, pero el Maestro le tranquilizó y hasta le hizo reír; jugueteando, se quedó dormido sin darse cuenta, con la cabeza apoyada sobre las rodillas de Jurenito.

Es fácil imaginar lo que hizo Alexei Spiridonovich. Nos contó de nuevo su vida, exigiendo que todos le escucharan con especial atención, ya que era su última confesión. Después de narrar los pasajes más interesantes, e incluso de repetirlos dos veces, dio la bienvenida a la muerte: «¡Oh, hija ligerísima del Éter!». Después, lloriqueando, se puso a mirar fijamente al desierto mar para ver si aparecía por algún lado un barquito salvador.

Ercole insultaba al Maestro, a todos nosotros, a la Madonna, a los alemanes, a los ingleses, a la guerra, al mundo, a la paz y al mismo mar, con todos los tacos que sabía. ¡Maldición! Él, que podía estar en ese momento salmodiando su *Ave María* o bebiendo *Lágrima Christi*, y, en lugar de esto, ¡le esperaba la muerte! ¡Más le valdría haberse caído por aquella escarpada colina! ¡Traidores! ¡Canallas...!

El rítmico oleaje me daba sueño, y empecé a dar cabezadas. Tuve visiones. Tenía ocho años, molía a palos al gato de mis hermanas, con su cola enroscada alrededor de mi brazo. Con mucho esfuerzo lograban calmarse y me encerraban en el cobertizo. Allí había carbón. Yo me desnudaba y me revolcaba en el polvo negro; cuando por

fin abrían la puerta, salía a toda prisa, asustando a la niñera Vera Platonovka, que, poniéndose en cuclillas, se santiguaba aterrorizada, y entraba corriendo en el comedor tirando al suelo una lámpara encendida. Probablemente apagarían el fuego. ¡Qué pena! Luego tenía quince años y era un revolucionario. Un mitin en la fábrica de pinturas Farbe, en Zamoskvoriechie. Acudía la policía. Yo huyo corriendo, escalo la valla de pinchos y, ¡paf!, ¡me caigo en un tonel con restos de pintura! Los guardias municipales no me agarran, sino que, como Vera Platonovka, se apartan... «¡Caracoles, el diablo, es el diablo...!».

Pasan cinco años. Me hago beato. El escritor Jammes me introduce al conocimiento de los monjes. Lourdes, Claudel, etc. El padre Inocencio. Mañana me bautizan; luego profeso. Había elegido el nombre de «Hermano Hipólito». ¡No estaba mal! Recibo las últimas recomendaciones. Sin embargo, dentro de mí, no en el cerebro, sino en alguna parte del estómago, parecía haberse roto un muelle. ¡El Santo Padre! ¡Ji, ji! Permítame que le interprete a la guitarra: «Flores, florecitas mías...». ¡Qué asco me dan esos santurrones! ¿Y qué hay respecto a la hija, es decir, *filia Virginia*, que siembra puerros, apios y otras sabias hortalizas en el huerto? No estaría nada mal, ¿eh, Santo Padre? Luego caigo sobre el suelo y me arrastro: ¡Señor, Señor, ten piedad de mí! Anda, ¡pínchame con una lezna, pellízcame, retuerce mi carne para que reviente esa bestia inmunda! Pero el Padre, como la niñera, se arremanga, asustado, la sotana y masculla en un rincón: «¡Vete! ¡Ay! ¡Ay! ¡Salvadme!».

Me veo en el tren camino de París. Tercera clase. Todo lleno. Marineros. Creo que ya voy por el sexto litro. ¡Los muy canallas se balancean! ¡Estaos quietos!

Remotas escenas desfilaron ante mis ojos. Yo buscaba su sentido, algún punto de apoyo, pero no lo encontraba. Luego las imágenes desaparecieron y pasaron por mi mente solo verbos: ¡mamaba, piaba, golpeaba, estudiaba, rezaba, besaba, callejeaba, bebía, gimoteaba, escribía, masticaba! Ellos hacían que me balanceara aún con más fuerza. De pronto comprendí que el sentido se encontraba en ese balanceo, en ese inútil movimiento, giro, cambio. Me puse en pie, chillé: «¡Bendigo la vida!», y empecé a vomitar acto seguido.

Por la noche, una goleta inglesa de pescadores nos recogió, y dos días después comíamos en un restaurante parisino. Después de descansar de todo lo sufrido, nos agarramos de nuevo a las distintas declinaciones de la palabra paz, y tras los famosos abates y pacifistas decidimos recurrir a la ayuda de ciertas personas oscuras y sospechosas, es decir, de los socialistas, para lo cual nos dirigimos a Ginebra.

Yo había visto en mi vida muchos tipos diferentes de alojamientos y de caprichos arquitectónicos: los rascacielos, los sótanos de Reims durante la época de la guerra, las barcas-salones de los daneses, los urinarios parisinos, el proyecto del monumento de Tatlin a la III Internacional; pero todo esto palidecía ante el original e ingeniosísimo Hotel Patria, especialmente acondicionado para las delegaciones socialistas. Nos dirigimos allí con gran inquietud. Míster Cool, promotor de nuestro viaje, no podía ocultar su miedo. Se vistió lo más sencillamente que pudo, pero bajo

su flamante blusa de trabajador llevaba un chaleco de metal antibalas. «Al fin y al cabo son unos bandidos», dijo para justificarse. Además de esto, Aisha, por orden suya, debía llevar una enorme bandera roja. Así entramos en el espacioso patio del Patria (había dos entradas principales, pero no pudimos pasar por ellas, pues nos exigían cartas de recomendación de algún ministro). Míster Cool de puso entonces a cantar *La Internacional*. Pero su voz se perdía entre las decenas de voces que entonaban a su derecha el *Deutschland über alles*, y las que respondían a su izquierda con el *Rule Britannia*.

La estructura del hotel era sorprendente. A ambos lados se elevaban dos grandes pabellones; uno de ellos estaba adornado con banderas de los estados aliados, y el otro con banderas germanas. Entre ellos había fosos, terraplenes y alambradas, más complicadas que las que yo había visto antes en el frente. En el centro se elevaba un pabellón abierto, donde estaba sentado un viejo social-demócrata de un país neutral, rodeado de protestas y mociones. Al ver nuestra desvalida situación, nos pidió amistosamente que nos acercásemos. «Dígame, ¿hay aquí muchos de estos bandidos, disculpe, quiero decir revolucionarios?», preguntó míster Cool. «Actualmente, en el Patria hay cuatro ministros, once subsecretarios y nueve encargados de los departamentos de propaganda gubernamental...». Míster Cool le interrumpió, y aterrizado le empezó a gritar a Aisha: «¡Rompe la bandera, deprisa!». Después, el viejecito nos explicó la ingeniosa organización del hotel. En los dos pabellones laterales se alojaban los representantes de las dos coaliciones. Para no comprometerse, no solo no se encontraban, sino que tampoco se carteaban entre sí, ya que todos ellos eran buenos y honrados patriotas. Pero al ser socialistas y miembros de la Internacional, aspiraban a garantizar, una vez terminada la guerra, la restauración de las mutuas relaciones amistosas, para lo cual, en las ventanas de los pabellones, se exhibían pancartas con mociones, protestas y refutaciones mutuas. Nadie podía protestar contra esto, pues cada uno era libre de hacer lo que quisiera en su habitación. En el pabellón del centro se alojaban los representantes de los países neutrales, los cuales conferenciaban con las partes beligerantes, instalados en sus ventanas. Todo esto era un poco complicado, pero francamente genial. Decidimos ponernos manos a la obra, y míster Cool empezó a gritar: «Bandidos, es decir, ministros, o sea, camaradas, ¿sois enemigos de la guerra?». Inmediatamente aparecieron dos pancartas. Una decía: «¡Sí, y luchamos contra el imperialismo de los aliados y sus cómplices, los falsos socialistas, que empezaron esta guerra criminal!». Y la segunda: «¡Por supuesto! ¡Abajo el imperialismo alemán y sus servidores, los seudosocialistas, culpables de esta infame carnicería!». Estas respuestas tan similares despertaron mis sospechas de que los contrincantes se comunicaban entre sí mediante pasos subterráneos. Pero el social-demócrata neutral me tranquilizó, explicándome la afinidad de los enemigos por su parentesco espiritual y su vieja solidaridad entre compañeros.

Entonces, Alexei Spiridonovich preguntó: «¿Se preparan ustedes para protestar

contra la guerra?». Las pancartas contestaron que iban a pedir información, a propósito de esto, a sus correspondientes gobiernos. Una hora después leíamos: «¡Deshonra para los promotores del incendio en la catedral de Reims! ¡Protestamos ante el mundo civilizado contra los métodos alemanes en la dirección de la guerra!». O bien «¡Las atrocidades cometidas por negros y cosacos claman al cielo! ¡Abajo los profanadores de la cultura, los malditos aliados!».

«¿Qué podemos hacer para conseguir la paz?», preguntamos nosotros. «¡Instauren una república en Rusia, en Italia y en Irlanda!», contestaron los alemanes. «Instauren una república en Alemania, en Austria y en Turquía. Demuestren a los trabajadores neutrales la necesidad de unirse a nosotros», aconsejaron los aliados.

Ercole empezó a chillar: «¡Estafadores! ¡Nosotros queremos la paz!», y arrojó un petardo para causar impresión. Se oyeron múltiples exclamaciones de terror: «Es una bomba», y al instante aparecieron dos pancartas conmovedoramente idénticas: «¡No olviden que somos socialistas! Alquilen un salón privado en un buen hotel, donde todos podamos reunirnos después de la guerra. Adornen las paredes con algún símbolo rojo. Por favor, ¡no nos arrojen bombas! Viva la Inter... ¿Han comprendido?». Poco después llegaban unos policías y nos rogaban no molestar a los honrados revolucionarios.

Después de abandonar en el patio los trozos de la bandera, y sin haber hallado la paz, nos dirigimos apresuradamente a una cervecería. «Unas personas extraordinariamente agradables estos socialistas. Y además muy educados», exclamó míster Cool, y se quitó la coraza que le impedía repantingarse como es debido en el sillón. «Así pues, una vez reconocida por todos la incurabilidad de la enfermedad, y que unas gotas de valeriana ya no seducen a nadie, podemos regresar a casa y ocuparnos de nuestra respetable y honrada economía doméstica», concluyó el Maestro.

## La condecoración de monsieur Delet. El Maestro habla de la guerra. Los alemanes nos hacen prisioneros

**E**n París nos aguardaban diversos contratiempos. En primer lugar, la dueña del hotel nos preguntó si no éramos alemanes. Dijo que estaba extraordinariamente interesado por nosotros cierto *monsieur*, que había tratado de averiguar con todo detalle dónde solíamos ir, qué comíamos para desayunar y cuáles eran nuestras ideas. Aunque nuestros viajes tenían un carácter totalmente pacífico, no nos gustaba mucho la curiosidad de un desconocido y más aún el saber que era «muy respetable» y con una cintita en el ojal. Pero nuestro sufrimiento no duró mucho, pues a la mañana siguiente fuimos amablemente invitados a presentarnos en cierto lugar. Allí, un amable funcionario nos presentó una denuncia de carácter muy poético: «Informe acerca de las recientes actividades de cinco espías alemanes, según notificación de un empleado titular de la “Liga voluntaria para la investigación de comportamientos sospechosos”». Todo estaba anotado y presentado de una manera bastante pintoresca. Los espías mencionados se dedicaban a la venta de ametralladoras a Alemania, a través de Holanda, y se habían puesto en contacto con el Papa para proponerle la firma de una paz separada. Luego hicieron naufragar el barco en el que ellos mismos viajaban, pero por supuesto resultaron ilesos. Después de ganarse la confianza de los socialistas germanos, lacayos de Guillermo, les arrojaron una bomba a los socialistas franceses, asustando mucho a uno de ellos, que era subsecretario para los Suministros de Guerra. Una vez enumerados los puntos más importantes de la acusación, el funcionario declaró amablemente que un comportamiento como este acababa con toda seguridad en fusilamiento. Después pasó lo de siempre. Ercole aulló, míster Cool cantó salmos, etc. “Aquí llega el Presidente de la Liga, dijo el funcionario, él aportará los últimos datos sobre su comportamiento y después habrá un juicio y algún formalismo más, ¡pero les aseguro que todo habrá terminado en veinticuatro horas!”. Y así, durante las veinticuatro horas siguientes, aullaba Ercole y cantaba míster Cool. Allí estaba él, el terrible Azrael, el inescrutable mensajero de la muerte. ¿Por qué estaría tan despreocupado el Maestro, por qué se sonreía y meneaba la cabeza y en lugar de “Ave César” gritaba “*Bonjour monsieur*”? Yo no entendía nada. Me daba miedo mirar hacia atrás. Pero miré y entonces..., “Monsieur Delet, querido amigo. ¿Está usted vivo?, ¿y Zizi?, ¿y las zanahorias? ¡Estaba predestinado que le íbamos a ver antes de morir!...”. “Tonterías!, ¡tonterías! ¿No está con ustedes ese miserable *boche*? Bueno, por supuesto. Mis colaboradores trataron de esmerarse, pero no se preocupen. Señor gerente, se trata de un error. Le presento a mis socios. Sí, sí, ¡yo

respondo de ellos! Están ustedes libres, amigos míos. Y ahora al *Chatelet*, que, ¡ya es hora del aperitivo!...”. Así fracasó la nueva intentona del destino de sustituir la paz que nosotros anhelábamos por la paz definitiva de nuestras almas.

Quien haya conocido la alegría del reencuentro después de una larga separación, el atractivo de reanudar las antiguas costumbres, el placer de los pequeños recuerdos y el encanto de la olvidada intimidad, solo ese podrá captar, aunque no sea más que aproximadamente, cómo nos sentíamos sentándonos de nuevo frente a unos vasitos de jerez. El querido monsieur Delet seguía siendo el mismo, con sus píldoras en el bolsillo, su clarísima mirada y su magnífica agilidad mental. La verdad es que en lugar de Zizi, que le había engañado con cuatro árabes (bueno, ¡si al menos hubiese sido solo con uno!), en la pequeña casita vivía ahora Lucie. La verdad era que en el jardín ya no crecían guisantes de olor, sino que en defensa de la patria los habían sustituido por unos simples guisantes. Pero todo esto eran tan solo detalles sin importancia. En las rosadas mejillas de monsieur Delet, ahora, por momentos, brillaban reflejos de universales incendios, y su impulso obsequioso, exuberante, que hacía saltar el corcho de la botella, lo había dirigido hacia la sagrada causa de la defensa de la patria y la civilización.

Qué hermosa era la «Liga». El día anterior habían observado que un tal Cru salía a pasear, ¿cuándo dirían ustedes?, desde las once de la noche hasta las dos de la madrugada. Comía al amanecer, no trabajaba en nada, llevaba barba y se había afeitado el bigote. ¿Qué pasó?, encontraron en su poder un diccionario alemán-francés, un botón de cobre del uniforme de un soldado y finalmente (¡qué desfachatez!), justamente encima de la mesa, un montón de fotografías de diversas fortificaciones. Y encima el muy granuja aseguraba que eran fotografías de los cuadros de un tal Picasso, otro espía, seguro... ¿No es evidente?...

Además de la «Liga» estaba el laboratorio bacteriológico. ¿Qué es un pasaporte?, ¡un papelucho! Monsieur Delet, en la calle, junto a la plaza de La Bastille, había escuchado una conversación en alemán; aunque le aseguraron que era jerga hebrea, él no era ningún imbécil. Entonces ¿por qué en el rótulo de la tienda estaba escrito el apellido Silvershtein? ¿Acaso no era alemán? Por supuesto que él era una persona sin prejuicios y no creía en las fábulas de los curas. Que no hubo ningún Cristo estaba más que demostrado, así que los judíos no pudieron de ningún modo crucificarlo. En cambio Francia existe y monsieur Delet es un hecho y, por tanto, les pueden crucificar. ¡Olvídense del pasaporte! Un pequeño pinchazo en el dedo meñique, una gota de sangre y ¡bajo el microscopio! Allí, rápidamente, se ve si es sangre honrada o si es sangre prusiana. Los científicos hallaron el método. Monsieur Delet los desenmascarará a todos. Hace unos días fue un general y ¿qué pasó? ¡El análisis dio 0,6 microbios germánicos! Estaría bien introducirse por la noche en el dormitorio del ministro Malvy y pincharle sin que se diera cuenta; ¡seguro que es alemán!...

La tercera ocupación de monsieur Delet la desarrollaba en la «Unión Nacional de lucha contra los que eluden sus obligaciones militares». ¿Certificados? ¡Tírenlos!

¿Una hernia? ¡Enseñemela! ¿En la guerra perdió un ojo? ¡Sáquese el artificial! Monsieur Delet no dejaba de vigilar a todas las mujeres sospechosas que llevaban el cabello corto o hablaban con voz de bajo. Las faldas tampoco eran una garantía. Había que elucidar su contenido...

En su tiempo libre, monsieur Delet no descansaba. No, continuaba trabajando, escribía artículos: «¡Abajo los bulistas! Hemos tomado la casita del barquero de Isere. ¡Los portugueses están con nosotros! Siria tampoco huele mal». Escribía en diez periódicos diferentes: *La mañana de Pontoise*, *El tambor de Clermont-Ferrand*, *El renacimiento de Bayona*, y otros. Él confiaba en nosotros. ¿Queríamos la paz?, ¡pues habría paz! Dentro de un año, de un mes, y es posible incluso que de una semana, lo único que hacía falta era acabar con estos criminales y burlarse de Berlín. Teníamos que ayudarlo. Y para ello lo mejor era hacerse periodista. ¡Sagrado oficio! ¡La pluma es un arma! Cuando vencamos, todo volverá a su orden: el jardincito, Lucie, ¡oh, qué hermoso es el cielo francés! ¡Otro vasito y a trabajar!

La proposición de monsieur Delet nos pareció atractiva. El negocio de míster Cool, como ya dije antes, se encontraba en una situación deplorable. El Maestro creía en la gran organización y, por tanto, en el poder demoleedor de los órganos de prensa. A Alexei Spiridonovich hacía mucho tiempo que no le bastaba con nosotros y los ocasionales encuentros en los vagones, y estaba ansioso por desahogarse con algo más. Yo también, acostumbrado a mi profesión, prefería rellenar líneas a conducir vagonetas o a arrancar los famosos tiquecitos. En una palabra, que nos pusimos de acuerdo inmediatamente. Entre el Maestro y míster Cool se repartieron América. El primero se ocuparía de los periódicos de las veintidós repúblicas del Sur y de América Central y el segundo de la asociación de prensa de los Estados Unidos, que englobaba ochocientos diecinueve periódicos distintos. Aisha quedaría libre de obligaciones, teniendo en cuenta la ausencia de prensa en Senegal. En cuanto a Ercole, la cuestión se hacía ya más complicada. Por desgracia era analfabeto. Pero a todos nosotros nos parecía que poseía un excelente estilo periodístico, debido a su falta de medida y a su enorme énfasis. Se decidió que se enviarían despachos telegráficos al *Giornale d'Arezzo*, escritos por Jurenito y dictados por Ercole. Alexei Spiridonovich se negó a lo de los telegramas, ya que despreciaba la brevedad. ¿Acaso era posible expresar en un millar de palabras todo el tormento, el placer del sacrificio, el horror del pecado y la fe en el advenimiento del Espíritu Santo? Él prefería escribir una larguísima carta «desde el último confín» a un periódico que, aunque algo arcaico, conservaba su pureza, es decir, al *Russkie Vedomosti*. Yo mismo, como tal vez sepan algunos lectores, me convertí en esmerado corresponsal del no demasiado exigente *Boletín de la Bolsa*.

Todos nosotros, incluyendo a monsieur Delet, y con su ayuda, salimos para el frente. Al principio decidimos escribir solo lo que veíamos:

Llueve. Un soldado hace la guardia, está calado, nos insulta: «¿Qué hacéis vosotros aquí, nietos de sapo, pendoneando como inútiles?». Se oye cómo disparan. Otros dos soldados juegan a las cartas. En la estación,

una mujer nos sirve, por diez francos, cinco huevos podridos, y nos pregunta si pronto vendrá la paz. Estamos animados. El presidente de treinta y tres asociaciones patrióticas, monsieur Delet, durante una entrevista concedida amablemente después del aperitivo, nos confía que «Alemania será finalmente vencida».

En respuesta, recibimos de las redacciones numerosos telegramas diciendo que no estaban dispuestos a emplear su dinero en semejantes tonterías, y proponiéndonos describir diariamente los duelos entre los hidroplanos y los tanques, las sangrientas luchas bajo la tierra, realizar interviús con los comandantes en jefe, y además, tres veces por semana, hacer vuelos a Egipto y dirigirse en submarino a los Dardanelos. Claro está que decidimos realizar todo lo arriba enumerado. La permanencia en el frente ya era inútil, y hasta bastante perjudicial; la inocencia y pureza de nuestra fantasía quedaba mancillada por la diaria realidad. No obstante, el Maestro insistía en que continuáramos nuestro viaje hasta las posiciones de vanguardia. Para diagnosticar la enfermedad, quería someter una vez más a un análisis la sangre, todo el pus y la orina de la humanidad combatiente.

Después de salvar decenas de Estados Mayores diferentes llegamos hasta los alrededores de Verdún. Allí se desarrollaba una escena bastante curiosa, que por no ser apropiada para ninguna de las redacciones indicadas no resultó difundida. Junto al fuerte de Marre, en un puesto de observación, vimos a tres soldados. Iban vestidos de manera muy estrambótica: encima del casco llevaban unas cofias de punto, sobre los hombros una manta acolchada, las piernas sumergidas en bolsas impermeables que no dejaban pasar el agua; además, las cofias, las mantas y las bolsas estaban cubiertas a su vez por una corteza escamosa de arcilla rojiza, parecida a la piel del elefante: para llegar hasta donde ellos se encontraban había que arrastrarse sobre el vientre a lo largo de una trinchera destruida por las bombas, hundiéndose en la tierra húmeda por los orines y excrementos, y pasando por encima de montones de cadáveres. Monsieur Delet, después de secarse la cara y las manos con un pañuelo, se dirigió a los soldados con el siguiente saludo: «¡Queridos Sorchis!, Europa, América, el País del Sol Naciente y ambos Polos tienen ahora su mirada puesta sobre vosotros, ¡en los héroes sin reservas que defienden su libertad y sus derechos! Hoy, mientras me arrastraba por estos históricos lugares, también he participado de vuestros sufrimientos, y ahora puedo como un igual, aunque lleve sombrero hongo, saludaros. Aquí estamos, es decir, estáis aquí, mientras nosotros permanecemos tras las mesas de los despachos de los ministerios, y las barras de los bares, hasta el momento en que el caníbal se derrumbe exterminado. Permitidme que os ofrezca un humilde presente, mi artículo patriótico del último número de *Gasconne Victorieuse*, donde hablo del valor y del valor, y del valor (esto son palabras de mi anterior amante, quiero decir, ya dijo esto antes, aunque por otros motivos, aquel viejo Dantón), asegurándoos además que nos mantendremos siempre firmes ¡hasta la gloriosa victoria!».

Palabra de honor que este discurso no era, ni por asomo, peor que muchos otros que nos veíamos obligados a escuchar en los banquetes de los periódicos. Incluso se

distinguía ventajosamente por su precisión y convicción, por lo que solo se puede atribuir a la casualidad lo que sucedió después. Un soldado, el más mayor y reposado, que juraba en voz baja, dijo lo siguiente: «Mejor sería que nos dijera lo que se oye sobre la paz, señor patriota». Monsieur Delet, ofendido, guardó silencio. Sin embargo, Alexei Spiridonovich se puso muy contento: «Hermano mío, ¡usted también está por la paz, por el amor! ¡El asesinato es un pecado, y ese fusil mancha sus manos...!».

«Ni por asomo —protestó el soldado—, el fusil es un buen juguete (e incluso acarició dulcemente su culata), lo único que hace falta es saber utilizarlo. Lo mejor sería pegarles un tiro a todos, generales, diputados, militares, paisanos, curas, socialistas, damas y en general a toda esa panda de...».

«Pero ¿quién quedaría entonces?», preguntó el práctico míster Cool. A lo cual el soldado, ya de una manera totalmente absurda, dijo algo que no se entendió bien y lanzó un escupitajo. Otro soldado considerablemente más enérgico y de aspecto meridional, consideró más adecuado contestar a monsieur Delet con un auténtico discurso. Citando su transcripción de forma exacta les ruego nos disculpen, tanto a él como a mí, por sus maneras un poco exageradas.

«Querido escritorzuelo, gracias por el papel, a los defensores de la causa les hace mucha falta. Aparte de eso, puedes recoger tu Sol Naciente y a esos cinco pillos y largarte inmediatamente por donde viniste. Y sería buena cosa que te pringaras un poco tu innoble jeta con mis propias creaciones, porque yo también obro unas dos veces al día, como tu en la redacción de tu periódico. ¡Así te pases la vida despatarrado entre mierda de camello! ¡Por cien mil calabazas! ¡Ombligo de papisa! ¡Siéntate sobre los tiernos calzones de tu tiíta, bebe tila, estornuda y tírale del rabo al gato!».

No había tenido tiempo aún monsieur Delet de reponerse de tan extraña invitación cuando un tercer soldado, jovencito y sin bigote, al grito de «toma y daca», sacó de un charco una rata muerta, y metió su rabo en el ojal de nuestro amigo, donde solía llevar algo muy diferente. Y aunque nosotros no habíamos pronunciado ningún discurso y no obtuvimos, por tanto, ningún regalo, rápidamente nos alejamos arrastrándonos por el suelo.

Cuando llegamos a un lugar donde nos sentimos protegidos, nos pusimos a discutir sobre el contratiempo acaecido a monsieur Delet. A Ercole le había gustado mucho, y haciendo referencia a tan original condecoración exclamó con gran énfasis: «¡Ese gesto es digno de un romano!». Alexei Spiridonovich, por su parte, pretendía «comprender el alma» del soldado:

«Ellos son rudos, están enfurecidos, pero sé que se sacrifican por la paz, como yo lo hago. Amigos, ¡nos hemos encontrado inesperadamente con tres discípulos de nuestro gran Tolstói!».

«Tu ingenuidad —le contestó el Maestro— ha tomado la configuración de una sagrada historieta. Si en Rusia hay muchos como tú, me asombra que no la hayan

destruido ya hasta la última piedra todos aquellos que no ansían a cada paso comprender las almas de los demás, y no reparan en engañar a quien aspira a ser engañado por sus pecados. Esos soldados no eran pacifistas. La orden que le han concedió a monsieur Delet se la hubieran otorgado con mucho gusto al Papa de Roma, a los humanistas de La Haya y a Romain Rolland. Dos años atrás les gustaba mucho matar. Durante este tiempo no se les ha despertado la conciencia, sino que se les ha humedecido el trasero. Si les dais la posibilidad de matar a quien quieran, es seguro que no atacarán a los que tienen que matar ahora por fuerza. Es incluso posible que se tomen unas vacaciones junto a sus dulces esposas y a los tiernos corderitos que pastan en los prados: pero, pasado un tiempo, empezarán de nuevo a disparar. Las trincheras no son una escuela de filantropía, ni un criadero de Tolstóis. Coger un fusil es bastante fácil, el adiestramiento es sencillo, lo sabes tú mismo, pero soltarlo de nuevo ya no resulta tan fácil. Se podrá únicamente dejarlo en un rincón algún que otro ratito. Ha comenzado un siglo que habrá de ser terrible. En el año catorce, cuando estos gritaban “¡Viva la guerra!”, esta guerra que prospera día a día estaba en cierto modo libre de ellos, como un hecho histórico, un asunto de Estado. Ahora gritan de nuevo “Acabad con la guerra” —pero esta ya ha echado raíces en sus cuerpos. Se ha convertido así en su forma de vida, y es una profesión que en nada les disgusta. Ya que te has visto obligado a comprender las distintas interpretaciones de la expresión “Guerra Santa”, esfuérzate también por aprender ahora una nueva lección: la “paz” no significa sino el sueño de sobremesa de los antropófagos, la repartición del botín entre los desvalijadores sentados sobre la hierbita, el traslado del campo de batalla a zonas más atractivas; por ejemplo, de este desigual terreno a la Unter der Linden, o de los pantanos de Minsk a la Avenida Nevski. En una palabra, “¡todo lo que sea preciso, pero nunca la paz!”».

Así llegamos al lugar donde se habían desarrollado recientes combates entre los fuertes de Douaumont y de Vaux. Alrededor se extendía un auténtico desierto. No había quedado ni una piedra, no se había salvado ni una brizna de hierba. Todo había quedado transformado como en un líquido gris y viscoso, cubierto, como si fueran abscesos, por los hoyos abiertos por los proyectiles, que despedían una agüita amarillenta. Por otro lado, en algunos lugares, sobresalían las piernas humanas de los cadáveres que se habían hinchado y afloraban a la superficie.

«¡Recuerden —dijo el Maestro—, que la guerra nos ha proporcionado, no solo el negocio de míster Cool, sino también esta gran apoteosis!».

«Habrà paz —replicó míster Cool—, fundaremos una nueva sociedad anónima, y en un año o dos organizaremos un montaje de tal envergadura, que nadie creerá en los desvaríos de los soldados supervivientes que hayan visto este desierto».

«Desde luego —dijo Jurenito—, pero eso no supone de ningún modo la perfección ni la purificación de la tierra. Mientras existan míster Cool y los otros místeres Cools, habrá ciudades y antros, y cañones, y dólares, y millones de libritos sagrados: en una palabra, todo lo que necesita un hombre virtuoso para ensuciar en

menos de veinticuatro horas cualquier trocito de lo que llaman “tierra de Dios”. Edificad, sembrad, enterrad a los muertos a más profundidad que así los rábanos crecerán mejor. Pero mirad, mirad, como si por un momento se desgarrara ante vosotros el velo de los tiempos venideros. ¡Esto es una señal, el arquetipo del bautismo de fuego que vendrá!».

Al día siguiente, a pesar de las protestas de monsieur Delet, que se había vuelto inusualmente prudente, nos dirigimos de nuevo al frente, exactamente a la cota 384. Cuando llegamos a las trincheras de vanguardia, la artillería alemana abrió inesperadamente fuego en ráfagas por toda la línea. No era posible en modo alguno pasar a retaguardia. Nos ocultamos entonces en el interior de un refugio subterráneo, y mientras escuchábamos el estruendo de las explosiones, con especial apasionamiento empezamos a ejercer nuestra ocupación favorita, es decir a maldecir la guerra de todas las maneras posibles. Monsieur Delet no compartía nuestros puntos de vista, pero con mucho tacto permanecía en silencio. Después de que Ercole aprobara la conducta de aquellos soldados tan mal educados, él prefería por lo general no manifestarse, y solo decía en tono amistoso: «¡Lo más importante, amigos míos, es la tolerancia y la amplitud de ideas!».

Pero el Maestro se mostró decididamente en contra nuestra, y empezó de nuevo a defender la guerra:

«Una vez que se ha iniciado un camino hay que proseguir. Si resulta muy desagradable, lo mejor es acelerar el paso. No se debe volver la vista atrás, a cuando se estaba calentito junto a la estufa y el viento aullaba por las cañerías, estilo Dickens, mientras en la mesita descansaba la mermelada. ¡Cobardes! ¡No sois hijos de vuestro siglo, y lleváis levitones de románticos, ahogándoos con la baba de la emoción! ¡Basureros de los felices días pasados! ¿Aún preguntáis qué puede dar esta guerra de bueno? En primer lugar, os golpeará la cabezota. En segundo lugar, añadirá en todas las “sagradas fuentes de inspiración” unas gotas de estricnina. Volver al pasado no es posible, y por más que la gente se esfuerce en restaurar su Partenón con los recuerdos, las fotos descoloridas, o el bisbiseo de los viejos, nada conseguirán. Se verán obligados a elegir entre el arca de Noé o el retrete del siglo XXI. ¿No os gusta el XXI? Bueno, de acuerdo, no es demasiado atractivo, pero en todo caso será mejor que el XIX. No se detendrá, como un viejo gazmoño, entre cochinado y cochinado, a declamar a Shelley o a Verlaine. Luego ya vendrá el XXX, o el L, o el C, el siglo de la completa felicidad. Y todo lo que nos acerque a ese destino, aunque solo sea un paso, ¡será mil veces bendito!

»Vosotros maldecís la guerra, pero con ella se ha de dar no un paso, sino un salto hacia el futuro. Destruirá todo aquello por lo que comenzó, y engendrará todo aquello que quiso destruir. “La guerra por la libertad”, decían y resulta que el pueblo ya se está preparando para cargar un mayor y más pesado yugo, pues no ha podido soportar durante más tiempo una ficción de libertad e ilusoria felicidad. “La guerra eleva el espíritu, y acaba con el corrompido materialismo” —gritaban desesperadamente los

filósofos, o sencillamente las buenas gentes inclinadas a la contemplación, a causa de la patente obesidad de sus cuerpos. Pero la guerra se llevó a cabo con ayuda de los objetos, y descubrió todo su sentido y todo su poder. Destruyendo miles de objetos y siendo la materia destruida por la materia, la gente aprendió entonces a respetar las cosas, y las amaron como nunca lo habían hecho en los felices días de la paz.

»Creyendo que había llegado su momento, los sagrados personales de los más diversos cultos salieron arrastrándose, y sacaron sus mercancías, hacía tiempo ya olvidadas, sus magníficos bienes de ultratumba. Pero la guerra les engañó también a ellos cruelmente, pues cuanto más cerca estaba la gente de la destrucción de su vida cotidiana, con más fuerza se sentían atraídos por la vida.

»La guerra es el odio que estalla entre los pueblos, y aun así, ninguno de los que predicán la hermandad, ningún librito, ningún viaje, ninguna invasión ha podido de tal modo acercar, unir e igualar las fronteras como estos años de trincheras. Estas son las jugarretas de la guerra. Todo salió al revés. Así resultó que odiaban y se entusiasmaban, que se acobardaban, se mataban y sufrían en las trincheras, que cantaban con voz ronca, se reconciliaban y se descomponían todos por igual; franceses y alemanes, rusos e ingleses, hasta llegar a ser asombrosamente iguales. Se sentaron juntos, y entonces se dieron cuenta. Mientras que uno tocaba la mandolina y el otro cazaba osos con una jabalina les parecía que algo era distinto; tal vez sea verdad, el oso está más cerca, resulta más familiar que el rasgueo melodioso. Pero les enviaron a realizar el mismo trabajo, y al momento todo quedó claro; ya no eran mellizos, sino gemelos. Solo que tal vez, uno tiene una verruga cerca del omóplato y el otro hipa con frecuencia.

»Después, los que tenían confianza en la guerra eran los defensores de la antigua jerarquía, de la divina variedad, de la ilimitada personalidad en todas sus variantes: el emperador no es un obrero. Rothschild no es un mendigo, el poeta no es un fabricante de papel higiénico, el filósofo no es un pastor, etc. De nuevo el desencanto. Si hay que quitarse la capa de armiño y el frac con cuello duro, y meterse en esos agujeros donde ya no hay versos a Nuestra Señora, ni papel higiénico, ni pragmatismo, resulta que todos los gatos son pardos, y que hasta se les puede confundir. Desde luego que existen las charreteras, el Estado Mayor, las encantadoras retaguardias, etc. Pero aquí lo importante ya no es la fatuidad, sino una sencilla y palmaria demostración. ¡Qué importan unos cadáveres no identificados que sobresalen de la tierra! ¡Monsieur Delet, sus dieciséis clases de muertos pueden mezclarse! ¡Qué pasará entonces...!

»Yo veo todo esto, y mientras vosotros maldecís la guerra yo la bendigo, como el primer día de la fiebre tifoidea a consecuencia de la cual el hombre o se muere o al fin se recupera, dejando la tierra libre para una nueva bandada de ratas triunfadoras, hormigas o infusorios».

Este sermón de Jurenito se me quedó grabado en la memoria. Nosotros le escuchábamos con la mayor atención, sin pensar en el peligro que nos amenazaba. El estruendo de cañones, el estridor de metralletas y los gritos humanos parecían

corroborar las duras palabras del Maestro; y me pareció que si en esos momentos nos hubiera sobrevenido la muerte bajo la apariencia de un duro trozo de metralla, todos nosotros, incluyendo a monsieur Delet y al mismo Ercole, que eran los más apegados a la vida, la hubiéramos recibido con la debida serenidad y compostura.

Cuando el Maestro terminó de hablar, a nuestro alrededor se percibía un lúgubre silencio, y ya solo se oían unos disparos aislados de fusil. Decidimos salir e intentar retroceder. Pero arriba nos esperaba algo aún más terrible que todos los proyectiles. Al ver de nuevo la luz nos quedamos helados. Ante nosotros permanecían, en pie, unos soldados alemanes con sus granadas en la mano «¡Arrojadlas!», gritó uno de ellos, pero el otro replicó: «Estos deben de ser unos pajaritos importantes, llevémosles a la Jefatura del Estado Mayor, que para matarles ¡siempre tendremos tiempo!». Una vez convencidos de que no llevábamos armas, los soldados nos condujeron por los diferentes corredores y embudos, empujándonos de manera convincente con las culatas de sus fusiles. Les irritaba particularmente el pobre Aisha. Todo el tiempo iban diciendo que de buena gana nos clavarían las bayonetas, ya que no éramos soldados, sino espías. Y como ya no teníamos ninguna esperanza de salvación, a pesar de los golpes aminorábamos involuntariamente el paso, conscientes de que este camino iba a ser el último que recorreríamos.

Pasamos junto a las trincheras alemanas de la segunda línea. Todo lo que veíamos nos recordaba viejas escenas que ya nos eran familiares: traían el rancho en unos calderos, alguien escribía a su casa una postal, un grupo de soldados jugaba a las cartas. Yo recordaba las palabras del Maestro sobre el nuevo acercamiento, pero, mira por dónde, nuestros preciosos semejantes nos iban a matar. ¡Con lo bella que me parecía a mí la vida! Observé entonces con envidia a un soldado pelirrojo y bigotudo, sentado junto al fuego, que quitándose la camisa se buscaba los piojos. Vivir como él, poder sentarse en cuclillas, beber bazofia en un jarro de hojalata, luego dormir sobre el barro... ¡Qué grande y qué imposible...! No sé qué hicieron durante aquella media hora el Maestro y los amigos, qué sintieron mientras hacían su camino hacia la muerte. Solo me recobré cuando llegamos a una casita de campesinos y un alemán me empujó con rudeza al interior de una habitación muy estrecha y oscura. Sobre una mesa había una vela. Luego vi unas charreteras de general y unos ojos tranquilos y totalmente impasibles. Comprendí que no había salvación, y aprovechando que el Maestro estaba aún con nosotros, le besé suavemente sobre el hombro, despidiéndome así de lo más cruel y querido para mí en mi corta, agitada y caótica existencia.

## Sobre los trabajos de Schmidt. Un tal Kruger. El salchichón casero

Quien sea propenso a creer ciertos misterios, en el sentido, inescrutable para el hombre, del desorden de la vida, de los felices absurdos y de la temeraria causalidad, ese sin duda podrá meditar sobre mi libro. Nosotros, casi una vez al mes, nos veíamos puestos en peligro de muerte, y cada vez había un «pero», un nuevo «pero» que acudía en nuestra ayuda, ya fuera una barca de pescadores, la tarjeta de visita de un diputado o la bondadosa sonrisa de monsieur Delet. El porcentaje de nuestras salvaciones sobrepasaba significativamente a los milagros de Lourdes más los de otros santuarios. Yo podría fácilmente ponerme a especular acerca de la «providencia», especialmente cuando en lugar del fusilamiento y un par de ojos de general, encontré un par de ojos, pero de un tal Schmidt, y una excelente botella de un mal coñac. Pero era impropio de mí pensar en algo elevado. Desde la infancia estoy encorvado, y solo miro al cielo cuando oigo el estruendo de un avión o cuando dudo si ponerme o no el impermeable. El resto del tiempo miro a lo que hay bajo mis pies, la sucia y pisoteada nieve, los charcos, las colillas y los escupitajos. Es posible que con estas peculiaridades de mi ya, ¡ay!, agarrotada espina dorsal se explique mi natural inclinación por las cosas más groseras y ruines. Existen algo así como cincuenta y cinco millones de alemanes. Si hay una entre treinta y seis probabilidades de ganar en la ruleta, entonces uno entre cincuenta y cinco millones es solo una diferencia cuantitativa, y desde aquí hasta la mística hay una gran distancia que no estoy dispuesto a recorrer.

Schmidt nos reconoció al instante. Él mismo, con su casco puntiagudo y ya hecho todo un hombre, se parecía muy poco al pobre estudiantillo de Stuttgart. En ese momento no pude determinar ni su graduación ni la naturaleza exacta de su rango. A través de sus palabras pude comprender que durante los primeros meses de la guerra se destacó y progresó, y que ahora jugaba un importante papel, tanto en la retaguardia como en el frente.

Después de tranquilizarnos en lo referente a nuestro destino. Schmidt dijo que estábamos a su disposición durante dieciocho minutos, los cuales los dedicaría gustosamente a conversar con nosotros. El Maestro se interesó por sus ocupaciones habituales.

«Son muy complejas —le contestó Schmidt—, la guerra ha tomado un carácter distinto al que yo suponía en un principio. Es totalmente evidente que combatir con toda Europa, y ponerla en orden, no lo vamos a conseguir inmediatamente y de una

sola vez. Así pues, nos quedan otras tareas transitorias tales como colonizar Rusia, o destruir lo más profundamente posible Francia e Inglaterra, para que después resulte más fácil organizarlas. Esta es la situación general, y ahora os expondré los pormenores. Creo que nos veremos obligados poco tiempo después, por razones estratégicas, a depurar un trozo bastante grande de Picardía. Es posible que no regresemos allí, y es ya un hecho que no nos la anexionaremos. Es por eso que preparo la uniforme destrucción de esta región. Un trabajo minucioso. Hay que estudiar todos los recursos de la zona: en Ham hay una fábrica de jabón: la haremos saltar; Chauny es célebre por sus peras: talaremos los árboles; cerca de Saint-Quentin hay unas hermosas granjas de producción lechera: nos llevaremos el ganado, etc., etc. Dejaremos la tierra desnuda. Si fuera posible actuar hasta Marsella y los Pirineos me sentiría feliz. Esta es la más fácil, humana y rápida transición hacia el triunfo de Alemania, y luego hacia la economía unificada del Imperio, y ¡hacia la felicidad de toda la humanidad!».

«¡Eso es vandalismo! —empezó a gritar Alexei Spiridonovich—. Yo maté a un negro y desde entonces soy el hombre más desgraciado de la tierra. Y usted quiere matar a millones de personas inocentes. Usted habla de la felicidad de la humanidad, y ahoga a los niños del *Lusitania*, destruye antiguas catedrales e incendia las ciudades. No les permitiremos colonizar nuestra Rusia. Lucharemos contra sus máquinas inténales con iconos y con plegarias, y al fin les venceremos».

«¿Usted cree seriamente que a mí, que a todos nosotros, los alemanes, nos resulta agradable matar? Le aseguro que beber cerveza o saborear este coñac, ir a un concierto o incluso a casa de mi antigua conocida frau Haase es mucho más agradable. Matar es una desagradable necesidad, un trabajo muy sucio, sin gritos de entusiasmo y sin hogueras. Yo no creo que el cirujano, al meter sus dedos en una barriga hinchada de gases y de comida a medio digerir, sienta placer. Pero no tiene elección. Yo, mi familia, mi ciudad, la patria, la humanidad, somos solo peldaños. Matar por el bien de la humanidad a un loco o a diez millones es solo una diferencia de carácter aritmético. Pero matar es necesario, si no todos continuarían llevando una vida estúpida y absurda. Otros vendrán a ocupar el lugar de los muertos. Yo mismo amo a los niños, y no menos que usted. Recuerde cuando pisoteé las flores del parque de Stuttgart como protesta contra el sistema que condenaba a un bebé a pasar hambre. Precisamente por eso, si ahora fuese necesario para ganar la guerra, es decir, para el bien de Alemania y por tanto de toda la humanidad, hundir todos los *Lusitania* y exterminar a cientos de miles de personas, no lo dudaría ni por un momento. ¿Vale la pena, después de esto, hablar de ciudades, de iglesias, etc., etc.? Es una lástima, desde luego, pero...

»En particular puedo decirles que una de las baterías que destruyeron Reims estaba al mando del profesor Schneider, autor de importantísimas investigaciones en la historia de la arquitectura gótica. Después de echar una ojeada con los gemelos a la catedral, que hacía mucho tiempo soñaba con ver, herr Schneider derramó algunas

lágrimas, y después dio la orden de *fuego*. Yo mismo, como usted sabe, en general no soporto las antigüedades. Creo que hay que construir más fábricas y cuarteles. ¡No es esta una época para gimotear sobre el baúl de la abuelita ni de rasgarse hipócritamente las vestiduras!

»En lo que se refiere a Rusia, ya había oído algo acerca de su extraña costumbre de salir contra las metralletas armados con los iconos, aunque yo lo atribuyo al poco desarrollo de la red de escuelas y de ferrocarriles. Nada, ¡nosotros remediaremos el asunto! Yo le quiero a usted, herr Tishin, pero cuando entremos en Rusia, se verá usted obligado a dejar a un lado sus suspiros y a ocuparse de cosas serias, como la agricultura y la avicultura. Los iconos los llevaremos a los museos, y las plegarias las publicaremos para los interesados en el folklore.

»Supongo que todo esto se llevará a cabo muy pronto. Mientras tanto, ustedes deberán permanecer como invitados en uno de nuestros campos de concentración. ¡Allí podrán disfrutar de la organización y de la cultura alemanas...!».

Nos quedaban dos minutos. Alexei Spiridonovich, que presa de la agitación se había arrancado la corbata, y también monsieur Delet, querían hacer objeciones a las palabras de Schmidt. Pero en ese momento entraron en la habitación unos centinelas que traían consigo a un joven soldado. Dijeron que el tal Kruger, soldado ruso, al enterarse por carta de que su esposa estaba en el lecho de muerte, y no confiando en que le fuera concedido un permiso, había intentado huir, pero había sido capturado de inmediato, muy cerca de la Jefatura del Estado Mayor. «Me hago cargo plenamente de sus sentimientos —le dijo Schmidt—, y con mucho gusto le enviaría ahora mismo junto a su esposa, pero esto favorecería el incremento de la desertión y la disminución de la capacidad combativa de nuestro ejército. Así que por sus hijos, y si no tiene hijos por los hijos de Alemania, deberá usted morir en el plazo de diez minutos. Puede entregar sus cosas al teniente de guardia, y también una carta para su esposa». Una vez dicho esto, después de firmar un papel y de despedirse rápidamente de nosotros, Schmidt se fue.

Nos hicieron salir al jardincito. Allí debíamos esperar la llegada de un grupo de prisioneros capturados durante el combate, para dirigirnos todos juntos hacia el Este... Varios minutos después sacaron de la casita a Kruger. Iba tranquilo y normal, como si estuviera haciendo la instrucción o participara en un desfile. Llamaron a los soldados que estaban de guardia. En aquel momento estaban comiendo pan con salchichón casero y bebiendo su café. Después de secarse los labios con la mano, el suboficial mandó: «¡Apunten!».

Apoyaron a Kruger junto a la pared del granero. Vino corriendo hacia él un perro de la granja, pero enseguida se alejó, con el rabo metido entre las patas. En la calle, un ordenanza le rascaba la crin con un cepillo a un caballo desensillado. Todo parecía tranquilo, sencillo, cotidiano. Miré a Kruger. Él miraba tan pronto al suelo, como al cielo o a la calle, y parecía como si esperara que de algún lado pudiera llegarle una salvación totalmente imposible. El suboficial dio un grito. La primera descarga no fue suficiente, y Kruger, herido en el vientre,

chillaba y daba saltos. Otra descarga más. El suboficial se acercó solícito al cadáver y le tocó la cabeza con el pie para comprobar el resultado. Después dos soldados apartaron el cadáver a un lado y todos se sentaron a la mesa para terminar sus bocadillos. Se oía cómo, en la habitación, alguien estaba dictando: «Número 4.812... Kruger Hans... 4 horas, 15 minutos de la tarde...».

«Maestro —susurré—, ¿qué es esto? ¿Acaso es posible olvidarse de una cosa así? Herr Schmidt habló de un modo muy coherente, pero no se trataba tan solo de aritmética. Una vez que se conoce el “qué”, queda aún el “cómo”. ¿Acaso no sería mejor para su estúpida felicidad, amada por él hasta la locura, hasta la ira y el furor, matar a todas las personas que hay en el mundo, y no de una manera calculada, a las cuatro de la tarde, junto al cobertizo, aniquilar en nombre del bien de la humanidad a un pobre diablo como Kruger, al que tal vez nadie necesita?».

«Recuerda, recuérdalo bien todo —dijo Jurenito—, esas salpicaduras de cerebro en la pared y esas rodajitas de salchichón tan bien cortadas. Que todo ello resurja ante tus ojos cuando alguna vez, cansado, extiendas el brazo hacia adelante para bendecir la ruindad y bajeza de la vida».

Por la noche, cuando viajábamos hacia algún lugar encerrados en un estrecho vagón mercancías, apareció ante mis ojos claramente toda la escena del asesinato del desertor. Pero reconozco, y lo digo con franqueza, que no sentía ningún odio en ese momento, sino una agradabilísima y repugnante satisfacción de no ser yo quien estaba contra la pared, sino otro, y de estar vivo, y sentir la calidad del aire, recalentado por la respiración de muchas personas, poder fumar una pipa o poder dormir apoyado en el rechonchito míster Cool. No se lo confesé entonces al Maestro, pero me di cuenta de que esta pasión ciega y machacona por la vida, daba igual dónde me encontrase, aunque fuera en una cochiguera, me impediría siempre llevar a cabo su gran doctrina. Pensando en esto me atormenté durante toda la noche, y hasta que llegó la mañana no comprendí que la debilidad no es aún el momento de la muerte, y que la muy censurable noche de Pedro junto a la hoguera no impidió su digna muerte a fin de cuentas. Y murmurando suavemente «reniego de ti, pero solo de momento», me quedé dormido, dulce y profundamente dormido.

## La organización y cultura del Gran Imperio. Los revolucionarios de Petrogrado nos dan la bienvenida

Nos llevaron al campo de Oberlahnstein, cerca del pequeño riachuelo de Lahn. El primer día se nos acercó un maduro teniente y nos explicó que Alemania luchaba por la cultura, por el derecho a la libertad y por la paz de todos los pequeños pueblos. Esto era tan parecido a lo que escuchábamos cada día en los países aliados que empecé a sospechar si no intentaría el alemán, repitiendo las consignas que había leído en *Le Matin*, hacerse pasar por partidario de los aliados para provocar en nosotros una innecesaria sinceridad. Pero el Maestro nos explicó que los términos «cultura», «libertad», etc. estaban también allí muy de moda, y que el oficial había leído acerca de ello con toda seguridad, no en *Le Matin*, sino en el *Deutsche Zeitung*. Luego el teniente nos preguntó si había entre nosotros rusos que no fuesen rusos (ucranianos), ingleses que no fueran ingleses (irlandeses) y franceses que no fueran franceses (socialistas de extrema izquierda). No había tal, pero el alemán, ocultando su decepción, nos aseguró que en el campo íbamos a poder apreciar la cultura y organización del Gran Imperio.

Después del teniente llegó un suboficial que nos ordenó ponernos en fila. La barriga de míster Cool, las manos de Ercole, mi joroba y finalmente todo monsieur Delet se salían de la fila. El suboficial quedó muy descontento de todo esto y le dio un empujón con todas sus fuerzas a míster Cool en el vientre, pero al enterarse de que era americano farfulló algo así como que le excusara y le dio una bofetada a Alexei Spiridonovich, cuya barriga y trasero eran irreprochables. Yo no podía comprender en modo alguno, una vez que estos modales se hicieron ya habituales, por qué nuestros guardianes, cada vez que se enfadaban con el Maestro, con míster Cool y con monsieur Delet, nos castigaban a Alexei Spiridonovich, a Aishia o a mí. Después de estos ejercicios nos daban una escudilla de mondas de patata que tenían un color muy feo.

Luego comenzó nuestra progresiva iniciación en los secretos de la cultura y organización germánicas. Así, míster Cool comprendió enseguida que sus dólares no habían perdido su habitual poder mágico. Él y monsieur Delet recibían por un dólar una buena comida, y poco después figuraban en el campamento solo de manera ficticia, ya que se trasladaron a casa de la mujer de un viejo sargento primero, frau Knabe, que mantenía algo así como una pensión familiar para prisioneros de buena sociedad. Pero monsieur Delet se quejaba de lo pesadas que eran las comidas, obligándole a duplicar la dosis de píldoras «Pink», y de la zafiedad de Anchenn, que

era tan pesada como una estatua de Alemania, y que además no conocía ni uno solo de los estupendos juegos de Lucie, ni siquiera el más primitivo. Por el contrario nosotros, después de tomar el mismo aguachirle durante un mes seguido, nos sentíamos tan débiles que no podíamos ni andar, y solo nos levantábamos para pasar lista. Por otro lado nos tranquilizaba saber que la misma organización imperaba también fuera del campo. Un soldado me dijo que su mujer había pasado tanto hambre durante los meses de embarazo, que el niño había nacido sin pelo, sin uñas y con claros síntomas de cretinismo. En cambio herr Leuven, intendente que vivía en su misma ciudad de Biebrich, se devoraba todos los días un pavo entero. No sé si Schmidt estaba enterado de esto, pero teniendo en cuenta que él solo destruía ahora los jardines franceses y ensalzaba la organización alemana, supongo que la historia de este niño no llegaría hasta sus oídos.

El panorama cultural era igualmente sombrío. En cierta ocasión Aisha, con su eterna ingenuidad, le contó a un soldado alemán que les había arrancado los dientes a unos enemigos muertos, que su *gri-gri* le iba a proteger contra los malos espíritus de los cañones, y que por tanto le aconsejaba que él hiciera lo mismo. Los alemanes golpearon a Aisha despiadadamente, destrozando su orgullo, su alegría y su brazo Última. Luego quisieron fusilarle, y no le fusilaron solo para que ciertos suecos y holandeses pudieran fotografiarle como modelo de brutalidad y barbarie. Le conducían amablemente al patio y allí unos señores con sombrero de copa le medían la cabeza; después, cuando los ilustres visitantes se iban, le insultaban y, a puntapiés, le metían en un oscuro cobertizo. Mi pobre y querido Aisha, ¡tú no sabías que en aquellos momentos tu magnífica ignorancia servía para ensalzar la alta cultura y humanitarismo de tus ofensores! ¡Ni siquiera sabías qué significaba esa extraña palabra, *cultura*! Cuando te miraban sonreías tímidamente, y mientras te golpeaban llorabas ruidosamente, como un niño.

Ercole se había quedado muy flaco. Birló unas cuantas patatas, y por ello fue condenado a ser encerrado en la prisión y también fue golpeado. En cuanto a Tishin, se pasaba todo el tiempo enfermo. Su enfermedad del hígado, que había comenzado en África, se complicó. Estaba totalmente abrumado, y vacilaba entre tres posibles salidas: ahorcarse, hacerse definitivamente tolstoiano, es decir, perdonar a todos sus verdugos e incluso proponerle al suboficial que le golpeará, o transformarse en *Tishenko*, para que le trasladaran al campo de los ucranianos, donde las condiciones eran considerablemente mejores. No podía decidirse y se moría de angustia. Yo me lamentaba junto a él, y maldecía la cultura de todas las maneras posibles. Además, escribía todo lo que acostumbra a escribir un escritor ruso en semejantes circunstancias: Rusia, Mesías, Demonio, resurrección, pestilencia, dulzura, y le leía todo lo que había escrito a Alexei Spiridonovich. Él se agarraba la cabeza y gritaba: «¡Sí, sí! ¡Ella se acerca!», y después, hundiendo la cabeza en la almohada, se pasaba toda la noche llorando. Yo, como no sé llorar, seguía escribiendo o me sentaba enfrente de un francés que recibía con frecuencia paquetes de su casa, y le miraba

frenéticamente a la boca hasta que él, desesperado, me cortaba una diminuta rodajita de tocino.

El Maestro no reaccionaba ni exterior ni interiormente ante la cultura y organización existentes. Él hubiera podido, como ciudadano mexicano, liberarse o al menos trasladarse del campo a casa de frau Knabe, pero no quería dejarnos. Hacía gimnasia, estudiaba las lenguas *hausa* y *herero*, la economía remolachera en Ucrania y las diferentes experiencias de monopolios estatales. Siempre me sorprendía mucho la capacidad de adaptación de Jurenito a las más variadas condiciones de vida. Era un finísimo gastrónomo, miembro de honor del parisino Club de Discípulos de Gargantúa, conocedor de todos los vinos de Borgoña y Burdeos, experto en las subastas de las viejas reservas de vinos; y a pesar de esto comía con apetito la bazofia que nos daban en el campo, manteniéndose animoso, sano y alegre. Tampoco le afectaban los insultos, e incluso se refería a ellos con el manifiesto interés del viajero que estudia las costumbres de un país, o más exactamente como Brehm junto a las jaulas de un parque zoológico. Yo estaba seguro de que tenía ciertos planes que a nadie comunicaba. La verdad es que conmigo hablaba mucho, pero solo de tonterías y, como él mismo reconocía, por practicar la lengua rusa.

A principios de febrero comenzaron nuevos suplicios. A todos nosotros, incluyendo a míster Cool y a monsieur Delet, nos condujeron inesperadamente desde el campo al frente oriental, en los alrededores de Kovno, y allí nos obligaron a reparar los caminos. Aquello resultó terriblemente duro, y estoy convencido de que de no haber sucedido algo totalmente insospechado para nosotros, en un mes o dos, excepto el Maestro, todos habríamos encontrado la paz, pero esta vez de una manera en absoluto romántica, sino más bien inevitable. Tres semanas después de nuestra llegada los alemanes, después de haber adornado con banderas el Estado Mayor, nos felicitaron alegremente: «En Rusia ha estallado la revolución. ¡El Zar ha abdicado!». ¿Cómo transmitir la emoción de aquellos días, las lágrimas y abrazos de Alexei Spiridonovich, mis desgarradas canciones, el miedo de monsieur Delet y la serena satisfacción del Maestro?

Al día siguiente, cuando acabábamos de apisonar un camino que no tenía solución posible, Jurenito nos reunió a todos y nos dijo: «Amigos míos, les propongo que se preparen para una tierna despedida de los encantos de la gran cultura, y para una pequeña migración al Este. Les aseguro que estas peladuras de patata nos serán servidas allí con mucha más gracia y diversión. La enfermedad acaba de entrar en la segunda fase, hace ya mucho tiempo pronosticada por mí. Desmenuzada en estrechos y reducidos frentes la guerra, reventando todos los diques, se esfuerza por erosionar la dura y firme bóveda del mundo. Creedme: ahora, en la salvaje Petrogrado, destruyen y construyen los Partenones, Quisianas<sup>[4]</sup> y Acrópolis del universo».

Nosotros no captamos el sentido exacto de las palabras del Maestro, pero empezamos a prepararnos intensamente para la huida. Tuvimos que esperar aún un mes para llevar a cabo lo proyectado; y el 7 de abril, disfrazados con uniformes

alemanes (Aisha con la cabeza completamente vendada), nos colamos en las líneas de vanguardia.

Lo que allí vimos no hacía pensar en absoluto en una guerra. Nadie disparaba, del lado de las trincheras rusas solo se oían los rumores de la «Internacional» y se veían rojas pancartas con inscripciones que decían: «Hermanos, ¡venid con nosotros! ¡Viva la paz!». En completa libertad, atravesamos el espacio que dividía las trincheras rusas de las alemanas, y allí pudimos ver un singular espectáculo. Una compañía de alemanes desfilaba al mando de un oficial en perfecto orden: «¡A la derecha, besen a los rusos!». Y así empezaban a abrazar a los permios y a los viatichi, barbudos y de pómulos salientes, que gemían de entusiasmo, se persignaban y lloraban. Al mismo tiempo, otros alemanes examinaban cuidadosamente las trincheras y hacían funcionar sus cámaras fotográficas «como recuerdo». Una vez terminados los abrazos, los alemanes organizaron en su campo un mercadillo pequeño, pero bastante bueno, cambiando cigarreras de cartón, linternas que no encendían y un repugnante aguardiente (al que además llamaban orgullosamente «coñac») por jabón, sal, azúcar y otros productos del país. Y a todo esto lo llamaban «confraternización».

A nosotros nos dejó tremendamente asombrados el reconocer entre los que «confraternizaban» a nuestro amigo Karl Schmidt, con un capote de soldado raso. Al vernos él también se quedó desconcertado por un momento, pero rápidamente se recobró y nos dijo que había dimitido de su cargo, que soñaba con la hermandad de los pueblos, que estaba encantado con el espíritu pacifista de la *nueva Rusia*, y que se dirigía a Petrogrado para *hermanarse* él también. No oculto que dudé de la sinceridad de Schmidt, y compartí mis pensamientos con Alexei Spiridonovich. Pero este exclamó: «¡Tienes un corazón muy duro! En estos días de la primera primavera de la paz, los rayos de la hermandad han derretido incluso los hielos del Imperio. ¿No comprendes que Schmidt ha recobrado la vista? ¡Schmidt se ha arrepentido! ¡Él es mi hermano, y yo me siento infinitamente feliz de que por fin esté con nosotros!».

Bueno, es un hermano, efectivamente es un hermano... No volví a replicar, y los siete nos sumergimos en las profundidades de Rusia. Después de diez años de separación iba a ver de nuevo aquellos campos grises, como ahumados, los pequeños apeaderos por donde paseaban las cándidas muchachas rusas, soñando con Moscú, con el Teatro del Arte o con el amor de algún pasante de abogado repleto de ideales, las estaciones de empalme con sus rosales, con el típico oficial borracho bebiendo vodka directamente de una tetera, con un montón de soldados, mujeres y niños acostados en el sucio andén, fumando cigarrillos hechos con papel de periódico, lascándose los piojos y mentándose a la madre. ¡Así eres tú, madre Rusia!

Desde Pskov, el Maestro envió un telegrama al ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno provisional:

Viajan hacia Petrogrado un delegado de México, tres aliados, dos exiliados políticos, un alemán contrario a la anexión y a la contribución y un negro liberado. Tomen medidas.

Y luego, mandó una copia a las redacciones de todos los periódicos. Aunque en aquellos meses la llegada de una delegación extranjera era un fenómeno cotidiano, nos recibieron de manera conmovedora, incluso con solemnidad. En la estación nos esperaban los representantes de diversas organizaciones tales como el Consejo de Soldados Diputados del Distrito de Ojta, la Liga para la Postrera Salvación de Rusia, la Unión de Generales Socialistas, la Asociación de Escuelas Primarias y otras por el estilo. La Liga ofreció a monsieur Delet un álbum con retratos de grandes protagonistas de la revolución francesa, como Poincaré, Albert Thomas y Chjeidze. Las colegialas exigían al aturdido Aisha que les firmase un autógrafo. Monsieur Delet se quedó muy contento con las fotografías e incluso ensalzó a Chjeidze diciendo: «¡Un hombre muy guapo!». Pero cuando la orquesta empezó a tocar «La Internacional», se asustó y empezó a cuchichearle a míster Cool: «¿Oye usted? *C'est la lutte...* ¡Hay que escaparse! ¡Oh! ¡Hasta con los *boches* se estaba más tranquilo!».

Pero al acabar «La Internacional», los músicos empezaron con «La Marsellesa», lo cual tranquilizó muchísimo a monsieur Delet. El que estaba más contento con todos estos recibimientos era Ercole.

Rugió su «¡Evviva!», le quitó a un dócil estudiante la flauta y se puso a soplar por ella con todas sus fuerzas. El público, creyendo que se trataba de algún himno extranjero, se descubrió respetuosamente la cabeza. Luego Ercole pidió bengalas o petardos, y por fin, agotado, se tumbó en un tapiz de Bujara en una suntuosa sala de la estación, llamada «del Zar», y empezó a escupir de inmediato. Nadie le retiró de allí y, al contrario, empezaron a fotografiarle y le llevaban flores. Él se puso a gritarnos: «¡Este es un país maravilloso! ¡Por fin he encontrado algo parecido a la via Pascudini, pero más blando y más cómodo!...». ¡Así iban las cosas!

## Ercole da volteretas. Regocijo e inquietud

**A**l iniciar el presente capítulo, el lector tal vez se asombre de la frivolidad e incoherencia de mi relato. Pero en mi defensa diré tan solo que durante los primeros días de la revolución estuve totalmente absorbido por una sola ocupación: regocijarme. Mi regocijo tomó diversas formas: o bien iba con otros regocijados por las calles intentando cantar algo, o me encaramaba en los basamentos de las estatuas, en los bancos y en los pedestales, y pronunciaba discursos que duraban horas, o me quedaba en casa y empezaba a gritar ante los retratos de mis políticos favoritos: «¡Hurra! ¡Abajo!», cosa que asustaba mucho a la cocinera Duniasha. Con este tren de vida resultaba difícil sin duda observar y recordar, no solo los acontecimientos, sino incluso las actividades de mi Maestro.

Al día siguiente de nuestra llegada fuimos invitados a un mitin a medianoche en el circo Cinizelli. La hora y el lugar me extrañaron un poco, pero un conocido socialista-revolucionario me explicó que incluso un estado joven tenía sus tradiciones, y yo no intenté investigar su procedencia. El mitin fue maravilloso. No solo yo, sino todos los que asistieron, y no fueron menos de mil, abiertamente y sin avergonzarse por ello se regocijaron muchísimo.

En primer lugar intervino monsieur Delet:

«¡Ciudadanos, permítanme saludarles en nombre de una tierra que es madre de todas las revoluciones! (¡Hurra!). No piensen que esto es algo nuevo. En mi país todo esto sucedió ya. ¡Y no pasó nada! Ahora tenemos una república (¡Hurra!), y ¡qué república! Por todas partes está escrito “¡Libertad, igualdad, fraternidad!”, hasta en las puertas de las cárceles. (Desde el gallinero se oye: “¡Fuera! ¡Exigid de Francia la amnistía!”. Y el presidente: “¡Orden! ¡Todos tienen derecho a manifestarse!”). Pero en las cárceles solo están los malhechores, los enemigos del orden. En nuestro país, ciudadanos, hay mucho orden. Y créanme, la vida es allí hermosa como una rosa de mayo. Yo tengo una casita con jardín, en el jardín hay rosas (“¡Burgués!”) y la pequeña Lucie... (El presidente: “Me han entregado una nota: ruegen al orador que no se aleje del tema del mitin *La revolución y el universo*”). Ciudadanos, seré breve. Vosotros mismos habéis comprendido lo que esperamos de vosotros. ¡Id al frente! ¡Morid lo antes posible por vuestra libertad, morid por Francia!»). (Salva de aplausos, gritos de «¡Viva Francia!»).

Después de monsieur Delet intervino Karl Schmidt, que sin ayuda de traductor y de manera bastante correcta empezó a decir:

«¡Ciudadanos y camaradas! Todos estamos cansados (“¡Es verdad!”). Todos

queremos la paz. Yo estoy seguro de que Alemania tenderá su mano amistosa a la Rusia revolucionaria. Los imperialistas ingleses quieren que os defendáis (“¡Infamia!”). Así pues, ¡abajo la guerra!». (Nueva salva de aplausos).

Alexei Spiridonovich: «¡Hermanos! ¡Las profecías se han cumplido! Y hacia el Mesías, hacia el cordero del sacrificio, están dirigidas las miradas de todo el mundo. ¡Si hubiera vivido hasta hoy aquel sabio de Yasnaia Poliana! ¡Levantaos hermanos! (Algunos se levantan. Desde atrás: “¡Sentaos! ¡No nos dejáis escuchar!”). Vladimir Soloviev escribió: Después del reinado del Padre y del Hijo llegará el reinado del Espíritu Santo. ¡Preparaos para el ascetismo supremo! Hermanos, en el próximo mitin os contaré mi vida, y así sabréis cómo llegué a comprender el verdadero sentido de la revolución. Ahora, por desgracia, solo dispongo de dos minutos. Pero ¿qué es el tiempo? ¡Nosotros lo superaremos! ¡Abajo el tiempo! (“¡Abajo! ¡Pa su madre!”). ¡Solo existe la eternidad y la revolución del espíritu!». («¡Bravo! ¡Que prolongue su tiempo! ¡Un poco más! ¡Basta! ¡Hurra!»).

Salió un obrero: «Yo, camaradas, ya que el camarada ha estado hablando del espíritu, pienso que en primer lugar hay que enviar a todos los soldados de la reserva a sus casas, y después bajarles los humos a los horticultores, esos hombres sin escrúpulos que piden cinco rublos por una patata». («¡Da parte al Gobierno!». «¡Camarada, habla sobre el Universo!». «¡Dejad que dé su opinión el representante del proletariado!»).

Después salió un poeta rechonchito que cantó: «¡Toreador, combate con valor!», y una estudiante leyó con mucho sentimiento «La musa de la cólera popular». Desde atrás gritaban: «¡Estamos hartos! ¡Que hable el mexicano!». Y comenzó el Maestro:

«Si solamente mirase hasta el día de hoy, y no pudiera levantar las hojas del calendario, al momento os diría: ¡sois unos reaccionarios! Esa libertad, de la que tanto habláis, gracias a Dios (“¡Abajo los popes!”) y a la guerra, ya ha sido enviada a los archivos. Pero vosotros ahora no vivís, pues solo deliráis, y en medio del delirio no recordáis lo que nunca habéis tenido, mirando hacia adelante, hacia un futuro lejano. Yo apruebo vuestra locura, con todos vuestros alocados gritos, vuestras absurdas decisiones, y esta arena de circo sobre la cual, con devoción y absoluta seriedad, dais las mejores volteretas ante una Europa asombrada».

Perplejidad. Silencio. Se había echado a perder todo el estado de ánimo. Salió una vieja totalmente obscena, con un pañuelo de lunares, mascullando:

«Pero yo, padrecito, he visto en sueños una cucaracha enorme que se comía todo el tarro de confitura, y luego se arrastraba por el trasero del padre Mijail. ¿Qué podía hacer él para librarse de sus patitas? ¡Así es cómo algunos se arrastran hacia el trono!».

Gritos. Insultos. Arriba peleaban. Por desgracia Ercole, fascinado por el espectáculo, también quería exhibirse. Se precipitó hacia abajo, hacia la arena, y empezó a dar volteretas. Pero ahora no se trataba en absoluto de una alegoría, sino simplemente de un bello gesto digno del «romano Bambucci». Se oyeron gritos de

indignación: «¡Provocador!». «¡Provocador!». «¿Quién es el provocador?». «¡Muerte al provocador!». Los de las últimas filas insistían. Ercole estaba en peligro. Pero resultó que el provocador no era él, sino un buen señor con un sombrero de fieltro. Pero ¡no!, dicho señor era un subsecretario. El provocador debió salir huyendo. Tranquilidad. Se someten a votación todas las mociones. Ercole, no satisfecho aún, arrojó unos petardos que se había comprado por precaución. «¡Disparan! ¡Disparan!». Unos momentos de pánico. ¡Nos salvamos de milagro! Luego gritaban: «¡Pero qué inconsciente eres camarada, le has pisado la cabeza al niño!...».

Me irritó mucho que nuestro mitin hubiera tenido un final como ese, pero el socialista-revolucionario de nuevo se refirió a las tradiciones. El Maestro, por el contrario, quedó totalmente satisfecho de aquella noche borrasca y decidió especializarse en dar más mítines. Organizó decenas de ellos, bajo distintos títulos, para personas de toda condición.

Se me quedaron especialmente grabados en la memoria tres de aquellos maravillosos espectáculos: el dedicado a los ladrones, el dedicado a las prostitutas y el dedicado a los ministros. El mitin de los ladrones estuvo muy animado. El delegado de uno de los ministerios, también socialista-revolucionario (a propósito hay que decir que era un señor muy adinerado, comerciante mayorista de café), demostró a los ladrones que en primer lugar, como dijo Proudhon, la propiedad era un robo; y que en segundo lugar, no se debe robar, sino que hay que trabajar honradamente para la defensa del país. Los ladrones protestaron, alegando la dureza y responsabilidad de su trabajo; luego aprobaron el estatuto del sindicato, y decidieron emprender una protesta contra las dobles cerraduras de las puertas, que van en contra de los sagrados principios de la libertad. La noche acabó en escándalo: el socialista-revolucionario, al darse cuenta de la desaparición de su billetera, llena de libras esterlinas, vociferó ferozmente: «¡Rateros, ladrones, iréis todos a la cárcel!», y llamó a los milicianos.

Por fin, por la mañana, llegó un solo miliciano y declaró que, por precaución, debía consultar con su comité; el socialista-revolucionario, recordando por primera vez con nostalgia a los guardias municipales, se fue corriendo a la reunión de turno.

En el mitin de las prostitutas Alexei Spiridonovich se despachó a discreción recordando entre sus citas a Soniechka Marmeladova y a santa María Egipcíaca. Pidió a todos perdón y, por su parte, también perdonó a todos; luego contó su vida, y finalmente propuso a las allí reunidas que se «lavarán» en las aguas del Jordán revolucionario y luego se dedicaran a coser los calzones «de los valientes defensores de la libertad y de la patria». Muchas lloraron. Después algunas ciudadanas exigieron el alza de tarifas. Alexei Spiridonovich intentó hablar de nuevo, pero rompió a llorar de emoción, y fue consolado por una compasiva María Egipcíaca que murmuraba: «¡Camarada caballero, es usted terriblemente atractivo!». El mitin de los ministros se caracterizó por su parte por la extraordinaria afluencia de personas, ya que asistieron a él todos los antiguos, actuales y futuros ministros de numerosos gobiernos. Por

entonces la gente no permanecía mucho tiempo en el cargo de ministro, y cualquiera podía esperar convertirse, de un día para otro, en ministro de algo. Al circo llegaron, en efecto, no menos de dos mil personas. El Consejo debió ser aplazado por tan fausto motivo, y todos los ministros, incluso los futuros, se arrepintieron y prometieron que aunque fueran ministros nunca iban a serlo en realidad. Nos hablaron entonces muy poéticamente, sobre el mar, el ocaso, las herrumbrosas cadenas y llaves que abren los corazones. En general yo temo a los ministros, pero estos no parecían en absoluto temibles. Yo me sentía como en una reunión de poetas novatos, y por eso me decidí a intervenir con el siguiente discurso:

«¡Ciudadanos!, después de diez años de vagabundear por el extranjero, he conocido bien los peores trabajos, viéndome a menudo obligado a rapar lindos perritos, arrastrar vagonetas con sospechosas vajillas o a trabajar de cajero en una de las casas públicas de mi amigo míster Cool, entre otras extraordinarias ocupaciones. Pero les doy mi palabra de honor de que nunca he sido ministro, y nunca lo seré. Yo, por lo general, amo a la gente, y ustedes en particular me son especialmente simpáticos. Por eso les aconsejo que se dediquen a cualquier otra cosa. Todos ustedes han manifestado claramente su inclinación hacia la poesía, y sin duda pueden escribir anuncios para diversas marcas de cigarrillos, o incluso describir nuestra belleza rural en *El Tesoro de Rusia* y otras publicaciones. ¡Camaradas ministros! ¡Viva la poesía pura!».

Todos aplaudieron mucho...

Después de tantos mítines y artículos de los periódicos, los méritos del Maestro fueron apreciados por todos. En consecuencia fue nombrado Comisario Supremo, aunque nunca se supo de qué con exactitud. Parece que el ministro que dictó la orden tenía prisa por acudir a un mitin, y no acabó de dictarla.

A la mitad del verano, no sé por qué, dejé de regocijarme y me dediqué a otra tarea: la de inquietarme por todo. En esto también se me iba mucho tiempo. Me inquietaba por la mañana, en la cola del pan, mientras leía el periódico, durante el día en las reuniones, y por la tarde en los mítines. Por las noches caminaba por alguna concurrida avenida, por donde también se paseaban oficiales, marineros, prostitutas, especuladores, socialistas-revolucionarios y ciudadanos ordinarios; y me daba cuenta de que todos ellos también estaban inquietos. Cada tarde alguien intentaba tomar el poder, pero después vacilaba, lo posponía y el asunto concluía en una pequeña refriega. De las estaciones salían corriendo constantemente miles de soldados barbudos, que derribaban a las damas —estas caían desmayadas solo con verlos—, tratando de abrirse paso entre los encantadores húsares del zemstvo, que trataban de convencer a los barbudos para que volvieran al frente «por la libertad y por la patria». En los mejores restaurantes, donde a veces nos invitaba míster Cool, los sirvientes como antes, hacían grandes reverencias y los aliados rumanos tocaban el violín («¡Eh!, ¡*rumaneski*, canta la canción de la muchacha!»). En las copas espumaba el Irroy, y los comensales, después de escarbar en sus billeteras, arrojaban con amplio

gesto una moneda de tres kopeks para los caballeros de San Jorge («¡Tal vez ayuden al general a matar a esa gentuza!»).

Mis amigos también estaban inquietos: monsieur Delet, porque los rusos no iban a combatir, Karl Schmidt porque no obstante se disponían a hacerlo, míster Cool no podía soportar aquel pánico financiero, Ercole se impacientaba porque había acabado con todos los petardos de Petrogrado y no traían otros nuevos; en cuanto a Aisha, le apalearon unos enceradores, que estaban borrachos, tomándole por el diablo o por uno de los integrantes de las *Centurias negras*,<sup>[5]</sup> y ahora tenía miedo de ir a la calle solo. Pero el que estaba más inquieto era Alexei Spiridonovich. Este se quería inscribir en el «batallón de la muerte», pero no sé por qué, en el último momento, cambió de opinión. Al parecer, había que afiliarse a algún partido, o al menos votar para las elecciones del Consejo Municipal alguna de las listas. Y como los socialistas de derechas eran para él demasiado de izquierdas y los socialistas de izquierdas demasiado de derechas, se atormentaba y se lamentaba de continuo, y después de beber su *kriushon* se quejaba a míster Cool: «¡El reloj está a punto de dar las doce! ¡Toda Rusia será destruida! Y mientras tanto, yo aquí, bebiendo *kriushon*. ¡Menudo ciudadano, vaya hijo de la patria! ¡Oh, por favor! ¡Concededme la expiación! ¡Dadme el tormento de la cruz! ¡Oh, oh, oh!».

Después, cuando comenzaron a atacar los alemanes, Schmidt invitó a Alexei al feliz acontecimiento. Pero este ya no lloraba, simplemente sollozaba, y monsieur Delet amenazaba: «¡Mirad que agarro, preparo las maletas y me voy; y ya veremos lo que hará Rusia sin mí!».

Por la avenida Nevski la gente corría, cantaba, blasfemaba y disparaba. Por fin se anunció la convocatoria de un solemne festejo con objeto de celebrar la liberación de Liberia, por lo cual obligaron a Aisha a haber nacido en dicha república, y no en el Senegal. Por otro lado, no lo tuvo que lamentar. Le colocaron en un puesto de honor y le agasajaron de todas las maneras posibles. Cierta dama habló sobre Beecher-Stowe y aconsejó a los rusos «que se sublevaran como lo habían hecho estos pobres esclavos». «¡Tomad ejemplo!» (no dijo exactamente de quien, si de Beecher-Stowe o de los negros). Un profesor de la K. D.<sup>[6]</sup> le recomendó encarecidamente a Aisha que adoptaran en Liberia el sistema de representación proporcional, e incluso ofreció su ayuda a la naciente democracia. Al final surgió un joven de cabellos largos que empezó a gritar: «¡Lo principal es la emancipación del espíritu, el mágico futurismo de la vida! ¡Aunque tú, liberiano, seas adúltero, asesino y salteador, yo te amo, te amo! Nosotros ensuciaremos nuestras jetas con hollín y celebraremos el primitivo futuro que se avecina. Hoy por la noche, acudid todos a la escuela Tenishevski a escuchar la conferencia sobre *El ombligo y no sé qué más*, debidamente acompañada con demostraciones prácticas».

Cuando salimos del auditorio donde tuvo lugar este festejo, propuse que fuéramos inmediatamente a la conferencia futurista, pero el Maestro dijo: «¡Ya estoy harto! Amigos míos, voy a desaparecer por un tiempo, pero pronto nos veremos de nuevo.

»Contemplad estas armonizadas, inquietas y desesperadas calles. Cada piedrecita,

cada niño grita: “¡Privados de esta terrible libertad, porque es más pesada que cualquier otro yugo!”. ¿Acaso la libertad puede permanecer al margen de la total armonía? En ese caso, se transformará rápidamente en una encubierta esclavitud. Yo solo me hago libre oprimiendo a los otros. Es posible que se aprenda fácilmente a no dejarse oprimir, pero aún se necesitará una nueva Edad de Hierro y un ensayo sin precedentes en la historia para perder el deseo de oprimir a los hombres. No creáis en las bellas fábulas ni en aquellos que suspiran por la Hélade. La historia ha echado ya su opaco velo sobre el libre filósofo, lleno de sabiduría, cuya letrina limpiaba un simple esclavo, hoy desconocido. Reíd pues cuando os hablen de la divina jerarquía de la India o de la celosa libertad de los libérrimos ingleses. La libertad no existe, y no ha existido nunca. Epicteto quería comer, antes que nada. Pero la necesidad está dictada con mucha antelación, y cualquiera que sea el galimatías que ahora mueve a Ehrenburg, él anda sobre sus piernas, reclama su comida y no es indiferente al rumor de las faldas. Nuestros cientos de religiones y nuestras miles de drogas, los sistemas filosóficos y las leyes que nos gobiernan, solo pueden atestiguar lo que ya preexistía.

»Ahora la humanidad no va de ningún modo hacia el ansiado paraíso, sino hacia un muy severo y negro purgatorio. Ha comenzado algo, un oscuro crepúsculo de la nueva libertad que se avecina. Pero entretanto, hasta Asiria y Egipto serán sobrepasados por una esclavitud sin precedentes. Por eso, los trabajos forzados en galeras resultarán ser tan solo una clase preparatoria, una primera garantía de libertad y no como la representada en las estatuas de las plazas, ni como las sobadas fantasías que alumbran los escritorillos, sino la única posible libertad, creada e impulsada por el impecable equilibrio, ¡la máxima armonía! Vosotros os preguntaréis: ¿para qué este desvío hacia atrás, o hacia un lado, de estos locos y disparatados momentos? ¡Aún la mejor lección será la de las cosas! Ahora todo es mentira: los barbudos en las estaciones, los húsares del zemstvo, las colas y las copas del Irroy, los Picasso, los Schukin, y ese estúpido ¡qué! que tanto se pronuncia. Pero al fin llegará un día en el que sea verdad... La libertad que no se alimenta de la sangre, sino que se recoge gratuitamente, como una propinita, siempre se agota y muere. Pero, recordadlo bien, todo esto os lo digo ahora, cuando hay miles de manos tendidas hacia la estaca, y millones de personas preparan voluptuosamente sus espaldas: llegará un día en que nadie necesite de la estaca. ¡Un día muy lejano! Y ahora, ¡hasta la vista!».

## Todo patas arriba. Monsieur Delet se vuelve loco

**N**os quedamos solos en aquella imaginaria e inexistente ciudad (al menos, según los precisos testimonios de todos los escritores rusos de la época).

Yo, por las noches, me dedicaba a vagar por aquellas calles rectas y uniformes. En las solitarias casas bajas vivían funcionarios claramente sospechosos que, entre dos documentos «salientes» y sin ningún tipo de angustia, únicamente con los dedos manchados de tinta, iban pariendo poco a poco al Anticristo. Sastres fineses, tal vez alemanes, asombrosamente arreglados y acompañados de sus almidonadas esposas, que bebían Kúmel en las fiestas y medían con una arshina el cielo por encima de la catedral de San Isaac, importunando al Invisible que vivía allí arriba; Padres de la Iglesia; conserjes retirados; enterradores que regaban sus geranios con agua maloliente y levantaban las tablas del entarimado buscando una rata muerta, un billete de tres rublos o quizá el ombligo de la tierra. En una palabra, de todos es conocida la estupidez de Petrogrado.

Inesperadamente, entre el sucio algodón de la niebla, surgía un inmenso edificio de varios pisos, con espesos muros, un ascensor inmóvil para toda la vida entre el quinto y el sexto, y una máquina de escribir que golpetea hasta producir dolor de muelas: «¡Salvad a Rusia!».

Una multitud confusa y somnolienta permanecía durante días y días frente a las blancas pantallas de la redacción. Estaba claro que el asunto olía a Nabucodonosor, pero en lugar de «tekel» y otras palabras normales, se publicaban desvarios como: «Nuevo gabinete en España». «Chernov, nuevo ministro de Agricultura». «Fumen cigarrillos Cri-cri». Probé asombrado la solidez de la acera de la Nevski. No había cambiado de sitio. Y la aguja del almirantazgo, sin la cual, como es sabido, no hubieran podido salir adelante los poetas rusos, también estaba en su lugar habitual.

Fui al Viena y grité: «Entremeses, y ya sabéis... ¡salvad!». Los camareros calvos tartajeaban: «Sálvese, sálvese». Un reportero que había cenado copiosamente dijo: «Es indispensable salvarla», y las copas tintineaban: «Sálvese, sálvese, sálvese...».

En octubre la situación se hizo insoportable. Un día, al despertarme, recordé que existía Moscú, me puse muy contento y me encaminé a toda prisa a buscar a mis amigos. Por la tarde, cogíamos apresuradamente el tren en la estación Nikolaievski. Una vez convencido de que además de Petrogrado existía la tierra, las hojas amarillentas y, en algún lugar, en las aldeas, los alegres cerditos me tranquilicé y me dormí.

Pero cuando llegamos a Moscú había tanta humedad como en Petrogrado y se

oían las metralletas. En la sala de la estación un funcionario y un soldado estuvieron gritándose uno a otro largo rato, a cual más fuerte. Uno decía: «¡Salvad a Rusia!», y el otro «¡Salvad la revolución!». Luego se pelearon entre sí por la salvación de ambas, pero poco después se pusieron a hablar al lado de un cañón, y todos salimos disparados, cada uno en una dirección distinta.

Como es sabido, la batalla duró una semana. Yo permanecía en mi oscuro cuartucho, maldiciendo mi inepta constitución. Una de dos: o cambiaba mis inútiles brazos o me ponía unos ojos distintos. En aquel momento, bajo mi ventana, todos estaban actuando, y no con el cerebro, ni con fantasías, ni con versos. ¡No! Estaban haciendo la historia con las manos. «Feliz aquel que estuvo presente en los momentos decisivos del mundo...». Me parecía que lo mejor era correr escaleras abajo y hacer también Historia, hacerla rápido, mientras lo que tuviera entre los dedos fuese arcilla y no granito, mientras se la pudiera escribir con balas y no leerla en los seis tomos de algún sabio alemán. Pero me quedé sentado en mi cuartucho, masticando unas croquetas fritas y citando a Tiutchev. Malditos ojos, torcidos, cegados ojos, o quizá ojos de vista larga, estropeados, perdidos, en cualquier caso. ¿Para qué las treinta y tres verdades, si no puedes agarrar y apretar fuertemente con el puño una, aunque sea pequeña, pero tuya, la tuya propia?

A mi alrededor, cuando menos, todos expresaban sus sentimientos, gritaban, se alegraban, y en diversas circunstancias alababan al Todopoderoso. «¡Gracias a Dios que ha aparecido Alexei y han expulsado a esos bandidos!», gritaba una bonita muchacha llamada Leila. «¡Gracias a ti, Señor», decía emocionada la criada de Leila, Matriosha, «los bolcheviques se han llevado el gato al agua!». Pero yo ni siquiera valía para eso. Si el Maestro hubiera estado allí, me habría despojado de mi penosa libertad, me habría dicho ve, y yo hubiera ido. Pero él no estaba allí, y yo seguía *masticando mi croqueta*. ¡Recordad, futuros habitantes de nuestra posteridad, en qué se ocupaba durante estos días únicos el poeta ruso Ilya Ehrenburg!

Después, todo se calmó. Leila, una bonita muchacha (honesto, buena, rusa), su hermano Serioja (bueno, de cabellos largos, honrado, con ideas, seguidor de Lavrov y Mijailovski...). En una palabra, todos se pusieron a llorar. Yo no sé llorar (por lo visto hay unas glándulas que no me funcionan), pero me gustan las personas que tienen el llanto fácil. Tuvo lugar entonces un réquiem universal. Al mismo tiempo, muchos lloraban por algo en lo que antes no habían reparado, o que si lo habían hecho no lo aprobaban en absoluto: Leila por el imperialismo, Serioja (con Mijailovski) por la Iglesia, el colegial Fedia (hermano menor de Leila) por la industria y las finanzas... No obstante, esta era la tarea a realizar, y a falta de otra yo decidí dedicarme también a las delicias del llanto.

Comencé a deshojar, como si fuera una alcachofa, la querida memoria de los viejos tiempos: la fe infantil, los comedores familiares con sus ficus y sus entremeses, la misión de Rusia según *El diario de un escritor*, las cúpulas de las pequeñas iglesias de Pskov, el café Baum en la Tverskaia, con sus ensaimadas y los divertidos relatos

de aquel escritor gordinflón sobre el salmista, en cuya boca cabían bolas de billar. Las lágrimas no afluían, pero yo emitía prolongados gemidos, como un perro cuando hace mal tiempo.

Nací en el año 1891, fui educado en un colegio de Moscú; cuando estaba aún en cuarto curso escribí en el almanaque Camarada: «¿Cuál es su escritor favorito?». «Dostoievski». «¿Su héroe favorito?». «El protopope Avvakum». ¿Cómo podría no aullar y lamentarme? Yo ya tenía bien formados mis hábitos e incluso después de comer despreciaba la vil materia. Y era bastante chauvinista, así que cuando viajaba al extranjero todo lo nuestro me parecía especial: Dios era especial, y nuestras barrigas se abrían de una manera especial... En general, prefiero que no se destripe a nadie, pero a veces me sucedía, en cualquier sitio, en un agradable café de Copenhague, por ejemplo, que empezaba a sentirme un verdadero escita y despreciaba la triste y mezquina Europa.

Todos estos aburridos datos autobiográficos los doy a conocer para dejar bien claro cuál era mi situación el otoño del año diecisiete. Recordaba, me quejaba, escribía versos y los leía en uno de los múltiples «cafés poéticos» con mediano éxito.

Así pasaron dos meses. El Maestro no daba señales de vida. En cambio, una helada mañana de diciembre, entró corriendo en mi casa monsieur Delet, se dejó caer en un sillón y empezó a gritar angustiosamente: «¡Me muero!». Sabiendo que los franceses se distinguían por su delicada constitución física, y que a dos o tres grados bajo cero, en París, la gente se moría por docenas, me alarmé y me dispuse a tomarle el pulso. Pero monsieur Delet apartó la mano y declaró que estaba realmente enfermo, pero que no estaba ahí el meollo de la cuestión, sino en el portero Kuzma y, en general, en Rusia.

Hay que decir que, ocupado con mis llantos, no encontré un momento para ir a visitar ni una sola vez a ninguno de mis amigos, y solo en una ocasión, en el Café de los Poetas, me encontré a Alexei Spiridonovich, que al escuchar mis versos se echó a llorar y sacó del bolsillo dos pañuelos. Yo no sabía nada de la vida de monsieur Delet, y por eso Kuzma era para mí un personaje totalmente desconocido. Pedí a monsieur Delet las explicaciones necesarias y él, indignado, llorando y gruñendo, me contó sus desventuras.

Al principio, cuando «esos apaches» tomaron el poder, monsieur Delet decidió no salir a la calle en señal de protesta. Fue terrible para su digestión, pero ¡la cultura era más importante! Él esperaba que apareciera en su casa alguna delegación, negociaciones, concesiones. ¡Pero nadie! Finalmente, le habían sobrevenido las indigestiones, el insomnio. A pesar de todo, monsieur Delet tuvo tiempo de cobijar en la caja fuerte del Credit Lyonnais un pequeño paquete al que tenía en particular estima. Era necesario salir de aquí, ¿pero cómo? ¡No había caja fuerte! ¡No había bancos! ¡No había nada! ¿Oye? ¿Oye bien? ¡Solo gente y escándalo! En Kuznetski se encontró con un general muy conocido, algo así como Pirikan o Pilikan, y se precipitó hacia él:

«¿Qué se puede hacer, *mon general*?». Pero él dijo temblando: «No diga *mon general*, tchsss... Ya no existen los generales. ¿Oye? ¿Oye bien? Lo mejor que puedo hacer es despreciar mi propio estómago; mejor es suicidarse que andar por este infierno en donde nada existe».

Pero ni siquiera le querían dejar morir. Aparecieron entonces unos bandidos, a los que en París no admitirían ni en la cárcel, y manifestaron que a partir de ese momento se iban a instalar en el apartamento de monsieur Delet, y que no eran mendigos, sino que... Monsieur Delet leyó entonces «Subsección de protección a la maternidad y a la infancia». Todo eso estaba muy bien, pero ¿dónde iba a vivir ahora el propio monsieur Delet? «¡Esto es terrible, una crueldad!». Delet daba gritos y saltos por mi habitación. («Solo me ofrecieron un estrecho cuartucho». «¿Cómo?». «¿Que aquí hay suficientes *arshinas*?»). En lugar de comedor, salón, despacho, dormitorio, unas *arshinas* cúbicas! Monsieur Delet era francés, amaba la libertad, el espacio, el aire libre; él, que hasta en el teatro se sentía «prisionero», ¡tenía que ahogarse en esas pocas *arshinas*! Entonces, monsieur Delet se decidió a realizar un gesto desesperado, una hazaña heroica: él mismo fue a la guarida de esos criminales, ¡al «Soviet de distrito»! ¿Y qué pasó? Es allí donde vio, en medio de los rateros, al portero, a su propio portero Kuzma. ¿No era esto una locura? Monsieur Delet, a pesar de todo, no perdió el ánimo. Él era francés, inmune, ¿han comprendido? «A nosotros eso no nos interesa, incluso hemos arrestado tranquilamente a tres cónsules por ciertas cositas. Díganos, ¿a qué clase pertenece usted?». ¡Un destello de esperanza! ¡Palabras conocidas! ¡Las inolvidables dieciséis clases! Contestó con orgullo: «Por supuesto, no como ustedes, durante tres años en una fosa común, de la clase dieciséis. Yo soy de tercera o cuarta, una fosa en propiedad y para siempre, aunque podría ser de clase “extra”, si quiera». «¡Oh, querido Ehrenburg, en su país ha ocurrido lo más terrible, todo está patas arriba! ¡Todo está definitivamente embrollado! Ahora yo estoy abajo. Luego me echaron, y hasta Kuzma se reía: “Lo tienes merecido camarada, ¡jo!, ¡jo!, ¡jo!”. Incluso dijo: “¡Camarada Delet! ¡Usted es de clase ‘extra’...!”. Amigo mío, ¡sálveme usted! ¿Dónde está mi compañero Jurenito? ¿Dónde están todos los nuestros? ¡Puedo morir aquí mismo! ¡Ahora mismo! ¡No puedo más! Por primera vez en mi vida he perdido el apetito, he perdido todo el ímpetu, ¡lo he perdido todo! Ni siquiera las píldoras Pink me sirven ya de ayuda. Deme una docena de auténticas ostras de Marennes y una botellita de *chablis*, Lucie ya me da igual, no me movería de mi sitio por ella. Ustedes, en Petrogrado, todo el tiempo, querían salvar a alguien. ¡Salven ahora a Delet!».

Al oír estas quejas, que me conmovieron, informé por teléfono a la redacción, al Café Trébol, y también a una encantadora actriz de que ese día no podía llorar, y decidió recorrer con monsieur Delet las direcciones que teníamos anotadas, en busca de nuestros amigos. Tal vez alguno podría ayudar a nuestro agonizante monsieur Delet.

Lo primero de todo nos dirigimos a casa de mister Cool, pero por el camino

monsieur Delet se puso histérico como dos o tres veces. Se precipitó hacia la pared donde cada mañana colocaban los decretos, y exigió que se los tradujese. Le gustaba muchísimo este pasatiempo, y encontraba en ello cierto placer morboso. Escuchó tranquilamente todo lo referente a la movilización de los ingenieros agrónomos y a la fiscalización de las máquinas de coser; no le afectó ni una cosa ni la otra. Pero después de escuchar el contenido del tercer papelote se puso a dar fuertes aullidos. Se trataba del poema de un joven futurista titulado *Decreto*; en él, con un lenguaje muy completo y un estilo muy denso, se proponía la transformación y embellecimiento de la vida: ¡sacar los cuadros a la calle y tocar el tambor en las plazas! El poema acababa con la terrible advertencia de que los miserables reaccionarios que no llevaran esto a cabo morirían de todas formas, sin pena ni gloria. «¡Oh, malditos! ¡Eso significa que mañana me fusilarán! Sí, sí, mañana, bien lo sé, ¡en veinticuatro horas todo habrá terminado! ¡Mañana a las diez y media! Pero ¿qué puedo hacer? Con gusto sacaría a la plaza Zubov mi cuadro titulado “La muchacha sueña en el huerto”, pero me lo han quitado esos bribones de la *maternidad*. Además, ¡no sé tocar el tambor!, y eso significa el fin, la muerte, ¡incluso sin servicios!...». A duras penas puede calmarse, explicándole que se trataba tan solo de unos versos. «¿Cómo da usted ese bello nombre al desvarío de un perro rabioso? ¡A mí me gustan los versos! Con Zizi siempre leía, *antes*, a Hugo o a Rostand, por la cosa del ímpetu, y *después*, mientras descansaba, a Musset o a la condesa de Noailles. Pero eso es horrible, ¡más que un poema es un crimen!...».

En las calles, con ocasión de alguna festividad (desde que me expulsaron del colegio había perdido el interés por todo tipo de fiestas, incluidas las revolucionarias) habían colgado muchos carteles futuristas, cubistas, suprematistas, expresionistas y algunos otros. Monsieur Delet eligió uno, el más comprensible para él, que representaba a una mujer de color verde esmeralda, con las piernas separadas del tronco y cuatro traseros en distintas posturas; luego, a modo de interpretación, comenzó a sollozar: «¡Arte! ¡Oh, mi querido cazador, que me dabas tanto ímpetu! ¡Oh, belleza! ¡Oh, Mujer! ¡Amor! ¡Amor! ¡Todo está profanado!».

Así llegamos a la Teatralnaia Ploshad, donde sorprendimos una curiosa escena. Alguien, de apellido Jriasch, de profesión campeón de lucha libre y «partidario del futurismo» que aconsejaba a las muchachitas sobre el modo de comulgar con el sol, estaba colocando una estatua, en la que se representaba a sí mismo, en medio del jardín. Jriasch era alto, de cabello rizado y tieso, como cubierto por un polvo color bronce. Tenía los pies desnudos, un rostro inexpresivo y unos hermosos bíceps. La multitud, temerosa, guardaba silencio, imaginando que se trataba de un «importante bolchevique». Monsieur Delet sollozaba. Después llegó un soldado del ejército rojo, escupió y derribó la estatua por tierra.

El público se dispersó y nosotros nos encaminamos hacia el hotel de míster Cool. Pero allí nos enteramos de que el americano, por «inacorregible especulador», había sido enviado a un campo de concentración cerca del monasterio de Smonov. «¡Esto

es el diluvio!», se puso a gritar monsieur Delet. Decidimos ir a visitar inmediatamente al pobre míster Cool, y le encontramos en un deplorable estado. Había adelgazado mucho y hasta se había dejado barba. Con gran aburrimiento, anotaba en su libretita de cheques, perdido ya el secreto de su encanto, los sencillos acontecimientos de su vida carcelaria: «El 24 dieron dos libras de arenques secos. El 27, mijo en la comida. El 29 el fabricante Schmidt recibe una libra de azúcar, y me da, a título de préstamo, tres terrones».

Yo le llevaba a míster Cool una Biblia —un gran volumen con ilustraciones—, con intención de consolarle, y me puse a leer en voz alta: «Los últimos serán los primeros». Pero por lo visto, a causa de la mala alimentación, míster Cool había enfermado de amnesia, y al no reconocer uno de sus textos favoritos, me arrancó el grueso libro de las manos y, enfurecido, me golpeó con él en la cabeza. Después de esto se puso a vociferar que monsieur Delet también era un «incurable», y que, por tanto, tenía que ser internado en el campo. Nos fuimos apresuradamente. Después de ver a míster Cool nos dirigimos a casa de Alexei Spiridonovich. Ya desde la escalera oímos llantos y gemidos. Era nuestro amigo que leía el periódico. «¡Han talado un cerezo!», empezó a gritar sin ni siquiera saludarnos. «¡Rusia ha muerto! ¿Qué diría Tolstói si hubiese vivido hasta nuestros días?». Luego se arrojó entre los brazos de monsieur Delet, y aunque no soy aficionado a la fotografía, no sé lo que hubiera dado ahora por ver reproducida aquella escena. Alexei Spiridonovich le explicó a monsieur Delet que él no tenía relación alguna con todo lo que estaba sucediendo en Rusia, que todo era obra de dos o tres extranjeros sobornados por los alemanes, pero que pronto llegaría la liberación, y que él, Alexei Spiridonovich, le juraba a monsieur Delet que todas las deudas serían liquidadas hasta el último centavo. Mientras tanto, no podía ayudarle en nada, pues estaba enfermo de los nervios, pero sabotaba cuanto podía y esperaba el gozoso día de la inauguración de las Cortes Constituyentes.

No más alentadoras resultaron nuestras posteriores visitas. A la casa de Schmidt, que ocupaba un importante cargo, no nos dejaron pasar. Después de guardar fila durante muchísimo tiempo, nos dieron siete distintos salvoconductos pero fuimos retenidos en el último momento por cierto individuo al que no le gustaron ni los sellos de nuestros salvoconductos ni tampoco nuestras caras. Después, en la calle, nos encontramos a Ercole. Al vernos, inmediatamente adoptó una pose heroica, extendiendo una mano hacia adelante y oprimiéndose con la otra el corazón. «¿No saben ustedes que ahora soy una estatua? ¡Sí, sí, una estatua! ¡Es una ocupación como otra cualquiera, no peor que pasar las cuentas de un rosario!». Ercole nos contó que le habían ofrecido realizar algunos trabajos de obrero, como quitar nieve, por ejemplo, pero que él los había rechazado diciendo que era un romano: «Bambucci nunca ha trabajado y nunca trabajará». Entonces se encontró con un italiano que traficaba en corales y se hicieron amigos. ¿Qué podía hacer? Ercole quería volver al Vaticano, y hacerse pasar otra vez por dominico.

«Que la Madonna te libre —empezó a gritar el comerciante de corales—, eso

ahora no goza de ningún prestigio, más bien al contrario».

«Entonces diré que he matado a mil austríacos, y que soy casi general, o subgeneral».

«Todavía peor, pueden matarte de un tiro».

Pero entonces, ¿qué diablos les gusta a ellos?

«El arte es ahora el equivalente a la religión». Con esto Ercole se puso muy contento, al recordar que había nacido en Roma, pensando en las estatuas de dioses y demonios en los pórticos de las iglesias, y en la inglesa que a él mismo le había retratado. Al principio decidió hacerse pasar por pintor.

«Pero te pueden obligar a pintar cuadros durante ocho horas al día».

Reflexión. Escupitajo. Estaba decidido. No sería pintor, sino cuadro: no, es decir, no cuadro, sino estatua.

Al día siguiente, una vez rotas todas las barreras, penetró en la reunión de una comisión arqueológica, y se puso a representar a todos los dioses, estrategas y tritones de Roma. Luego se fue a su casa con el ansiado certificado que decía:

El camarada Ercole Bambucci se encuentra bajo la protección del Departamento para la Defensa de Monumentos Artísticos y de la Antigüedad de la RSFSR.

Después de comunicarnos esto y de añadir que a cambio recibía una ración bastante mala, pero que podía cederle a monsieur Delet una libra de grano y un cuarto de libra de los llamados «artículos de confitería», Ercole hizo una exhibición de la fuente de Neptuno, escupió de manera particularmente significativa y se fue por donde había venido.

Todos estos encuentros perjudicaron terriblemente a monsieur Delet, y después de pasar con él una semana me quedé convencido de la gravedad de su estado. Solo quedaba una última y débil esperanza. Ercole nos dijo cómo encontrar a Aisha, y además añadió que vivía muy bien. Monsieur Delet recobró un poco los ánimos, y manifestó la suposición de que Aisha serviría como lacayo en casa de algún «importante bandido», es decir, de un bolchevique, y que tal vez podría devolverle a monsieur Delet el banco, la caja fuerte y la libretita de cheques, y además ayudarle a salir de este país de salvajes.

Nos dirigimos a la dirección indicada, exactamente a la Comisaría de Asuntos Exteriores. Las espaciosas salas de recepción de visitantes estaban completamente vacías, ya que hasta ese momento Rusia no había establecido relaciones con ningún otro gobierno. Solo había allí una vieja dama, con aspecto de institutriz, que le estaba haciendo una violenta escena al propio comisario, pues decía que a ella, ciudadana suiza, le habían requisado ilegalmente unos camisones y otras cosas que, no siendo bolchevique sino una honrada calvinista, no podía ni nombrar. Monsieur Delet para no perder la oportunidad, también se puso a protestar, hablando al mismo tiempo de su caja fuerte, de Kuzma y de las píldoras Pink. Pero al comisario no le gustó nada de esto y, sonriendo diplomáticamente, se fue y nos dejó solos. Luego preguntamos por

Aisha, y nos enviaron al edificio adyacente, sede del Komintern «Sección de pueblos de África», donde por fin lo encontramos.

Aunque durante los días de guerra y revolución yo había perdido por completo el divino sentimiento de la sorpresa, el relato de Aisha me conmovió hasta lo hondo. Ercole era, desde luego, una estatua bastante buena, y las rejas de la cárcel no le quedaban mal a míster Cool, con sus ansias de vida espiritual incluidas. ¡Pero Aisha, el querido Aisha, con quien yo jugueteaba pacíficamente a orillas del plácido Senegal, hacía ahora el papel de encargado de propaganda entre los negros! ¡Esto era algo inaudito, sorprendente y genial por su sencillez! «¡Los blancos nos mataban, los blancos eran malos! ¡Ahora nosotros no admitiremos en nuestra casa a los buenos cabos!». En una palabra, Aisha se sentía maravillosamente bien en su nuevo papel, pero a mí me daba miedo mirar a monsieur Delet; tenía unos ojos feroces, hablaba con voz ronca y, no sé por qué, trataba de estampar un sello que había sobre el escritorio en los cabellos de Aisha. Mientras que sonreía con dulzura, Aisha nos dio claras muestras de buena memoria y de bondad cuando dijo, dirigiéndose a monsieur Delet: «¿Recuerdas? Tú dijiste a Aisha: “Aisha es mío, es francés. ¡Ve, Aisha y trabaja en guerra!”. Ahora Aisha dice: “Tú eres mío, eres senegalés. ¡Aisha te quiere mucho! ¡Ponte a trabajar y serás secretario subalterno de mi despacho!”».

Entonces sucedió algo totalmente absurdo. Monsieur Delet se subió de un salto encima de la mesa, y con una voz fina y plagada de gallos empezó a gritar: «¡Yo soy de clase “extra”! ¡Sapos ponzoñosos! ¡Carroña de la diez y seis! ¿Querriais pellizcarme detrás de la pantorrilla? ¡Ya os enseñaré! ¡Cómo apestan! ¡Gentuza! ¡Cadáveres y más cadáveres! ¡Dadme trescientos pañuelos perfumados! ¡Sellaré vuestro Senegal! ¡Os enterraré en la tercera clase! ¡Devolvedme la caja fuerte! ¡Viva la unión franco-rusa! ¡Brigadier, atad a Kuzma y llevadle a casa de monsieur Deblaire! ¡A la guillotina!, ¡chik-chirik! ¡Luego, sin servicio, al hoyo!...». Ya no quedaba duda, el pobre monsieur Delet se había vuelto loco, así que tuvieron que atarle y se lo llevaron a Kanatchikova.

Al día siguiente retomé mis interrumpidas tareas y, lamentando todo lo ocurrido, lloré sinceramente por la suerte del querido monsieur Delet, el cual, por culpa de su quimérica Necrópolis Universal, había cambiado los cuidados de los guisantes de olor y a su propia Lucie por las tristísimas salas de un manicomio. Su sentido del orden, de la armonía y de la bien distribuida jerarquía del mundo no había podido soportar aquel salvaje caos o, según lo había predicho en su momento el Maestro, «el cómodo y confortable grado preparatorio».

## Jurenito escribe decretos. Discusión acerca de la libertad en la checa

Con la temprana primavera, cuando incluso el Gobierno se convenció de la irrealidad de Petrogrado y se vino a Moscú, inesperadamente apareció el Maestro. Se presentó en mi casa, se informó de la vida que llevaba, no la aprobó, y me propuso interrumpir inmediatamente mis llantos y viajar con él a Kinieshma, en calidad de secretario suyo. Cuando le pregunté qué era lo que había estado haciendo durante esos seis meses me contestó brevemente: «¡Una vida muy holgada, que el diablo se la lleve! ¡Pero era imprescindible que arrancase los callos que ya se habían formado!». A Kinieshma viajaba en calidad de comisario.

Tres días después estábamos sentados sobre la blanda cama de un hotel, y el Maestro, mientras miraba por una ventanita a la calle, donde unos pícaros del lugar sondeaban los indolentes y grandes ojos de las muchachas que pasaban, me expuso su programa: «Lo peor de todo sería que en lugar de la destrucción y nueva construcción se haga una compostura. ¿Qué puede ser más vulgar que trasladar el gallinero a la platea y alargar una vez más el mismo drama ideológico? Voy a intentar implantar nuevos principios de igualdad, de organización, de sensatez».

Después, en la habitación contigua, las máquinas de escribir comenzaron a golpetear con ímpetu. Era Jurenito que estaba dictando decretos. Empezó por la igualdad. Todos los comisarios, especialistas soviéticos y artistas del cabaret local “Karl Marx” se debían trasladar inmediatamente a los cuartuchos de los obreros y a los sótanos. Después, para los encargados de los depósitos de ropa y para los que dirigían la “Comisión para la recogida de bienes superfluos de la burguesía”, se establecía un uniforme normalizado: camisola ancha, abrigo corto (sencillo), y gorra y botas de soldado; finalmente, el menú para los altos y bajos funcionarios de la sección de aprovisionamiento se limitaba a unas gachas, de las llamadas *pschoi* en el lenguaje de la calle. Pero estas juiciosas medidas condujeron a un tremendo desorden. La actividad de las diversas e importantes instituciones (incluyendo la «Comisión para la Recogida de Bienes Superfluos de la Burguesía» y el cabaret *Karl Marx*) fue interrumpida, y se enviaron al centro numerosísimas quejas.

Pero Jurenito no perdía la esperanza, y se puso a preparar una organización mundial para el exterminio del corrompido fantasma, son sus propias palabras, de la libertad personal. Así promulgó en el mismo día, el 12 de abril, tres pequeños decretos referentes a las distintas facetas de la vida. He aquí el texto exacto de sus disposiciones:

1. En vista de la insuficiencia de materia prima para la industria del cuero, así como del calzado terminado, y teniendo en cuenta el mal estado del pavimento de la ciudad de Kinieshma, se prohíbe, a partir del 15 del presente mes, a los ciudadanos, caminar por las calles en horas de trabajo, desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde, excepto los que lo hagan por motivos laborales y vayan provistos de los correspondientes certificados.

2. Hasta la elaboración por parte de los organismos competentes de los Consejos Centrales de un Plan de Natalidad para el año 1919, se prohíbe, a partir del 15 del presente mes, a los ciudadanos de la ciudad de Kinieshma y su distrito, llevar a cabo la fecundación.

3. Las condiciones del momento actual exigen, por parte de todos los ciudadanos honrados, el máximo esfuerzo para la reconstrucción de la industria y del transporte. Por ello, con el fin de economizar las energías mentales de los trabajadores, se suspende temporalmente la entrega de libros de filosofía y teología en las bibliotecas públicas.

Estos decretos provocaron una auténtica tempestad. La organización comunista de Kinieshma decidió que Jurenito no era marxista, y recurrió al Comité Central del partido.

«¡Oh hipocresía! —dijo indignado el Maestro—. ¡Primero piden el cambio y la destrucción, pero ya entre las ruinas, y con la chatarra en la mano, han intentado jugar a los arqueólogos, o al menos a los anticuarios! ¿En qué es peor esa jerárquica escala de raciones, que va desde el medio cuarto de pan hasta las rebanadas untadas con caviar, que las dieciséis clases de nuestro desgraciado amigo? Estos aman *la libertad* tanto como Gladston, Gambetta y los miembros de la “Asociación de defensa de los intereses del pequeño comerciante en los departamentos del sur de Francia”. Y además, como los gentleman *Old England*, cuidan de la sanidad del hogar. Como si decretar parir o prohibirlo fuera más duro que ordenar matar u obligar a rezar, que prohibir pensar si no es por indicación o dormir con objetos no sellados ni pegados. ¡Hipócritas, tapiceros del Vesubio, aristócratas disfrazados de apaches, sastres que aún echan el último remiendo a los gastados pantalones de Adán, recortándolo del lugar menos apropiado!».

Los enemigos de Jurenito trabajaron enérgicamente para destituirle. En un artículo enviado a la *Gaceta roja* de Petrogrado, el Maestro era definido como un «ignorante déspota», «uno de los que tomaron parte en el viejo juego» y «que ha deshonrado con su comportamiento la sagrada causa del proletariado».

La batalla definitiva se desencadenó poco después con las comunicaciones del Maestro sobre cuestiones de estética. El Maestro pensaba que el arte, tal como se había entendido hasta ese momento, es decir, como una multiplicación de objetos completamente inútiles, era del todo innecesario en la nueva sociedad y debía ser abolido lo antes posible. En uno de los próximos capítulos expondré con detalle las reflexiones por las que se dejaba guiar el Maestro en su neoicono-clasicismo. Mientras tanto insistiré en sus conclusiones, es decir, en su firme intención de conducirse con las nueve musas como ya habían hecho con el «incorregible» míster Cool. Los bolcheviques de Kinieshma se aferraron a sus opiniones contrarias y deificaron el arte. En la ciudad se inauguraron dieciocho teatros en los que actuaba todo el mundo: los miembros del Comité Ejecutivo, los miembros de la Checa, los

jefes de los departamentos de estadística, los alumnos de la escuela única, los milicianos, los presos «contrarrevolucionarios» e incluso algunos actores profesionales. En un teatro llamado «Liebknecht», la Unión de Juventudes Comunistas representaba cada día una pieza titulada *La suegra en tasa y todo patas arriba*. Para colmo, la suegra no era en absoluto la revolución universal, sino una simple y respetable suegra de los viejos tiempos. Todo esto, por supuesto, se diferenciaba solo cuantitativamente del anterior teatro de Kinieshma, propiedad del comerciante Kutejin.

En el terreno de la pintura tampoco se hizo mucho. Gracias a la inconsciente actitud de los campesinos hacia las obras de arte, muchas de estas se sacaron de sus lugares en las casas, y en Kinieshma se inauguró solemnemente un museo. El orgullo de dicho museo lo constituían tres cuadros: en el primero estaban representados un pez muerto con la boca abierta, una botella vacía y un repollo, todo ello firmado como *Escuela Holandesa*; en el segundo, «atribuido a Andrea del Sarto», una mujer corpulenta y pechugona sonreía con coquetería en dirección a un cartero disfrazado de ángel y con ojos de carnero degollado; el tercero estaba todo cubierto de puntitos color violeta, o sencillamente de una suciedad que se parecía mucho a las manchas de tinta, y por lo visto intentaba transmitir, según la respetada opinión de Vrubel, la inhumana pasión de los demonios.

El Maestro, sin vacilar, ordenó cerrar dicho museo y todos los teatros, ceder sus locales a las nuevas escuelas técnicas-profesionales, y movilizar a los pintores para la fabricación de modelos cómodos y resistentes de calzado de hombre y sillas de oficina. A los actores, después de proveerles de todo tipo de indicaciones, los envió por todo el distrito para que convencieran a los campesinos de que debían sembrar más patatas.

La Unión de Trabajadores de Arte envió a Moscú un desesperado telegrama, y poco después se recibió la respuesta: «¡Destituid al vándalo!». El presidente de la organización comunista dijo solemnemente: «¡Ya decía yo que este no era marxista, sino solo un burgués, o sea, un vándalo!». Y Jurenito y yo nos volvimos a Moscú.

En cuanto llegamos fuimos a tomar parte en un gran mitin, que tenía lugar en el auditorio del Museo Politécnico. Después de oír los discursos de los primeros oradores, pudimos convencernos de que el punto de vista de los actores de Kinieshma estaba bastante de acuerdo con el de los grandes e intrépidos timoneles. He aquí lo que decían aquellos oradores: «En un estado proletario resurge la belleza del mundo antiguo», «nosotros somos los defensores del libre pensamiento», «por fin ha llegado el auténtico reino de la libertad». El Maestro no podía soportar todas aquellas arcaicas rumiaduras, todos aquellos desteñidos nomeolvides, todos aquellos millares de jergones hundidos, y empezó a gritar:

«¿Cómo no les da vergüenza, ocuparse aún de la corrompida belleza y la carcomida libertad? ¡Ustedes son los auténticos contrarrevolucionarios...!».

Hubo cierto alboroto. Al salir del museo, cuando habíamos dado unos cien pasos,

dos elegantes jóvenes nos propusieron amablemente seguirles hasta su automóvil, y con toda comodidad nos condujeron a la Checa.

El interrogatorio del Maestro fue muy breve.

«¿Niega usted la existencia de la belleza y de la libertad en el estado comunista?».

«¡Ciertamente!».

«¿Considera usted contrarrevolucionarios a los que han intervenido antes en el mitin?».

«¡Por supuesto!».

Yo, durante el interrogatorio, mugía recatadamente y me quejaba de dolor de estómago, pero al final también firmé bajo la declaración del Maestro.

Por la tarde vinieron a decirnos que estábamos condenados a la pena máxima.

«¿Qué significa esto?»., pregunté yo.

«Puesto que condenarnos a la inmortalidad no está en sus manos, es evidente que se trata de una vulgar condena a muerte», contestó Jurenito.

De nuevo tuve que soportar horas sombrías, en espera de la muerte. No deseaba morir en absoluto. En primer lugar porque amo la vida, abierta y descaradamente, de cualquier modo que sea, incluso en una celda especial de la Checa; en segundo lugar, por curiosidad de saber en qué iba a terminar tan enorme alboroto. Yo entonces no sabía aún identificar ni interpretar lo que estaba sucediendo. Me había sometido ciegamente a las palabras del Maestro sin comprender sus intenciones, y a menudo me quejaba para mis adentros. A veces, apenado, añoraba una vida más sencilla y prosaica, sin significado universal, sin perspectiva milenaria; una vida con pasteles de hojaldre y versos de Balmont. Entonces me iba corriendo a casa de Alexei Spiridonovich, que tenía un gran mapa de Rusia y siempre sabía dónde se encontraban exactamente los checoslovacos, los cosacos del Don, los alemanes o los franceses; en una palabra, si estaba próximo el «gozoso día de la resurrección».

A veces, cuando caía entre abogados o viejos maestros de obras, que se sentían perdidos sin la lectura de *La palabra de Rusia*, tras su café matinal, con los sensibleros folletines del pope exclaustro Grigori Pietrov, sin desayunos en el Praga, sin la Bolsa, ni el Club, sin «libertad de palabra, prensa y movimiento», de pronto me ponía de buen humor y me alegraba de su aflicción. Sentía en tales momentos una profunda satisfacción moral ante la solemnidad de la justicia, digna por lo demás de la mejor novela inglesa, y también un auténtico éxtasis a causa de aquel escándalo mundial, bien conocido por todos los admiradores del magnífico Charles Chaplin, que destruía los puestos de loza y derribaba respetables damas.

Pero hubo momentos en que ni los checoslovacos con sus pastelillos, ni siquiera las macetas rotas, lograban satisfacerme. Yo intentaba comprender las palabras del Maestro sobre la prueba de una nueva Edad de Hierro. Traté de observarme a mí mismo con los polvorientos ojos del historiador, y entonces vi cosas maravillosas y terribles a la vez. El cielo se cubría de gigantescas espirales y cubos. Por las resonantes, luminosas y frías plazas, marchaban las inteligentes manadas de personas

de las generaciones futuras. La naturaleza se agitaba, se arrastraba de rodillas, y se sacaba de debajo de su uniforme «que cubría algo misterioso» una blanca banderita. Y después imaginaba algo muy parecido a una catástrofe ferroviaria, con oportuna participación de cometas y otros cuerpos extraños, trozos de vidrio, de hierro, la salvación en fin...

Mientras esperaba la muerte en una celda de la Checa, brusca y convulsivamente pensaba en todo esto, y sentía lo absurdo y estúpido que era morir ahora, sin quedarme ni siquiera hasta el final del primer acto.

Pasé mala noche. Por la mañana vinieron a buscarnos, y nos condujeron a través de unas resbaladizas escaleras con olor a coles y a gatos, por perdidos corredores y patios interiores. El Maestro me llevaba cogido del brazo y esto me daba fuerzas. Él sonreía y bromeaba con los soldados, protestando de que no le habían servido su ración de la mañana y asegurando que aún hubiera tenido tiempo de comérsela. A mí me zumbaban los oídos y, estúpidamente, pasaban corriendo ante mis ojos desordenados jirones de cielo gris. Después, no sé por qué, nos condujeron de nuevo por escaleras y estrechos pasadizos, y en lugar de matarnos de un tiro, sencilla y honradamente, nos metieron en una habitación que tenía un empapelado sucio y mugriento, donde un intelectual bebía té sentado en un diván.

Después de examinarnos con unos ojos miopes de aspecto bondadoso, dijo que con motivo de la llegada a la diputación de Moscú, según recuerdo, de unos comunistas de Siam, se había declarado una amnistía, y que nosotros en particular ya no seríamos fusilados. El Maestro escuchó en silencio, y yo dije cortésmente, como me habían enseñado cuando niño, *merçi*. Pero el intelectual, sin prestarme la más mínima atención, se dirigió a Jurenito con la siguiente pregunta: «Dígame, por favor, ¿acaso está usted tan encolerizado y enceguedado por su odio hacia el poder obrero y campesino que no ve nada en absoluto, y que no quiere reconocer una simple verdad, es decir, que la RSFSR es el auténtico reino de la libertad?».

El Maestro sonrió: «¡Ay, camarada, yo no estoy de ningún modo ni ciego ni encolerizado!, y digo ¡ay!, porque la cólera y el odio son garantía de lucha y movimiento, y por lo tanto de vida. Por desgracia tengo una vista muy aguda, una mente muy sobria y un carácter equilibrado. Menos aún puedo odiar el poder, sea como sea. La vida me ha enseñado un gran respeto hacia todos los oficios. Me siento totalmente a gusto con la revolución, y creo que durante el transcurso de mis treinta y un años de vida me he ocupado principalmente en operaciones de destrucción, mediante la intriga, el sabotaje y toda clase de actividades depuradoras. En lo que concierne a la libertad, que no es sino una pura abstracción, en nuestros días resulta extremadamente nociva. Ustedes destruyen la libertad, y por eso les doy mi aprobación, son ustedes los más grandes liberadores del hombre, al sujetarlo con un hermoso yugo, no ya de oro sino de hierro, bien sólido y organizado. Llegará un día en que para los alumnos de último curso la libertad se convertirá de nuevo en un grito revolucionario, y harán salir volando, como las plumas de una gallina desplumada,

las miles de vestiduras y ornamentos inútiles que conforman este mundo. Pero en el momento presente la libertad es solo un concepto contrarrevolucionario, el cojín del rentista, un caramelo en el puño de un antropófago, la canonización de todos los vertederos del mundo. Yo les doy mi aprobación. Ustedes, en solo un año, han desalojado de las cabezas de los perezosos, de los soñadores y de los débiles de carácter el mismo concepto de libertad. Pero ahora me molesta comprobar que ante un viraje inapropiado de este barco no se culpe al timón, sino a las olas. En una palabra, ustedes mismos no saben lo que hacen. Por supuesto que esto sucede muy a menudo, pero no obstante sigue siendo muy triste. Si no me fusilan, trabajaré con ustedes, en toda la medida de mis fuerzas, para destruir la belleza y la libertad de pensamiento, de sentimiento y de comportamiento, y por una legal, única y justa organización de la humanidad».

El intelectual, que era juez de instrucción revolucionario, se indignó con lo que oía. Dejó la taza, e incluso se levantó del diván y empezó a recorrer a paso rápido la habitación. Con la intención de convencer al Maestro abrió el *ABC del comunismo*, y empezó a leerle algo acerca de la plusvalía. Después de haber leído tres páginas exclamó: «¡Ahora, espero que usted haya comprendido cómo del reino de la necesidad hemos pasado al reino de la libertad!». «Querido camarada, no dudo en absoluto que el reino de la libertad llegue algún día (posiblemente cuando sean exterminadas las últimas personas que quedaron en nuestro planeta). Mientras tanto seguiremos en el reinado de la necesidad, donde la coacción no se podrá cubrir con la vulgar y meliflua máscara del lord inglés. ¡Le ruego que no intente adornar la estaca con violetas! Grande y compleja es su misión: acostumar a las personas a vivir en el fondo de este pozo, hasta tal punto que les llegue a parecer el tierno abrazo de una madre. Para esto no hay en absoluto que acercarse con prudencia y a escondidas, ocultando la estaca detrás de las espaldas. ¡No! Hay que crear un novísimo entusiasmo para una nueva esclavitud. No basta con seducir al alumno con premios y diplomas, hay que enseñarle a estar alegre durante ocho años, ocho siglos y tal vez ocho milenios. Usted, a pesar de su profunda intelectualidad y su inclinación por las citas, parece un hombre capaz, fuerte y enérgico. Deje eso de la libertad para los sifilíticos de las tabernas de Montmartre, y haga sin ella todo lo que, hablando con propiedad, ya hace día a día». «Es usted incorregible», le contestó secamente nuestro juez de instrucción. «No estoy seguro del todo, debido a su extraña terminología, de si es usted monárquico o anarquista. En cualquier caso es usted un contrarrevolucionario, y su simpatía hacia el poder soviético encierra desde luego un carácter provocador. Nosotros no somos enemigos, sino defensores de la libertad. La pena capital, en lo que respecta a usted y al ciudadano Ehrenburg, será sustituida por trabajos forzados, y la estancia en un campo de concentración hasta que terminemos con la guerra civil. ¡Y confío en que allí se dará cuenta de su error!».

## Míster Cool en el seno de una familia comunista. Las lágrimas del comisario de abastecimientos el Santo Grial

**I**ngresamos en el mismo campo donde se encontraba míster Cool, y debido a ello nuestro encierro no nos resultó del todo desagradable. El infatigable misionero había conseguido, después de un tiempo de esclavitud, acostumbrarse un poco a los cambios ocurridos y, al vernos, de nuevo se reconcilió con nosotros. Por supuesto que no se había hecho comunista, ni siquiera «simpatizante», pero no obstante se había suavizado y había vuelto a apreciar sus dos libritos, tanto el azul como el encuadernado en terciopelo. «Me equivoqué cuando pensaba que todo estaba perdido. El dólar y la moral continúan reinando sobre las gentes. Cuanto más se le persigue más deprisa crece el dólar, y aunque se trate de ridiculizar toda moral, esta gobierna de nuevo inesperadamente a sus difamadores. Confiad en el espíritu práctico de míster Cool. No es tan terrible el comunismo como lo pintan».

El Maestro mantuvo con míster Cool una larga conversación sobre temas más bien abstractos: «Las ideas sobre la propiedad en los evangelistas», «San Pablo y Lenin» y cosas por el estilo. Yo mataba el tiempo jugando con el americano al *sesenta y seis*, a una cuarta de tabaco por cada sesenta y seis partidas ganadas. Aunque nos habían enviado a hacer trabajos forzados, aparte de las mencionadas ocupaciones no hacíamos ni podíamos hacer nada. El comandante del campo respondía, ante nuestras quejas, que una comisión especial emprendería en breve una investigación para averiguar cuáles podían ser los trabajos más productivos para nosotros. El Maestro siempre se refería a la comisión con claro escepticismo, y como sufría a causa de la obligada inactividad, se puso a buscar hasta que, poco después, encontró la solución.

Resultó que podíamos quedar libres si dos miembros del partido respondían de nosotros. El primero podía ser Aisha, por supuesto. En cuanto al segundo, no estábamos seguros. Hasta nosotros llegaron rumores de que Schmidt, habiendo cambiado definitivamente, había mandado al diablo todo su Imperio y se había convertido en un «espartaquista» activo, pero por el momento eran solo rumores.

Habíamos perdido totalmente la esperanza de encontrar un segundo comunista cuando un accidente nos salvó. En nuestro campo se encontraba un tal Briujalov, antiguo propietario de una taberna con jardincito en Shablovka. Él, que en verdad no perdía el tiempo, se lo pasaba trabajando en ciertos libritos, y a menudo por la noche

podíamos oír cómo repetía del modo más estúpido, pero con gran tenacidad: «Congreso de Estocolmo, congreso de Londres, santa María Madre de Dios, ¡sálvanos y perdónanos!...». He aquí que en cierta ocasión este Briujalov cogió mi ración de tabaco, quince cigarrillos, y se la metió en el bolsillo. Yo me indigné tanto que empecé incluso a toser. Pero Briujalov me explicó amistosamente que él no estaba inscrito en realidad en el campo, sino que vivía allí por propia voluntad, hasta recibir vivienda del Departamento de Alojamiento, ya que el día anterior había aprobado un examen de instrucción política y le habían admitido como candidato en la célula. Yo paré bruscamente de toser, es decir, empecé a tosiquear muy cortésmente. Briujalov resultó ser un hombre de lo más bueno y sencillo, y después de una breve pero seria conversación con míster Cool nos cedió su firma.

Así fuimos liberados e inmediatamente los tres nos pusimos a trabajar. El Maestro se fue a ver a Aisha a la Subsección de África del Sur, míster Cool a la Comisión Inter-departamental por la Lucha Contra la Prostitución, y yo al teatro infantil Durov, donde ayudaba al querido Vladimir Leonidovich a instruir a conejitos y cobayas sobre lo referente a disparos de cañón, almacenamiento de banderas y otros actos heroicos.

Nos instalamos todos juntos en dos habitaciones, que habían sido requisadas al especulador Grosman. Allí mismo, justo al lado, vivía una pareja de comunistas, los Nazimov. Míster Cool, que se sentía espléndidamente junto con Grosman, realizaba a escala americana la continuación de las *Almas muertas*, comprando fábricas nacionalizadas, acciones anuladas y objetos de valor ya requisados. Grosman, por su parte, corría de un lado para otro, por direcciones sospechosas, trayendo como botín obligaciones fuera de uso, y, encantado, le confiaba a míster Cool su símbolo de fe: «¡Por encima de todo está la Bolsa! Acosadnos, que iremos a las catacumbas y allí, en la oscuridad y hasta asfixiándonos, seguiremos viviendo entre el murmullo de las cifras y el susurro de los billetes. ¡No me importaría morir así! E incluso ante la muerte gritaré: ¡aumenta el tres por ciento! ¡Pobre Maltzevkie! ¡La libra sigue inmutable! La bolsa es el pulso del mundo. Fui al mísero cuartucho donde se alojaba el bolsista Chivishchev, al que “ellos” ya se lo habían quitado todo, la mujer y los hijos, y la estufa, y la sopa, hasta la ropa... ¡solo había miseria, humo, nada! Pero entonces sucedió algo fantástico, y en verdad misterioso. Chivishchev me susurró: “El dólar sube, ¡en París ha aumentado dos enteros! Ya veo la victoria del Nuevo Mundo, la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York, ‘¡Las liras caen!’ ¡Pobre Italia! Allí ‘estos’ ya han empezado a trabajar. La sangre corre por las venas del mundo y yo, Grosman, separado de las sagradas Bolsas de Londres, de París y de Berlín, puedo oír desde aquí, desde la Moscú bolchevique, su enfebrecida carrera”». Míster Cool, iluminado y enternecido, estrechó las manos de Grosman.

Aunque parezca extraño, el americano hizo también amistad con los Nazimov. Eran personas agradables y honradas, viejos trabajadores del Partido. A míster Cool le gustaba su profunda moralidad. En cierta ocasión en que vino a casa una

admiradora de mi talento poético, muy oportunamente, antes de que se fuera, la camarada Nazimova comunicó a míster Cool sus pensamientos: «Este Ehrenburg es un excelente modelo de la degenerada cultura burguesa. Yo, por supuesto, estoy en contra del matrimonio por la Iglesia, por eso establecimos el matrimonio civil. Pero aún así no le criticaría por no haber informado a la subsección del Registro Civil de sus intenciones hacia esa camarada, si al menos hubiese visto en ellos una auténtica afinidad ideológica. ¡Pero le aseguro a usted que eso no es así! A mí me unen con mi marido, el camarada Andrei, treinta años de trabajo en el Partido. Con eso queda explicado todo. Imagínese, si él hubiese sido menchevique, cómo hubiera podido yo...». En la habitación de los Nazimov estaban colgadas en las paredes ciertas fotografías: el retrato de Karl Marx, el cuadro titulado *Espacio abierto* de Repin y la Venus de Milo. Los Nazimov veneraban el arte como algo sagrado. Cuando Nazimov iba al *subotnik*,<sup>[7]</sup> es decir a acarrear leña para la estación de Riazán, durante el camino recordaba todo el tiempo unos versos de Balmont, que era su favorito: «¡Quiero incendios en las casas! ¡Quiero fuertes tempestades!». A Nazimova le gustaba visitar el Teatro del Arte, y cuando allí silbaba el viento, cotorreaban los grillos, sonaban los cascabeles o algo vibraba en los estómagos de aquella «gente inútil», se emocionaba y decía: «¡Esto es un sueño, una ilusión!...».

Los Nazimov vivían modestamente. Por la mañana trabajaban, por la tarde acudían a las comisiones y por la noche a las reuniones. A veces, después de agitadas conversaciones con Grosman, ya tarde, por la noche, a míster Cool le gustaba pasarse por la habitación de los Nazimov. Allí ardía acogedoramente una lámpara, y la camarada Olga le leía al camarada Andrei las últimas *tesis sobre los sindicatos*. Él la interrumpía de cuando en cuando con interpolaciones: «¡Eso es sindicalismo!», «Pero ¿dónde dejan a Marx?», «Peligrosa demagogia...», etc. Míster Cool se sentaba y también escuchaba, o mejor dicho, no escuchaba, sino que gozaba con la impecable paz de aquella familia. «Ustedes no son revolucionarios —decía él—, ustedes son unos cuáqueros de lo más respetable. ¡No les temo en absoluto!», e intrépidamente le tocaba el brazo al camarada Andrei, el cual ni siquiera le escuchaba, indignado por las «tendencias pequeño-burguesas de los obreros de la oposición».

Míster Cool reclutó a la camarada Nazimova para trabajar en la «Comisión por la Lucha contra la Prostitución». Como otros muchos y antiquísimos oficios, esta vieja profesión resurgió en Moscú después de haber perdido su pasado carácter de casta limitada. Todos, por supuesto, comprendían sus profundas raíces sociales, pero no satisfechos con el diagnóstico acudieron a los paliativos. Míster Cool ofreció entonces una recompensa a todas aquellas prostitutas que se decidieran a realizar un trabajo productivo. La camarada Nazimova (la cual, como la mayoría de comunistas que he conocido, se distinguía por su extremado idealismo) era partidaria de una acción moralizante, en particular de obligarlas a asistir a conferencias dedicadas a realzar la semblanza de los más grandes comunistas del mundo.

El papel principal en la comisión lo realizaba el camarada Radielov, comisario del

Comité de Abastecimientos que venía algunas veces a ver a míster Cool, por lo que nos hicimos muy amigos. Era este un individuo entregado por completo a sus ideas, y hablaba exclusivamente de vagones, cargas, *puds*,<sup>[8]</sup> pan o pescado seco... Iba siempre vestido con una chaqueta de mujer, vuelta del revés, que no se sabía cómo había llegado a su poder, completamente desgarrada. Se alimentaba con una libra de pan y un repugnante líquido llamado «sopa de legumbres para comedores de la categoría B». Estaba flaco y enfermo, pero nada, a excepción de los misteriosos vagones que se arrastraban por ciertas líneas, parecía importarle. Radielov solo tenía una debilidad: a veces le embargaba una salvaje y sobrehumana pasión por la mujer, aunque no por ninguna en particular, pues abrumado por sus vagones no se fijaba en la gente, sino más bien por la mujer en general. Aquel hombre era monstruoso, hasta llegar a una rareza de museo. Su rostro era de color púrpura, profundamente picado de viruelas, con una catarata en el ojo izquierdo y una enorme nuez que se agitaba bajo el alto cuello de papel. Nunca una mujer había sentido hacia él algo que no fuera repugnancia mezclada con lástima. Radielov no podía ir a casa de una prostituta, pues esto estaba totalmente en contra de sus principios. Pero, a veces, se dedicaba a autoengañarse ingenuamente de la siguiente manera: se ganaba la confianza de alguna camarera o costurera, luego le llevaba un regalo, hablaba con ella media hora de sus ideas, perdía la cabeza, dejaba por fin de hablar y actuaba. Justamente cuando yo le conocí hacía mucho tiempo que Radielov no había satisfecho su concupiscencia, y se hallaba en una de sus mayores explosiones. Por minutos parecía como si fuera a haber un inesperado accidente en sus trenes misteriosos...

Una tarde, nos invitó a mí y a Jurenito a acompañarle a visitar a una linda telefonista, a la que estaba instruyendo con miras a ser su *padrino* el solemne día de su entrada en la *célula*. Nosotros aceptamos. Radielov se llevó consigo dos libras de azúcar y una libra de aceite de linaza, toda su ración de un mes. Como ya dije antes, él comía pan seco y bebía té de zanahoria sin azúcar.

La famosa telefonista, la camarada Marusia, resultó ser una criatura pequeña y delgadita. Yo ya había visto en Moscú gente muy delgada, o para ser más exactos, solo había visto en Moscú gente muy delgada, pero la delgadez de Marusia era sorprendente. Su esqueleto se hallaba malamente cubierto por una piel marchita. Al ver el azúcar y el aceite pasó devotamente sus ojos sobre ellos, y ya no pudo apartarlos de su objetivo. Mientras tanto Radielov se puso a hablar con especial ardor sobre vagones y cargas, y sobre la cantidad de *puds* que llevaban a Moscú. «Con la *tarjeta A* daban también arenques y petróleo. ¡Cuánta grandeza la de este consumo nivelado! ¡Trece mil ciento dos vagones! ¡Un único plan de economía! ¡Por primera vez los obreros se habían liberado de los parásitos, y eran abastecidos de todo lo necesario!». Pero Marusia continuaba mirando a la botella de aquel líquido turbio y amarillo. De pronto hubo un cambio en Radielov. Sin acabar su himno en honor del nuevo sistema de tarjetas, se sentó lo más cerca que pudo de Marusia y murmuró jadeante: «Usted, camarada..., es muy consciente y hermosa...». Nosotros nos

apartamos a un lado, y nos pusimos a observar atentamente un cuadro que había colgado en la pared, precisamente *La isla de los muertos*, de un tal Bóklin.

Inesperadamente, Radielov pegó un salto y comenzó a gritar: «Sus huesos, oh, sus huesos, ¡sus huesos sobresalen! ¿Qué es esto? ¿Cómo es esto? ¿Cómo es posible?». Marusia, confundida, se puso en orden la blusa y murmuró: «... las raciones han disminuido. Durante el pasado mes no recibí absolutamente nada, nada de grasas. ¡Disculpe, camarada!». Radielov se puso entonces a llorar en voz alta, aunque ni siquiera lloraba y más bien aullaba. Entre los sollozos brotaban palabras sueltas: «¡Ración! ¡Oh, yo no puedo...! ¡Grasas...! ¿Cómo es eso...? ¡Pobre, pobre...!», y se puso todavía más feo. Hinchado, rojo y en cuclillas, no hacía más que llorar y llorar.

Nosotros nos marchamos. La escalera estaba oscura y resbaladiza, los escalones se habían congelado. Desde el apartamento nos llegaba aquel llanto, enajenado, sin sentido. El Maestro me dijo:

«La gente se ríe de todo aquel que no sabe calcular el peso, de aquel que al echar el pie no ve el escalón y cae. ¡Pobres gentes, que se manifiestan con lamentable solemnidad ante sus bufonadas carnavalescas, y con tanta despreocupación y estupidez ante la impotencia y la imposibilidad! Desde los trece mil ciento dos vagones hasta las costillas de Marusia solo hay un paso, y al mismo tiempo una eternidad insondable. Las lágrimas de Radielov son muy grandes, unas lágrimas inolvidables.

»Si yo me interesara por los ritos las reuniría en un cáliz, el nuevo y reluciente Santo Grial. Y cuando la humanidad estuviera saciada y gruñendo de satisfacción, después de componer unos versitos y de imaginar una reforma totalmente realizable, rociaría con estas lágrimas de desesperación y de vergüenza a todos los *creadores de la armonía*, a los paladines del *progreso*, fecundando así a la fértil tierra, abandonada con la miseria de los muertos y la glotonería insaciable de los vivos».

## El Gran Inquisidor al margen de la leyenda

**E**n aquellos días angustiosos y míseros, de hambre y frío continuos, enfundada la cabeza en una bufanda de lana, me dedicaba no a pensar, sino a meditar, es decir, trataba de rebasar el mundo y a mí mismo por todas partes. No conseguía nada, porque el frente me ocultaba el perfil y el conjunto seguía siendo inapresable. Ni el Santo Grial de los abastecimientos ni el idilio de los Nazimov podían explicarme el sentido de lo que ocurría. Igual de estéril era mi trabajo en el teatro Durov.

Me pasaba meditando días y noches, en prosa y en verso, con la particularidad de que hasta los versos los había titulado con toda honradez *Meditaciones moscovitas*. Tenía un miedo espantoso de ser el tonto del cuento de Andersen y darme cuenta de que el rey estaba desnudo, aunque solo las miradas devotas de millones habrían bastado para tejer suntuosas vestiduras, incluso si por naturaleza no le correspondieran. Pero el otro extremo tampoco me satisfacía gran cosa. Yo soy así. Cuando un fornido mozo canta la gloria de las cohortes celestiales, le miro y pienso: ¡cuántos puntos negros tiene en la nariz, y cómo le suda! Seguro que piensa ahora: «cuando termine de cantar, comeré *okroshka* y de puro aburrimiento le daré de capirotaños en la nariz al gato Vaska». ¿Qué vale más: meter a san Pablo en chirona por salteador, o permanecer con la boca abierta ante cualquiera que arree a la gente y a los dioses, esperando que de un momento a otro alumbre un nuevo Evangelio?

Meditaba de este modo al tiempo que digería la crónica del *Izvestia*, algunos mitos, los discursos de Lenin y los 200 gramos de vobla, distribuida por uno de los ayudantes de Radielov a cambio del cupón 87. Hablé con Jurenito de todas mis vacilaciones. El Maestro me respondió:

«También yo quisiera depurar algo mis impresiones de toda suerte de *voblas*. Para ello visitaremos el puente de mando y charlaremos con alguien que lo ocupa. Allí podrás, como estudiante de primero de Medicina durante el recorrido por la sala, reconocer los diversos síntomas de esa nueva fiebre patética. Así, pues, mañana a las dos de la madrugada».

Conociendo al Maestro, no pequé de curioso ni me puse a preguntarle a quién íbamos a ver, por qué lo haríamos a una hora tan tardía y, finalmente, cómo esperaba conseguir el pase.

Cuando caminábamos por el desierto y nevado Kremlin hacia el *puente de mando*, sentí miedo no porque creyera en las encantadoras leyendas divulgadas por las desocupadas esposas de los ex fiscales, para quienes los jefes bolcheviques eran algo intermedio entre Jack el Destripador y la langosta apocalíptica. No, simplemente

tenía miedo de los hombres que podían hacer algo no solo consigo mismos, sino también con los otros. Ese temor ante la autoridad lo había experimentado siempre: incluso de niño daba un rodeo para no pasar ante el bondadoso guardia que dormitaba bajo su capuchón en la esquina de la calle Prechistenka. En los últimos años, al ver a diversos amigos, compañeros de juergas y de estudios ocupando cargos de ministros, comisarios y demás, comprendí que mi temor no era provocado por las personas, sino por algo exterior, mejor dicho, por la cartera, el gorro *Monómaco*,<sup>[9]</sup> un minúsculo mandato. ¡Quién sabe lo que un hombre así podría querer! En todo caso (y esto es indudable), si quería, podía. En una palabra, dije al Maestro que no iría a casa de ese importante comunista porque le tenía mucho miedo, que sería mejor esperarle paseando junto a la puerta, y que él me lo contaría todo después. Se lo dije cuando ya estábamos en el portal y el Maestro, en vez de responderme, me empujó paternalmente escalera arriba. Mi temor aumentó cuando el último centinela, después de estudiar mi rostro largo rato, dijo al fin con increíble solemnidad: «¡Pueden pasar!».

Al entrar en el despacho tuve solamente tiempo de distinguir unos ojos burlones e inteligentes: comprendí que debía huir, pero en vez de ello me precipité hacia una columna con un busto de Engels, que estaba en un rincón, me oculté tras ella y, sentando en cuclillas, pensé lleno de frío y angustia: «¡Me encontrarán enseguida! ¡Qué vergüenza! ¿Cómo describirá esto el futuro biógrafo del poeta Ilya Ehrenburg? No tuve miedo ni de los cañones, ni de Kare Schmidt ni de los paisanos de Aisha, y de pronto me asusta un mocetón bondadoso que cinco años atrás fue vecino mío en París y bebía cerveza en mi café predilecto...».

Pero no podía sobreponerme al miedo. Durante todo el tiempo que duró la charla, permanecí metido en mi rincón. Una vez, el polvo se me metió en la nariz y estornudé, provocando con ello una perpleja mirada *del mismo en persona* y la réplica desdeñosa del Maestro: «Es un camarada que viene conmigo; no haga caso».

La prensa europea publicó no pocas interviús con los líderes del comunismo. Entre ellas se distinguieron muy particularmente dos: la charla del escritor inglés Wells con Lenin sobre los paseos en las ciudades futuras, charla acompañada por el alegre chasquido de la máquina fotográfica, manejada con la máxima energía, y el relato del enviado especial de *Buenos días*, periódico de Madrid, sobre cómo Trotski, durante la interviú, se dedicaba a devorar con peculiar avidez pequeñas albondiguillas hechas con la carne de los niños burgueses. Me parece, sin embargo, que la charla nocturna del Maestro con el gran comunista ofrece excepcional interés, debido a la importancia y agudeza de los temas tratados. Pese a mi lastimoso estado, tenía la impresión de que ese pequeño cuarto de altos ventanales, que daban a patios desiertos cubiertos por la nieve, se transformaba en un puente de mando, y el muerto Kremlin, así como toda la gélida y hosca Rusia, en un salvaje navío que hubiera emprendido algún viaje a través de la noche.

Al principio, el comunista procuraba hablar de cosas completamente distintas y,

en vez de responder, preguntar. Le interesaba saber, sobre todo, si era inmediata la revolución social en Méjico, si se desarrollaba en gran escala la electrificación, etc. Pero el Maestro encauzó rápidamente el coloquio en otra dirección. Recurrió para ello a un método seguro de ataque: impuso al comunista la defensiva, cosa que le obligó a descubrirse.

«¿Qué piensa usted —le preguntó Jurenito— sobre la inactividad, el desorden y el salvaje despilfarro de fuerzas que reina en la República Soviética? Tenemos en el orden del día la campaña de siembra, la cuenca del Donetz, la propaganda y, finalmente, la electrificación. ¿Y en qué se nos van las fuerzas? Los poetas escriben versos sobre los miuridas<sup>[10]</sup> y las tortugas del Epiro, los pintores plasman barbas y escupideras, los filósofos denigran todos los sistemas filosóficos, los filólogos escarban en sus raíces y los matemáticos, en eso, no les van a la zaga. Además, en los teatros se representan los misterios de Claudel. ¿Por qué no se cierran todos los teatros y se suprimen la poesía, la filosofía y demás vanos pasatiempos...?».

«De todo esto —le respondió apaciblemente el comunista— hable mejor con Lunacharski.<sup>[11]</sup> El arte es su debilidad; yo, en cambio, no entiendo nada de ello y los oficios enumerados por usted no me interesan en absoluto. En realidad, me parece mucho más divertido promulgar decretos sobre la nacionalización del pequeño ganado, haciendo despertar de su sueño a millones de hombres, que leer versos de Pushkin, pues estos, hablando en confianza, me hacen dormir. Desde que era niño no he vuelto a leer nada que no esté relacionado con mi especialidad. No miro los cuadros, porque me resulta más interesante mirar los diagramas. Jamás estuve en un teatro a excepción del año pasado en *acto de servicio*, cuando tuve que acompañar a los invitados de la República, pero me entró todavía más sueño que cuando leía a Pushkin de niño. Para pasar al comunismo es preciso concentrar todas las fuerzas, todos los deseos, toda la voluntad, toda la vida en una sola cosa: la economía. Una hectárea sembrada, una locomotora construida, una partida de productos manufacturados es el camino que conduce hacia él, y por consiguiente la meta de nuestra vida, su énfasis y justificación. Dejen, pues, los vocablos sánscritos, los ayes amorosos, la construcción de nuevos dioses o la reparación de lo viejo, cuadros, versos, tragedias y cosas similares. ¡Más vale que hagan una sola hoz o que consigan una sola libra de trigo!».

«Le comprendo —respondió Jurenito—. Usted es un notable modelo de sano monopensamiento. Aquellos que tienen muchas ideas suelen finalizar su vida en cuclillas, detrás de una columna —dijo eso después de mi estornudo—, pero la comienzan, por el contrario, con inflexibles anteojeras, que concentran toda la energía en un solo propósito. El monopensamiento es actividad, movimiento, vida. La reflexión, un bello y brillante recreo, el postre de la última cena. Permítame ahora que le haga una segunda pregunta. ¿Cómo toleran a esos social-revolucionarios que intervienen en los mítines, a esos idealistas que continúan denigrando el materialismo dialéctico, aunque sea discretamente, en su círculo familiar, y, en fin, a los millones

de hombres que siguen creyendo hasta ahora no en el triunfo del comunismo, sino en las facultades curativas de san Pantaleón?».

«Tampoco eso es de mi incumbencia. Para toda esa información, diríjase al camarada... —debido a un violento acceso de temor no capté el nombre—. Opino que a la gente inofensiva, incluso si está equivocada, no se le debe ofender. Nosotros, naturalmente, tenemos razón. Ellos, como es natural, se equivocan por completo, unos por tontos y otros por traidores. A los primeros los instruiremos; los segundos serán eliminados».

«Tiene usted razón indiscutiblemente —corroboró el Maestro—. Los hipócritas les calificarán de fanáticos, pero ¿se puede acaso hacer algo no siendo ciego, no creyendo en la absoluta razón de sus propios actos? Si yo tengo razón, pero también la tiene mi amigo, uno, otro y un tercero, y todos nosotros, en fin, no tenemos más que fragmentos de una sola verdad, como afirman los impotentes de nacimiento, en este caso no nos queda más remedio que reconocer los hechos y sentarnos luego sobre una almohada para rascarnos la barriga hasta que llegue la hora de morir. La acción comienza allí donde terminan los *peros* de los sabios. He apreciado en toda su plenitud la potencia de su *naturaleza*. Eso significa que ustedes no poseen el 99% de la verdad, sino toda la verdad, ya que si algún menchevique tuviese aunque solo fuera el 1% de la misma, entonces, en vez de mandarlo a la cárcel, habría que invitarlo al Consejo, consultar con él, discutir, meditar, vacilar y dejar de actuar. La venda que cubre nuestros ojos es una espléndida coraza contra el demonio de la sabiduría, de la aceptación general y demás bagatelas hindúes y de sobremesa. En el *Izvestia* de hoy se ha publicado la lista de los fusilados...».

El comunista exclamó, interrumpiendo al Maestro:

«¡Es terrible! Pero ¡no hay más remedio que hacerlo!».

No le veía el rostro, pero al oír su voz comprendí que, en efecto, se sentía abrumado por las ejecuciones, que sus palabras no eran una excusa diplomática, sino el sincero sentimiento de un hombre, probablemente bondadoso, que jamás había hecho daño a nadie.

El comunista continuó:

«Conducimos a la humanidad hacia un futuro mejor. Algunos, a quienes no les conviene, nos lo impiden por todos los medios; se esconden tras los arbustos y disparan contra nosotros, hacen saltar los caminos, alejan el anhelado objetivo más y más. Debemos eliminarlos, matando así a uno para salvar a millares. Otros se resisten sin comprender que su felicidad está en el futuro, temen el duro camino y se aferran a la miserable sombra de la choza pasada. Nosotros los empujamos hacia delante, los empujamos al paraíso con látigos de hierro. A un desertor del ejército rojo hay que fusilarle para que sus hijos, los hijos del fusilado, ¡lleguen a conocer en toda su dulzura la comuna futura...!».

Se levantó de un salto, se puso a recorrer la habitación y habló rápidamente, esta vez sin ironía, como si escupiese desesperadamente las palabras:

«¿Por qué me habla de eso? ¡Lo sé bien! ¿Cree que es fácil? A usted le resulta fácil verlo, a ellos, fácil obedecer. ¡Pero es aquí donde está el dolor, el tormento! Naturalmente, el proceso histórico, lo inevitable, etc., etc. Pero alguien debía comprender, empezar, ponerse al frente. Hace dos años solo tenían estacas, rugían a voz en grito, despedazaban a los generales, cortaban las ubres de las vacas de raza. Como un mar agitado, borrascoso. Era preciso hacerse cargo de toda la fuerza de su ira y orientar todo el ansia de una nueva vida por un cauce claro y bien preciso. ¡Alto, cobarde, defiende con el fusil a los Soviets! ¡Trabaja, vago, construye locomotoras! ¡Sembrad, reparad los caminos, aguzad los clavos! A los generales, a los terratenientes que quemaban sus propiedades y a los alféreces, los escarnecían, pero luego se arrastraban sobre el vientre ante los iconos, arrepentidos y temblorosos. ¡Pero hemos venido nosotros...! ¿Quiénes? Yo, decenas, millares, la organización, el Partido, el poder. Les liberamos de la responsabilidad. La hemos trasladado de las *isbas* y de los cuarteles aquí, a estas viviendas seculares, a las malditas salas del palacio. Yo no pienso arrastrarme bajo las imágenes sagradas pidiendo el perdón de mis pecados, tampoco pienso lavarme las manos. Digo simplemente que es duro. Pero así es preciso, ¿me oye? No se puede de otro modo...».

Asomándome, pude ver que el Maestro se acercó hada él y le besó en la frente alta y abombada. Petrificado por la sorpresa y el horror, eché a correr. Solo me recobré al llegar a las puertas del Kremlin, donde un centinela nos detuvo a Jurenito y a mí para exigirnos el pase.

«Maestro, ¿por qué le besó usted? ¿Por veneración, por piedad?».

«No, no, siempre respeto las tradiciones de un país, también los comunistas son muy tradicionales en sus costumbres. Después de oírle, me acordé de precedentes homogéneos en las obras de Dostoievski y, respetando la etiqueta, le di el beso ritual en nombre de muchísimos millones de seres humanos».

## Marco Aurelio y los comités de dirección. Shakse- Vaksei

La situación de lurenito se estabilizó a partir de entonces, y recibió un alto nombramiento en la Internacional Comunista. Yo continuaba propagando los principios revolucionarios entre los conejitos del Durov, recibiendo por ello la mitad de la ración de un académico. Así iban pasando los meses. Comía gachas, y por las noches soñaba con los grasientos bistecs, con los cafés parisinos y con la vida fácil que ya nunca volvería a disfrutar. A veces me sentía sin fuerzas y buscaba el apoyo de Jurenito, que continuaba invariablemente animoso, aunque también había adelgazado mucho y enfermado de reumatismo, a causa del frío que hacía en su habitación.

Nos gustaba, ya tarde, por la noche, caminar por las calles muertas y vacías, entre las casas sucias por el humo. Moscú parecía hermana de Brujas o Rávena, un inmenso mausoleo donde solo las inesperadas y temerarias bocinas de algún automóvil y las febriles luces encendidas en las ventanas de los Organismos Dirigentes o de los Comisariados nos recordaban que no todo era ruina sino salvajes foscarrales, y que nosotros no éramos simples llorones cubiertos por la nieve, sino locos exploradores que se habían adentrado en una noche aún desconocida.

Durante uno de aquellos paseos, en la plaza Roja, nos encontramos con Alexei Spiridonovich. Tenía el aspecto de un hombre definitivamente acosado y desesperado. Nos contó que el espíritu seguía siendo el espíritu, pero que aparte de eso tenía una ruin panza. En una palabra, que se había visto obligado a «rendirse ante una lucha desigual» y ponerse finalmente a trabajar. Había dudado durante largo tiempo; hasta el último momento había pensado en el suicidio o en la huida hacia el Don, e incluso en escribir una carta para la posteridad explicando su conducta, pero finalmente se había puesto a la tarea, eligiendo un lugar donde la ración era algo mejor (dos libras de mantequilla). La institución se llamaba *Guvuz* y él debía enseñar literatura rusa a los alumnos de economía militar. «Pero ¡imaginaos qué atrocidad! ¡Bárbaros! ¿Se podía soportar algo así? ¡Y Europa seguía manteniendo la boca cerrada! Cuando empecé a hablarles de Chéjov y de los tiernos y afectuosos campesinos que soñaban con el reino de Dios sobre la tierra, apareció un comisario y me dijo que nadie tenía necesidad de todo eso y que era hora de dejar de lado los gimoteos burgueses y empezar a escribir cosas útiles, como por ejemplo los relatos sobre los héroes del frente laboral que habían superado en un cien por cien la tarea encomendada por el Comité. Los poemas de Lermontov sobre los ángeles tampoco los aprobó, y me puso como ejemplo a un tal Demián Bedni, que exhortaba a los

campesinos para que sustituyesen las patatas por clavos. ¿Qué puedo hacer? Está escrito: todo será perdonado, todo excepto los pecados contra el Espíritu Santo...».

El Maestro se quedó tan tranquilo: «Ese comisario, por lo que se ve, es un buen muchacho, y no desprovisto de ingenio. Por favor, preséntamelo. Prefiero definitivamente a un comunista enamorado de los clavos que a un comunista en el papel de Lorenzo el Magnífico, que se emocione ante “la eterna permanencia de Lermontov al margen de las clases”. ¡Qué se le va a hacer, querido, tú no elegiste el momento para nacer! Sin duda no has acertado con el siglo. Me da mucha lástima por ti, pero es inútil renegar del presente y evocar la vieja historia, que no es la primera vez que hace estas jugarretas. Llegará un día en que estos Comités, junto a los clavos y otras sandeces por el estilo, se convertirán en una sorprendente mitología, en una singular epopeya. Incluso me atrevo a pensar que cierto pastor del Epiro calentaba su sopa sobre el fuego antes de que su poético nieto diera a luz a Prometeo. Ha comenzado la época de la nueva barbarie, de la negación infundada, de la primitiva energía de los primeros pasos, con los cuales (por ser algo inhabitual) no solo está encantada la asombrada mamaíta sino el propio bebé, enamorado de sí mismo. Disculpa un poco mi lección de ginecología: para que el bebé pueda vivir es necesario cortar el cordón umbilical. Después hay que acercarle al pezón de la madre, y así comenzará una vez más el perdido Renacimiento. Desenterrarán a tu Lermontov y suspirarán: “¡Qué belleza! ¡Cómo no comprendían esto...!”».

Alexei Spiridonovich no podía compartir estas opiniones. «Son unos bárbaros, no tienen altura espiritual ni superioridad moral. ¡No tienen Dios! No son los primeros cristianos, ¡son simplemente unos vándalos! Yo mismo esperaba una nueva revelación, también yo sufría por el materialismo de Europa, y estaba dispuesto a postrarme aquí, en la plaza del Teatro, ante el severo profeta. Pero todo eso ¿qué tiene que ver con los sagrados clavos y los infalibles Comités de Dirección?».

«¡Muy sencillo! Tú esperabas a un profeta que se pareciese a ti en el aspecto idealista, es decir, que estudiase a Soloviev y a Dostoievski, y que no corriera en las pausas detrás de las chicas. En cambio, ha resultado algo totalmente inesperado. Recuerda ahora. ¿Acaso los primeros cristianos les parecieron a los romanos los representantes de una “gran revelación”?, ¿o más bien miserables esclavos, de moral grosera, supersticiosa y primitiva? En lugar del sublime derecho romano, el balbuceo comunista de los hebreos que han logrado escapar de la matanza; en lugar de Homero, el miserable decálogo de ciertas tribus vencidas... ¿Acaso Nerón despreciaba a los cristianos? Sencillamente les temía. Los que despreciaban a los cristianos eran otros, los inteligentes colegas de tu Merezhkovski, por ejemplo Marco Aurelio. Los Comités de Dirección, he ahí el Nuevo Testamento».

«¡Mira! —dijo— (pasábamos en ese momento junto al Teatro Bolshoi). En esa casa medio derruida parpadean unas luces. ¿Qué significa eso? ¿El anuncio de unos nuevos cigarrillos? ¡Oh, no, son las tablas del Sinaí! “¡Viva la electricidad!”. En un país que está usando pantalones remendados y que se retuerce de hambre, atacado por

el tifus y congelado en sus isbas agujereadas por falta de clavos, ¡óyeme bien, clavos, y no santos!, se oye de repente una demente consigna: “¡Adelante con la electrificación!”. Las gentes se reúnen, escuchan conferencias, trazan esquemas, y para ellos se enciende una insignificante lucecita que alumbraba un lejano paraíso electrificado, con trilladoras danzantes, con despreocupados molinos y con bosques de fábricas sin humo. Para esto habrá que esperar a que se caiga el último andrajo de la camisa, a que los piojos se coman los vientres hinchados por el orujo y a que cientos de miles de personas mueran en las cárceles. “¡Creo en la luz!”, gritan extasiados. ¿Acaso no es nuestro profeta actual?».

Las palabras del Maestro me produjeron un miedo indescriptible. Cogí del brazo al quejica de Alexei Spiridonovich y le llevé a mi casa. Mientras mordisqueábamos un trocito de pan, nos consolábamos el uno al otro: ¡tal vez todo eso no suceda así, sino más bien al contrario! Los comunistas cambiarán, se harán buenos, sensibles, me permitirán publicar poemas sobre Pedro y Pablo y hablar de Soloviev a Alexei Spiridonovich. Y después de cubrirnos con mi abrigo, unos viejos chalecos y una raída alfombrilla, nos quedamos dormidos, por completo agotados.

Las siguientes semanas me ofrecieron algo más de distracción porque el Maestro, enviado al Cáucaso para participar en el Congreso de los Pueblos del Este, permitió que Aisha y yo le acompañásemos.

El viaje resultó muy pintoresco. Con el fin de estudiar el carácter y costumbres de la población, el Maestro rechazó su compartimento en el coche cama. Con gran dificultad logramos introducirnos en la *tieplushka*,<sup>[12]</sup> gracias al empleo por parte del Maestro de sus conocimientos de lucha libre, y al terrorífico aullido guerrero del buen Aisha. Allí nos encontramos con multitud de gente alegre y variada, aunque por desgracia tuvimos que permanecer de pie durante dos semanas, sin movernos del sitio, ya que hasta el más ligero movimiento de un brazo levantaba murmullos de queja e indignación por parte del vagón en general. Por lo demás, al tercer día nos habituamos y aprendimos a dormir de pie. El tren realizaba su recorrido de una manera muy particular, pasando de una feliz contingencia a otra aún más original. Parábamos ante cualquier hangar de una estación perdida y desmontábamos el edificio. Las tablas bastaban para alimentar a la voraz locomotora durante algunas horas. Cuando atravesábamos un bosque, los pasajeros salían y se ponían a talar árboles para hacer leña. Cuando se avistaba un charco grande o un riachuelo, se formaba una cadena, y todos se iban pasando el cubo, de unos a otros, a fin de abreviar, trago tras trago, a nuestro ardiente monstruo.

Aparte de estas tranquilas ocupaciones, los largos días de camino se animaban muchísimo con pequeños incidentes belicosos. Cuatro veces fuimos asaltados por gentes distintas (quiénes eran exactamente no lo sabíamos, pero el comisario contestaba de manera un tanto vaga: «son bandidos», y no se hablaba más de la cuestión). Cerca de Jarkov nos dispararon incluso con una ametralladora. Nosotros por nuestra parte también disparamos, y a duras penas conseguimos escapar. Los

estraperlistas, que viajaban en el techo de los vagones, eran nuestros vigías. Durante todo el camino perdimos en total cuatro pasajeros que fueron asesinados, además de un viejecito que simplemente se murió, según creo de vejez.

Nuestros compañeros de viaje eran preferentemente campesinos. Durante los descansos entre los combates compartían con nosotros sus opiniones sobre la religión, los techos, la cultura y otras muchas cosas. En cualquier caso no se podía negar su gran originalidad. Según ellos, el señor Dios no existía, sino que había sido inventado por los popes para los oficios religiosos, pero en cambio era preciso que conserváramos las iglesias, pues en efecto, ¿cómo se podría vivir sin un buen templo divino? Lo mejor era acabar con los judíos y con los que iban en contra de los bolcheviques, príncipes y señores. ¡Aún no se habían matado suficientes! Pero no estaría de más degollar también, de paso a los comunistas. Lo principal era que se quemaran todas las ciudades, ya que por culpa de ellas todo nos iba mal. Pero antes de esto se debían sacar de allí todas las cosas, todo lo que fuera útil, por ejemplo los tejados, las chaquetas y los pianos. Este era en resumen el programa. En lo referente a la táctica, lo principal era tener en cada aldea una docena de ametralladoras. No había que dejar entrar a nadie y, en cuanto al intercambio, había que sustituirlo por los atracos de los trenes, y las requisas del equipaje de los incautos pasajeros...

Todo aquello le gustaba mucho a Aisha. El Maestro, por su parte, no solo no discutía, sino que aprobaba con simpatía semejantes proyectos, aconsejando tan solo salvar en vez de los pianos los gramófonos, más ligeros y divertidos. A mí, como persona de ciudad, y además no privado de ideas progresistas durante mi primera juventud, tales conversaciones me causaban repugnancia, por lo que acusé a Jurenito de inconsecuente, recordándole las conversaciones que habíamos tenido en Moscú. «¿Es posible que estos nietos del abuelo Pugachov sean los apóstoles de la organización de la humanidad?», le dije airado.

El Maestro me contestó: «Querido muchachito (a propósito he de decir que yo era tan solo tres años más joven que él), me resulta encantadora tu ingenuidad. ¿Es que acabas de darte cuenta ahora de que solo soy un granuja y un traidor, un provocador y un renegado? Bien, se nota que has publicado tus versos en *El Tesoro de Rusia* y que amas (¡no lo niegues!) el pringoso sentimentalismo de los populistas. Tal vez, recordando aún el periódico vanguardista liberal, llegarás a decirme: “Quien dijo A deberá decir B”. Pero yo, una vez más, digo A. mientras me saco de detrás de las orejas la suprimida ijitza.<sup>[13]</sup> ¡Y a mí qué! Esto te digo en relación a la inconsecuencia. Y en cuanto a los apóstoles de la organización, también te voy a contestar. Todos los intelectuales de vuestro país, tanto los que maldicen la revolución como los que están ansiosos por adoptarla, siguen soñando con casar a Stenka Razin,<sup>[14]</sup> el viudo esposo de la gran princesa de Persia, con la enigmática Comuna. ¡Estúpidos! Hubo un momento pintoresco, es cierto, pero breve, cuando los caminos de la fuerza desorganizada y los caminos de los que estaban ansiosos por sacar provecho de ella coincidieron y se encontraron, durante el otoño del año 16.

Desde entonces han pasado más de dos años, y el valor de los papanatas, la devastación, la disensión y el ansia de matar son ahora para los comunistas como la leña para la locomotora. Los leños no dirigen la máquina, solo la alimentan. La verdad es que a veces están húmedos y hacen disminuir la marcha, o por el contrario desarrollan tanto calor que reviertan las calderas y el maquinista cae patas arriba. La revolución comunista, en este momento, no es “revolucionaria”, tiene sed de orden; su aspecto, desde el primer momento, no fue el de una revuelta atrevida, sino el de un sólido sistema. En cambio estos alborotan, sufren, y tan pronto quieren incendiar el mundo entero como vivir tranquilamente, como los robles en las colinas, como lo hicieron sus abuelos. Pero unidos por una mano certera caen en la caldera y dan fuerza a la locomotora tan odiada».

Por fin acabaron los combates, las conferencias con los campesinos y los comentarios del Maestro. Llegamos a nuestro destino. De nuevo me esperaban días felices. A veces, sentado en un *duján*,<sup>[15]</sup> recordaba el lejano Senegal. A nuestro alrededor todo, hasta los decretos y los incesantes disparos, tenía un carácter despreocupado, indolente, reposado, después de la monástica Moscú. Tengo que confesar que dejé totalmente de pensar en los destinos del mundo. Iba a una casa de baños donde me cubrían con un barro hediondo, después de lo cual mi vello de oso desaparecía, y en el agua de la piscina veía reflejado una especie de Narciso. Me dedicaba a catar los deliciosos vinos de los dujanos, que bebía en un gran cuerno, y escuchaba los melancólicos *sazandari* y los alegres *duduki*. En una palabra, llevaba la vida de un turista inglés.

Al congreso fui solo una vez. En una gran sala estaban sentados los caucasianos con sus típicas *ircasianas*,<sup>[16]</sup> los afganos con sus turbantes y sus blusas de hule, los bujaros con sus bonetes, los persas con sus gorros de fez y muchos otros. Todos ellos llevaban prendido del pecho un retrato de Karl Marx con su barba patriarcal. En el centro, ocupando el lugar de honor, había un camarada vestido con una simple chaqueta, que leía las mociones. Los delegados asentían con la cabeza, se ponían una mano sobre el corazón y aprobaban de todas las maneras posibles las sabias tesis. Yo oía cómo un persa, sentado en la última fila, después de escuchar el informe acerca de las consecuencias de la crisis económica, dijo amablemente a un joven hindú: «Sería muy agradable degollar a los ingleses», a lo cual este, acercándose una mano a los labios, susurró: «Mucho».

De pronto, al otro lado de la ventana se escuchó una música salvaje e indecente, cargada de platillos y trompetas, y el persa, el mismo que fantaseaba en el sillón de al lado, se levantó rápidamente de un salto y, sin llegar a votar el punto doce de la moción «Teniendo en cuenta que...», salió corriendo a la calle. Aquello despertó mi interés y decidí seguirle, teniendo en cuenta además que aquel pintoresco congreso me estaba resultando algo aburrido.

Pero quedé plenamente recompensado al ver un espectáculo que, aunque me había sido descrito ya repetidas veces, no obstante resultaba indescriptible. Sobre las

parihuelas, adornadas con brillantes tapices y espléndidas miniaturas, estaban sentadas las persas, envueltas en negras sedas. Alrededor corrían unos jóvenes y unos caballeros con armaduras les fustigaban con sus *nagaikas*.<sup>[17]</sup> Tras ellos avanzaban manadas enteras de persas medio desnudos, los cuales golpeaban sus espaldas, color azul oscuro a causa de los golpes, con cadenas de hierro. Pero lo más asombroso apareció al final. Muchachos jóvenes, padres de familia y viejos achacosos, vestidos con unas blusas blancas como la nieve, caminaban en filas, balanceándose al compás, y exclamando «¡Shakse-Vaksei!»<sup>[18]</sup> rítmicamente, se golpeaban con los sables en la cara. Cuanto más avanzaban, más penetrantes se hacían los gritos y más fuertes los golpes. La sangre, brillante, manaba rápidamente y en abundancia por sus rostros y sus blusas, deslizándose hacia la tierra esponjosa y rojiza. Algunos caían, pero nadie les prestaba la menor atención. Mi persa entró entonces corriendo al interior de una casita, y un minuto después, ya en bata, se puso a gritar en pleno éxtasis: «¡Shakse-Vaksei!», como los otros, legalizando con su sangre un sacrificio realizado en nombre de algo que era para mí desconocido y extraño por completo.

El Maestro, que también había asistido a la ceremonia, por la noche, cuando intercambiábamos impresiones, me dijo lo siguiente:

«Ahí tenemos, una vez más, la leña de la caldera... ¿No acabarán haciendo que reviente la máquina? Por supuesto que las gentes del Este están sedientas de los dones de la cultura y entregarán sus más hermosos cántaros a cambio de pequeñas tacitas esmaltadas. Pero conservarán algo suyo, enteramente particular: ¿qué europeo, por más que sea creyente, y en nombre de lo que sea, las zapatillas del Papa, el progreso mundial o los simpáticos *soviets*, se hará un solo rasguño con un punzante alfiler en nombre de una idea? En cambio estos, y no solo los que estaban esta mañana en la calle, sino también los delegados, organizarán gustosamente un buen “Shakse-Vaksei”, por supuesto que no solo sobre sí mismos, sino también sobre muchos otros, preferentemente desde luego sobre los ingleses. ¿Y después?... Por supuesto que una locomotora es un artefacto complicado y estos persas no son capaces de construirla, pero de romperla tal vez...

»¡Buenas noches, Ehrenburg! ¡Que duermas bien! Hoy hemos visto a unas bestias maravillosas, que han quedado en libertad por motivos de estrategia. Hacia atrás el camino es más complicado. Tal vez de aquí ha de surgir el horno ardiente donde toda la humanidad ha de cocerse. ¡Que tengas dulces sueños, hijo mío...!».

## La viabilidad de la vulgar estaca. Los esquemas de Schmidt

**E**l viaje de vuelta lo hicimos en coche cama y contando con protección. Pero aún nos esperaba una prueba desagradable, aunque en cierto modo esto se había convertido ya en algo habitual. Antes de llegar a Moscú fuimos arrestados por los colaboradores de una de las variantes de la Checa,<sup>[19]</sup> exactamente la *Ortocheca*, es decir, la Checa que actuaba en el ferrocarril.

Ni en aquel momento ni después conocimos el motivo de nuestro arresto. Yo creo que las sospechas las suscitó Aisha, que se había prendido sobre el traje, por debajo del pecho, tres estrellas rojas, una hoz y un martillo, la Orden de la Bandera Roja y seis medallones provistos de retratos. Por eso, o por lo que fuera, nos condujeron en un vagón cerrado, que en nada se parecía al coche cama, hasta la misma Moscú, y nos instalaron en Butirka, en la misma cárcel donde yo había estado una vez cuando tenía dieciséis años, después de un llamamiento a la huelga de los alumnos del Liceo.

Pude entonces comprobar que durante aquellos años de grandes cambios y sacudidas, la cárcel había continuado manteniendo su completa estabilidad. Igual que antes, los vigilantes, erguidos como peonzas, llevaban a cabo los cacheos; las bacinillas seguían oliendo de un modo repugnante, y no le iban a la zaga las escudillas enmohecidas donde servían el bodrio habitual. Incluso la gente allí recluida recordaba terriblemente a la población reclusa del pasado: cierto menchevique defendía el marxismo de un maximalista fanático; llamaban a los interrogatorios, y separaban a las visitas por un doble enrejado; a los presos, a veces los juzgaban, a veces los fusilaban y otras veces gritaban: «¡Recojan sus bártulos!», y les dejaban de nuevo en libertad.

Yo estaba asombrado de que todo continuase igual que antes, pero el Maestro, en cambio, lo encontraba natural.

«La estaca, no importa en qué mano esté, siempre será una estaca —me decía para consolarme—. Que se convierta en una mandolina o en un abanico japonés es algo muy difícil. Un gobierno sin cárcel es una idea desnaturalizada y desagradable, algo así como un gato con las uñas cortadas.

»En el distrito de Butirka vivían dos hombres: el camarada Iván y el camarada Pietr. El primero era bolchevique y trabajaba en el Comité Moscovita del Partido Social Demócrata Obrero de Rusia; el segundo era menchevique y trabajaba en la Organización Moscovita del Partido Social Demócrata Obrero Ruso. Ambos vivían

pacíficamente, es decir, que iban juntos a las “reuniones clandestinas”, se ocultaban durante la noche en casas de abogados simpatizantes y discutían hasta perder la voz. Iván era partidario de la *Otriezka*<sup>[20]</sup> y Pietr, en cambio, de la municipalización de las tierras. Pero como la tierra no era ni de Iván ni de Pietr, sino del terrateniente, enseguida se hacían amigos y se unían; luego, se separaban. En una palabra, que formaban un matrimonio feliz. No eran Iván y Pietr sino *Pablo y Virginia*. Después, algo cambió en la sociedad. Iván se puso a escribir, no ya resoluciones para cinco cajistas conscientes, sino decretos obligatorios para ciento cincuenta millones de ciudadanos. Pietr leyó los decretos y no los aprobó. Quiso ponerse a discutir, según la vieja costumbre, pero junto a las “sagradas puertas del Kremlin” le detuvo un soldado: “¡Sin salvoconducto no se puede entrar!”. Con tristeza, Pietr reunió a los cinco cajistas conscientes y les propuso protestar. Iván se enteró y se enfadó, y como tenía consigo esa hermosa estaca milenaria no discutió nada, sino que llamó a “ciertas personas” y dio las órdenes oportunas. Luego, todo fue sobre ruedas. Pietr se ocultó y pasaba las noches en casa de los abogados; pero luego le cogieron y le trajeron a su antigua residencia, a la cárcel.

»¿Estás alterado, te indignas? Amigo mío, ¡es del todo inútil! ¿Acaso piensas que Pietr hubiese actuado de otro modo? Aunque él no fuera Pietr, sino Valentín o Maximiliano, no hubiera podido prescindir de esas “ciertas personas”. Gobernar sin ellas es lo mismo que sentarse sobre un taburete con tres patas; desde luego que es original, pero no aguantarías sentado más de un minuto. Y todo lo demás aparece rápidamente. Haz a Ercole rey de Italia, y no habrá terminado de ponerse los pantalones cuando ya habrá empezado a gritar: “¡Eh, vosotros, los de ahí abajo...!”. Pasarán, no años sino eras. Muchas veces será alineada la humanidad para el último desfile, y otras tantas los persas imprevisibles transformarán los desfiles en alegres “Shakse-Vaksei”, hasta que las gentes comprendan que no se trata en absoluto de quién sujeta en cada momento la estaca, sino de la propia estaca en sí misma considerada. Mientras tanto, acércame ese plato, que si no se va a enfriar del todo esta bazofia».

Probablemente nos habríamos quedado allí mucho tiempo, ya que nadie se interesaba por nosotros, si en lugar del funesto acontecimiento de turno, no hubiera tenido lugar otro acontecimiento, también habitual, pero de signo afortunado. Llegó a inspeccionar la cárcel una comisión especial del Comité de Moscú. No depositábamos en ella ninguna esperanza, pues anteriormente ya nos habían visitado diversas inspecciones y delegaciones, pero cuando en la celda vimos entrar a Schmidt, yo hasta me puse a gritar de entusiasmo. Por segunda vez el destino lo enviaba como nuestro salvador.

Todo fue muy sencillo: una llamada telefónica, algunas palabras amistosas, y una hora después, con todo tipo de excusas, nos pusieron en las viejas, pero todavía resistentes, puertas de la cárcel.

Los rumores que nos habían llegado acerca de la evolución de Schmidt habían

resultado ciertos. El camino recorrido desde general del ejército del Imperio germano hasta el *espartakista* con la chaqueta remendada puede asombrar por su longitud, pero es necesario recordar que, siendo todavía estudiante, Schmidt decía que se podía convertir en un ferviente patriota alemán o en socialista activo, pues tanto unos como otros perseguían el objetivo más querido para él: la perfecta organización de la humanidad. Después de entrar en Rusia como alemán nacionalista durante los primeros meses había contribuido por todos los medios posibles al triunfo de Alemania. Pero después de la revolución de Octubre nuevos horizontes, más amplios y atractivos, se abrieron ante él. Pensó entonces que la Tercera Internacional podía, de una manera más segura que el indeciso Imperio, cuyo poder ya empezaba a vacilar, someter a Europa a un único plan definitivo. Él había sido antes un furibundo chauvinista y un ferviente monárquico, pero se había sumado a la nueva causa de una manera honrada y sin ningún tipo de reservas, con toda la tenacidad y autenticidad que le eran propias. Durante la lucha contra los blancos<sup>[21]</sup> había resultado por dos veces herido. Vivía pobremente, al menos en apariencia, trabajaba dieciocho horas diarias, rechazó un automóvil estatal a pesar de su pierna herida e iba renqueando de una comisaría a otra. En una palabra que era, según todos los informes, un honesto y consecuente comunista.

Al día siguiente de nuestra liberación fuimos a verle a su despacho. De las paredes pendían unos extraños y complicados esquemas. Schmidt estaba literalmente rodeado de planos y diagramas. Con el mayor ardor, se puso a relatarnos sus trabajos. Hasta ese momento, la gente había gastado sus energías de manera improductiva. Todo era disparatado y fortuito. En Japón y en Holanda se ahogaban a causa de la densidad de población, mientras que Siberia y España permanecían aún prácticamente vacías. En las tierras negras de Rusia arrojaban el trigo a las albercas, pues no querían venderlo por cuatro perras, tratando de detener desesperadamente la caída de los precios, mientras que los *coolies* de Pekín se morían de hambre. En Inglaterra fabricaban tantos tejidos que no podían colocarlos en ningún sitio; había comenzado una crisis, los trabajadores vivían en la miseria, las máquinas estaban paradas: y mientras, los campesinos de Kaluga seguían soñando con un par de pantalones. Los poetas corrían por las redacciones implorando que les publicaran sus versos, aunque fuera pagando cinco *kopecs* por línea, mientras que al mismo tiempo escaseaban los agrónomos. Había más abogados que delincuentes comunes, pero a veces resultaba muy difícil encontrar un electricista competente. Esto era un caos, la absurda y salvaje economía de unos locos feriantes y titiriteros, ¡los planes de unos monos vestidos con levita! Ahora, en cambio, toda iba a cambiar. Sobre sus mapas estaba señalado cuántas personas debía haber exactamente en cada metro cuadrado.

Otro esquema nos mostraba la distribución de los trabajadores por oficios. Se necesitaban tantos ingenieros, ajustadores o poetas. ¡Se acabaron para siempre las digresiones! Tula sabe ahora que, según la correspondiente distribución, en el año 1930 deberá producir ochenta doctores, siete pintores, seiscientos obreros

metalúrgicos, trescientos cincuenta obreros de la industria textil... Los niños, desde su más temprana edad, aprenderán a amar el oficio que les ha sido destinado. Para su instrucción entrará en vigor un abecedario específico, en el cual todas las letras se manifestarán como herramientas de trabajo de su rama productiva. El número total de nacimientos será también competencia de la más exacta estadística, y deberá coincidir con los trabajos del centro. La familia deberá desaparecer, y ya no se podrán dejar los niños bajo la fortuita y perniciosa influencia de sus padres, es decir, de individuos inexpertos e irresponsables. Las guarderías, las escuelas, las colonias de trabajo, prepararán a los trabajadores. Alojamiento colectivo, comedores comunales, distribución homogénea... Una vez finalizado su trabajo, cada uno tendrá derecho a disfrutar el campo de recreo correspondiente al distrito donde registró su tarjeta. Allí se determinará la dosis de emociones estéticas que necesita: música, declamación polifónica, festejos diversos con argumentos predeterminados. Finalmente, se limitarán los excesos sexuales, en cuya planificación trabajará una Comisión especial de médicos, adjunta a la Comisaría de Salud Pública de cada pueblo. ¡Así será en el futuro la vida de las personas!

Schmidt nos mostró entonces un esquema enormemente misterioso, que parecía la raíz de una planta gigantesca. ¡Eso sería nuestra vida!

Se me vinieron a la mente ciertas ingenuas pinturas primitivas: un muchachito jugando, un joven enamorado con una flor en la mano, un padre de familia que acariciaba a un bebé, un hombre maduro que, no sé por qué, llevaba una pluma de ganso en una mano, y un viejecito decrepito que iba renqueando hacia un ataúd abierto. En cambio allí no había nada parecido. Los blancos cuadrados se bifurcaban en verdes pirámides, estas transmitían sus efluvios a unos círculos rojos, los círculos se transformaban en rombos y todo se iba haciendo cada vez más largo y complicado. No se veía por ningún lado el ataúd para el reposo: solo los negros triángulos de ciertos establecimientos para trabajadores inválidos.

Schmidt, mientras nos mostraba todos aquellos caminos y pasadizos, arrojando cientos de cifras y nombres de centros de organización, decía con gran énfasis: «¡He aquí la vida, la verdadera vida! Y ya no es un secreto, ni un cuento, ni un delirio, sino un proceso de trabajo. En esta miserable habitación se ha desmembrado en partes, reunificándose bajo el poder de la razón, por fin restablecida». Me vino a la memoria el cuartucho de la buhardilla de Stuttgart, con los horarios colgados de la pared, los sesenta marcos mensuales y la casa de frau Haase. Pero el golpeteo de las máquinas de escribir, el secretario que se acercaba constantemente con un papel para firmar y la fila de visitantes en la antesala, todo daba a entender que no se trataba de una locura pueril, sino de un gigantesco taller donde se estaba construyendo el nuevo mundo. Estaba a punto de echarme a llorar de lo horrorizado que estaba cuando, bruscamente, comencé a reír de manera indecorosa, al oír una copla que llegaba desde la calle:

¡Voy sin pase, voy cagado!

¡Qué desgracia me amenaza!  
¡Qué nadie me dé un visado  
para sentarme en la taza...!

Luego Schmidt habló con el Maestro de su trabajo, y le propuso ocuparse de la organización de la más caótica y difícil rama de todas, precisamente la del arte. El Maestro aceptó gustoso la proposición.

Cuando salimos me puse a explicarle a Jurenito mis opiniones sobre Schmidt y sus esquemas: «Todo eso tal vez sea genial, pero ¿en qué se parece a la vida de una persona? ¡Yo creo sencillamente que se ha pasado de rosca!». El Maestro replicó: «No, no, ellos son la nueva gente, que se diferencia de ti tanto como un habitante del Camerún. ¿No te has dado cuenta de que ha surgido una nueva raza? Ellos tienen su psicología ante lo extraordinario, lo misterioso, lo adventicio. Toda digresión de lo habitual, de lo comprensible por vía empírica, siempre ha sido deificada. Pero el énfasis de esta nueva gente radica en el establecimiento de las leyes que rigen los fenómenos y sus sobrios éxtasis y contemplaciones se confunden con la creencia en su rígida infalibilidad. Tú comprendes muy bien el primigenio entusiasmo de un pirólatra, sentado en su fría cueva, en cuclillas ante las lenguas de fuego que salen de la hoguera. Ahora intenta comprender este otro entusiasmo, el del mecánico que por primera vez ha comprendido el funcionamiento de una máquina complicada».

Caminábamos por mis callejuelas favoritas, entre Prechistenka y el Arbat. Las diminutas casitas con jardincillos, las cúpulas de la pequeña y blanca iglesia de Asunción, todo aquello corroboraba mi protesta.

«Maestro, las nuevas gentes a las que usted se refiere son verdaderos monstruos, y por tanto intolerables. En ellos la vida no tiene nada de casual, y por lo tanto hermoso; ya no hay nada que sea inesperado, contradictorio, romántico. ¡Menudo aburrimiento...!».

«Bueno ¿y qué? Tú te aburres porque eres un hombre de la vieja raza. Los otros crecerán según el nuevo esquema, trabajarán y no se aburrirán. Lo viejo, en general, huele a moho y naftalina, pero ese tufo se cotiza muy alto bajo la denominación de “romántico”. Los hombres nuevos abandonarán los clérigos, las Madonnas y las altezas; ¡nada importará...! Abandonarán las encantadoras locuras de los americanos millonarios, los pintorescos harapos, el esplendor del lujo, la cinematográfica y cautivadora lucha por una corteza de pan o por un montón de oro. Todo por lo que tú intercedes, el capricho, la fantasía, terminará por descomponerse, y pronto dejará incluso de castigar el olfato. Puedes, por supuesto, alquilar una habitación sin vecinos y llorar por el pasado hasta el final de tu vida, pero es poco probable que eso cambie algo el rumbo de los tiempos. ¿Has visto bien los cuadros de los pintores cubistas contemporáneos? Después de todo tipo de “divinos caprichos” de los impresionistas, impera una construcción de formas precisas y bien formadas, afines por completo a los esquemas de Schmidt».

«¿Acaso no has estado hace poco en la guerra? ¿Qué viste allí? ¿Napoleones, Davides, hazañas y proezas de heroicos abanderados, o el ejemplar negocio de nuestro míster Cool? A pesar de tu incoherencia, te gusta jugar al ajedrez. Observa cómo el juego de combinaciones cede ante el de posición. En lugar de las inesperadas combinaciones y de la noble heroicidad de los gambitos, un plan exacto, sobrio, minuciosamente estudiado. Me asombro al ver hasta qué punto estas ciego y hasta sordo, y remoloneas por todas partes sin darte cuenta de los más fundamentales, de los más indiscutibles rasgos de la época contemporánea».

«Si todo eso es así —yo ya estaba indignado—, ¿para qué vivir, propiamente hablando? Y en particular, ¿para qué copiar a máquina los decretos de Schmidt, en vez de destruirlos como sea?».

«Aunque al amanecer te pongas a disparar al sol desde un millar de baterías, saldrá a pesar de todo —me respondió—. Es posible que no odie menos que tú el día que comienza, pero para que llegue el mañana hay que acoger firmemente la crueldad del astro; ¡hay que ayudar a la gente a pasar a través de sus rayos, y no aferrarse a la cúpula de la iglesita en la que ayer brillaban débilmente, ya extinguiéndose, las luces del ocaso!».

## «La libertad de creación» o las intrigas de los contrarrevolucionarios

**A** la reunión de la comisión encargada de organizar el arte, además del Maestro, acudieron esposas de importantes comunistas, comunistas poco importantes pero honrados y amantes de los trabajos sencillos, actores, la mayor parte de los antiguos «solistas de Su Majestad el Emperador», y pintores que se habían pasado toda la vida pintando marquesas con miriñaque. El presidente de esta alta comisión era bolchevique, lo cual provocó tal pánico entre los viejos profesores que hubieran deseado desaparecer, y si no lo hicieron fue únicamente por salvar la inolvidable *alma máter*. En realidad se trataba de un bondadoso gordito, excelente padre de familia, con una cadenita de oro en el chaleco y una noble afición por las bellas artes.

La comisión debía debatir la cuestión de cómo aplicar el arte a la agitación sin destruir por ello la creatividad. El presidente habló largo rato sobre el elevado patrimonio de la cultura y acerca de las cúspides del espíritu humano, y propuso alcanzar unos acuerdos con los artistas y creadores. Aquellos que produjesen una obra de agitación recibirían una ración con calorías equivalentes a las de dos académicos. A todos los demás, sin atentar en absoluto contra la libertad de sus obras, se les daría una ración sencilla, como corresponde a un obrero, incluyendo patatas, de segunda categoría.

Después de él intervino Jurenito, el cual introdujo inmediatamente la radical proposición de suprimir el arte de una vez por todas. He aquí lo que dijo en defensa de su propuesta:

«Lo que ustedes proponen es tan solo un nuevo rótulo sobre la vieja suciedad, una inyección de alcanfor en un cadáver ya frío. ¿Para qué se han apartado de la vieja religión, si les resulta indispensable para que el arte bendiga sus estacas con nimbos y coronitas? ¿O acaso engordar con un suplemento de calorías a la casta de sacerdotes privilegiados de un nuevo arte oficial es mejor que engordar a los curas con una cruz sobre la panza? ¿Qué van a sacar ustedes con todo eso? Decenas de Derzhavin confeccionarán o, perdón, crearán a pesar de todo sus viejas odas sobre Dios o las golondrinas, así como otras cosas no previstas en la planificación estatal. Los poemas y novelas, los cuadros y sintonías compuestos al dictado, serán peores y más mediocres que todos los anteriores y al compararlos con las obras de Pushkin, de Shakespeare o de Rembrandt, la gente pensará que el culpable es el sistema actual, es decir, el comunismo. ¡Esto es algo que no se puede permitir! Al destruir el arte quedará claro que él, y solo él, era el verdadero culpable de querer conquistar la

inmortalidad mereciéndose una bala en el trasero, en lugar de una honrada muerte en el lecho familiar.

»Esas “cimas del espíritu humano” de las que aquí ya se ha hablado, no eran por cierto sino crímenes contra el Estado, que socavaban los principios de toda sociedad sensata y razonable. Por supuesto que socavar a la emperatriz de Inglaterra, a los príncipes alemanes o a Nicolás I, desde nuestro punto de vista, es algo digno de alabanza. Pero ustedes, camaradas, se equivocan al pensar que para ellos lo importante era aquello que socavaban. ¡En absoluto! Que toda Catania esté bajo el poder de un decrépito déspota o sea, por el contrario, una colonia comunista, la actividad del Vesubio no iba a variar por eso. Mañana mismo, esas “cúspides” del ayer, a las que queréis erigirles monumentos, o las que nazcan hoy, en las cuales no pensáis economizar ni confitería ni materias grasas, empezarán a socavar la nueva sociedad. El arte es el hogar de la anarquía y los artistas unos herejes sectarios y rebeldes. Así, pues, sin dudar, hay que prohibir el arte en su conjunto, como se ha prohibido la fabricación de bebidas alcohólicas o la importación de opio. Esto es tanto más fácil de hacer por cuanto que el propio arte, envejecido, ha intentado poner fin a su vergonzosa vejez con el suicidio. El nuevo arte hace todo lo posible por abrirse a la vida, y este es para nosotros el mejor método para exterminar tan peligrosa epidemia. Sin duda que ciertos gases, cuando están concentrados en un lugar, amenazan a cada momento con una explosión que provocará los más graves incendios y destrucciones: pero estos mismos gases, expandidos por la atmósfera, se volverán por completo inofensivos. Observad la actual pintura, que desprecia la imagen y persigue unos fines exclusivamente constructivos. Ella sola se ha transformado en un laboratorio de formas, totalmente aplicables a la vida cotidiana. El delito de El Greco, Giotto o Rembrandt radicaba en que sus imágenes eran irreales y únicas, y por lo tanto inútiles y peligrosas. Pero los cuadros de los cubistas o los suprematistas pueden ser utilizados para los más diversos fines: diseños de quioscos para los bulevares, decoración de tejidos estampados, nuevos modelos de botas... Hay que saber únicamente dirigir esta corriente; prohibirles ocuparse de la pintura como tal, para que el marco del cuadro no induzca de nuevo al pintor a la locura de la imagen; incluir a los pintores en las diversas ramas de la producción, con lo que las artes plásticas dejarán de exigir por cuenta propia, y de amenazar constantemente a la sociedad. Así ayudarán a crear el modo de vida comunista, con sus casas, sus platos y sus pantalones. Y en lugar de los garabatos de Picasso tendremos finalmente una silla bien hecha.

»Lo mismo digo en lo que se refiere a las restantes expresiones artísticas. La poesía se convertirá en el lenguaje de los periódicos, de los telegramas y de las conversaciones de negocios, y se irá despojando, camisa tras camisa, sucesivamente de la rima, la medida, la forma, el énfasis, el carácter convencional y finalmente el ritmo. Se quedará desnuda, no será en absoluto digna de atención, y será necesaria una gran experiencia profesional para comprender por qué algunos versos actuales

son poesía y no un artículo de fondo o un anuncio de *Spermina*. Así que la tarea es muy sencilla. Únicamente se trata de prohibir la publicación de libros con una distribución poco económica de sus renglones, según la costumbre de los antiguos poemas, y de suprimir del diccionario la palabra “poeta”, susceptible por sí misma de inducir a tentación.

»El teatro romperá su coraza, en las candilejas, y se trasladará a los salones o las plazas. El espectador saldrá a escena, se suprimirán los autores y los actores. En solo veinticuatro horas es posible que quede definitivamente disgregado, descomponiéndolo en sus etapas intermedias, como festejos, demostraciones, etc. Poco después, estas manifestaciones organizadas se harán más cotidianas, diluyéndose en gestos, poses, bromas, posturas...

»Ya intenté una vez en la ciudad de Kinieshma llevar a cabo la supresión total del arte que os propongo, pero me lo impidió el esteticismo pequeñoburgués de muchos revolucionarios. Yo confío en que ahora todos ustedes aceptarán mi proposición, y el día de hoy pasará a convertirse en la fecha de la muerte de una de las más grandes locuras de la humanidad, a la cual le ha impedido instalarse como es debido encima de la tierra».

Pronto empezaron a llover protestas: «No somos unos bárbaros», se quejaba el presidente. «Nosotras amamos lo bello», decían tiernamente las mujeres. «¿Quién está a favor?». Solo un voto, el del propio Jurenito. Propuesta desechada.

Decidieron perdonarle la vida al arte y, operando con toda la gama de cartillas y raciones, se aplicaron en dirigir la creación por los cauces del comunismo. El Maestro les dijo sonriendo: «¡Aún decidiréis aprovechar un ciclón para hacer girar las aspas del molino!». Luego, cuando estábamos a solas, me confesó: «Todo lo que propuse era muy lógico y justo, pero existe siempre un “pero”, y es que tenemos a Ercole en la maleta de Schmidt. No seremos nosotros los que lloremos por eso pero a los grandes y pequeños guardianes del futuro aún les ha de ocasionar muchos y grandes quebraderos de cabeza. Estos han decidido utilizar las descargas del rayo, en lugar de las excelentes cerillas suecas, para encender sus cigarrillos. Yo les propuse trabajar para una mejor elaboración de las cerillas, y suprimir totalmente el azote del rayo para tranquilidad de los niños. Por supuesto que eso nunca impediría que un buen día de verano cayese el rayo sobre la cabeza de algún hombre convencido de que las tormentas habían sido suprimidas en virtud de un decreto. Mientras tanto nos dedicaremos a observar los inmediatos resultados de su extraña actividad».

Durante las siguientes semanas, Moscú fue sacudida por los más raros y tristes acontecimientos, los cuales corroboraban admirablemente las terribles advertencias del Maestro. El compositor Kris, cuya música hasta entonces había pasado inadvertida, incluso para los profesionales, compuso la sinfonía *Titán se despereza*, que fue ejecutada ante miles de oyentes. Pero en lugar de los previstos efectos didácticos, esta música suscitó los sentimientos más inadmisibles. Al día siguiente las instituciones soviéticas se encontraban vacías y ninguno de los que habían oído la

sinfonía acudió a su trabajo. Es más, muchos se negaron a quitar la nieve de las calles, chillando, llorando y expresándose inarticuladamente. Hubo uno que enloqueció completamente, y gritaba que ya no le quedaban fuerzas para sentarse en la oficina y registrar las remesas de los chanclos. Luego se subió de un salto hasta el tejado, y le arrojó una llave a un miliciano contusionándole, siendo al final asesinado «cuando se daba a la fuga». En el periódico *Izvestia* comenzaron a escribir: «Un nuevo sabotaje. Los señores mencheviques trabajan para los capitalistas». Pero el principal culpable, Kris, salió inmune del todo, e incluso recibió por el concierto cien mil rublos y veinticinco cigarrillos. Solo dejaron de hablar de sabotaje cuando estalló un nuevo escándalo. El joven poeta Ershov se las ingenió, después de comprar a un miembro de la cooperativa Jailov un equipo de imprenta, para imprimir un libro de poemas titulado «¡Adorad al garañón bermejo kup-kup!». Se trataba del oscuro delirio del último soñador, que mastica mijo de un costal colgado del hocico, mientras presume de potrillo y ha empezado a relinchar algo parecido a una glosa. El éxito del libro fue extraordinario, y la edición se agotó en pocos días. Poco tiempo después surgió una secta, compuesta principalmente por mujeres, que como yeguas preñadas, por las mañanas, en vez de coser, como era su trabajo, calzones para los soldados del ejército rojo, salían a relinchar por las calles, y cuando los milicianos se acercaban a preguntarles a dónde iban, se ponían a dar coces. Sobre esto salió una nota en el periódico: «Manifestación de unos popes».

Finalmente el soldado Krivenko, antiguo seminarista, intentó hacer saltar con una vieja granada de mano los cuarteles de Spasski, lesionándose en el ataque todo el dedo meñique. Cuando le arrestaron explicó de manera confusa, pero con una sinceridad encantadora, que uno de aquellos días le habían llevado junto con sus compañeros a un museo, y que allí había visto unos cuadros sorprendentes: mujeres de color violeta partidas en trocitos que volaban por todos los rincones de una casa, siete tazas reunidas en un mismo platillo y unas espantosas naranjas radicalmente cuadradas. Entonces se dio cuenta de algo que no supo explicar con exactitud, pero cuando volvió al cuartel y olió los calcetines, y vio los catres, los baúles y las escudillas con sopa, decidió inmediatamente que aquellos dos mundos eran del todo incompatibles, y que uno de ellos debía desaparecer ante el otro. Finalmente, le declararon socialista-revolucionario, pero al no saber si era de izquierdas o de derechas, le enviaron para su identificación al lugar correspondiente. Allí intentaron ligar unos hechos con otros, y arrestaron a dos mil sospechosos, entre los que se encontraba Erskov, pero a este le soltaron inmediatamente por ser miembro del Sindicato de Poetas.

Parecía que lo único sensato, tras tan tristes incidentes, hubiese sido recordar los consejos del Maestro y prohibir el arte por completo. Pero en lugar de hacer esto, la tomaron con personas inofensivas e insignificantes, las cuales en algún momento, antes del socialismo y de la revolución, habían sido socialistas-revolucionarios, y ahora, mansamente, soportaban la tristeza de la Asamblea Constituyente, tan cargante

como un dolor de muelas.

A Jurenito empezaron a mirarle con malos ojos, y a él por fin le pareció conveniente cambiar otra vez de clima. Después de largas deliberaciones, decidimos ir al sur. Para la consolidación de nuestro prestigio decidimos llevar con nosotros a Aisha, y por razones humanitarias a Alexei Spiridonovich y al mismo monsieur Delet. Nuestro mártir, gracias a Dios, ya se había recuperado y le habían dejado salir del manicomio. En cambio Alexei Spiridonovich, abrumado por la incompatibilidad de la libertad de espíritu con las cartillas de racionamiento, se estaba preparando para ocupar su puesto en la producción. A ambos, indudablemente, les vendría bien un descanso.

En el último momento se nos adhirió míster Cool, el cual quería introducirse en Ucrania para comprar algunas otras almas muertas, es decir, algunas fábricas de azúcar nacionalizadas. Y como no podíamos pensar ya en los balnearios, elegimos al azar en el mapa, haciendo que Aisha señalara con el dedo un lugar cualquiera. Así salió Elizavetgrad. Y no nos detuvimos a pensárnoslo ni a hacernos conjeturas, sino que después de conseguir cinco buenas credenciales, nos acomodamos en el vagón de delegados y con la mayor rapidez nos dirigimos al desconocido sanatorio.

## Los once gobiernos

**E**l Maestro es candidato al trono de Rusia

En cuanto llegamos a Elizavetgrad, después de haber dormido, decidimos visitar la noble ciudad a la que el destino nos había conducido como a la tierra prometida. Pero en cuanto salimos de casa nos detuvo una patrulla pidiéndonos la documentación. Jurenito le tendió orgullosamente al soldado una hoja, en la que constaba que habíamos sido enviados a la ciudad de Elizavetgrad para investigar los instrumentos musicales que allí hubiera. Después de leer atentamente el papel, el soldado se lo mostró a su compañero y ambos, no sé por qué, experimentaron el firme deseo de fusilarnos. Ante la aseveración del Maestro de que el mandato estaba firmado por el jefe del departamento, su incomprensible deseo aumentó notablemente.

Nos condujeron entonces al Estado Mayor, y nosotros, convencidos de que allí se aclararía el error con facilidad, caminamos alegremente, disfrutando del sol que se derramaba por las sucias callejuelas, de los rótulos que decían «sastre de caballeros», de los espléndidos bronceados, y de los pacíficos y desenfadados muchachos que arrojaban cascos de botellas a una perra sarnosa. En una palabra, de la cándida alegría de una pequeña ciudad de las provincias.

De pronto, cuando nos acercábamos a nuestro destino, exclamé aterrorizado:

«¡Llevan charreteras! ¡Llevan charreteras!».

«¿Y eso qué significa?», preguntó despreocupadamente monsieur Delet.

«Eso significa que efectivamente nos van a fusilar».

Al ver que los que estaban ante nosotros no eran bolcheviques, míster Cool se reanimó:

«¡No os preocupéis, amigos míos! Con gente honrada ya sabré yo hacerme entender».

Y, en efecto, se puso a hablar con un teniente, explicándole que él era el propietario de muchísimas empresas, y que había huido del maldito país de los soviets, salvando su alma y junto con ella sus dólares. Monsieur Delet y Jurenito eran sus socios, Alexei Spiridonovich y yo sus empleados, y por fin Aisha su lacayo. Confirmado todo ello con un pasaporte americano, a mi modo de ver resultaba convincente, pero el teniente seguía siendo partidario de fusilarnos. Míster Cool decidió entonces apelar a sus dos recursos heroicos. Sacó la Biblia, y con aire importante empezó a leerle al oficial: «¡No matarás!». El teniente dijo que él no era ateo y que naturalmente creía en Dios (al decir esto se santiguó), pero que todo eso se

refería a las personas honradas y no a bolcheviques o a judíos, a los que había que matar por todos los medios como a perros rabiosos. Mucho más fuerte resultó el efecto de un paquete de dólares que míster Cool había conseguido en Moscú con ayuda de Grosman. Al teniente este argumento le pareció infinitamente más expresivo que nuestro certificado o la misma Biblia, y nos dejó por fin en libertad.

El régimen de la ciudad de Elizavetgrad resultó ser muy original, y no nos acostumbramos a él inmediatamente. Los adversarios de los bolcheviques se distinguían ventajosamente por su variedad. Entre ellos los había partidarios de «Por Una, Indivisible», ucranianos a secas, ucranianos socialistas, socialistas a secas, anarquistas, polacos y al menos tres docenas de importantes *atamanes*, sin contar los de menor importancia que hacían trabajos de aficionado tales como el saqueo de trenes y el asesinato de los judíos de la localidad y los alrededores. Además todos peleaban, y no solo con los bolcheviques sino también entre ellos, y uno detrás de otro, en corto espacio de tiempo, fueron tomando la ciudad. Durante tres meses tuvimos que soportar once gobiernos diferentes. Había que ser el Maestro, con su brillante experiencia mexicana, para acostumbrarse a aquel galimatías. Al salir por la mañana a la calle no sabíamos en manos de quién estaba la ciudad, y por si acaso, en todos los bolsillos de la chaqueta, del chaleco y de los pantalones, llevábamos un montón de certificados escritos en diversas lenguas y dialectos, con águilas en la corona, carentes de corona, con hoces y martillos, con tridentes y hasta con horcas, las cuales formaban parte del famoso escudo de armas del padre Shilo.<sup>[22]</sup>

Por otro lado hay que decir que dicha variedad se reflejaba, casi exclusivamente, en las banderas y en los escudos de armas, pero muy poco en la vida de la ciudad. Liberados del sucesivo yugo regularmente cada ocho días, los habitantes ni siquiera se daban cuenta de ello, ya que las acciones de los «tiranos» y las de los «liberadores» eran asombrosamente parecidas entre sí. Además, todos iban vestidos por igual, para terminar de gastar las capas grises del ejército del Zar. Aparte de esto seguían siempre conservando los emplazamientos tradicionales: en las habitaciones amuebladas donde antes estaba instalada la Checa se alojaban ahora la oficina de contraespionaje y las diez restantes instituciones de índole similar. La cárcel seguía siendo la cárcel, y aunque encerraran en ella a los que un día antes habían encerrado a su vez a los alborotadores, no se había convertido en un conservatorio ni en un jardín de infancia. Incluso todos seguían fusilando en el solar tradicional de detrás de la prisión. Todos, en cuanto llegaban, promulgaban sus leyes sobre la libertad e inviolabilidad de la persona, e introducían el estado de sitio y la pena capital ante la mínima expresión de descontento por la libertad recién otorgada. Después, en el tiempo que dura la vida de una mariposa, se apresuraban a «organizar la vida normal», es decir a saquear el mayor número posible de relojeros hebreos, y a fusilar a todas aquellas personas cuya fisonomía no les fuera simpática, o cuyo apellido les resultara malsonante.

En cierta ocasión, estando sentado en un pequeño y sucio café que parecía,

gracias a la vivacidad de su dueño griego, una agradable isla en medio de aquel enfurecido océano, el Maestro preguntó:

«Y ¿qué gobierno tenemos hoy? ¿Ucranianos acaso?».

Pero el griego le gritó desesperado:

«¡Qué dice usted! Nosotros somos todos ucranianos, pero tenemos un gobierno que va progresando. El dinero zarista subió, y de qué manera. En cambio por el ucraniano solo dan el tres por ciento. ¡Hasta el soviético vale más!».

«¡Eso me hace rejuvenecer —dijo riendo Jurenito—, y yo que pensé que a la vejez tendría que volverme a mi patria!».

Aisha le preguntó:

«Señor, dígame a Aisha; Aisha es muy tonto y no comprende por qué todos dicen que no se quieren unos a otros, y sin embargo hacen lo mismo como si fuesen hermanos».

«Querido Aisha, tú no eres tonto, tú eres demasiado sabio. Desciende de la altura de tu filosofía africana. Tú quieres encontrar alguna diferencia allí donde no puede existir. Esa es tu tarea de buen salvaje, escuchar los discursos y mirar las banderas; nosotros, personas cultas, nos interesamos más por los sistemas de ametralladoras. Desde luego que sería más ingenioso que todos ellos se unieran para realizar amistosos saqueos y fusilamientos en masa, pero el sentido de la solidaridad no tiene sus raíces en esta corporación. Ya me imagino las múltiples ventajas del Sindicato de Trabajadores para la Toma del Poder. ¡Qué economía de fuerzas y de tiempo! Cada sección recibiría la ciudad por un mes, aclararía la densidad de la población, lucharía contra el lujo, contribuiría al aumento de la productividad en el trabajo de los cajistas y de los pintores de brocha gorda, imprimiría un nuevo código de leyes y en todos los rótulos de la ciudad se incluirían ciertas señales, suprimiendo algunas letras y sustituyéndolas por otras. Después, pacíficamente, recogerían todos sus bártulos, como por ejemplo las banderas y el código de leyes, y se trasladarían a otra ciudad, cediendo su lugar a los camaradas-enemigos. Desgraciadamente, para tal Asociación el terreno no está aún preparado y debes acomodarte a que los contrincantes, al margen de su objetivo legal, es decir los habitantes, se despedacen unos a otros de una manera absurda.

»Mientras tanto nosotros, durante los días de paz (es decir, sin disparos de cañón), vagaremos por la ciudad, beberemos café en casa del griego, y filosofaremos. Y míster Cool y monsieur Delet, para no perder el tiempo, negociarán algo, entre sí, intensamente».

Los resultados de estas conversaciones fueron inesperados. Una mañana totalmente tranquila, que solo invitaba a dar un idílico paseo, se presentaron nuestros amigos en la habitación de Alexei Spiridonovich, y monsieur Delet manifestó de un modo solemne, aunque cordial: «¡La gran hora ha sonado! ¡Querido monsieur Tishin, van a ser ustedes movilizados!».

Alexei Spiridonovich permanecía aún en la cama, soñando como siempre, y al oír aquello se levantó de un salto y empezó a gritar:

«¿Qué dice usted? ¡Señor! Pero ¿por quién?». Míster Cool le contestó con aire importante: «No por nosotros, por supuesto. Nosotros no nos mezclamos en sus asuntos internos. Con este propósito, hemos contratado a un sargento de caballería retirado, y él ha firmado un decreto. Amigo mío, no debe usted afligirse, sino alegrarse. ¡Va a defender la cultura y la libertad frente a las hordas de los bárbaros!». Después de dejar sobre la mesa el indicado decreto y los dólares para el uniforme, se fueron por donde habían venido. Alexei Spiridonovich, que ya una vez había defendido a la civilización frente a los bárbaros, se derrumbó sobre la cama y empezó a gemir, quedándose de este modo hasta la tarde, cuando el Maestro y yo fuimos a verle.

Nos contó todas sus penas. «¡Es evidente —nos dijo— que los bolcheviques son unos bárbaros y que hay que derrocarles!». Pero él estaba desde luego en contra de la violencia y era medio tolstóiiano, no en vano santa Sofía había acabado con el hermano de Aisha. Además él no podía disparar contra los suyos, los rusos. Monsieur Delet le había asegurado que los ejércitos rojos estaban integrados por todo tipo de gente, excepto rusos: Lashkires, kirguizes, judíos, húngaros, chinos y letones. Pero era posible que entre todos ellos, de pronto, se hubiera colado aunque solo fuera uno de los suyos, ¡un verdadero ruso! «¿Señor, qué puedo hacer?».

No se podía hacer nada. Después de recibir de monsieur Delet un fusil y una bandera tricolor, y de míster Cool una biblia y otro dólar, Alexei Spiridonovich, junto con una treintena de *voluntarios* como él, ansiosos por luchar, se dirigió hacia la aldea de Dirki, a detener a los rojos.

Después de un heroico ataque, en el que se perdieron veintitrés hombres, los voluntarios ocuparon la aldea y la fábrica de azúcar de Kutumenko, que estaba próxima a ella.

Preso de una gran perplejidad y horror, Alexei Spiridinovich se vio obligado a atravesar a un ruso con su bayoneta, y además todos los cadáveres que encontró en Dirki no le parecieron chinos, sino campesinos de Tula y de Kaluga. Sus tormentos se duplicaron. Para colmo, a Dirki llegaron míster Cool y monsieur Delet a «agradecer y felicitar al glorioso ejército»; al mismo tiempo, míster Cool explicó que había adquirido la fábrica de Kutumenko por cuatro perras, y monsieur Delet recordó a los «campesinos liberados» la necesidad de trabajar honradamente para la amortización de todas las deudas de Rusia, a las que había que añadir el coste de treinta fusiles, dos banderas y la paga del sargento de caballería.

Todo esto produjo tal efecto en Alexei Spiridonovich que se fue corriendo por la noche desde Dirki hasta el apartamento del Maestro, cambió el fusil por dos botellas de mal licor y una vez borrado se puso a declamar el poema titulado *A los que difaman a Rusia*. Aisha tuvo que representar al «difamador», recibiendo numerosas miradas asesinas, abundantes salpicaduras de saliva y algún que otro manotazo. A partir de ese día, Alexei Spiridonovich se vio obligado a ocultarse, principalmente del sargento y de monsieur Delet, adelgazó y se abandonó terriblemente. Y se pasaba

todo el día tumbado en la despensa del Maestro, soñando con que si a la libertad de Kerenski se le añadieran la capacidad de organización de Schmidt, los dólares de míster Cool y el espíritu elevado propio de un eslavo, todo iría sobre ruedas... Pero en cambio, todo iba muy mal y sin posible mejoría. Mi situación no era mejor. Yo tengo labios de semita y un apellido sospechoso. Con estos datos podía acabar en cualquier momento mi arduo camino por la tierra junto a la desnuda pared de cualquier granero de Elizavetgrad.

Una noche me pararon por la calle unos militares. «¡Alto! ¡Alto! ¿Eres judío?». En respuesta solo solté un juramento sonoro y consistente, propio de los zapateros de Dorogomilov cuando les devuelven un pedido. Resultó convincente y me dejaron marcharme.

Al apartamento del Maestro, donde yo vivía, llegó un hombre vestido de uniforme que se puso a gritar: «¡Los judíos crucificaron a Cristo y luego traicionaron a Rusia!». Y de golpe, sin pausa, preguntó con aire diligente: «¿Esta cigarrera, es de plata?».

Hasta el Maestro tuvo que pagar su tributo. Una vez que salía a pasear se topó con un militar inmóvil y en actitud soñadora. «¡Judío, ven acá!», oyó que le decía. «¡Soy mexicano!», dijo. «En ese caso usted perdone. Pero tal vez pueda usted decirme donde encontrar aunque solo sea un judío». «Busque, busque». «¡Qué mala pata! Todos están escondidos. Llevo aquí de pie desde por la mañana, esperando inútilmente». Y después de quitarle al Maestro su gorro de piel, el desafortunado cazador se fue en busca de su extraña presa.

Por lo general, el Maestro solía estar de mal humor. Ya en Moscú, los últimos meses, yo había empezado a advertir en él síntomas de cansancio y apatía. No obstante se mantenía firme, y hasta trabó amistad con muchos contrarrevolucionarios que habían permanecido en la ciudad más tiempo que los otros.

Uno de ellos, el subteniente Ushkov, era un joven muy afectuoso. Se había quedado atascado en el romanticismo del pasado, en los sonidos de las trompetas de la vieja guardia, y en el murmullo triunfante de las banderas imperialistas. Sus ideas eran pobres, pero le alentaba el amor por el pasado. Entre sus pensamientos estaba siempre la batalla de Kulikovo, el Domingo de Ramos con las lucecitas revoloteando por las calles y callejuelas de Moscú, las asambleas del Kremlin, el baile con las amigas del colegio de su hermana, la Gran Guerra Nacional,<sup>[23]</sup> su mamá y el árbol de Navidad. De repente acudía en bloque hasta su mente todo lo que le habían arrebatado gentes extrañas y ruines. El Maestro decía de él: «He aquí a Evgeni, un pobre estúpido que no puede esperar a que la carne del jinete se convierta en bronce. ¿Quién tiene la culpa si Julio Jurenito, rechazando al ayudante de director de escena, ha dado un salto de cien años, mientras que el lento Ushkov ha llegado con cien años de retraso al festín con ponche e importantes oficiales, caídos sobre los campos de Borodino, que volvían locas a las parisinas con sus bailes y sus bigotes, enamorados de su prima Natasha y de una extranjera masona y llamada *Libertad?*».

En el mismo regimiento que Ushkov servía Davilov, un joven terrateniente, apasionado jugador pero hombre sensato. Llamaba a Ushkov «muchachita», y le decía: «El asunto está claro, aquí no valen tonterías románticas; o nosotros o ellos. Yo prefiero morirme de un balazo que realizar un trabajo *proletario*, e imitar un lenguaje que para mí resulta despreciable. Si vencemos podremos vivir como es debido, como vivían nuestros padres y vivieron nuestros abuelos, con recepciones en las casas de los nobles, festines en Strielnia, miles de rublos sobre el tapete verde, francachelas, arrojo y despreocupación; vivir en fin silbando una canción. Quizá sucumbiremos, pero llegarán los “camaradas”, y se aburrirán tanto durante cinco siglos que hasta las moscas rusas perecerán con el evento».

El tercer amigo de Jurenito, un alférez cosaco, era un muchacho extraordinariamente alto, con piernas gigantescas, al que todos llamaban «el Tanque». Este miraba la guerra civil como una cacería peligrosa y atractiva. Perseguía a los comisarios, a los atamanes y a todo el que podía alcanzar, y en diez o en cien ocasiones los pendientes de brillantes de la mujer del comerciante Iagodittzev, o las libras esterlinas del especulador Aizenshtein, pasaron a sus manos. «Nuestro mexicano», decía con gran orgullo el Maestro, golpeando la maciza espalda del «Tanque», que mostraba su botín, una pulsera falsa. «Tú, hermano, no has llegado con cien años de retraso, sino solo con tres. En el año diecisiete hubieras hecho el loco a discreción. Pero ahora no es posible, ahora los Schmidts han disuelto toda aquella organización, y te enviarán a descargar vagones, después de haberlos contado uno por uno...».

A pesar de la amistad con los oficiales que he descrito, al Maestro no le dejaban en paz: o se interesaba por él el servicio de contraespionaje, queriendo averiguar qué había hecho exactamente el 12 de julio del año 1915, o llegaban los osetinos a elucidar por centésima vez cuál era su religión, llevándose unos pantalones viejos de Jurenito o el servicio de té de la dueña del piso. Tal vez por eso, o puede ser que simplemente por aburrimiento, el Maestro decidió actuar, y de forma inesperada para todos se declaró aspirante al trono de Rusia. Demostró que era pariente del fusilado emperador de México, Maximiliano, descendiente de los Habsburgo, los cuales estaban ligados a la corte danesa, y por lo tanto a los Romanov. Sus intenciones de sentarse en el desierto trono las puso en conocimiento del servicio de contraespionaje local, *Osvaga*, y de todas las potencias extranjeras. El servicio de contraespionaje suspendió sus desagradables visitas, y uno de sus colaboradores le llevó al Maestro una botella de coñac que bebimos con agrado.

La *Osvaga* colgó el retrato de Jurenito en su vitrina y no obstante silenció diplomáticamente todo lo del trono para no herir los delicados sentimientos de algunos socialistas. Desde el extranjero, el Maestro recibió telegramas deseándole éxito en su empresa, y también cien francos para los pequeños gastos. Míster Cool, por su parte, nos cambió ese dinero por cien mil rublos, que nos gastamos principalmente en comer y beber. Pero a nuestro Aisha le gustaban tanto las

comilonas, y sobre todo los rajat-lukum<sup>[24]</sup> del café del griego, que sintió el loco deseo de declararse aspirante, para recibir él también otros cien francos.

El turno del undécimo gobierno había a su vez expirado. En la ciudad comenzó el acostumbrado desorden, y hacia las salidas se dirigían las carretas cargadas de bártulos hasta los topes. Todo hacía pensar en el Moscú de los buenos y viejos tiempos, cuando comenzaban las vacaciones de verano. Extenuados por los acontecimientos, y comprometidos por las intervenciones monárquicas de Jurenito, decidimos marchar también nosotros de veraneo. De dónde vendrían los enemigos y quiénes iban a ser no lo sabíamos con exactitud, así que nos dirigimos a la aventura. Así, después de haber recorrido veinte verstas, ya de noche, llegamos a una aldea ocupada por los soldados del ejército rojo. Sacamos del forro de nuestras chaquetas unos viejos pero respetables certificados soviéticos, pasamos sin contratiempos las nueve Secciones Especiales, y nos encaminamos hacia Moscú una vez más.

## Contradicciones

**E**l viaje hasta Moscú se prolongó siete semanas. A menudo, para salvar el pellejo, en vez de viajar en vagones de mercancías nos veíamos obligados a caminar por colinas enfangadas y sin caminos. Después de observar los esquemas de Schmidt veíamos por fin los espantosos cenagales, con sus rebeldías y pacificaciones parecidas al escalofrío, y aquella desesperada pobreza que a todos los discursos, llamamientos, decretos y manifiestos respondía con el siempre indestructible «¿qué?» de la indiferencia.

Hambrientos vagábamos de una a otra aldea, mendigando aunque en vano una rodajita de pan, y entregando a cambio de algún cuenco de leche nuestros chalecos, sombreros, cadenitas y cosas semejantes. Incluso el dije de monsieur Delet fue entregado finalmente a cambio de un huevo que resultó estar pasado. Aisha nos ponía en apuros algunas veces. Los campesinos al verle se echaban a correr, o bien emprendían la valerosa acción de expulsar de su aldea a unos sucios negros. Sin embargo, a veces conseguíamos superar la desconfianza, y entonces los campesinos conversaban con nosotros cordialmente, nos daban maíz o galletas de cebada, y a cambio se quedaban con alguna camisa o un portamonedas de piel.

Mucho me sorprendía ver un país hambriento con una tierra tan negra y tan grasienta, tan invadida por las zarzas. Nuestros interlocutores, por el contrario, encontraban esto muy natural, e incluso decían que el próximo año iban a sembrar menos aún. «Lo justo para no morir de hambre. ¿Para qué sembrar? ¡Para que luego nos lo quiten!». «Observa —me razonaba el Maestro—: dos comunistas pretenden exigir de cien millones de “qués” un abnegado trabajo, en nombre de unas ideas incomprensibles para ellos. ¿Quién exigía antes la sumisión? Los señores, los comerciantes, el Zar, pero también Dios, además de ellos, y por encima de todos. La escala de los intermediarios comenzaba con la “intercesora” y acababa por último con el sacristán del pueblo. Dios no confiscaba, solo tomaba prestado, prometiendo devolverlo con creces en el otro mundo. La solvencia era segura. Todos los ascetas, los desinteresados y los monjes cambiaban esos percederos billetes de cuarenta o cincuenta años de dudoso disfrute terrenal por el “eterno oro” que cobrarían en el cielo. Pero ahora a la gente le ha sido revelado que el asunto está precisamente en esos cuarenta años, en el pan, en los bizcochos de mazapán que se comía el parásito, en los colchones de plumas, en las mujeres, en los teatros, en una palabra, en la querida y amada tierra. De una manera admirable vociferaba esto vuestro excelente poeta Maiakovski:

Estamos hartos de delicias celestiales,  
¡dadnos ahora nuestras hogazas de centeno!  
Estamos hartos de pasiones ideales,  
¡dadnos ahora mujeres verdaderas!

Pero en lugar de las apacibles e inmediatas horas con la esposa y un buen trozo de pan, solo les ofrecen un octavo de libra, trabajos suplementarios, “sábados comunistas” y “domingos voluntarios”, continuas cargas, sjimas, cilicios, ascetismo y encima sin ofrecer una letra de cambio para el reino celestial; más bien al contrario, lo que garantizan son los gusanos en la tumba. Alguien, los hijos, los nietos, o tal vez los nietos de los nietos ¡vivirá mejor...! ¿La justicia? ¡Qué es eso, sino una abstracta promesa inverificable! El materialismo idealista ha resultado cien veces superior al idealismo materialista. ¿Cómo te asombras de que cien millones no se hayan convertido en santos? Asómbrate más bien de haber encontrado varios miles de nuevos ascetas y grandes mártires, ansiosos no de subir volando con el humo hasta el cielo, sino de calentar con sus cuerpos un poco la tierra congelada».

En el vagón fuimos hablando animadamente con un tipo empleado en Mali Iaroslavietsz, un monstruoso jorobado. Atacaba al comunismo de una manera muy original: «¿Qué soy yo? —decía—. Un rostro repulsivo. Un insecto con pasaporte humano. Antes, al menos, podía alimentar la esperanza de hacerme rico, de oír el suave crujido de los billetes, de conseguirlo todo... Los que dicen que con el dinero no se puede conseguir todo se equivocan. Aunque yo les resultara repugnante, más de una bailaría ante mí como una peonza, me besaría la joroba, ¡ensalzaría los granos de mi cara! Y ahora ¿qué? ¿Trabajar por la ración? ¿Por la igualdad? ¿Es que a partir de ahora los van a parir a todos derechos? Muy bien, después de ocho horas de trabajo un arenque y medio. Y por la joroba, pregunto, por mi humillación, ¿quién me paga? Solo me queda una cosa, entrar en una de las secciones de la Checa. Así al menos nadie me censurará, ni se tomarán conmigo libertades. ¡No por avaricia, sino en nombre de esa igualdad cien veces sagrada!».

Me quedó una impresión tan penosa de aquel viaje que estaba ansioso, más que nunca, de los animosos y elevados discursos del Maestro. Pero él guardaba silencio con el ceño fruncido. Épocas como esta las había sufrido con frecuencia en el pasado, pero entonces trabajaba en sus investigaciones; ahora en cambio no ocultaba su cansancio, su apatía, su aburrimiento. Yo empecé a inquietarme, ¿no estará enfermo? Jurenito sonreía: «No soy monsieur Delet, lo mío no se arregla con las píldoras Pink».

Solo en una ocasión nos tranquilizó y nos dio ánimos. Compro por cinco rublos un diminuto panecillo blanco, que dividimos honradamente en cinco rodajitas, y cuidadosamente recogimos las migajas. El Maestro dijo: «Alegraos amigos, ahora vais a conocer la grandeza del trabajo humano, la santidad de lo creado por las manos callosas. ¿Recordáis París en vísperas de la guerra, ahogada por el exceso de cosas

superfluas, por un trabajo semejante al que realiza un preso echando piedras de un montón a otro? ¿Quién podía comprender entonces la divina naturaleza de un panecillo o de unas botas? Ahora habéis recobrado la primitiva alegría, y una vez perdidos los falsos ideales encontráis las cosas muy dignas de ser divinizadas. Habéis pisoteado la bendita tierra mientras buscabais por los cielos, y no por los estelares y reales, sino por los pintarrajeados por todo tipo de pillos no excesivamente perezosos. Mientras que bajo vuestros pies se encontraban la alegría, la felicidad y el entusiasmo, esas blancas migajas que se asemejan a las mejores estrellas, vosotros despreciabais el trabajo y os inclinabais ante las habladurías de los granujas que inventaban los Edenes y las Atlántidas, pero que eran incapaces de coserse un botón de unos pantalones. Ahora se ha realizado una saludable peritación, y las piedras falsas de antaño han sido separadas de las auténticas».

Estas palabras fueron nuestro único faro después de largos meses de viaje. Luego el Maestro guardó silencio una vez más y así, inquietos y apesadumbrados, salimos al sucio andén de la estación de Moscú, cargados solamente con nuevas desilusiones.

## Sobre el heroísmo, el aburrimiento y, principalmente, sobre el avión que no volaba

**L**legamos a Moscú por la mañana, a las diez. Al salir a la plaza, vimos caravanas de empleados soviéticos que se dirigían a su oficina con las bolsas para la ración. De vez en cuando pasaba algún automóvil cargado de importantes camaradas, y algunos trineos en los que iban otros camaradas, con un cargo no inferior al de jefe de departamento en una comisaría.

En el distribuidor de alimentos número 93 daban por 107 cupones una col agria y una libra de sal. Una larga fila de mujeres, viejos, niños y funcionarios, arriesgándose a llegar tarde a la junta de la comisión, permanecían en pie y en silencio con sus pequeños trineos de mano, junto a la entrada. Una vieja pegaba en la pared un *Isvestia*, y un barbudo de la «oposición», a juzgar por su sarcástica sonrisa, leía el habitual artículo acerca de la revolución mundial, dando saltitos para quitarse el frío. Una señorita vendía caramelos, pero era evidente que todos, excepto nosotros, se habían interesado ya por el precio y sabían que valían tres mil rublos, así que volviendo la cabeza pasaban de largo rápidamente. Solo un pobre muchachito no podía apartar de ellos sus pupilas, pálidas por el éxtasis.

Todos sabían bien lo que les esperaba, a todos ellos, antiguos lectores de *Ruskie viedomosti*, ese día, al siguiente, y al otro aún. En ese momento había que ingeniárselas para crear, según las antiguas tarifas, un nuevo presupuesto que fuera admitido por el «Rabkrim»,<sup>[25]</sup> enviar de vuelta a casa con las manos vacías a cien delegados de provincias que habían venido a conseguir libros o maquinarias, elaborar un informe sobre la inactividad del mes anterior y un plan para la inactividad del mes que seguiría. En una palabra, avanzar sin moverse del sitio, dedicarse al eterno pataleo, crear con el farfuleo inoperante la sublime apariencia del más febril de los trabajos. Después, una comida, compuesta de agua con gachas de primero y de gachas con agua de segundo, más un postre de té de arándanos con sacarina *Estrella roja*, comprada con la paga de todo el mes. Luego la crítica con la esposa, a media voz, del poder soviético, los sueños con el paraíso perdido, con los bizcochos Eini y, finalmente, el sueño verdadero en un helado cuartucho, bajo las cortinillas con olor a perro. Todo esto estaba dibujado en sus rostros sencillos.

El Maestro nos decía: «¿No oís el murmullo de la vida? De acuerdo, es una vida miserable, pero ya se arreglará. Alégrese, monsieur Delet, aquí ya no meterán más ruido. ¡A partir de ahora andarán sobre sus dos piernas de siempre, aunque bastante

más flacas!».

Efectivamente, esta vez la vuelta a Moscú dejó muy complacidos a míster Cool y a monsieur Delet. Les declararon «Huéspedes de la República Soviética», les alojaron en un buen hotel, les dieron de comer croquetas de carne, y hasta les llevaron a un palco del teatro Bolshoi a ver el ballet de *Las sílfides*. Todo esto, incluyendo los más clásicos pasos de las encantadoras bailarinas, les tenía plenamente satisfechos, y dándose importancia se pusieron a hablar desdeñosamente, no solo con nosotros, sino también con el Maestro. Monsieur Delet, en cierta ocasión, me sacó al pasillo una croqueta a medio comer, a causa de un insuficiente efecto de las Pink, y dijo: «¡He aquí un noble gesto de un huésped de la República!».

Puesto que nos honraban solo con breves respuestas, no pude elucidar a qué se dedicaban con exactitud. Supe tan solo que míster Cool jugaba por las tardes al *bridge* con altos dignatarios, y que negociaba con ellos importantes concesiones en Turquestán y en Siberia, monsieur Delet le propuso al Maestro que probara a hablar con aquellos diplomáticos de la Necrópolis Universal, pero Jurenito le dijo simplemente: «¡Ya estoy harto!».

Por el contrario, la situación de Ercole iba de mal en peor, y llegó a nuestra casa afligido a más no poder.

«¡Mil diablos! —dijo—. ¡Cómo ha cambiado todo! ¡Me descubrieron! Vino un inspector, y ni Júpiter ni Tritón me pudieron ayudar. A mí, a Ercole Bambucci, ¡me propusieron trabajar...! ¿En qué se imaginan? ¿Tirar petardos? ¿Poner banderas? ¡Nada de eso! ¡Un trabajo productivo! ¡Desalmados! ¡Jesuitas! ¿Para qué entonces están los Consejos? ¿En qué se diferencian de los alemanes? Me dieron una libreta de trabajador, anotaron allí que había recibido del “Seguro Social” unos pantalones viejos y un frac de lacayo, y querían anotar también las horas que había trabajado. Pero para eso hace falta que trabaje, ¡idiotas! ¡Se hundirá el Capitolio antes de que yo haga una cosa así...!».

Alexei Spiridonovich, después de su experiencia en Dirki, dejó de esperar a los generales y a los aliados. Había depositado todas sus esperanzas en que los comunistas se avergonzaran definitivamente y, después de abrir las tiendas de comestibles, permitieran la publicación del *Russkie Vedomosti*. Para entonces todo iría de maravilla.

Aisha y yo retomamos nuestro antiguo trabajo; él la revolución en África y yo los conejos, que se habían vuelto durante mi ausencia, gracias a la extraordinaria energía de V. L. Durov, mucho más conscientes.

Pero, ¡ay!, mi trabajo no me satisfacía, y me atormentaba constantemente. En mi pequeña habitación me dedicaba largo rato a las reflexiones metafísicas sobre qué era mejor, el frío o el humo. Inclinandome por lo último salía al patio, arrastraba con cuidado la leña del vecino, propietario de un almacén de productos no regularizados, es decir, sacarina y manzanas congeladas, la cortaba y encendía con ella finalmente mi estufa. Las paredes heladas empezaban a descongelarse, y dentro de la cama me

sentía como en una lancha en medio de un océano de hielo. Después, por la ventana por donde salía el tubo comenzaba a soplar el viento, la estufa oscilaba y arrancaba círculos de acre humo, y me ponía a toser, a llorar y a arrepentirme. Después, aún desesperado, me enfundaba el abrigo, de procedencia sospechosa, y salía a la calle. Podía ir tal vez a la Casa de la Prensa, donde daban bocadillos de huevas de salmón, y discutir sobre «la lectura del coro proletario», o, si no, podía ir al Museo Politécnico; no, allí no daban bocadillos, y encima veintiséis poetas jóvenes leían sus versos sobre «la misa de las máquinas». No, no; yo me quedaba sentado en la escalera, temblando de frío e imaginando que todo esto no sucedía en vano y que sentado en un escalón contribuía al lejano amanecer del Renacimiento. Así acudían a mi imaginación versos como estos:

¡Cómo brillará el mediodía de la edad dorada!  
¡Qué azul será el cielo después de la tormenta!  
Y la savia de los sarmientos salvajes se transformará  
En el más transparente vino milenario...

Nunca había vivido con tanta honradez, pobreza, espiritualidad y castidad. Todo Moscú me parecía un monasterio con severas disciplinas, eterno ayuno, misas y tributos. Hasta en el aburrimiento había algo de ascético, y solo un corazón cubierto de grasa no hubiera podido captar la conmovedora grandeza de aquel pueblo, que proclamaba en una lluviosa noche de otoño la llegada del paraíso, con las estrellas esparcidas por las tierras, y después, cubierto por la ventisca, enmudecía masticando heroicamente el último puñado de grano, pero sin acercarse a la hoguera donde más de un apóstol se habría calentado...

El Maestro no trabajaba en ningún sitio, no hacía nada, fumaba constantemente picadura y miraba al infinito con los ojos fijos y la mirada ausente. Entonces me decía: «Un poeta escribió un libro titulado *Un caballo es igual a otro caballo*. Se podría añadir: *Un Estado es igual a otro Estado*. Míster Cool goza aquí de gran estimación. Ercole trabaja de portero. En los cigarrillos al por menor y en el café de zanahoria está impreso el escudo de la insurrecta R.S.F.S.R. Los franceses escribían sobre las paredes de las cárceles: “Libertad-Igualdad-Fraternidad”; aquí, en los billetes de diez mil, con los que se llenan los bolsillos los especuladores y los contratistas, los revolucionarios han impreso lo siguiente: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”. Yo ya no puedo mirar para este avión que no vuela. ¡Qué aburrimiento! Pero no me hagas mucho caso. A esto se le puede dar también la vuelta. En cierta ocasión lo vi muy claro, y decidí hacerte la competencia escribiendo unos versitos. Escucha:

¡No, en Rusia no hay rebelión! ¡No, en Rusia no hay discordia!  
Su bandera es de un poderoso color púrpura.  
Ella construye con sus miles de manos

El nuevo mundo.  
Bien está el sucio trabajo cotidiano  
Bien está el Oriente manchado con sangre,  
La gigantesca mariposa que aletea convulsivamente  
Para abrir el insignificante capullo  
Así, entre los pobres papeles del Sovnarjoz,<sup>[26]</sup>  
Bajo la bayoneta del soldado, entre tinta y sangre,  
Con gran angustia se prepara para abrirse la deliciosa rosa  
del invencible amor..., etc., etc.

Quise enviárselos a Schmidt al Sovnarjoz, pero pensé que se iba a ofender por lo de “pobres” y los rompí. ¡Tararabumbia! ¿Te das cuenta, Ehrenburg? ¡Debo morir, pues mi tarea ha concluido!».

Me causó tanto horror y tristeza que no pude pronunciar palabra, y agarrándome a la rodilla de Jurenito empecé a sacudir estúpidamente la cabeza. El Maestro continuó diciendo: «Estoy definitivamente harto de todo. Pero morir, por más extraño que resulte, es una empresa bastante complicada. Un imbécil me llama “guía”, otro “compañero”, el tercero “amigo”, el cuarto “camarada”, el quinto “amo”, el sexto “señor” y tú, el séptimo, “Maestro”. ¿Qué dirían los siete cuando supieran que Julio Jurenito se ha suicidado como una modistilla seducida? Para siempre quedará perturbada su fe en el comercio, en la amistad, en la divinidad, en la sabiduría...

Yo no soy tan cruel. Debo morir decentemente. Para cualquier otro esto resultaría sencillo; basta con discrepar de la opinión de la mayoría. Pero yo, como bien sabes, carezco de principios. Por eso salgo con una alegre sonrisa de todas las prefecturas, comandancias y servicios de contraespionaje. Yo no puedo morir por una idea. Solo me queda una esperanza, las botas, solo eso...».

Conmovido por las terribles palabras del Maestro y por su enigmática mención a las botas, pensé que se había vuelto loco y decidí salir en busca de monsieur Delet, que tenía ya experiencia a este respecto. Pero el Maestro me detuvo, y de nuevo me propuso admirar sus altas botas inglesas, acordonadas hasta arriba, que le habían regalado en Elizavetgrad cuando fue aspirante al trono de Rusia.

«Solo puedo morir por estas botas. Desgraciadamente, los bolcheviques alejaron de Moscú a todos los bandidos. Así que me veré obligado a viajar hacia el sur, donde las costumbres son mucho más sencillas. Aisha y tú vendréis conmigo. A él es al que más amo; a ti no te amo en absoluto, pero tú habrás de ser quien escriba mi biografía, y, por tanto, deberás acompañarme hasta el final. Estad preparados. Mañana saldremos para Konotop, que, según parece, es una pequeña ciudad muy agradable».

Me quedé totalmente aturdido, invadido por el pánico y la angustia. Tal vez hubiera debido armarme de valor y tratar de disuadir al Maestro, o bien esforzarme por una vez en la vida, y arrancar de mis malditas glándulas aunque solo fuese una lágrima. Pero en lugar de eso, sin pensar en nada, me fui a ver a un conocido para que

nos arreglara los papeles. En el certificado constaba que íbamos a Konotop a «suprimir el analfabetismo»...

Cuando llegué a casa por la noche no encendí la estufa, ni escribí versos, ni dejé correr la fantasía, sino que sentado en cuclillas en un rincón grité hasta que llegó el día: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡El Maestro quiere morir por unas botas...!». Y luego de esto, silbaba una marcha fúnebre, canturreándola entre dientes...

## La muerte del Maestro

**M**e encontraba en una encrucijada. Yo sabía que el Maestro había concluido la admirable obra de su vida, y que para la posteridad su muerte iba a ser un irrevocable y solemne punto en una página, que no podía dejar de ser la última. Pero yo le amaba con el sincero e irracional amor que solo es capaz de ofrecer un perro, al que recogieron en la calle cuando era un cachorro sarnoso y completamente ciego. Por eso yo, fiel a este sentimiento, sin pensar en la posteridad y sin prestar atención a los asombrados viajeros, con la cabeza echada hacia atrás, aullé larga y desesperadamente.

Pero ¿por qué hablo ahora de mi tristeza, de mi flaqueza, de mi debilidad? No es desde luego para comunicar mis tristes emociones para lo que he escrito este libro, sino para relatar la historia de aquel genial Maestro, y no la de un débil, insignificante y despreciable discípulo, Ilya Ehrenburg, autor de versos mediocres, periodista de segunda fila, cobarde, renegado, mezquino, santurrón, un puerco idealista de ojos meditabundos que aullaba en el asiento de un vagón de tercera. ¿Quién podría soportar sus insultantes y fastidiosas preocupaciones, cuando junto a él, y en el mismo vagón, se preparaba para morir, liando un pitillo y bromeando con Aisha, el hombre más grandioso de todo nuestro siglo?

No me detendré tampoco a hablar ahora de la pena de Aisha, ni de nuestra llegada a la pequeña ciudad, que desde ese momento se iba a convertir en inmortal. Todo sucedió como el Maestro había previsto. El 12 de marzo, al anochecer, nos sentamos en un banco del largo bulevar que iba de la estación al centro de la ciudad. El Maestro, cuidadosamente afeitado y con aire solemne, nos invitó a dar un paseo. A no ser por su chaqueta rota, hubiera podido imaginar que era de nuevo el secretario del embajador de Labardan. Por un momento incluso me pareció que el Maestro había cambiado de idea y había decidido no morir, sino declararse rey, presidente o negus de algún país del mundo... Pero él, finalmente, se dirigió a nosotros, pronunciando las siguientes magníficas palabras, las últimas y hermosas palabras del Maestro:

«Es muy probable que hoy algún bandido se sienta finalmente tentado por mis botas. El camarada Oltienko me asegura que los atracos en la ciudad van en aumento. Por desgracia la posteridad no conocerá su nombre, pero ya veo con toda claridad, en el año 1980 más o menos, un monumento erigido a la memoria de aquel desconocido que liberó a los estados pasados, presentes y futuros del cruel bandido mexicano Julio Jurenito. Es una pena que yo no pueda colocar a sus pies una corona, pues esto sería para mí una tarea de lo más agradable. Para eso y para muchas otras cosas tú,

Ehrenburg, partirás después de mi muerte hacia algún lugar tranquilo, y dedicarás tu inútil tiempo, sin economizar palabras, pero al mismo tiempo sin añadir líneas a lo tonto (lo cual te gusta mucho hacer, por lo demás), a escribir todo lo que sabes acerca de mi vida y conversaciones, anécdotas y trabajos (principalmente anécdotas, por supuesto). Hace ya mucho tiempo que el lugar de la epopeya y del sermón los ocupa la anécdota, que es la llave del tesoro de la humanidad sobrecogida. Ante ese libro, los inteligentes se reirán y los necios se indignarán. No obstante, tanto unos como otros no entenderán gran cosa. Pero no te aflijas atribuyéndolo a tu falta de talento. Comprenderme es trabajo arduo y complicado. Desde el comienzo del sombrío y majestuoso día de mi advenimiento, yo hablaba ya del mañana, corriendo por delante como un perro, acostumbrado siempre a oler y escuchar lo que avizora. Alexei Spiridonovich me preguntó en cierta ocasión si yo odiaba la vida... Claro que no la odio, pero un inmenso desamor invade mi corazón. ¡Construid! ¡Trabajad! ¡Creced, hijos míos! Yo no os pido que retrocedáis, no pongo bombas disimuladamente un poco por cualquier lado, y no os recomiendo que os quitéis los pantalones y os dediquéis a apacentar ovejas como hizo Raimond Duncan. Querido Aisha, créeme, tú eres la más excelente persona que he conocido en mi vida. Pero tu niñez no salvará al mundo. Por diez veces has “defendido la civilización”, has ocupado una Subsección y ya te gustan el gramófono y la pluma estilográfica. En una palabra, aceptas ya el orden de las estaciones del año, tal como está establecido, y todo lo que con ellos viene. Para que la espiral del mundo se lance a probar nueva fortuna debe ser descrito un círculo de cien años, un círculo de sangre, de sudor y de hierro. Ya veo el cénit del día que se eleva por el horizonte. El Partenón parecerá para entonces un insignificante e inútil juguete junto a los grandes comedores de los gigantescos estados. Ante la musculatura de cualquier bomba de distribución de agua se avergonzarán los flácidos brazos que sostienen las catedrales góticas. El más sencillo urinario callejero se transformará en una mole de hormigón y vidrio que superará a la pirámide de Keops. ¡Así será! Hablo de todo esto aquí, en la pobre y asolada Rusia. Pues no construirán aquellos que ahora tienen un exceso de piedras, sino aquellos que mueran en estos días revueltos para mejor afianzar las junturas con su sangre.

»Predigo todo esto, pero no me alegro por ello. Desearía en mis últimas horas disipar toda la niebla de este sombrío futuro. Ahí va un hombre con su carpeta llena de papeles. Lleva en su bolsillo trasero una pistola. No temáis, no se trata de un bandido, sino de un honrado funcionario. Esta mañana ha mecanografiado algo a máquina, ha puesto detrás un número, y ha fusilado a un hombre que no estaba de acuerdo con sus ideas. Ahora acaba de comer y briosamente se dirige a una reunión. ¿Veis junto a él a un gato? Lo más probable es que hoy mismo se haya comido un ratón. Permitidme que me incline ante el gato, ante Aisha, ante la ausencia de números, y que mire hacia el futuro. Es posible que allí ya no haya gatos, sino tan solo números o incluso gatos ya para siempre sin numeración. El mundo es un misterio para el hombre. ¿Qué le importan a él Marte o la cría de caballos? Pensará

en las estrellas solo cuando esté enamorado, como una especial y arrebatada iluminación celeste. Los nuevos mundos serán tan solo equipos para una expedición al frío Polo. El hombre se ha apartado del universo, se ha encerrado en sí mismo y ha perdido su armonía... Se puede obligar a un hombre a bailar sobre la cuerda floja, pero en cuanto los espectadores se hayan ido caerá blandamente sobre la arena del circo. Donde no hay armonía no existen ni la libertad ni el amor ni la superación de la muerte. Puede que míster Cool borrrará del mundo a Aisha por medios científicos, como a una cucaracha, o bien Aisha, sin cumplidos, como en su casa, se desayunará con un muslo de míster Cool; o quizá ambos serán enganchados bajo el mismo yugo y arrastrarán, odiándose el uno al otro, la alegre carroza de la "humanidad ya liberada". Quizá Ercole, en fin, rascándose el ombligo por su cuenta en la via Pascudini, o quizás el eterno desfile militar de Karl Schmidt, querrán evitar la muerte o la buscarán con locura, pero nadie se dormirá callada y simplemente, sino que todos se convulsionarán y saltarán incesantes. En lugar del amor tan solo un libro de entradas y salidas. La intimidad y la ayuda se habrán de transformar en indiferencia. El amor no es un objeto, sino un sentimiento que calienta, según la vieja receta del buen rey David, su propia frialdad en el aliento del corazón ajeno. Donde no hay armonía no existirá la vida, sino únicamente la coexistencia de las gentes y los pueblos. También monsieur Delet mencionaba la armonía. Para él se trata de una dieta razonable, la justa media de todas las complejiones físicas reunidas por una sola vez en una sola persona... Pero yo no hablo de eso, por supuesto, sino de la pérdida del sentimiento por parte de la humanidad, algo que es indispensable para una vida hermosa, que se hace en armonía con el mundo...

»No se cómo se podrá encontrar esto que digo, si en los laboratorios, en los lugares incendiados por catástrofe espontánea o a través del supremo esfuerzo de una voluntad consciente y duradera. No sé cuándo ha de llegar por fin la hora de la libertad y el entusiasmo, de la alegre despreocupación y la alegría. Pero sé que llegará, y también sé que para esto es necesario acelerar la inevitable flecha de los acontecimientos, de las guerras, de las revoluciones, de nuestros días turbios y dolientes.

»¡Hacedlo como sepáis! En cuanto a mí, no deseo nada más. Yo ya estoy harto, tengo muchísima pesadez de estómago y la indigestión es tan grande que estremecería incluso al mismo monsieur Delet. ¡Escuchadme, amigos míos! ¡Cuidad vuestra salud! ¡No os ocupéis de mi cadáver! ¡Comed cuajada en Moscú, si es que podéis! Es un producto excelente y no racionado y muy recomendable para la inmortalidad y la cordura».

Cuando acabó de hablar, el Maestro se comió una pera congelada y se secó la frente con su pañuelo rojo, besó a Aisha, me regaló una pipa de cáñamo ennegrecida por el humo y, después de ordenarnos que nos sentáramos en el banco, comenzó a andar por la calle ya desierta. Yo temblaba y gimoteaba sin cesar. Poco después se oyó un penetrante grito, un silbido, un cercanísimo disparo. Aisha echó a correr tras

el Maestro. Pero yo me dejé caer por debajo del banco, y allí me quedé inmóvil, todo hecho un ovillo.

Un cuarto de hora después salí arrastrándome, y decidí ir a ver qué había pasado. A cien pasos del banco vi al Maestro, tumbado en una zanja, con la cara cubierta totalmente de sangre. Estaba muerto. Le habían quitado las botas y habían dejado sus tristes y fríos pies al descubierto. Por fin, me dejé caer junto a él sujetando uno de aquellos pies, embutidos en unos calcetines a rayas, remendados.

¡Ahí estaba todo aquello por lo que yo había vivido!

Llegó corriendo Aisha, agitando su gran cuchillo de africano; había intentado, inútilmente, dar alcance al asesino.

Luego, ¿qué hacer con los restos mortales del Maestro? Llamar a los milicianos hubiera supuesto convertir un gran misterio en un infame protocolo. Por eso llevamos el cuerpo del Maestro, aprovechando que no había gente y estaba oscuro, fuera de la ciudad, al campo abierto, y allí, con ayuda del cuchillo de Aisha, nos pasamos toda la noche cavándole una fosa. Cuando todo a nuestro alrededor vibraba ante la proximidad del amanecer, la tumba estaba lista, y la imprecisa franja del alba parecía recordarnos las profecías del Maestro.

Encontré una estaca, la clavé y colgué de ella mi libreta de trabajador —no tenía otra cosa a mano—. Escribí en ella: «¡Atención! Aquí yace el Maestro de la Humanidad Julito Jurenito, muerto el 12 de marzo del año 1921, a las 8 h 20 m de la tarde». ¡Y es probable que ya no quede ni un rastro tan siquiera de tan sagrada tumba...!

Mientras trabajábamos, el esfuerzo y las pequeñas preocupaciones parecían ocultarme lo que había sucedido. Pero cuando regresamos a la estación y me di cuenta de que habríamos de volver a Moscú sin el Maestro, y de que nunca más volvería a escuchar su dulce y querida voz, me puse a gritar, por el dolor y por la rabia. En vano Aisha trataba de tranquilizarme, diciéndome que Jurenito se había convertido ya en un dios, y que estaba en otro lugar. Pero todo eso no eran sino miserables desvarios indignos de su nombre. Yo sabía que él había muerto para siempre, mientras que yo seguía vivo, y encima ni siquiera tenía unas buenas botas, aunque de haberlas tenido las hubiese ocultado, para seguir viviendo a pesar de todo...

Enloquecido, me abalancé sobre un vendedor de pastelitos y derribándole el cesto me puse a gritar: «¿Se dan cuenta? ¡El Maestro ha muerto! ¡Ha muerto por unas botas! ¡No lo podré soportar!». (Como bien puede ver el lector inteligente, esto último era únicamente una manera de expresar mi dolor infinito).

Me golpearon y me llevaron a la comisaría, pero por la tarde me soltaron, y continuamos viaje hacia Moscú. Pero esa ciudad, para mí, ya estaba vacía, y formando parte de un mundo que a nuestros ojos ya no tenía ningún derecho a girar, a dar sus vueltas incesantes, a proseguir inútilmente su larga marcha, insensata e infinita...

## Y, evidentemente, innecesario

**T**al vez hubiera debido detenerme en la muerte del Maestro y no comenzar este capítulo, triste y aburrido, ya privado de su presencia luminosa. Pero he creído que para los lectores podría resultar del mayor interés la redacción de un breve informe sobre los distintos rumbos emprendidos por cuantos acompañamos al Maestro en su camino por la vida. Aparte de esto, todo lo que vi en Europa estremeció hasta tal punto mi imaginación, que no considero posible poder ocultar el estado patético y desequilibrado en que me encontraba al iniciar la escritura de este libro. Por este motivo es por lo que tomé la decisión de añadir al armonioso edificio el torpe e insignificante anexo del capítulo 35, y último de todos.

Al llegar a Moscú reuní a todos los nuestros para comunicarles la muerte del Maestro. Nos reunimos en su habitación, y parecía como si su tierna y socarrona imagen siguiera insistente permaneciendo entre nosotros. Alexei Spiridonovich lloró amargamente al recordar sus disputas con el Maestro, sus ataques de desconfianza, su debilidad y su apostasía. «¡Soy un perjuro! —gritaba—. ¡Ese sucio bandido será condenado por regicida!».

Monsieur Delet no pudo escuchar sin alterarse mi relato de la tumba con una estaca clavada sobre la tierra: «Un hombre tan generoso, que era mi socio y compañero, y acabar así, ¡peor que en la clase dieciséis! ¡Un país de bárbaros, señores, un país de bárbaros!».

Afligidos, llorando, recordando las palabras y costumbres del Maestro, poco a poco pasamos a deliberar acerca de nuestro futuro. A pesar de los distintos trabajos y ocupaciones, lo que principalmente nos unía y nos retenía en Moscú era la presencia del Maestro. Míster Cool, aunque tenía pendientes ciertos asuntos, no se opuso a sustituir las croquetas que le correspondían como «Huésped de la República» por las ostras y las langostas de París. Monsieur Delet recordaba ahora a cada momento su bella patria —*La douce France*—, Zizi, Lucie y sus guisantes. También Ercole echaba en falta el sol de Roma, el regusto del vino y los rótulos de la via Pascudini. Alexei Spiridonovich, en realidad, no echaba en falta nada y despreciaba las necesidades carnales, pero estaba ansioso por emigrar para «salvar su libertad de espíritu de manos de los corruptores y agresores». Yo no podía elevarme hasta su altura, y el mayor aliciente para mí seguía estando en una tacita de mal café mezclado con ron barato, en la terraza de mi Rotonde inolvidable. Pero existía también una razón ideológica que me hacía desear ardientemente regresar a Occidente: a pesar de mi egoísmo y de la preponderancia de mis instintos animales, yo ya había

comprendido cuál era mi deber ante la humanidad, pues me había sido legado por el Maestro el cometido de escribir la apasionante historia de su profunda y aleccionadora vida.

Escribir en Moscú, y en general en Rusia, era tremendamente difícil. Yo tenía ocupado todo el tiempo, y si no eran los conejillos eran las reuniones a ellos dedicadas, o la lucha por la obtención de las distintas raciones y de un cuarto de tabaco en el mercado negro. Incluso el papel necesario para un trabajo tan extenso me iba a resultar muy difícil de encontrar. Además había adelgazado mucho y en tal estado me parecía imposible concentrarme en los elevados problemas planteados por el Maestro. Finalmente, la atmósfera del lugar donde había terminado la tragedia, y el general ambiente de historia a medio hacer, favorecían muy poco el tranquilo trabajo de un autor de crónicas.

Yo sabía que en cuanto llegara a la Rotonde y me bebiera unas copitas iba a empezar a gritar: «¡Camarero, papel y tinta!», y al momento mi mano cubriría rauda las hojitas manchadas de café con las sagradas pláticas del Maestro. En lo que respecta a Aisha, después de perder a su amo, triste y desvalido, estaba dispuesto a seguirnos a donde fuese.

Así, todos nosotros, introducidos por el Maestro en el purgatorio de la revolución, estábamos ansiosos por volver al confortable infierno o, si esta denominación parece exagerada, al añorado paraíso de la frivolidad. Conseguir esto no era asunto fácil, pero afortunadamente Karl Schmidt también estaba haciendo sus preparativos para viajar al extranjero, movido por razones personales que no quiso mencionar en ningún momento. Por medio de él conseguimos un pasaporte, y dos semanas después, en un buen *restaurant* de Riga, devorábamos una tras otra unas grasientas y succulentas costillas de cerdo asado. Todos, incluyendo a monsieur Delet, parecíamos haber perdido el sentido de la medida.

Nuestras mandíbulas, y otras muchas a nuestro alrededor, trabajaban sonora, amistosa y solemnemente. Los músicos, medio dormidos, interpretaban honestamente *pupsic*. Míster Cool atrajo hacia sí con un gesto a una humilde muchacha, le dio un dólar y obtuvo por ello lo que le correspondía. Monsieur Delet charlaba de temas políticos con sus vecinos de mesa. Se mostró muy conmovido al enterarse de que los alemanes habían cedido a los aliados una partida de vacas lecheras, y murmuró: «¡La justicia ha triunfado!». Fue una noche de entusiasmo y reconciliación, de amplios abrazos y brazos abiertos para recibir al hijo pródigo. Nuestros comunes sentimientos los expresó muy bien míster Cool, al tiempo que levantaba su copa de falso *champagne*: «¡Amigos míos, por el triunfo de la civilización!».

Abrumado por tantas emociones, salí al balcón para airearme. ¡He aquí la sabia, la eternamente bella Europa! Suavemente se fueron desvaneciendo el ruido de las mandíbulas al masticar, el impetuoso *pupsic* y el chapoteo de los besos. Todo estaba cubierto por majestuosos resoplidos y gruñidos. Delet, Riga, Europa, después de haber comido y de haberse agitado sobre el lecho nupcial, de ganarse el pan de cada

día y de intentar quitarle el pan a otro, pues «no solo de pan vive el hombre», se durmieron apaciblemente. Yo estaba definitivamente emocionado y me puse a cantar una nana, pero por lo que se ve no controlaba bien el tono de voz, pues llegó un camarero y me rogó que me callara, que estaba molestando a los ocupantes de los reservados.

Varios días después comenzaron las tiernas despedidas, las lágrimas, las promesas de enviar tarjetas postales con vistas variadas. La verdad es que viajar se había vuelto muy complicado, ya que Europa, durante nuestra ausencia, se había visto favorecida por la implantación, aunque algo molesta, indudablemente sensata, de los visados. En realidad, hacía ya tiempo que existían las cadenas en las puertas, los rígidos porteros y las cuidadosamente estudiadas tarjetas de visita. Si tales precauciones eran tomadas por los simples ciudadanos, ¡qué locura hubiese supuesto por parte del Estado el dejar franquear sus puertas a extranjeros, sin comprobar previamente si tenía un aspecto simpático, si sus principios eran los idóneos y si sus billeteras eran lo suficientemente abultadas! Gracias a esta innovación, no pudimos salir de viaje todos a la vez, sino gradualmente, confirmando con ello la justicia de la jerarquía.

Míster Cool y monsieur Delet fueron, por supuesto, los primeros en partir. Cuando todos se hubieron ido, Alexei Spiridonovich y yo permanecimos largo tiempo de pie, en horas de oficina, en las recepciones de los consulados de grandes y pequeñas potencias. Pero nosotros mismos comprendíamos que estas diferencias eran justas. Cuando preguntaban a Alexei Spiridonovich por su ciudadanía, respondía, como disculpándose, con un gesto vago: «Pues, sabe usted..., un país..., del Este...».

Pero era clemencia y no venganza lo que reinaba en los estados civilizados, así que aguardamos respetuosamente el tiempo que fue necesario hasta recibir el visado, y al fin lo conseguimos.

Tras estrechar la mano del conserje del consulado, que se había acostumbrado ya a nosotros después de un mes de vernos, una vez más me incliné ante el delicioso platanero que había acogido en su seno una hojita de encina. Incluso deseé decírselo al conserje, pero me acordé a tiempo de que el país de Ronsard no gusta en absoluto de los bárbaros poetas, y me marché en silencio, sin decir nada.

Así, describiendo un círculo, me puse en camino hacia mi querido y de nuevo recuperado París. Y todo el camino fue para mí, después de largos años de guerra y revolución, una ininterrumpida demostración del triunfo de la paz, el orden y la cordura de la civilización europea.

Permanecí una semana en la hospitalaria Copenhague, y aunque debido a lo prosaico de mi carácter no reparé en el misticismo tan bien cantado por Bang, me quedé maravillado ante la riqueza de sus escaparates y la abundancia esplendorosa de sus manjares. Las gentes que veía por la calle estaban gordas, rojas y muy alegres. Después del carácter meditabundo de los moscovitas, sentía una respetuosa ternura ante cada vientre redondo que se agitaba rítmicamente dentro de un cómodo chaleco. En el café Tívoli pude ver cómo un camarero se servía una taza de café después de

enjuagarla golosamente con una cucharada de grasienta y espesa nata. Me hizo incluso incorporarme de un salto la profunda admiración que me sobrecogió ante tan edificante y glorioso gesto. En algún lugar, en Viena o en Petrogrado, morían en ese momento miles de niños por falta de leche, y en cambio allí corría como en la Arcadia, pues nadie la necesitaba. Allí ni habían hecho la revolución ni se habían esforzado por reformar el mundo, sino que solo comerciaban honradamente, elaboraban las leyes en el Riksdag<sup>[27]</sup> y apacentaban sus vacas. ¡Qué aleccionadora historia para nuestros hijos, la del niño bueno y el niño malo! Se podría gritar después de esto enfurecidos: «¡Abajo los héroes, los generales, los poetas, los revolucionarios y los locos de todas clases! ¡Viva solo el honrado comerciante!».

En Londres iba andando por las calles como por un templo, de puntillas y con el sombrero en la mano; estaba de nuevo en el tradicional país del derecho, de la libertad, de la inviolabilidad de la persona; en el país del *Habeas Corpus*. ¡Qué dignidad, qué independencia en los orgullosos rostros, incluso en los de los más insignificantes oficinistas de la City! Recordé entonces cómo los policías ingleses golpeaban en la cabeza con sus porras a los habitantes de Batumi que habían infringido las normas vigentes por ellos establecidas. Durante mi estancia en Londres comprendí que los culpables era los salvajes rusos, los georgianos, los turcos, y que no merecían el *Habeas corpus*, sino la altamente aleccionadora porra.

Mi entusiasmo llegó al límite cuando por fin pude contemplar mi querido Montparnase y la Rotonde. Me sentía de nuevo en el hogar. ¿Para qué tanto sueño, tanta angustia y tanto vagabundear, para acabar de nuevo junto a la mesita redonda con un montón de platos encima? ¡Allí comprendí por fin, en una claridad deslumbradora, la irreparable pérdida que acababa de sufrir! ¿Cómo iba a poder yo, sin el Maestro, comprender el verdadero significado de aquella copa que tenía frente a mí, de la ciudad o de la vida? En lugar de un armonioso cuadro, solo se aparecían ante mis ojos los multicolores puntos de los puntillistas componiendo una imagen perdida e ilusoria.

Mi querido París seguía siendo el mismo. Las luces de los cafés y de los anuncios resplandecían como eternos faros, encendidos por la firme mano del farero. Por mi lado pasaban a oleadas los aperitivos, rojos, verdes y de todos los colores; los diputados, haciendo ímprobos esfuerzos, lograban derrocar, uno tras otro, los sucesivos gabinetes ministeriales; los poetas componían sus impecables versos dedicados a los pechos y las nalgas; desesperados revolucionarios atacaban semanalmente, desde revistuchas de segunda fila, a un gobierno indiferente a sus críticas acerbas, y los empleados de las cajas de ahorro anotaban nuevos ceros en cartillas cuidadosamente forradas y custodiadas...

No obstante, también había novedades. Los hombres lucían ahora unos trajes entallados, con pecheras y traseros más propios del otro sexo, lo cual evidenciaba que estaba en boga un amor algo distinto del usual. En los cabarets y en los salones se bailaba un nuevo baile, el *foxtrot*, básicamente compuesto de balanceos al unísono. Y

finalmente, los periódicos habían descubierto un deporte fascinante y antes desconocido: los concursos.

A los pocos días de llegar tuve ocasión de asistir a un espectáculo realmente conmovedor. Se anunciaba un combate entre dos famosos boxeadores, uno francés y otro inglés. París, y junto a ella el resto de las ciudades de toda Europa y América, esperaban el resultado conteniendo la respiración. Yo asistí, en compañía de Alexei Spiridonovich, a aquel gran combate. Salieron al ring dos individuos altos y fuertes. Todo el mundo permaneció inmóvil, consciente de que en ese momento se iba a decidir de una vez por todas el destino del mundo.

Al principio el inglés, balanceándose, le dio un fuerte golpe en la cara al francés. El impacto le rompió un diente y la sangre empezó a manar... Alexei Spiridonovich se quejó: «Señor, pero ¡qué están haciendo! ¡El rostro! ¡El semblante! ¡La imagen de Dios! ¡No puedo soportarlo...!».

De tanto leer a Tolstói, el pobre diablo había dejado de comprender la belleza de la guerra, del poder gubernamental, del arte, del boxeo; en una palabra, de todo aquello que diferencia al hombre de un borrego. No discutí con él, pues estaba fascinado con la pelea. Los golpes se sucedían uno tras otro. Las emisoras de radio transmitían instantáneamente cada uno de ellos a todo el mundo civilizado. En las plazas de Londres y Nueva York la muchedumbre se apiñaba ante las gigantescas pantallas, deliberando sobre el peso y la consistencia del puño que había roto aquel diente. Se cursaban apuestas. En el vapor *Turbanía*, que navegaba por el océano Pacífico, la gente se apretujaba junto al receptor de radio, alarmados porque el francés había recibido ya el segundo golpe en la barbilla. Yo era consciente de que me encontraba en el centro del Universo. Pero he aquí que el francés reúne todas sus fuerzas y propina un fuerte golpe en la nariz al inglés. La sangre fluye y fluye, y el enorme muchachote cae al suelo. ¡*Knock-out!* «*Vive la France!*». Salí corriendo a la plaza. ¡Qué alegría! Se encendieron las luces. Sobre París volaban tres aviones lanzando unas octavillas que informaban de la victoria. Tocaban las trompetas, las mujeres arrojaban flores. ¡He aquí una auténtica celebración de orgullo nacional, legítimamente satisfecho!

La velada de boxeo, después de la euforia que había experimentado en días anteriores, me dejó definitivamente aturdido. Perdí completamente la tranquilidad de espíritu, deliraba, hacía locuras y estaba dispuesto en cualquier momento a tirarme al suelo y besar las antiguas losas de piedra gris. Hasta que unos amigos desconocidos decidieron salvarme. Quiénes eran, no lo sé. Lo único que sé es que les guiaba un sentimiento de amor hacia la humanidad, hacia la poesía rusa y hacia mí en particular. Recordaré siempre a aquellos enigmáticos bienhechores mientras viva y tenga memoria. Ellos se dieron cuenta inmediatamente de que yo estaba débil, tanto de cuerpo como de espíritu, y de que necesitaba tranquilidad y aire puro. Me propusieron el inmediato traslado a otro país de Europa.

Me dirigí a la acogedora Bélgica, y una vez allí, recuperado del exceso de

emociones, emprendí la tarea encomendada por el Maestro. Pero antes de describir mi vida durante aquellos meses, debo referir todo cuanto supe acerca de los demás discípulos de Julio Jurenito.

Míster Cool continuó comerciando con los representantes de Rusia. Además de esto, se ocupó de garantizar a la humanidad una paz duradera. Ya lo dice un antiguo refrán: ¡si se quiere la paz hay que prepararse para la guerra! Míster Cool, como gran humanista de nuestro siglo, llevó a cabo todo esto con su habitual energía. De nuevo sus fábricas de armamento y sus astilleros se pusieron a trabajar con una intensidad muy superior a la desarrollada hasta entonces. Se llevaron a la práctica todos los inventos realizados por el Maestro entre los años 1915-1916, y aparte de esto míster Cool, sin olvidar sus deberes éticos, se dedicó a escribir sobre las ventajas de la paz, y entró a formar parte de la «Liga de las Naciones».

Creo que su actividad puede ser considerada como garantía de prosperidad y florecimiento pacífico. No creo que sin su colaboración se hubiera conseguido el desarme definitivo de Alemania, y es muy probable que otras potencias sigan su ejemplo. No obstante, aún siguen realizándose en Europa diversas movilizaciones, y algunos pueblos semisalvajes, como Silesia, Letonia y Turquía, siguen utilizando los métodos antiguos, sin haber comprendido aún que el cambio ha tenido lugar.

Míster Cool me escribía: «Soy muy feliz. La religión se afianza cada vez más. El dólar se mantiene. Mis negocios prosperan. Las bombas fabricadas por mí llevan la marca “el olivo de la paz”. ¡Ojalá lleven algún día el bienestar a las tierras, islas y continentes!».

Monsieur Delet vive tan bien como él. Logró reponerse rápidamente de las sacudidas sufridas, pero no reemprendió su actividad en la Necrópolis Universal, sino que montó una oficina para la organización de excursiones a lugares cercanos a las zonas de combate, llamada: «Veni-vidi-vinci». Muchos de los americanos, ingleses y franceses de ambos sexos, que varios años atrás rehuían deliberadamente los lugares cercanos a los frentes, habían cambiado de opinión y manifestaban una viva curiosidad por los campos de batalla. En el norte de Francia quedaba una ancha franja totalmente destruida por la guerra, con restos de fortificaciones, setos de alambradas de espino y bosquecillos de cruces, donde en míseras barracas se hacinaban sus desafortunados habitantes. Monsieur Delet advirtió al instante el interés altamente patriótico y comercial de dichas excursiones. Hombres y mujeres salían de París en confortables automóviles. En Verdún visitaban las ruinas y los cementerios, y luego se tomaban un buen desayuno. Por último, continuaban el viaje. En los lugares donde los combates habían sido particularmente encarnizados, monsieur Delet había instalado pequeños cafés; allí los turistas podían beber una naranjada helada y enviar a sus amigos bellas postales con vistas. Después de esto, una comida en Reims, venta de suvenires hechos con trozos de metralla, y vuelta a casa tranquilamente, plenamente reconfortados.

«Amigo mío —me escribía—, he hallado de nuevo la alegría de vivir. No solo

hago algo rentable, sino que además cumplo con la elevada tarea de hacer propaganda del heroísmo y el amor a la patria. Sigo conservando mi casita, que solo necesita una pequeña reparación. He tomado a mi servicio una muchachita muy joven, mademoiselle Gabrielle, de Arcachon. No me compadezca, aún me siento con ánimos a pesar de mis cincuenta años, ¡y sigo siendo cautivo del *impulso*...! “¡Oh, qué terrible es la vida!”, exclamaba el rey Edipo. (Mademoiselle Gabrielle me llevó ayer, por ser su cumpleaños, a la *Comédie française*. Es una persona muy seria, pero también conoce todo lo demás). Yo exclamo: “¡Qué bella es!”, y sonrío gozoso».

El destino fue menos amable con Ercole. Ya en Riga fue detenido, porque después de darse una buena comilona en un restaurante de lujo no quiso pagar la cuenta, y encima amenazó con organizar tal Consejo que hasta las mesas saldrían volando. Así que le dejaron marchar. Pero no hace mucho tiempo que, en el periódico *El giornale d'Italia*, leí que en Roma, en la via Pascudini, durante una refriega entre socialistas y fascistas, habían detenido a un tal Ercole Bambucci, el cual se había dedicado a disparar sobre los componentes de ambos bandos. En el interrogatorio había declarado que simpatizaba con todos, pero que lo que más le gustaba en el mundo era el desorden y los fuegos de Bengala.

Sobre Schmidt supe únicamente, a través de los periódicos, que había sido detenido por la policía alemana durante la última y fracasada revuelta. Aisha encontró un trabajo un tanto fuera de lo común: Madame Job, esposa de un contratista enriquecido durante la guerra, le tomó como preceptor de su querido perrito, un caniche de Bruselas llamado *Victoire*. Aisha debía inculcar en el perrito el amor al orden, sacarle de paseo, limpiarle los dientes con un cepillo y darle baños de lodo, pues el pobre *Victoire* padecía de lumbago.

Madame Job estuvo no hace mucho en Ostende y tuve ocasión de ver a Aisha. Hablaba de su trabajo con el mismo ardor con que lo hacía un año atrás de la Subsección de Propaganda. Entusiasmado, me enseñó unos zapatitos especiales para perros que ponía a *Victoire* cuando llovía. Yo compartí plenamente sus sentimientos. ¿Acaso se podía poner en duda el progreso del mundo después de ver aquellos zapatitos? Los escépticos dirán que los hijos de muchos parados no tienen ni un par de zapatos que ponerse. Pero esta es una opinión unilateral, estúpida e indigna de atención. Lo importante no es la cantidad sino la cualidad. Siempre ha habido y siempre habrá niños descalzos, pero ¿acaso existían en la Edad Media botitas y preceptores para perros? ¡Vamos hacia delante!

Al que peor le iba era a Alexei Spiridonovich. Se lanzó a corazón abierto hacia los emigrantes rusos, pero ellos estuvieron lejos de recibirle del mismo modo. Por supuesto que él tuvo la culpa, en cierto modo. Así, por ejemplo, se puso a contarle su vida a un respetable académico, pero este de pronto le dejó pasmado con la siguiente pregunta: «Todo eso son detalles sin importancia; mejor cuénteme cómo preparan los comunistas las coles con deditos de bebé». Alexei Spiridonovich respondió que, aunque los bolcheviques eran unos salvajes, pues le habían prohibido leer a Chéjov a

sus alumnos, era la primera vez que oía hablar de aquello, y no le podía proporcionar información al respecto. El académico se enfadó.

«Permítame saber, ¿cuál es su religión?».

«La ortodoxa».

«¿Y su clase social?».

«Provengo de la nobleza».

Esto a su interlocutor le pareció totalmente inverosímil, y esbozó una mueca burlona digna de la mejor de las academias.

Varios días después, en un periódico de emigrados, se publicaba que el bolchevique Tishin había sido comisario en Samarkanda, y que había torturado, con ayuda de unas pinzas para coger azucarillos, a todos los tenderos de la ciudad. Alexei Spiridonovich se indignó, e inmediatamente escribió una «carta a la redacción», pero a causa, seguramente, de la agitación (pues en Rusia, como protesta, incluso dibujó las letras suprimidas en las paredes de su cuarto) en la palabra «información» empleó la nueva ortografía soviética. Después de leer dicha carta, el redactor quedó definitivamente convencido de lo que antes había sido su invención.

Alexei Spiridonovich se vio obligado a esconderse, y a pesar de esto estaba ansioso por entablar relaciones con los honrados emigrantes rusos del grupo «La hora se acerca». Hecho a todo, ya ni siquiera protestaba por lo de las coles, e incluso proporcionó varias recetas. No obstante, los emigrados miembros de las democráticas centurias negras y los socialistas monárquicos estaban muy ocupados y no disponían de mucho tiempo para charlas íntimas. Por las mañanas asistían a largos funerales en memoria de los coronados difuntos; luego iban de visita a casa de simpáticos rumanos o polacos, y les demostraban la necesidad inmediata de exterminar a todos los bolcheviques, entre los cuales no se encontraba, naturalmente, ni un solo ruso; por la tarde, después de leer en el periódico que los japoneses habían asesinado a un ruso, murmuraban: «Un bolchevique, seguro», y se emocionaban muchísimo, por la noche comían asiduamente «caviar ruso» y bebían champagne por el futuro «renacimiento», brindando finalmente por el plan general y por el modesto, pero honrado, guardia municipal.

Alexei Spiridonovich lo pasó muy mal en este círculo: los funerales le gustaban, pero temía a los japoneses, y además no tenía dinero para caviar. La verdad es que no tenía dinero ni para el pan. Trataba inútilmente de ganar algo, y pasaba tanta hambre que hasta se acordaba del puré de mijo. Por fin un día conoció casualmente en la calle a un detective privado, y encontró un medio de subsistencias aunque ello le ocasionara terribles sufrimientos morales.

Se instaló en el apartamento de una tal señora Dirks, en un oscuro cuarto, ya que nadie, excepto la mencionada señora, debía saber de su existencia. Esta extraña forma de vida no se debía en absoluto al oculto libertinaje de la señora Dirks, sino a su desmesurada devoción por la felicidad de su familia. Su marido era muy frívolo, y Alexei Spiridonovich debía seguirle a todas partes para después informar de lo que

había visto a la señora Dirks.

Transmito un fragmento de una de las cartas de mi amigo, a través del cual se puede deducir en qué estado de ánimo se encontraba por entonces:

... Hermano, ¿dónde estás? ¡Te aseguro que me muero! No te hablaré del miedo que me produce la idea de que el patrón, es decir el marido de la patrona, llegue a descubrirme, me insulte mercedamente y me golpee. ¿Para qué huir de los verdugos del espíritu humano? ¿Acaso para seguir a este pelirrojo corredor de bolsa para saber si engaña a su media naranja? ¿Dónde está la vida? ¿Dónde los sagrados ideales? ¡Injuriados, ridiculizados, exterminados! ¡Oh, qué razón tenía Jurenito cuando me decía que nada existe, y que no existe ni siquiera, es terrible tenerlo que decir, el Hombre verdadero! Él huyó hacia la no existencia, hacia el nirvana, y yo en cambio me quedé. Dime, ¿qué puedo hacer, para qué vivir...?

Cuando recibí esta carta, hasta yo mismo empecé a dudar y a inquietarme. Mi inicial entusiasmo había descendido un poco, y empecé a preguntarme si no estaría traicionando al Maestro... Las cartas de los amigos, los tristes recuerdos de los últimos años y finalmente la desbocada carrera de la civilización me inquietaban y oprimían. Incluso llegué a comprarme un par de botas parecidas a aquellas que libraron del duro oficio de vivir al Maestro y escribí varios poemas hechos a título póstumo. Pero nuevamente recobré las fuerzas al darme cuenta de que me esperaba una gran tarea: relatar la vida del Maestro.

Ahora el libro ya está escrito. En mi alma el vacío y la paz reinan de nuevo. Para ello tuve que revivir el pasado, año tras año, y reconstruir la ya borrosa imagen de Julio Jurenito. Ya no temo traicionar al Traidor inolvidable. Ya no huyo con cobardía de las insuperables contradicciones, a través de las cuales vivía y respiraba mi Maestro. De nuevo fueron desfilando ante mis ojos Rusia, Francia, la guerra, la revolución, la saciedad, las revueltas, el hambre, la paz, todo revuelto. Ya no discuto nada, ni me inclino ante nada. Y sé que existen múltiples cadenas de muy diversas formas y metales, pero todas son cadenas, y hacia ninguna de ellas tenderé mi débil mano.

Las canas, bastante abundantes al presente, las frecuentes palpitaciones y la grave debilidad me sirven de consuelo. He dado el paso más difícil, y tal vez no esté lejana la hora en que ya no pueda volver a despertar, ni a lavarme, ni a comer, ni a escribir, ni siquiera a recordar. Ya he cumplido con mi deber: ya he escrito el libro. Sé que él me apartará definitivamente de todos aquellos que, por un desmesurado amor hacia la literatura, o por un sentimiento de compasión hacia mí, han intentado comprenderme y justificarme. ¿Qué cónsul pondría ahora el visado en mi pasaporte? ¿Qué madre de familia me permitiría cruzar el umbral de su casa, donde se alojan virtuosos jovencitos y castas muchachitas? Solo me esperan la soledad y el desprecio. En la narración de hechos verídicos y en la transmisión de sentimientos auténticos y vividos, los despiadados santurrones verán tan solo vitriólico libelo, y hasta mi mismo nombre será vilipendiado. ¡Que así sea! ¡Que así sea! He vivido mal, y un final feliz sería una absurda y ultrajante disonancia. A mi alrededor la vida transcurre tranquila, hasta monótona, como si ya todo fuera milenario. Por las mañanas alguien

estudia piano en el piso de abajo. Luego llaman a comer. Yo voy, y tomo sopa, algo de carne con patatas y compota de postre. Las damas de la pensión me consideran «un tipo raro». No digo nada, fumo mi pipa, paseo un poco, leo relatos que hablan de adulterios o *La teoría de la relatividad* de Einstein en ediciones baratas. Luego doy cuerda a mi reloj, coloco sobre la mesita de noche mi pipa y me duermo tranquilamente...

Así transcurre mi vida. No es una buena vida, pero no me avergüenzo ni tampoco me desespero. Está claro que moriré sin haber visto nunca los soñados campos salvajes, poblados de hombres libres que lloren, griten y rían con la despreocupación de los niños. Pero, no obstante, lanzo hoy la semilla para ese lejano ajenjo, esa menta futura. Llegará lo inevitable, creo en ello y en todos los que esperan, en todos los hermanos que carecen de Dios, de programas, de ideas, que están desnudos y son siempre despreciados, que aman solo el viento y la flor del escándalo. A ellos les envío este mi último beso. O simplemente, ¡hurra! ¡Hip-hip, hurra! ¡Vive! ¡Jivio! ¡Hoch! ¡Evviva! ¡Banzai!

¡Traj-tararaj!

*Junio-julio de 1921*

# Notas

[1] *Sou*: Moneda francesa de cobre por valor de cinco céntimos de franco. <<

[2] Nombre genérico que se da a los osos en Rusia. <<

[3] «Dios guarde al Zar» son las primeras palabras del himno ruso en tiempo zarista. «De un país, país lejano» y «No me sermonees» son canciones populares rusas muy conocidas entre soldados de la época. <<

[4] Famoso restaurante ruso. <<

[5] Organización armada de la extrema derecha monárquica. <<

[6] K. D.: Partido constitucional demócrata de la Rusia zarista. <<

[7] Subotnik: Sábado comunista (trabajo colectivo en la URSS, durante las horas de ocio). <<

[8] Puds: medida de peso equivalente a 16.38 kg. <<

[9] Símbolo del poder real. <<

[10] Partidarios del «miuridismo», tendencia reaccionaria del Islam. <<

[11] Comisario de Instrucción Pública. <<

[12] Tieplushka: vagón mercancías acondicionado para viajeros. <<

[13] Ijitzá: última letra del alfabeto ruso, actualmente en desuso. <<

[14] S. Razin: Jefe de los cosacos rebeldes en el siglo XVII. <<

[15] Duján: Taberna del Cáucaso. <<

[16] Circasianas: kaftán largo y estrecho de los montañeses caucasianos. <<

[17] Nagaika: Látigo de cuero. <<

[18] Fiesta religiosa de carácter expiatorio. <<

[19] Checa: Organismo de lucha contra los enemigos de la Revolución (1917-1921).

<<

[20] Otriezka: Reforma agraria en 1861, basada en el reparto de tierras. <<

[21] Blancos: Contrarrevolucionarios. <<

[22] Jefe de una banda que actuaba con los blancos. <<

[23] Gran Guerra Nacional: Guerra contra Napoleón en 1812. <<

[24] Rajat-lukum: Dulce oriental hecho con azúcar, harina y fécula. <<

[25] Comité Obrero y Campesino. <<

[26] Sovnarjoz: Consejo de Comisarios del Pueblo. <<

[27] Riksdag: Parlamento. <<